

*Colección*  
*Horacio Lúñiga Anaya*  
*La luz del conocimiento*

TOMO II



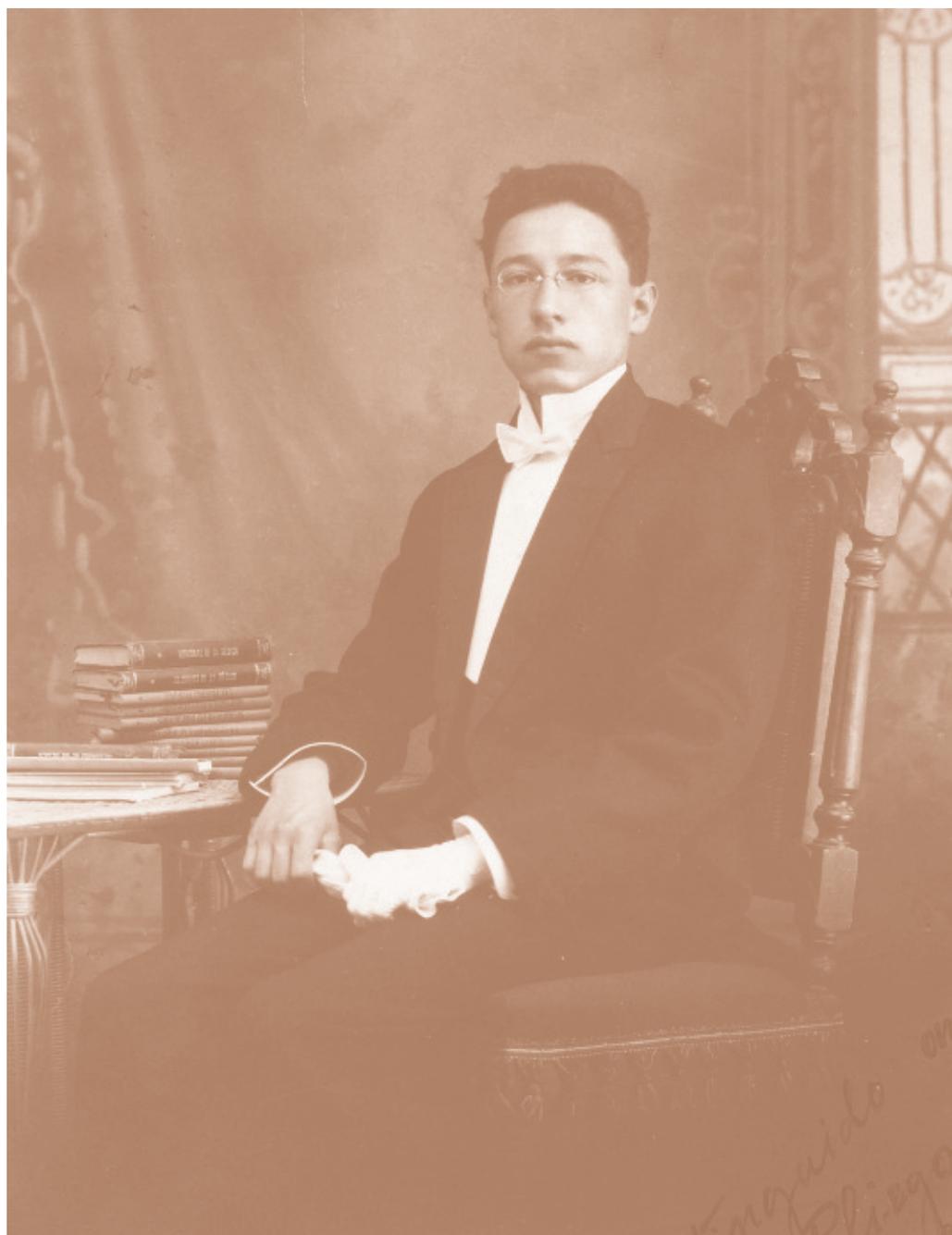
*Poesía*

EL MINUTO AZUL (1932)  
LA SELVA SONORA (1933)  
3 POEMAS A LA MADRE (1936)

JORGE OLVERA GARCÍA  
(COORDINADOR)



UAEM | Universidad Autónoma  
del Estado de México





COLECCIÓN HORACIO ZÚÑIGA ANAYA  
LA LUZ DEL CONOCIMIENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en D. Jorge Olvera García  
Rector

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca  
Secretario de Docencia

Dra. en Est. Lat. Ángeles  
Ma. del Rosario Pérez Bernal  
Secretaria de Investigación  
y Estudios Avanzados

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien  
Secretario de Rectoría

Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso  
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles  
Bernal García  
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez  
Secretario de Administración

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna  
Secretario de Planeación y Desarrollo  
Institucional

M. en A. Ed. Yolanda E.  
Ballesteros Senties  
Secretaria de Cooperación Internacional

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez  
Abogado General

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada  
Director General de Comunicación  
Universitaria

Lic. Jorge Bernaldez García  
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A. Emilio Tovar Pérez  
Director General de Centros Universitarios  
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla  
Contralor Universitario

*Horacio Lúñiga Anaya*  
*La luz del conocimiento*

---

JORGE OLVERA GARCÍA  
(COORDINADOR)



TOMO II  
POESÍA



UAEM | Universidad Autónoma  
del Estado de México

*“2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”*

*“2016, Año de Leopoldo Flores Valdés”*

Primera edición, octubre 2016

*El minuto azul* (1932) | *La selva sonora* (1933) | *3 poemas a la madre* (1936)  
Jorge Olvera García (coordinador)

Universidad Autónoma del Estado de México  
Av. Instituto Literario 100 Ote.  
Toluca, Estado de México  
C.P. 50000  
Tel: (52) 722 277 38 35 y 36  
<http://www.uaemex.mx>  
[direccioneditorial@uaemex.mx](mailto:direccioneditorial@uaemex.mx)



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Olvera García, Jorge (coord.) (2016), *El minuto azul* (1932) | *La selva sonora* (1933) | *3 poemas a la madre* (1936), México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN 978-607-422-756-7: Colección Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

ISBN 978-607-422-758-1: Tomo II Poesía: *El minuto azul* (1932) | *La selva sonora* (1933) | *3 poemas a la madre* (1936)

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

## DISCURSO DE PRESENTACIÓN

PRONUNCIADO POR EL DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO, EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 2013 EN LA VELADA LUCTUOSA SOLEMNE EN HONOR AL MTRO. HORACIO ZÚÑIGA ANAYA.

Poeta, tu Universidad te canta, te honra y te respeta, de la misma forma en que tú lo hiciste, del mismo modo en que tú cantaste los más profundos versos y la más sugestiva prosa.

Así, de esta manera, ponemos a vuelo tu maravillosa imagen de hombre libre, de varón coherente, de bardo silencioso, pero al mismo tiempo lleno de estruendosos motivos.

Poeta de Toluca, orador del Instituto, a ti te recordamos con un *Laurel y un Crespón* porque sabes y sabes bien, que la juventud a la que tanto amaste y tu vida diste, sabrá recoger las semillas sembradas en los muros perpetuos de la ahora Universidad republicana, libre y autónoma de tu solar nativo.

- Con tu venia, Maestro, orador y poeta Horacio Salvador Zúñiga Anaya.
- Honorable Consejo Universitario.
- Señoras y señores integrantes del Honorable Colegio de Directores.
- Mi sincero saludo a una universitaria de amplio valor humano y profesionista exitosa, Lic. Martha Hilda González Calderón, Presidenta Municipal de Toluca.
- Saludo a quien tuvo el enorme privilegio de compartir miles de experiencias con el Maestro Zúñiga; a su secretario y amigo Gonzalo Pérez Gómez.

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

- Saludo también, a una promotora incansable de la obra de Horacio Zúñiga y de uno de sus discípulos más distinguidos José Muñoz Cota; le reiteramos que esta Máxima Casa de Estudios es casa de mentes libres como la de Alicia Pérez Salazar.
- Mi saludo a los integrantes del Honorable Cabildo de Toluca.
- Mi reconocimiento a los líderes sindicales de la FAAPUAEM y SUTESUAEM, gracias por su presencia.
- Saludo al Gabinete Universitario.
- Destaco la presencia del cronista de nuestra noble Institución, maestro Inocente Peñaloza García.
- Poetas, escritores, investigadores y comunidad de oradores que se dan cita para honrar la memoria del ilustre Horacio Zúñiga.
- Sociedad mexiquense, sociedad de Toluca.
- Universitarios todos:

“Horacio... hermano mío, te traigo mi palabra emocionada... porque la huida de tu espíritu no es sólo para mí, como para todos, la fuga de una entidad de excelencia que tuvimos el privilegio de sentir junto a nosotros, tú y yo hicimos juntos la vela de nuestras armas literarias y juntos nos lanzamos, como Quijotes alucinados, a desfacer entuertos”... Así despidió Enrique Carniado a su amigo entrañable Horacio Zúñiga.

Del mismo modo y sin punto de comparación, hoy recordamos que hace 57 años, la existencia del poeta de Toluca transmutó los tiempos y las eras, para cifrar su estrella en el infinito universo de la idea y la imperecedera voluntad.

Horacio Zúñiga tramontó la finita existencia humana, rompió el silencio su poesía caudalosa y libre.

Él, le dio sentido y razón a la cátedra en el Instituto Científico y Literario, ovacionado desde el primer instante en que sus alumnos escucharon su voz de

## *Discurso de presentación*

barítono, lograda a base del ejercicio que le imponían los hermanos maristas en su infancia.

Fue un hombre destinado a la cultura, nació para ser maestro, nació con espíritu de poeta, nació para dar lustre a las palabras, para defender nuestro idioma, para recrear el lenguaje que constituye y sostiene a los hombres.

Eso fue, un destinado a cumplir con el más noble de los designios, iluminar conciencias e incendiar temperamentos; cumplió a cabalidad las palabras del genial Simón Bolívar, el más grande libertador cinceló: “que el objeto más noble que puede ocupar el hombre es ilustrar a sus semejantes”.

Zúñiga cumplió y amplió el concepto de maestro, en tanto es éste, según Albert Einstein: “quien cumple el supremo arte de despertar el placer de la expresión creativa y el conocimiento”.

Maestro fuiste y serás; porque supiste ser guía del alumno, ejemplo de vida, conductor de individuos. Todos los conceptos del Maestro caben en ti y en ti se multiplican.

Si escuchamos a Platón diremos “que el Maestro es el que escoge los caminos de la belleza para llevar al discípulo a la verdad, de tal manera que su acción trascienda el apostolado y el discípulo acabe por corroborar, en el ejemplo de la vida perfecta los postulados de los labios omnisapientes y las conclusiones de la inteligencia humana”.

Enseñar sin mucho es instruir y el que tal cosa hace, puede ser profesor, catedrático, pedagogo, conferencista; pero Maestro sólo está reservado a las mentes que logran de la conducción de espíritus su apostolado.

El propio Zúñiga describe al maestro como aquel que con la sublime belleza de su palabra conjunta sabiduría, belleza y amor, las tres entidades con las que asoma al discípulo al vasto panorama del mundo, haciéndole sentir valor, responsabilidad y orgullo.

Quien impulsa elementos de pasión, de entusiasmo y de justicia, como fuerza creadora y potencia reivindicadora de los más altos timbres del espíritu humano;

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz Del conocimiento*

quien transforma el carácter crítico en constructivo y postra como finalidad, volver humano al hombre, que es esencia viva, motor del mundo, ejemplo de civilización, centro, motivo y razón del universo.

El primer nombramiento que recibe Horacio Zúñiga como profesor está fechado el 12 de febrero de 1926.

A partir de ese momento y para siempre conquistó con vehemente vocación su fama de hombre de letras y labró su imagen de poeta, sólo eso, formalizó su condición de poeta, porque el poeta nace, la naturaleza designa la condición de cada quien y a él lo hizo poeta, para decretar la verdad, para elogiar a la belleza, para ennoblecer al hombre.

Su fácil y persuasiva expresión y la solidez de su cultura humanista y filosófica, hicieron de él un maestro carismático, arrebatador, admirado por sus compañeros y envidiado por quienes denostaban su estilo poético, sin comprender siquiera que los Titanes, que los gladiadores del verbo, hablan y escriben para estar a la altura de olímpicos diálogos, porque se entienden con lo divino y le susurran al hombre la magia eterna de la poesía.

En el Maestro Horacio Zúñiga dimensionamos primero al hombre, ya no únicamente al ser racional de Aristóteles, sino más allá, al hombre que tiene poder sobre sí mismo, al que sabe hablar y callar, y Zúñiga lo supo, al que ejercita placentero, rigidez y dureza consigo mismo.

Y él lo fue, hombre de hierro con sonoridades de cristal, galerna devastadora con trinos de rruiseñor, bélicas fanfarrias con cadenas brizadoras, halos aromados en bronceo vaso etrusco; hombre fuiste, hombre de carne y hueso que suspira, hombre soldado de las más aromáticas batallas del verbo. Hombre que sedujo a la aurora y fortísimo luchador de la verdad y la belleza hecha esencia, motor y motivo.

Hombre fuiste Horacio, a la altura de los más grandes, hombre con estatura de titán, genial ejemplo de rruiseñor armado.

Cabe el verso que otro de tus distinguidos discípulos, Octavio Paz, dedicara al poeta español Luis Cernuda:

## *Discurso de presentación*

Ni cisne andaluz... ni pájaro de lujo.  
Pájaro por las alas... hombre por la tristeza  
Una mitad de luz... otra mitad de sombra  
No separadas... confundidas.  
Una sola sustancia  
Vibración que se despliega en transparencia  
Piedra de luna... más agua que piedra  
Río taciturno... más palabra que río  
Árbol por solitario... hombre por la palabra.

Y volvemos a Carniado: “Por eso yo te conozco a ti, como tú me conociste a mí, por ese milagro de transparencia que hizo de nuestras almas, pantalla televidente; en la que se reflejaba la secuencia de nuestro acaecer sentimental, en la que se concretaban en imágenes nuestros pensamientos y se expresaban en nuestras palabras, nuestros ideales”.

El poeta amó profundamente a Toluca, las calles de esta ciudad escucharon su voz, deslumbraron sus cúpulas con la filigrana de su verbo peregrinante; el poeta de la soledad dejó semillas regadas por las calles silenciosas y frías de su ciudad provinciana.

Se lo dijo el poeta en su oración fúnebre: “Toluca ha sido fiel a ti como tú a ella... vigila tus pasos solitarios, se ha empapado de silencios para que pudiera volar mejor el ave de tu pensamiento y; hasta en ocasiones, ha enmudecido sus campanas para no perturbar tus reflexiones”.

Junto a Enrique Carniado, Pastor Velázquez y Vicente Mendiola conforman una generación de institutenses que transformará para siempre la vida de Toluca y serán la masa pensante y creativa del Estado.

Se educó a los pies de los más sabios de la época, de maestros como moles que piensan y transforman... de Manuel Gómez Morín, de Antonio y de Alfonso Caso, de Vicente Lombardo Toledano, de Erasmo Castellanos Quinto.

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

Dirigió la Biblioteca Pública del Estado, siguiendo el mismo destino de las grandes mentes que con su pluma transformaron este país; tuvo bajo su resguardo y dirección una biblioteca de la que abrevaron todos los conocimientos que los libros guardan.

Adquirió desde su juventud, una cultura enciclopédica, su mente era un recetario de frases, de poemas genuinos, de discursos orfébricos; fue un artesano del verbo, labró la piedra del conocimiento con tenacidad y paciencia, paciencia de santo y devoción de profeta.

Orador, el más grande que ha habido, el más bello, el más orquestal; orador, porque para sí mismo practicó la gimnasia de la inteligencia sobre la tribuna más alta que pueda existir: la de la conciencia y el corazón del hombre.

Es por antonomasia el más grande verbomotor que ha tenido la tribuna mexicana.

Sí, Ramírez el incisivo;

sí, Altamirano el admirable;

sí, Jesús Urueta el perfeccionista, el príncipe de la palabra;

sí, López Mateos, la lengua de bronce;

sí, Muñoz Cota, el arquetipo del orador completo.

Sí... todos ellos dieron lustre a la tribuna de México; pero Zúñiga es el poeta-orador que hace del caudal del verbo una tempestad, el escultor que hizo hablar a la piedra; como Bolívar el poeta-soldado que de cada batalla hacía una sinfonía o como Morelos el estratega, que enaltecía a la patria en cada campiña.

Así es Zúñiga, el comandante de la idea, el general de la belleza, el almirante de la imagen, sin más ni más, el mariscal del verbo; como un manojo de relámpagos embravecidos y de fuerza y de verdad... el poeta de ritmos humanos, el orador de sinfonías.

Fernando Pessoa solía afirmar que “el nombre no significa nada y a la vez lo es todo”.

Para Horacio Zúñiga representó su destino, en su nombre llevó la misión de literato, de varón enamorado de la idea; en su nombre se reflejó al escritor

## *Discurso de presentación*

contra la indiferencia, literato de éxito y con voz propia, poseía una conciencia insatisfecha; directo en la expresión de sus juicios, fustigador de la injusticia, del autoritarismo, defiende la bondad como el mayor argumento para una revolución. Apela a la razón, reivindica el sentido común y la prevalencia de la ética. Desafecto de la envidia, protagonista de una experiencia vital intensa.

Así era Horacio Zúñiga, disciplinado, tenaz, melancólico, reservado, coherente en sus convicciones, serio, severo, solitario por temperamento y soledoso por esencia; tímido, tierno, implacable, pesimista, leal, sincero, generoso, duro por fuera y frágil por dentro; poseedor de un acentuado sentido de la dignidad, adusto y beligerante; un hombre poseído, desde la juventud, por una insaciable curiosidad, acostumbrado a decir lo que pensaba y a meditar lo que decía, hasta labrar una apariencia de labor misional laica.

Saramago, el genial escritor portugués, afirma que “somos seres de búsqueda”; seguimos el camino para encontrar algo, nos aventuramos a afirmar nuestra condición humana a través de nuestros hechos y cuando dejamos la existencia, seguimos buscando, es una constante perpetua, la búsqueda de lo que somos, a través de lo que creemos.

Tal vez por ello, Borges afirmó: “el tiempo, es la materia de la que estoy hecho”; y nosotros decimos, el tiempo es sólo la sustancia que da albergue a las ideas de los grandes hombres; el tiempo es pretexto para medir su estatura de gigantes, el tiempo es un vehículo para recorrer épocas e inspirar generaciones.

Así, a las 7:30 horas de aquella mañana del 13 de septiembre de 1956, llegaría el final de una existencia de luces, de ritmos y de cantos; llegó puntual a su cita con el destino, llegó puntual la muerte física del poeta, pero como bien se sabe, la poesía es energía y belleza a la par; la belleza no muere, la idea se transforma, la poesía se transfigura, la verdad se magnifica.

Así llegó Horacio Zúñiga a su cita final con la vida y dejó de existir, su tierra natal lo despidió, su solar nativo lo dejó de cubrir en vida para postrarlo en los muros del viento de su ciudad provinciana y ahora, su tierra lo reclama, su gente

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz Del conocimiento*

lo aplaude, sus discípulos lo honran porque somos, son y seremos producto de su idea, de su verdad hecha poesía, de su oratoria clara y magnífica que nos acompaña siempre y siempre en deuda estará este Instituto, esta Universidad potente y pertinente que le reclama como suyo, que lo envuelve y lo guarda en esta enorme bandera verde y oro.

Si Juárez con su muerte pudo ponerse de pie en la conciencia nacional, si Morelos con su fe patriótica pudo darle Sentimientos a la Nación, si Zapata reivindicó a los campesinos, a los olvidados, con su cabalgar de hombre mestizo y libre; así Horacio Zúñiga se apropia de la esencia misma de una Universidad que se hace más grande con su ejemplo.

Horacio Zúñiga le da a la Universidad de ahora, pertenencia, pertinencia, permanencia, identidad, razón, inspiración, fuerza, fe y voluntad.

Entendemos a la universidad como aquella que liga, que une, que vincula, que nos hace sentir una gran unión con todo, porque la universidad somos nosotros, lo que nos rodea, esta casa que es autónomamente nuestra.

Quién más que la Universidad, su casa y casa del hombre, debe albergar su obra, por eso lo reclamamos para nosotros y para bien de la sociedad de Toluca, del estado y del país, por eso queremos que se conozca y reconozca su obra, por eso impulsamos su imagen más allá de nuestros muros, para que descubran y redescubran al poeta pródigo del Instituto, que también luchó por nuestra autonomía, principio rector de nuestra vida y como esencia viva de nuestra existencia académica.

Así habla quien lo conoció, Inocente Peñaloza, nuestro cronista, lo nombra el “Poeta de la Soledad” y también el poeta de la razón, el poeta de la vida, el que le canta al hombre y a la naturaleza, como sus poemas a las cumbres y al volcán, al Señor Desnudo Xinantécatl; que fue su más profunda inspiración.

Arquitecto de su tiempo y de su ciudad, de su Instituto, de nuestra Universidad; en él la voz de esta Casa cabe siempre, en la edificación del amor y el compromiso con la juventud.

## *Discurso de presentación*

La obra de los ilustres institutenses y de los universitarios de amplio valor, nos genera un verdadero compromiso por corresponder con dignidad al momento que nos toca vivir.

Somos una generación que ve siempre al horizonte, pero no olvida sus raíces; quien recuerda siempre lo que es y de dónde viene, puede ver con decisión el porvenir. Origen es destino.

En torno a la figura de Horacio Zúñiga Anaya, convocamos a los universitarios a hacer más para trascender más; hacemos un llamado pertinente a darle más brillo a nuestra Máxima Casa de humanismo y de cultura.

Declaro que necesitamos al poeta, ahora en sus libros y en su obra, para edificar con verdad y empuje al nuevo torreón de nuestro tiempo; este torreón como emblema del trabajo que desarrollamos todos los universitarios representa también el regreso al humanismo, al reconocimiento del hombre por el hombre mismo, el volver los ojos a la esencia de quienes construimos a la universidad todos los días, este torreón que está destinado a volvernos más humanos, más libres, más y aún dignos.

Con humildad proclamamos que este tiempo es el tiempo de mirarnos unos a otros bajo el hilo de la solidaridad y de la inspiración que crea, es momento de sentir nuestra herencia de miles de hombres que sin falsas afirmaciones construyeron lo que ahora somos.

Reconocernos unos a otros, querernos en el lenguaje propio de nuestro legado, sabernos coincidentes de nuestra misión única, encontrar en el hombre la razón de nuestro espacio y tiempo.

Por ello, iniciamos el reconocimiento de mujeres y hombres con el regreso a nuestro código genético: el humanismo que a la ciencia le da sentido.

En mi calidad de rector de esta casi bicentenaria institución y con el respaldo de los universitarios, acordé instaurar que cada 13 de septiembre nos reunamos, Ayuntamiento de Toluca, Universidad y sociedad, a recordar a uno

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz Del conocimiento*

de los nuestros, al Maestro Horacio Zúñiga Anaya a quien debemos homenaje valedero, porque su obra nos permitirá proclamarnos pertinentes una vez más.

Creo firmemente que el hombre se debe a su tiempo, pero también a su pasado iluminado por conciencias más claras y más grandes.

Por ello, decidimos además... Rendirte Homenaje, maestro, ...con una sala en este edificio histórico, en este *Viejo Abuelo Ilustrado* que albergó tu vida; más adelante, con una plazoleta que llevará tu nombre en Ciudad Universitaria y con la promoción de tu obra entre nuestra comunidad y la sociedad; por ello, propondré al Consejo Editorial de nuestra institución la reedición de tu obra escrita, para que se conozca tu esencia a través de tus palabras.

El espíritu de excepción de Horacio Zúñiga está guardado en la abundante cosecha de sus libros, para que los jóvenes de muchas generaciones puedan marchar sobre los senderos iluminados por este bardo de luz.

Es el mayor legado que podemos dejar a quienes nos suceden, por la fe inquebrantable en que la Universidad Autónoma del Estado de México, seguirá siendo la casa de la verdad, de la expresión libre y de la comunión de las ideas que transforman.

En el *Libro de los itinerarios*, de José Saramago, Nobel de Literatura y Doctor Honoris Causa, afirma con vehemente razón: "Siempre acabamos llegando a donde nos esperan".

Así, Horacio Zúñiga regresó a su Instituto, en donde siempre se le esperó; del que nunca debió haberse separado; a su paso por este *Viejo caserón de piedra*, dejó la idea de un monumento a los maestros del Instituto y la letra bellísima y admirada en toda la república mexicana de nuestro *Himno Institutense*, cantado por vez primera el 3 de marzo de 1928, conmemorando el Centenario del Instituto.

Por ello y en tu honor, hemos recuperado las dos estrofas que permanecieron vagas en el olvido y que ahora esta administración con la voz de los universitarios, porque nada ni nadie puede trasgredir la letra que ha vestido a esta potente Casa

## *Discurso de presentación*

de Estudios durante 85 años, los cerebros seguirán siendo jaulas de ideas en esta torre de oro del ave doncella.

Desde los 13 años de edad, la vida de Horacio Zúñiga fue marcada por un suceso sin precedentes, el ingreso al liberal Instituto Científico y Literario. A partir de ese momento, su mente comenzaría un amplio y largo camino por el sendero del conocimiento, la lectura y la meditación de temas profundos.

El Instituto, ahora Universidad, era su más grande pasión, y es mentira... es mentira quien afirme que se fue, el poeta vivió y vivirá por siempre, porque el universo de su mente creativa y el portentoso significado de sus palabras, necesitan reposar en un santuario igual de fuerte, para que dé abrigo a sus más nobles propósitos.

Así como el océano controla a sí mismo sus aguas imponentes, así como el fuego necesita la libertad del viento, así las ideas, las imágenes y las palabras de Zúñiga necesitan el reposo que brinda la Universidad Autónoma del Estado de México.

El lugar donde nacen los hombres con altura de montañas y el entorno en el que se desenvuelven, son meras referencias geográficas; porque para ellos ni la extensión del viento es suficiente para contener su manto de bondad y de prestigio.

Horacio Zúñiga, como muchos más, tiene como cuna, como vientre eterno y natural, el universo, como dijo el poeta de la plástica mexiquense Leopoldo Flores Valdés: “La Universidad es el universo, universo es el vientre infinito donde nace el hombre, universo sin término donde no existe horizonte, horizonte, todos lo sabemos, en el universo no existe horizonte.

Universo infinito, sobrio, explosivo y magnánimo, universo-universidad, que es producto de poetas y pensadores”.

Universo que todo lo embellece, porque es todo y todo lo consume para construirlo luego; universo es la universidad, vientre magnífico de *ideas, imágenes y palabras*, universidad que alberga en su vientre la savia de la lírica, la profundidad de la idea, la grandeza del ejemplo.

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz Del conocimiento*

Universo somos nosotros, todos, porque hacemos de la voluntad... patria ciencia y trabajo por y para la sociedad.

Cuánta falta hacen, qué necesarios son los poetas para el mundo, mientras éste se desgrana en odios malsanos, el poeta canta y vibra, canta para armonizar al hombre, para ilustrar la vida, para señalar la verdad.

Así fue el admirado poeta y orador Horacio Zúñiga; un ser genuino, hecho de palabras, heredero de palabras, que a lo largo de los tiempos realizó para gloria de nosotros, un testamento de palabras.

¿Y qué es la palabra? LA PALABRA ES LUZ

ENVÍO:

*Amado Maestro Horacio Zúñiga:*

Desde esta imponente Aula Magna de nuestra Universidad. Panal majestuoso de imágenes colosales.

Hace 57 años tu cuerpo fue velado en este recinto y hoy velamos armas en tu nombre.

Poeta de luz, de caudalosa lírica, de ritmos majestuosos, de selvas sonoras, de sinfonías magnánimas. Poeta de Tollocan, más grande y más humano.

De amplio caudal es tu poesía, de vitalidad y energía tu prosa, poeta de tempestades, arrobando el deseo infinito de ver a la juventud luchar por la honra y por la libertad.

No existen muros que contengan tu poesía y la portentosa carga de tu oratoria, eres ornamento de nuestra casa de cien arcos, en estos pasillos caminaste, discutiste, amaste a las letras como se ama al hermano, a la madre, a la compañera de vida.

No hay muros, no los habrá... que encierren tu ejemplo de hombre libre, de bardo enamorado, de eterno poeta.

## *Discurso de presentación*

Tensas el arco de la verdad pero tú eres la flecha, conviertes la espuma en vuelo de palomas, eres la verdad de una sociedad que necesita a sus poetas, a sus oradores, a sus literatos y ahora a sus académicos, investigadores y a sus alumnos; una sociedad que necesita vivir en la armonía con su presente y transmutar sus principios para salvarse a sí misma.

La universidad por mi voz te nombra y te renombra, te reconoce y te ensalza, no por vanidad y casamiento con la historia, sino por justicia, por obra y gracia de la justicia verdadera que obliga a los hombres a reconocer a sus hombres, porque en el reconocimiento de unos está la dignidad de todos.

Desde la sombra infinita de esta preclara casa de cultura, venimos en esta tarde lluviosa en enorme cruzada de admiración y gratitud a traerte para ti toda la fuerza de tu Universidad, como tú la nombraste: “Pendón de esmeralda, embrujado con el simbólico temblor de las abejas de oro”.

Por ello pido que al poeta de la soledad... no se le recuerde con silencios; si su poesía fue tan caudalosa, si su poesía fue tan rítmica, si su poesía fue una rebeldía permanente, por qué recordar con silencios al hombre que provocó huracanes y domó desde su mente el verbo majestuoso de ciclones.

Tus hijos te aplauden y te canta tu Instituto  
Aplaudid universitarios... aplaudid al poeta  
Salve Horacio... eternamente vibra... eternamente canta.  
Viva por siempre Horacio Zúñiga Anaya.  
Viva México y su amada bandera, suave patria libertadora.  
Viva la Universidad liberal, autónoma y perínclita cumbre del saber.  
Viva la imponente Universidad Autónoma del Estado de México.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO



## NOTA A LA EDICIÓN

**E**l propósito de la colección *Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento* es poner a la disposición tanto del lector común como del lector especializado la obra del escritor toluqueño Horacio Zúñiga. Aquí se ha reunido su obra poética, narrativa y ensayo en orden cronológico, considerando la primera vez que éstas fueron publicadas.

En todo momento se buscó respetar las características de dichas publicaciones; por lo tanto, algunas peculiaridades en el uso del lenguaje y aspectos de puntuación, como el caso de los signos de admiración que a veces sólo abren o cierran, fueron conservados.

Esperamos que esta primera reunión del material de este destacado escritor mexiquense, tan poco conocido, sirva para que estudiosos de la materia (lingüistas, literatos, filólogos) puedan revisarla y así ampliar los estudios y ediciones críticas de esta obra.



## AGRADECIMIENTOS

Al licenciado Gonzalo Pérez Gómez,  
quien prestó gran parte del material que aquí se recopila.

Al maestro Héctor Sumano Magadán,  
por su colaboración en la revisión bibliográfica.

A la maestra Alicia Gutiérrez Romo,  
quien coordinó el trabajo de los estudiantes que como parte de su  
servicio social colaboraron en el “Proyecto Horacio Zúñiga”.

A los alumnos y alumnas que participaron en este proyecto.



## CONTENIDO

vii	Discurso de presentación
xxi	Nota a la edición
xxiii	Agradecimientos
1	<b>EL MINUTO AZUL (1932)</b>
3	Proemio
27	Dedicatoria
29	Epígrafe
31	Pórtico
35	Tu palidez
36	María de Lourdes Arrillaga
38	Soneto uncioso
39	El acorde arrobador
40	Févido
41	Visión de luz
45	Letrilla
46	Impromptu
48	Nieve y candor
49	La canción agorera
52	Tú también como las otras

53	Dádiva galante
54	Yo siento
55	Sor Satiresa
57	Apuntes de Sor Satiresa
59	La muerte de Sor Satiresa
61	El entierro de Sor Satiresa
64	Caridad fugitiva
65	Áulico
67	Ojeras de sortilegio
68	Parvo
69	Motivo romántico
71	Si tú no me quisieras
72	¿Quién eres tú?
74	Romanza ferviente
76	Musas de las alondras
77	Cadencia romántica
79	Infantil
80	¿Dudas de mí?
82	Imploración fervorosa
83	Tú no tienes la culpa
85	Similitud
86	Pleitesía
88	Alma...
91	Muñecas
93	Tríptico lírico y galante

96	Camafeo gentil
97	Tú
98	Cavatina de amor
100	Los cabellos inefables
101	Sor María de Jesús
104	Madrigal a unas manos
105	Amar
107	La visión milagrosa
108	¡Oh amor, bendito seas!
110	Medallón
111	Eres tú
112	Homenaje
113	Reina de nieve y rosa
114	Irremediable
118	Tres sonetos fervientes
121	Estrofas que bendicen
123	Margarita, Margarita
125	Eres como la linfa
126	Sor Celeste
128	Heráldico
129	Imposible
132	¡Oh adolescentes!
133	Ofrendación
134	Fermata azul
135	En un álbum

136	Semblanzas crepusculares
139	¡Ojos tuyos, amor!
140	Deseo gentil
141	Yo soy
142	Sor Ingenua
148	Consummatum est
149	Emperatriz del cetro azul
151	Madrigal
152	Último ruego
156	Heráldica
157	¿Tú también?
159	Poupe
160	Tu voz
162	Oblación
163	Fantasia doliente
165	El dolor de tu ausencia
167	<b>LA SELVA SONORA (1933)</b>
169	Epígrafes
173	Prólogo
207	Preludio bárbaro
211	La selva sonora
215	Lengua de maravilla
220	El ave del milagro
228	El castillo encantado

236	Oda solemne
242	La guerra de los asombros
247	Las piedras aborígenes
255	Rapsodia hímnic
262	El poema inefable
271	Ayacucho
280	Negro y rojo
287	El suplicio del manchego
295	Áurea apoteosis
301	Las piedras coloniales
310	Ave victrix
315	Canto de hierro y oro
320	Las montañas de América
329	Allegro heroico
334	Xochimilco
342	Jesús y don Quijote
352	Sinfonía patética
360	Mater España
367	Virgilio
374	Magna catedral
380	Alas inmóviles
386	Juárez
393	Las catedrales
398	Águilas, ruiseñores y faisanes
407	Sonata épica

415	El arcón de sándalo
422	Hierro
430	Patria de bronce y seda
435	Bolívar
442	Sinfonía heroica
449	Los orfebres de la arcilla
457	El milagro de la piedra
463	Los ríos de América
471	Suite mexicana
481	La epopeya de las alas
488	Universus est lyra
496	Las cumbres
503	3 POEMAS A LA MADRE (1936)
505	Dedicatoria
507	Palabras del autor
511	El corazón parlero
513	A mi madre
515	Madre dulcísima
523	Ofrenda

*El minuto azul*  
*(1932)*





## PROEMIO

**CU**ANDO UN REDUCIDO pero compacto grupo de discípulos y ex alumnos del maestro Horacio Zúñiga, nos decidimos a constituir un pequeño fondo para iniciar la publicación de sus obras, tratamos, principal, y casi exclusivamente, de iniciar al mismo tiempo la pública reivindicación, no sólo de uno de los intelectos más fuertes del país –pensador de recia y vastísima cultura, escritor de brillante estilo, orador de palabra potente y arrebatadora y poeta de envergadura continental– “sino, sobre todo, la del hombre ejemplar de espíritu dinámico, voluntad indomable y vida perfecta, que merece en la actualidad, más que ninguno y mejor que ninguno, el nombre de Maestro; pues, a la capacidad indiscutible y el poder de atracción que posee (hasta en la calle se le ve siempre rodeado de sus discípulos) aúna tal firmeza de principios y tal potencia de convicción, que ha hecho de cada uno de los actos de su vida una inmediata y diaria cristalización de sus palabras, al grado de que, como sucede siempre con los verdaderos maestros, su existencia es la mejor de sus lecciones. (1)

---

(1).— Horacio Zúñiga es el único educador mexicano, que ha abordado en la actualidad con más valentía, extensión y profundidad nuestro complejo problema educativo; prueba de ello es su serie de artículos: CULTURA Y CIVILIZACIÓN, LA REORGANIZACIÓN DE LA PREPARATORIA, EL DOBLE PROBLEMA DE LA PREPARATORIA, LA MUTILACIÓN DE LA PREPARATORIA, LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA, LA REFORMA UNIVERSITARIA, LA UNIVERSIDAD FUTURA, EL PROBLEMA DE LA JUVENTUD, EL CONFLICTO ESTUDIANTIL, EL DIA DEL ESTUDIANTE, MENS SANA, AFIRMACIÓN, NEGACIÓN Y COORDINACIÓN, LA ESCUELA Y LA REVOLUCIÓN, LA SOCIALIZACIÓN DEL ARTE, EL TRIUNFO DE LA NUEVA ESCUELA, POLÍTICOS Y FILÓSOFOS, etc., publicados en los más grandes rotativos del país y varios de ellos reproducidos en los principales periódicos estudiantiles de la Capital y de los Estados.

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

Desgraciadamente, vana ha sido la clara inteligencia, la sólida cultura, el entusiasmo decidido y el elevado y constante amor con que, desde hace 12 años, Horacio Zúñiga, abrazara el magisterio, despreciando las más brillantes oportunidades económicas, sociales y políticas. Sistemáticamente ha sido arrojado de cada una de sus cátedras, sustituyéndosele con senectudes anquilosadas o con pubertades mezquinas, avorazadas y mendaces. Cuantos le conocíamos en la Escuela Nacional Preparatoria ennobleciendo y tornando bella e interesante una cátedra tan árida como es la de Lengua Castellana; cuantos le vimos recorrer los salones más amplios del plantel, hasta terminar en el Anfiteatro, porque todos resultaban estrechos para el número cada vez creciente de sus discípulos y oyentes, cuantos escuchamos su verbo admirable de orador absoluto que recorre toda la gama de expresiones, desde la más dulce hasta la más potente, aunando la imagen y la idea a una voz única: poderosa, llena, vibrante, de un bello timbre cálido y sugestivo. Cuantos concurrimos a las conferencias con que nos regalaba dos veces por semana, para ensanchar nuestros puntos de vista, formar nuestro criterio y educarnos, en fin, en el más elevado sentido de la palabra. Cuantos nos dimos cita en su cátedra, apenas iniciada “pues fue luego suprimida con pretextos baladíes” de Literaturas Comparadas y cuantos nos apretujamos de su elocuencia, aquellos días inolvidables del Centro de Debates y el Ateneo Víctor Hugo. En fin, cuantos asistimos a su gloriosa iniciación y al principio de su culminación como maestro, jamás imaginamos que asistíamos también a la iniciación de esa larga y subterránea, cobarde y ruin serie de persecuciones sistemáticas, que habian de arrojar al preclaro maestro del propio plantel cuyo himno escribiera en 1925 y del seno de la misma Universidad que él representara con su palabra magnífica, el primer día en que esa Institución, rindió su homenaje a los héroes máximos de la patria, en la columna de la Independencia.

Menos aún pudimos pensar entonces, que, tras de ser separado de nuestra escuela máter, el maestro Zúñiga habría de ser arrancado de su cátedra de Historia General, que con tanto éxito sustentara en la Secundaria Núm. 1, a la

## *El minuto azul (1932)*

que fuera arrojado y de la que fue removido un año después, para comisionársele en la Normal, de donde se le cambió más tarde a la Secundaria Núm. 2 trasladándosele aún a la número 7, donde, gracias al espíritu de justicia del actual Jefe del Departamento de enseñanza Secundaria y del Director de ese plantel, parece que habrá de permanecer un poco más de tiempo, aunque reducido a una condición económica no de acuerdo todavía con sus altos merecimientos.

Era pues indispensable que los que habíamos sido testigos de semejante persecución y teníamos la convicción del positivo valer de este mentor, de cuyos grandes servicios ha sido privada la juventud, por obra y gracia de la intriga de los despechados, envidiosos e impotentes (no pocas veces sus propios ex discípulos) hiciéramos un esfuerzo titánico (dadas nuestras escasas posibilidades) para que, ya que era imposible restituirlo a las cátedras que honró, por lo menos disfrutasen de los beneficios de su inteligencia, cuantos no han tenido la satisfacción de contarse en el grupo de sus discípulos. Además, urgía contrarrestar la campaña de silencio con que pretende ahogarse este valor auténtico de las letras nacionales y era preciso exhibir a la faz del país, la personalidad literaria de quien, tarde o temprano, tendrá que ser reconocido como uno de los más grandes escritores de la América actual.

Con tal objeto, unos cuantos discípulos suyos, que por haber participado más íntimamente en su vida, sabemos hasta qué punto este hombre “igualaba con la vida al pensamiento”, logramos constituir un modesto fondo para iniciar, por lo menos, según se ha dicho, la publicación de la polimorfa obra del maestro que comprende, desde el poema y el ensayo, hasta la novela, el bosquejo dramático y la obra de investigación histórica, amén de la prosa didáctica, literaria y periodística.

Naturalmente, para iniciar semejante labor, creímos conveniente de acuerdo con el parecer del maestro, comenzar a dar al público la obra del poeta, sin perjuicio de continuar después con la obra del novelista, ensayista, historiógrafo, etc.

De ahí que el primer libro que lanzáramos fuese “MIRRAS” cuyo éxito nos indujo a apresurar la publicación del presente.

## *Horacio Zúñiga Anaya. La luz Del conocimiento*

Tres libros de poemas habrán de ser los que editemos, por estar contenidos en ellos, tres aspectos que completan o integran la personalidad de Horacio Zúñiga como poeta y por corroborar, los tres, en una síntesis perfecta, que Horacio Zúñiga, según afirmamos, es uno de los pocos poetas absolutos que aún existen en la lengua española, pues posee, “toda la lira” según la expresión de Víctor Hugo, ya que escribe desde el apunte lírico más delicioso y el madrigal más delicado hasta el poema épico de más vigorosa resonancia.

En efecto: “MIRRAS” (poemas orfébricos) según él mismo justamente los llama, es todo un alarde de técnica, una verdadera exhibición de maestría metafórica y musical; un ejemplo tal de posibilidades métricas y armónicas, que nos hace pensar, que si Gutiérrez Nájera fue el precursor de este género lírico, elegante, musical, delicioso, y si Rubén Darío fue su más portentoso realizador, Horacio Zúñiga es su consumidor; pues, más allá de donde este poeta nuestro ha llegado en la combinación rítmica, el arabesco metafórico y la delicadeza perceptiva y expresiva, no creemos que pueda llegar nadie, ni el mismo poeta de los cisnes, cuyos poemas más bellos victoriosamente emula el maestro Zúñiga, pero cuyas posibilidades líricas sobrepasa en varios de sus maravillosos y personalísimos poemas: Sor de Lys, Salmo Lírico, El Poema de la Flor, etc.

Y para que no se nos juzgue exagerados, he aquí las siguientes estrofas entresacadas de sus poemas primeramente citados y en los cuales podrá advertirse hasta qué punto domina la técnica daríana, nuestro poeta.

De la Sonata Doliente:

Yo amé con ternura, con mística fiebre,  
princesas lejanas, quimeras remotas,  
minié finos pasos con dedos de orfebre  
y orné ánforas ricas con manos devotas.

*El minuto azul (1932)*

Tuve blancos cisnes y garzas morenas  
en el vidrio puro de mis muelles lagos  
y hasta tuve sueños como de azucenas  
en los que, al amparo de las hadas buenas  
iba yo en la tropa de los Reyes Magos.

.....  
¡Perdí a la princesa de pupilas zarcas,  
perdí a la princesa de las trenzas rubias  
y no vi desfiles de ricos monarcas,  
en las tardes persas y en las noches nubias!...

De Beti:

Polvo de sol,  
gota de cielo,  
iris dormido en el capelo  
liliputiense de un diamante  
o desvaído en el cambiante  
que desenhebra su arrebol  
en el oriente alucinante  
de ópalo y perla y caracol.

Y para que se vea hasta qué grado supera en finura, elegancia y musicalidad tal estilo, he aquí estos fragmentos en los cuales el poeta hace alarde de lo que podríamos llamar quintaesencia metafórica y arabesco rítmico.

*Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

De Anna Pavlova:

Hialina  
danzarina  
de los pies de lys.  
al fin se desenreda,  
al son de la lira de un fúlgido aedo  
la madeja de músicas de tu cuerpo de seda  
que borda un friso pitagórico en el ingrávigo tapiz.

.....  
Sonrisa  
de brisa  
que apenas si riza  
los bucles dorados del Niño Jesús  
ya eres nada más  
la bruma  
de un sueño de gasa, la espuma  
de un pueblo de luz.  
¡Gloria a ti  
epifanía  
de tul,  
porque en manos del silencio, ¡oh Dios!,  
nos dejaste los éxtasis de tu coreografía,  
como el lirio de un astro entre los dedos de un plenilunio azul!...

De El Poema de la Flor:

Flor:  
perfumado hechizo,

*El minuto azul (1932)*

fragante y mínimo esplendor:  
relicario de seda para el rizo  
dorado del fulgor;  
trozo minúsculo del paraíso  
urna de besos de Nuestro Señor.

.....

Isla de esencias para el fino  
y diamantino  
colibrí  
Cólquida rútila e intacta  
de la libélula argonauta  
de vidrio, esmaltes y turquí.

De las abejas gambusinas,  
piratas de mieles aurinas,  
gruta de Ali-Babá  
y de los ósculos Simbades  
puerto de róseas vaguedades  
adonde todo ensueño va

De Quetzal:

Arco iris viajero  
en litera de alas

.....

Ave  
de encantamiento  
es tan suave  
el portento  
de tu primor, que, al mirarte pasar, como de un cuento

*Horacio Lúriga Anaya. La luz del conocimiento*

al rosicler trasluz,  
nadie sabe,  
si una alborada te pintó en el viento  
o una quimera te bordó en la luz!...

De El Colibrí:

Melodía  
de pedrería  
y de arrebol;  
en la corola del día  
danza de gota de Sol;  
rocío de arco iris que se queda  
fingiendo trémolo de seda  
en un columpio tornasol.

De Salmo Lírico:

Ya alcanzaste por fin  
la irreal transparencia del tul;  
ya eres todo de azul  
de leyenda y de azul de lontano  
y arcano  
confín;  
y eres a manera de un juglar serafín,  
que llevase en la voz un bulbul  
y tuviese por alma un jazmín!...

.....

*El minuto azul (1932)*

Monje pordiosero  
de luz,  
que transitas por el sendero  
de la mano de los fulgores de lucero  
de Jesús.  
Anacoreta  
de la poesía  
esteta  
beato que repasas el Ave María  
del espectro solar,  
en las páginas de agua de la faceta  
que la aurora se pone a iluminar.

De Sor de Lys:

Sí  
todo en tí  
canta  
y  
ora,  
Santa  
de la palabra canora,  
gerónima de la divina garganta,  
Sor de Lys de la lira y de la aurora!...

.....  
En el rubor  
de un ingenuo caserío  
como en la púrpura de una rosa, puso Dios el temblor  
de tu existencia de rocío.

.....  
Pues, aunque fuiste miel de aristocracia  
en la corte del marqués de Mancera  
“transparente de gracia,  
casi inmaterial de quimera”  
fuiste más bien, para Doña Leonor de Carreto,  
la miniatura de una Doctora de Ávila de cera  
dormida en el gemario de un soneto.

.....  
Rosada caracola,  
en la que se arrodilla  
el tumbo de la ola  
épica y se humilla  
el trueno del pretérito mar,  
y el relámpago mismo, en un iris, se inmola,  
y para estar en su alma que el sueño tornasola,  
la luna despetala su corola  
en una eucaristía de nieves de azahar!...

.....  
¡Oh espuma  
de belleza  
y de pureza!  
¡Oh musa de nuestros zenzontles! ¡Oh torcaz  
de Nuestro Señor!  
para enseñarnos cómo hasta el arte es nada más  
un peldaño celeste y cómo a cambio del esplendor fugaz  
de abajo, se alcanza arriba el máximo esplendor,  
haz, ¡Oh divina Sor Juana!, haz  
que veamos desde nuestra miseria, cual un doble símbolo redentor,

*El minuto azul (1932)*

la cruz abierta de tus brazos, que va diciendo: ¡AMOR!  
y el lirio en alto de tu frente que va cantando: ¡PAZ!...

Y conste, además, por el profundo sentido de este último fragmento, que, contra lo que pudiera pensarse, Horacio Zúñiga no es nada más un poeta de forma, un orfebre o parnasiano. No, en esto también aventaja a los poetas puramente estilistas, veámoslo en las siguientes estrofas que entresacamos del mismo libro "MIRRAS":

De Belleza, Belleza Misericordiosa:

¡Oh epopeya bárbara de fuerzas impuras!  
¡Oh salvaje triunfo de impuras pasiones!  
¡La especie con vuelos...pero sin alturas!  
¡El siglo con alas...pero sin canciones!

De Señor, más, mucho más:

¡Señor, dame la hiel  
de tu cáliz fatal  
y enséñame la ciencia celestial  
de encontrar el acíbar como miel  
y el cieno como límpido cristal!

¡Señor, dame tu inmensa mansedumbre,  
dame tu suavidad, dame la lumbre  
de tu infinito amor!  
¡Dame tus claros sueños de zafiros,  
y dame tus suspiros,  
y dame tu fervor

*Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

y tu candor  
y tu dolor!...

¡Y tu dolor, Señor, tu dolor santo,  
tu dolor infinito,  
cuyo fecundo y luminoso llanto,  
en la sombra encendió la flor del canto,  
e hizo saltar en rosas el granito!

¿Puede pedirse un misticismo más puro, más bello y de una más delicada aristocracia?

Pero todavía llega más allá, en el poema “Súplicas de Mansedumbre y Altivez” que tendríamos que reproducir entero, para no sacrificar su belleza, y en su admirable soneto “¡Pobre hermano!” del que reproducimos las siguientes estrofas:

¡Ven! el mundo es la tumba vergonzosa del ser,  
el abismo espantoso cuyo infame capuz  
ampara los brutales delirios del placer!

¡Ven, hermano, solloza: ¡sollozar es dar luz!;  
padece hermano mío: ¡brillar es padecer!  
¡Sufre!... ¡Sufre!... ¡La aurora es brote de la cruz!

Y así como estos, podríamos citar otros muchos poemas del autor, tan unciosos, tan profundos, llenos de tan elevada emoción, que bastarían, para colocarlo en la categoría de los verdaderos poetas: dueños absolutos del fondo y de la forma.

## *El minuto azul (1932)*

Empero, como deseamos que se conozca a Horacio Zúñiga en su triple aspecto de poeta lírico, romántico y épico, o sea virtuoso de la imagen y el ritmo; maestro de la emoción y de las más vigorosas expresiones épicas: como tratamos de dar a conocer totalmente a este escritor que es más fino que nadie, más emotivo que nadie, y también más poderoso que ninguno en la actualidad; tras haber lanzado su libro “MIRRAS”, quisimos, casi contra su voluntad, (en este otro libro suyo figuran muchos poemas escritos desde hace más de diez años) entregar al público “EL MINUTO AZUL” en el que nos ofrece, siempre dentro de su elegancia innata, el fuego de una pasión humana, demasiado humana a veces, y la cotidiana tragedia de su propio corazón.

Sobre todo al presentar este aspecto, el menos genial, pero indiscutiblemente el más individual, el más íntimo del poeta, queremos demostrar de qué manera su espíritu, sabe tocar esos que son como los dos polos de la poesía, de la poesía absoluta: el romanticismo que es la afirmación más completa del yo y el epicismo, en general toda la poemática de grande aliento que, prescindiendo por completo del interés exclusivo del poeta, toca la médula misma del mundo, y sólo se interesa por lo específicamente humano, por lo general, lo universal, lo cósmico e infinito. Por otra parte ya se verá como hasta aquí Horacio Zúñiga es inconfundible, por la potencia expresiva, por la fuerza emocional y por la cadencia refinada que sabe dar a sus sentimientos, aun a aquellos que, por su misma naturaleza, rehuyen todo acicalamiento.

Después de este libro, vendrá el último de la serie: “LA SELVA SONORA”, la máxima creación poética del autor: una colección de 40 poemas épicos –orquestales, como él los llama– de vigoroso empuje, de la más elevada concepción, de una fuerza ideológica tan grande, de una riqueza rítmica y metafórica tales, que no vacilamos en considerarlo como la realización –en poesía– más importante en los últimos tiempos en todo el continente de habla española, en

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz Del conocimiento*

calidad y en cantidad; pues, mientras los tres o cuatro poetas índices de América, sólo cuentan con unos diez poemas de poderosa envergadura, Horacio Zúñiga ha logrado escribir cuarenta, cada uno de los cuales bastaría por sí solo para darle un prestigio continental y todos juntos –síntesis de casi toda la métrica castellana y muestra de las más elaboradas combinaciones rítmicas, fruto de una innovación poética lenta y sabiamente efectuada– nos perfilan vigorosamente la colosal silueta de este poeta, que reúne la delicadeza y musicalidad de Darío, la grandeza de Chocano, el aristocrático vigor de Lugones y la escultórica potencia de Díaz Mirón.

Con razón, cierta vez, comentando “Universus est Lira”, uno de los máximos poemas del maestro, dijo a éste, el escritor Pérez y Soto, uno de nuestros dos o tres críticos literarios: “en mi concepto, Ud. es el Derhaeren mexicano: sólo al más grande épico belga contemporáneo puede compararse Ud.”

Prueba de la justicia de juicio semejante sean los siguientes fragmentos tomados al azar de otros tantos poemas de “LA SELVA SONORA”

Del Universus est Lira:

En una de esas vastas llanuras de vacío  
que sepulta el espacio con sus bloques de hastío;  
allí donde se abrevan de siglos, las edades,  
prendidas a las ubres de las eternidades,

.....  
Crispaturas de vórtices, en cuyos paroxismos  
sollozan sus coléricas angustias, los abismos:  
titánicos derrumbes, ciclópeas convulsiones:  
truenos como fuetazos en dorsos de aquilones:

*El minuto azul (1932)*

relámpagos que hunden sus puñales de plata  
en el pecho angustiado de la tierra escarlata:  
olas inmensurables de una violencia suma  
cuyas iras restallan sus látigos de espuma.

Los potros desbocados de todos los torrentes  
torciéndose en convulsos furores de serpientes;  
las rocas encendidas que disparan las cumbres,  
y el golpe de los fuertes y raudos huracanes  
que bambolean, como panojas, los volcanes,  
y que van recogiendo con sus alas arteras  
el botín perfumado de las floras enteras!

De Mater España

Te dimos ajorcas, lingotes, quetzales,  
pero tú nos diste dulces madrigales;  
brindámoste plumas y piedras preciosas  
y tú nos trajiste cosas armoniosas  
cosas prodigiosas  
y maravillosas;  
te llevaste el oro de nuestros monarcas;  
con nuestras riquezas llenaste tus arcas;  
la profunda entraña de tus galeones  
consumió la carne de nuestros filones,  
para tus Simbades, fue América Ormuz;  
pero nos dejaste bienhechora y pía,  
nos dejaste el cáliz de toda ambrosía:  
el leño florido de arrullos, la Cruz!

*Horacio Lúriga Anaya. La luz del conocimiento*

y como un presente de milagrería  
¡tu fabla! ¡tu fabla! ¡hoy también la mía!  
que rodó hasta el mundo, como rueda el día  
de los melodiosos labios de la luz!...

De Las Catedrales:

¡Sinfonías portentosas de un insólito esplendor,  
pétreos himnos inflamados de sublime majestad;  
escultóricas plegarias, epopeyas de fervor  
que penetran en los cielos con temblores de ansiedad  
impetrando al que es la fuente del consuelo y el amor,  
para ver si al fin mitiga nuestra sed de eternidad!

De Canto de Hierro y Oro:

Un clarín de epopeya tiende su grito,  
cual de ala de rapsodia vuelo sonoro,  
y es toda la llanura del infinito  
la voz de la magnífica garganta de oro.

.....  
El pasado despierta... Una potente  
mano, cava en las sombras transfiguradas  
¡Oh apoteosis!... ¡El día? ¡Esa es tu frente!  
Ya miro las estrellas... ¡son tus pisadas!

*El minuto azul (1932)*

De La Epopeya de las Alas

Cristóforos Colombos del espacio: marinos  
del azul, almirantes de la terca osadía,  
en cuyos hombros aquilinos  
amarra la bravura sus áureos torbellinos  
y cuelga sus guirnaldas de pájaros el día!

.....

¡Nautas del sol! ¡Oh príncipes de la enorme aventura,  
para exaltar el triunfo de la aeronáutica locura,  
disparad como un bólido de músicas la voz,  
y enredada en las hélices la crin de las centellas  
id hasta los insólitos atlánticos de estrellas  
donde rugen las cósmicas tempestades de Dios!

De Lengua de Maravilla:

¡Lengua que se arrodilla con los fervientes rezos,  
lengua que estalla en albas miríficas de besos,  
lengua en la que es almíbar de músicas la voz!

¡Lengua que expira tenues efluvios de violeta,  
lengua que en los celestes cansancios del poeta  
es una letanía rezando junto a Dios!

.....

¡Oh lengua de los pueblos hermanos de mi raza!  
¡Oh lenguas cuyas flores ornaron la coraza  
del aguerrido y férreo y audaz conquistador!

*Horacio Lúriga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Oh lengua en cuyos claros estuches de armonía,  
bebieron nuestros indios la dulce Ave María  
con que se inunda el alma de néctares de amor!

De Jesús y Don Quijote:  
(Jesús al Manchego)

“ven, Señor de los vencidos, aquí está lo que buscabas:  
Aquí están las maravillas del Edén con que soñabas,

Los demás estaban ciegos, sólo tú todo lo viste;  
los demás estaban sordos, el que oyó tú sólo fuiste;  
tu dolor jamás fue falso: ¡el dolor nunca es mentira!;  
tú viviste muchas veces en el mundo y en la lira  
y tu vida no fue estéril, ni fue inútil tu idealismo:  
¡sólo el odio es infecundo, sólo es pobre el egoísmo!

¿Que rodaron en sollozos tus alcázares de ensueño?  
¡Es verdad! ... pero, ¿qué importan los fracasos de tu empeño?;  
tu derrota no es vergüenza, ¡no es vergüenza la derrota  
cuando el alma es la que sufre y es la bestia la que azota!”

Y ya dentro de su técnica exclusiva, ostentando toda la riqueza sonora, imaginativa e ideológica de sus personalísimas producciones de últimas fechas, he aquí estos brillantes trozos de sus novísimos poemas, orquestales positivamente, según él mismo los designa:

*El minuto azul (1932)*

De La Selva Sonora:

¡Selva de Homero! ¡Selva de Esquilo! ¡Selva de Dante  
y de Virgilio y de David y de Ezequiel!  
Tú que te abriste la entraña resonante  
para que en los antros del silencio hubiera un lírico vergel;  
tú que le diste sombra al Caballero Andante  
y ceñiste las sienes de Ruy Díaz con el más ancho laurel,

¡Selva de los profetas!  
¡Selva de los poetas!  
¡Selva de los videntes y los soñadores!  
en este instante,  
duro y torvo como un diamante  
ciego de resplandores,  
¡Selva sublime! ¡Selva todopoderosa, canta, canta, canta!  
¡Acribilla otra vez el infinito con los clamores  
de tu garganta!

¡Haz que el tiempo vencido guarde tus músicas como un lebrél,  
y a modo del Galileo de los desnudos candores,  
mueve las hienas del instinto con una prédica de ruiseñores  
y pon en las fauces de la muerte una parábola de miel!...

De Negro y Rojo:

Humareda  
de la hornalla del Cosmos que crepita  
con el chisporroteo de un huracán de estrellas,

*Horacio Lúriga Anaya. La luz del conocimiento*

la noche,  
negra, es negra  
pero sublime,  
pues es la inmensa  
página de su silencio, Dios que es el supremo filósofo  
y el máximo poeta,  
escribe con metáforas de mundos  
la musical geometría de lo que piensa!...

De La Suite Mexicana:

Azulejos de las cúpulas flordelisadas  
de brillos, en cuyos paradisiacos primores,  
guardan el arrebol las acuarelas de sus miradas  
y dejan sus breviarios de trinos los ruseñores!...

¡Jícaras Michoacanas! ¡Jícaras cuyo seno se ahonda  
para albergar mejor la folklórica onda  
del lago de Pátzcuaro: copa de oro en las manos de la montaña de añil,  
donde abrevan los soles  
aborígenes sus “colipavos” tornasoles  
y en donde pesca luceros submarinos del cielo pastoril!

.....  
¡Sarapes del Saltillo!... La mañana  
que bendice los valles, de su sonrisa con el aljófaro rosicler,  
llega, luciendo el resplandor de blondas de la tehuana,  
sobre el sarape de arrebolos que le extiende el amanecer!...

*El minuto azul (1932)*

Y la noche de la trenza bruna,  
de los ojos de capulín y el lentejueado “castor”,  
insomne de añoranza, sonámbula de amor,  
se arropa en el sarape transparente del claro de luna  
o camina como, si fuese bajo un dosel paradisiaco,  
bajo el sarape de constelaciones del Zodiaco!...(1)

De Las Cumbres:

Los ejércitos que se destrozan,  
los pueblos que se destruyen, las razas  
que se aniquilan... El zigzag  
formidable de lo que retrocede y lo que avanza;  
el perpetuo crimen de la selección natural,  
implacable...pero “justa y necesaria”.  
¡La lucha perpetua del Cristo de las misericordias  
y el súper-hombre de la mecánica!

El balanceo terrible; la pendulación eterna; la marea incesante;  
el gigantesco latido de lo creado; la palpitación  
profusa del universo; el sístole y el diástole  
de la magna víscera del mundo; el ritmo del corazón del orbe.  
La espiral ascendente de la evolución creadora  
o de la creación evolutiva... El átomo de Demócrito,  
la geometría astral de Pitágoras;

---

(1).— Ya que, ocasionalmente hemos reproducido estos fragmentos del maravilloso tríptico folklórico del maestro, dígasenos ¿qué poeta mexicano ha tratado estos tópicos con igual belleza, elegancia y originalidad?

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

las transformaciones de Heráclito; los principios de Thales;  
el dualismo de Empédocles; la progresiva escala  
de Aristóteles ...  
El Ananké, el Dharma,  
la mónada, el noumeno, el incognoscible, el devenir,  
hasta la relatividad,  
la intuición, el subconsciente y el complejo y el sublimar, y el...  
¡el problema de siempre y la invariable ignorancia!  
¡la misma inquietud con distintos nombres!  
¡el mismo misterio con diferentes palabras!  
¡La eternidad que en el infinito se realiza,  
y la coordinación biológica que persiste,  
y los soles que se carbonizan y las esferas que se desgajan  
de sus órbitas y los sistemas planetarios que se derrumban,  
y este vil puñado de polvo de la humanidad que pasa!...

El pensamiento,  
el sentimiento, la acción, la tragedia y la farsa...  
¡El rebato de las roncadas tempestades del destino  
y el repique del carillón de alondras de la esperanza!  
¡Y el huracán de truenos de las arengas napoleónicas  
y la brisa de arrullos de las bienaventuranzas!...

Tal el potente escritor cuyo libro “EL MINUTO AZUL”, ofrece hoy al público el pequeño, pero resuelto grupo de sus discípulos, que desean demostrar al Maestro –para nosotros Horacio Zúñiga es sobre todo el maestro– que si la mayoría de sus alumnos lo ha olvidado y negado, cuando no traicionado y cruelmente zaherido; y que si hasta los propios Institutenses de Toluca, han ahogado sus triunfos en la más vergonzosa indiferencia y asesorados por estultos

## *El minuto azul (1932)*

y envidiosos, estúpidamente han pretendido cerrarle las puertas de la gloriosa Escuela de que es hijo glorioso, no obstante el decidido apoyo (honra tanto para el poeta como para el mandatario) del actual Gobernador del Estado de México, Coronel Filiberto Gómez; en fin, que si para ser completamente grande no le ha faltado ni la campaña de silencio con que pretenden sepultar su voz, los mediocres y despechados de todas escuelas y parroquias, todavía existen en la propia urbe maldita de que tanto abomina, voluntades decididas, corazones resueltos y espíritus generosos, capaces de reivindicar los fueros de la cultura nacional, y de sacar a flote el prestigio de una juventud que puede, engañada o seducida, cometer injusticias pasajeras, pero que, de ninguna manera puede hacer de la injusticia, la intriga y las bajas pasiones, ley de sus actos y norma de su vida.

Y para quienes sigan afirmando que el maestro Zúñiga no es nadie, sirva de respuesta categórica la publicación de estos libros, ya que algo debe valer el hombre por quien un grupo de sus discípulos, de escasos recursos económicos, gustosos constituyen un pequeño capital para acometer la entre nosotros temeraria empresa de editar sus obras.

Que nosotros sepamos y a últimas fechas por lo menos, no ha habido en México ningún maestro cuyo positivo valer, cuyos indiscutibles merecimientos y cuya evidente grandeza moral e intelectual, hayan sido capaces de suscitar en sus discípulos un gesto semejante!

México. D. F., agosto de 1932.

JUAN MANUEL CARRILLO B.



# DEDICATORIA

A  
vosotras  
caridades de en-  
sueño; misericor-  
dias de arrullo;

A  
vosotras  
que arropásteis  
las desnudeces de  
mi angustia con  
vuestras sedas de  
caricia.

A  
vosotras.



## EPÍGRAFE

RETENDEN algunos escritores modernos, que nuestra época está entrando en la verdadera ciencia de las letras, ello puede ser, sobre todo como “ciencia”, pero no como arte. El arte, en el concepto natural y clásico de la palabra, no es analítico sino espectacular, la investigación analítica es una elaboración posterior del lector, un derivado racional de la emoción creadora. Una literatura analítica es puro “tratado”, sea cualquiera el campo en que se mueva. Y como nuestra época se aleja cada día más del concierto natural entre el corazón y la cabeza, buscando refugio en el cálculo puro, de ahí que la literatura ésta de nuestros días sea completamente cerebral. Y es claro que las gentes que se pavonean creyéndose libres de su animalidad emocional, sienten una soberana hinchazón en el plumaje cuando leen un libro en que el corazón no tiene sitio. “Es un romántico”, suele decirse por ahí, cuando un “pobre poeta” se lanza a la aventura de comprender la vida a través de la sangre y del entusiasmo.

¿Hemos realmente ganado con la trasposición de las aptitudes para ver la vida, es decir en este cambio o traslado del corazón, a la cabeza? Ciertamente nos hemos hecho mucho más “terribles” y osados en esto de pensar, pensando, decimos ahora, no corremos riesgo... pero sintiendo sí. De ahí que la enorme mayoría de los escritores actuales no tengan paja en el ojo para espetarle al primer comprador de periódicos una nueva teoría sobre el valor del hombre como un animal útil y como máquina productiva. Desde que andamos sólo por la cabeza sin bajar a las profundidades selectivas del sentimiento, nada nos cuesta empujar a las masas hacia nuestras “doctas” conclusiones. Convertido el hombre

en máquina de pensar, sus actos, como sus palabras corresponden a la categoría de la máquina. ¡Con qué olímpico desprecio miran nuestros “cerebrales” al trémulo pazguato que se anima a expresar una verdad de carácter emotivo! “Es un aldeano –dicen– y no se ha refinado”.

Y en esta manera de ver las cuestiones espirituales, esos nuevos literatos no van más allá del frío y necio cartesianismo antipoético de otro siglo que se ufana de pertenecer a la rígida razón:

“Mais nous, que la raison a ses régles engage”

decía desde lo alto de su gorguera el matemático del cálculo infinitesimal con un desprecio soberano por aquellos italianos deslumbrados de literatura sentimentalista. Descartes llegó hasta decir que “la poesía se deriva de una agitación de los espíritus animales”, es decir, de lo que conocemos como plasma y centro psíquico de nuestras emociones. Descartes, en este sentido, sigue siendo un precursor de la época presente, que afirma “el materialismo de la historia” rechazando los puntos de vista puramente simbólicos de los fines del arte. No conocemos sino un ejemplar de hombre que pugna en nuestros días por completar al hombre en su estructura total: Keyserling, que revolviéndose contra la unidad externa de la historia nos presenta el progreso del espíritu en lucha abierta con el progreso de las colectividades amorfas.

El arte será siempre superior a la ciencia, porque abarca y expresa al hombre entero. Penetra por la sutilidad de aquellos oscuros caminos de que habla Rolland, hasta el núcleo profundo y tenebroso de nuestras fibras sensibles y asimismo trepa sobre el hombre de carne hasta alturas en que el vértigo tiene su asiento. Y desde luego el arte es enemigo del progreso material: en cuanto ha comenzado ese progreso a ganar campo, el arte ha entrado en decadencia.

RAFAEL CARDONA  
(Entre El Arte y La Ciencia)

## PÓRTICO

### V ERSOS

amanecidos, como perfume de músicas, en la rosa de besos de la aurora del alma; versos torpes pero lípidos como los glogloteos del arroyo; versos desnudos como la carne de los lirios silvestres; versos franciscanos como el césped que ablanda el tránsito del céfiro pastor y de las brisas campesinas; versos nazarenos como el rocío que escribe parábolas de arco iris en las páginas de seda de los pétalos y se desgrana el corazón de linfa en caridades de brillos y misericordias de fulgores; versos humildes, versos ingenuos, versos desvalidos, mendigos de esperanzas y limosneros de ilusión; versos de amor, en fin, como quien dice, versos de mundos preferidos donde los hombres no se injertaban alas en los hombros porque ya las tenían en el espíritu; ni se amplificaban la voz con la onda de Hertz, porque, al igual que el filósofo de los números, sabían escuchar con los ojos las rítmicas coreografías astrales, y habían aprendido el secreto de seguir, con la mente, la íntima cadencia de las músicas cósmicas.

#### Versos

sin importancia, ni trascendencia, ni retorcimientos, ni complicaciones, indignos, seguramente, de Huidobro, y de Marinetti, y de Folgore, y de Apollinaire, y de Iwan Goll, y Beaudin, y Woroniecky, y Stephen George; pero devotos todavía, ¡benditos ellos! de la alondra de Verona, llevada a Versailles por las marquesas de Darío, y traída a la América por los blondos pajecitos del Duque Job.

Versos

indignos del Jazz, y del Empire State, y del Espíritu de San Luis; zafios versos cursilones, como la Roxana de Rostand ¡rosa prisionera tras del cordaje de la lira! y como Dulcinea ¡ruiseñor de besos en los resecos labios del Manchego!

Versos

sublimemente ridículos, y adorablemente chabacanos y encantadoramente vulgares; versos de las épocas antañonas, en que las arquillas de sándalo, olían a sándalo y a recuerdo, y en las que, de la mano de seda de las penumbras dulcísimas, iban las añoranzas beatas a desgranar oraciones de confidencias en los reclinatorios del silencio, aromados y santificados con los copales del suspiro.

Versos

tontos, vacíos, toscos, absurdos, inútiles como verdaderos versos de amor; sin las finuras melódicas a que aspiran los de mis SINFONÍAS; sin la prestancia y elegancia eurítmica con que sueñan los de mi colección MIRRAS; y sin el arrebatado aliento que intenta sacudir las robustas aunque toscas ramazones de mi SELVA SONORA, estos imperdonables versos de boberías y antiguallas, son sin embargo, para mí los más queridos, acaso porque son más sinceros, los más míos, los que tienen más de mi sangre y de mis angustias; los que han penetrado hasta los más recónditos calvarios de las glebas de mi alma...

Por eso

me atreví a reunirlos en este libro que seguramente habría sido mejor que no se publicara nunca, pues, ¿cómo podrá gorjear sobre el tumulto de los aviones, la

*El minuto azul (1932)*

música zagala de la divina mentira, y cómo podrá posarse en el horario gris de nuestra época, el pájaro romancero del MINUTO AZUL?...

HORACIO ZÚÑIGA



*El minuto azul (1932)*

Tu palidez

Tu palidez es triste como el albor de la luna,  
como de nieve enferma, como de rosa-té,  
se arroban en sus sedas quietudes de laguna  
y duerme en sus marfiles la luz de lo que fue.

Su levedad de pétalo con mi dolor se aduna  
porque los dos son mansos y tienen no sé qué,  
te palidez es dulce como canción de cuna,  
como fervor de beso, como temblor de fe.

Tu palidez es de una belleza dolorosa,  
como lo que suspira, como lo que solloza,  
como lo que se pierde, como lo que se va.

Tu palidez alumbra como la de los cirios,  
es como de holocaustos, es como de martirios,  
como de beatitudes, como de más allá!...

Para  
la Hermana  
Azul

## María de Lourdes Arrillaga

María de Lourdes Arrillaga:

placidez  
de un remanso  
de música y de miel,  
ritmo de ensoñación,  
dulce vaivén  
de la hamaca de un verso tremulante  
y suspirante, como la brisa del atardecer.

María de Lourdes Arrillaga:

nombre que es,  
con sus complicaciones exquisitas,  
la clarinada fiel  
que pregonas tus dones, tus selectos  
encantos, tu “chic” de señorita “bien”,  
y esa tu ingenuidad aristocrática  
tan fina, que  
te hace  
parecer,  
la más encantadora y adorable  
de las mimadas hijas de un virrey.

María de Lourdes Arrigalla:

¡oh nombre, oh vida de  
“peluche” y de armiño,  
de gorjeo y de joyel,

*El minuto azul (1932)*

de violeta, de malva y rosa-té!  
¡Oh vida que en el lago de los sueños  
se desliza con muelle languidez,  
como el más armonioso y elegante  
de los egregios cisnes de Rubén!...

## Soneto uncioso

Más allá de la vida y de la muerte  
mi corazón, con frenesí, te adora;  
y es pequeño el pesar que me devora  
si alcanzo, al fin de mi pesar, a verte.

Quererte así es rezar y no quererte;  
mi voz cuando te canta, canta y ora,  
¡pétalo de ilusión, lampo de aurora,  
qué galardón más grande que tenerte!

¿Sabes? Cuando yo solo en mi retiro  
las duras garras de la angustia siento  
y el desencanto de mis sueños miro,

me parece que llega a mi aposento  
tu corazón rezando en un suspiro  
como un arrullo que columpia el viento!...

## El acorde arrobador

Ojos claros, claros ojos infinitamente amables,  
infinitamente llenos de un remoto no sé qué,  
ojos lánguidos que rezan con miradas inefables  
y que alumbran, largamente, los caminos de la fe.

Labios húmedos que esmaltan bermellones y carmines;  
labios líricos que tiemblan con sonoros aleteos;  
labios hechos por las hadas con esencias de gorjeos  
y plasmados por las musas con arrullos de violines!

Cabellera embalsamada con los pétalos de nieve  
de unas manos de poema, de romanza, de oración;  
cabellera indefinible: blonda, y fina, y suave, y leve,  
como el bucle que en el viento va rizando la canción!

Alma que es el más radiante de los sueños de María;  
alma que es el soliloquio más ferviente de Teresa;  
¡alma que es mucho más suave que el pesar de Sor Tristeza,  
la que llora con suspiros como Sor Melancolía!...

¡Oh el acorde en el que aduna la belleza milagrosa  
a la cándida novicia con la rorra de París!  
¡si me diérais un instante vuestra música gloriosa,  
ojos-lagos, labios-versos, cabellera luminosa,  
y alma-pájaro, alma-trino, alma-joya y flor de lys!...

## Férvido

Cabe el azul dormido de mi ternura zarca,  
férvidamente triste mi corazón te espera;  
¡ya sé que es un lucero de almíbar tu litera  
y que es un cuento de oro tu fúlgida comarca!...

Sobre las tersas cumbres que el entusiasmo enarca  
mi corazón te espía, como a la Primavera;  
¡ya sé que tú te arropas en lampos de quimera  
y que eres como el sueño de un lírico monarca!...

Todas las horas lentas que va regando el día,  
mi corazón, sonoro como una melodía,  
se me volatiliza buscando tu visión;

¡Oh suavidad celeste como de luz violeta!,  
¿por qué no vienes pronto, si es un anacoreta,  
si es un anacoreta mi enfermo corazón?...

*El minuto azul (1932)*

Visión de luz

Visión de luz, de gasa y de copal,  
tenue visión ingrávida y astral,  
paseaste frente a mí tu gracia leda  
y todavía me queda  
el frú-frú de tu leve ala de seda  
y el lampo de tu vuelo celestial...

Yo, como siempre,  
iba arrastrando  
por la fatiga gris de los senderos  
el peso abrumador de mi cansancio,  
helada la sonrisa en un suspiro,  
la canción moribunda a flor de labio,  
trémulas y llagadas  
las pecadoras manos  
y, en lo más hondo de mi ser  
llorando  
con silenciosos  
llantos  
a mi única inseparable, a mi esperanza  
que de esperar estaba agonizando...

Muy grises, muy brumosos, muy inciertos,  
muy sordos, muy oscuros, muy lejanos,  
llegaban hasta mí  
los ecos pálidos

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz Del conocimiento*

de la vida inquietante y egoísta,  
cuyos arcanos  
apetitos, pasaban brutalmente  
como bisontes azuzados,  
sobre las alcatifas de los sueños  
hechas con terciopelos de milagro!...

Mi alma para todo estaba sorda,  
mi corazón, crucificado,  
ajeno a la corriente de los días  
se pasaba las horas, bajo  
el  
diáfano  
cielo,  
deshojando  
las azucenas de sus letanías, los lotos  
de sus sueños, y el candor de sus líricos rosarios.

¡El mundo para mí era una gran sombra,  
una gran amargura, un infinito y hondo desencanto!

Pero pasaste tú por las alfombras  
de mis silencios vastos,  
acariciaste mis caminos yermos  
con las trémulas alas de tus pasos;  
desmadejaste sobre mis heridas  
la seda luminosa de tus miradas de cansancio,  
y en la matinal epifanía,  
mis rosas reventaron,

*El minuto azul (1932)*

se desdobló el cristal de mis arroyos,  
de las gorjas surgieron trinos diáfanos,  
abrieron sus estuches de turquesas  
mis recónditos lagos,  
y desperté, como de un sueño de fatigas,  
largo, muy largo... ¡desoladoramente largo!...

Pasaste junto a mí,  
eras a modo de un armonioso verso lánguido,  
luminoso, transparente, eras cual  
oración en los labios  
de Francisco:  
¡el inefable santo  
que, como era un arrullo de jazmines,  
perfumaban los cielos y la tierra cuando  
rezaba  
sus deliquios cándidos!...

Pasaste junto a mí, divinamente,  
suavemente, como un conturbador suspiro blanco  
y estremeciste mis cordajes mustios,  
apagaste mi hoguera, enjugaste mi llanto,  
y acariciaste  
con tus suaves manos,  
este dolor tan hondo y tan querido  
que duerme en mi existencia, desde hace muchos,  
pero muchos años!...

*Horacio Lúriga Anaya. La luz del conocimiento*

Pasaste junto a mí,  
¡divino encanto!,  
pero te me esfumaste en el sendero  
desolador y amargo;  
pero te fuiste, sí, pero te fuiste,  
pero te fuiste... ¡como todo lo que he amado!  
y en las alfombras de mis lúgubres silencios  
se perdió la caricia de tus pasos,  
y agonizaron mis rosales trémulos  
y mis sueños, también, agonizaron,  
y de mis íntimas espinas fue cayendo  
la seda luminosa de tus santas miradas de cansancio!...

Y otra vez, como antes  
de que te hubiera contemplado,  
el mundo para mí fue una gran sombra,  
una gran amargura, un infinito y hondo desencanto!...

¡Oh transhumante y cruel  
visión de luz, de gasa y de copal!  
¿por qué con tu celeste gracia leda  
no endulzaste mi hiel?  
¿por qué, rauda visión astral  
de ti sólo me queda  
el frú-frú de tu leve ala de seda  
y el lampo de tu vuelo celestial?

*El minuto azul (1932)*

Letrilla

Todas las mañanas siento  
que me envuelve tu fulgor,  
pues la mañana es un cuento  
de luz, que insinúa el portento  
de tu divino esplendor.

Todas las tardes, gimiente  
de angustia, pienso en tu amor,  
porque la tarde doliente  
se va silenciosamente,  
se va silenciosamente  
como mi ensueño mejor.

## Impromptu

Muñequita de carne y hueso;  
colegiala  
más leve que un ala,  
más dulce que un beso.

Adorable juguete de amor,  
¿te trajeron por sendas de luz  
los tres magos que ungieron la flor  
humana y divina del niño Jesús?

¿13 años?... ¿14?... Eso es,  
las rorras no tienen edad,  
como aguinaldo, tal vez  
tú naciste en la placidez  
de un cuento de navidad...

Cuello de nivea virtud,  
elástico de juventud,  
párvulas manos de lys  
como cajitas de anís,  
ojos de alucinación  
labios de rezo y canción;  
alma nítida y rosada  
de serafín o bebé;  
vida siempre arrodillada  
en los éxtasis de la fe.

*El minuto azul (1932)*

¡Muñequita, muñequita  
del uniforme azul turquí!,  
¿por qué si eres tan bonita  
no te vuelves la princesita  
que a veces sueño junto a mí?...

A  
tí  
brisa de arrullo  
en mi  
sendero

## Nieve y candor

Hay tan puro prestigio en tus encantos,  
tantos preclaros timbres en tus dones,  
que para hacer tus cándidos blasones  
precisa hurgar heráldicas de santos.

En tu existencia hay sacrificios tantos,  
tantas blancuras, tantas bendiciones,  
que son nieve y candor tus oraciones  
y oraciones purísimas tus llantos.

Y tanta caridad se halla dormida  
en tus pupilas triste y cansadas,  
que quisiera en su luz lavar mi herida,

ungir mis secas rosas encantadas,  
y ponerme a soñar toda la vida  
bajo la tienda azul de tus miradas!...

## La canción agorera

Soñaba mi jardín  
un sueño de ilusión,  
la fuente era un violín  
y el viento una canción.

El alma de Romeo  
latía en el gorjeo  
de un dulce madrigal;  
y el viento que cantaba,  
mi amor así glosaba  
mientras lo acompañaba  
la fuente de cristal:

-“Yo he rizado el tesoro de su blonda guedeja,  
yo he tremado en los hilos de su fina madeja,  
de la fina madeja de su fúlgida voz;  
yo he sentido sus besos y escuchado sus trinos  
y he llevado en mi dorso, por celestes caminos,  
sus plegarias de seda que se duermen en Dios”.

“Yo he palpado la felpa de su cutis de rosa,  
yo he vibrado en la risa que en sus labios retoza  
y que finge el preludio de un pueril cascabel;  
y yo he visto, rasgando del silencio el capullo,  
cómo tiemblan las alas de candor de su arrullo  
que volando acarician con caricias de miel”.

“Yo he dormido en sus dedos, yo he soñado en sus manos  
cuando vagan, tras dulces esplendores lejanos  
al urdir, diligentes, la exquisita labor;  
yo he poblado el misterio de sus noches de plata  
y a sus pies he tendido la inmortal serenata  
con que dora los vientos el juglar ruseñor”.

“Bendiciendo sus pasos he seguido sus huellas  
sé que flores prefiere, sé en que claras estrellas  
pone el santo suspiro de su santa bondad;  
y, en la dulce ternura de sus horas tranquilas  
he llevado el anhelo de sus hondas pupilas  
que atalayan la nave del marino Simbad”.

“Cuando vaga en los limbos de la gris lejanía  
y se baña en el néctar de las rosas del día  
y es rocío en las corolas y en el cielo arrebol,  
yo me vuelvo de gasa, de copal, de perfume,  
y acaricio el milagro que su vida resume  
y oigo el ritmo de su alma que es un trino de sol...”

“Muchas veces, cantando con las liras de Jonia  
que escuchó Benvenuto y oyó Juan de Bolonia  
y sintió Boticelli junto a sí palpitar,  
he mirado el prodigio de su egregia hermosura  
y, oficiando en pureza, y en candor, y en blancura,  
por los mares helenos la he creído admirar”.

“Por Bagdad la brillante, por la regia Bassora,  
por las tierras doradas que visita la aurora

*El minuto azul (1932)*

(de Ceylán a Golconda, de Kabul a Tonkín)  
la he seguido, ya en las del divino Pegaso,  
ya en la caica que vuela por canales de raso,  
ya en el fúlgido estuche de imperial palankín”

“Sé su vida de plata y su amor de turquesa,  
y por eso te digo con profunda tristeza,  
¡tosco afán que persigues mariposas de tull!,  
que es inútil la estrofa que tu lira engalana  
pues aquel con quien sueña tu princesa lejana  
no es el santo Manchego sino el Príncipe Azul”

Así habló la voz del viento  
cabe el alma del jardín  
y en la estrella y el jazmín  
se durmió su dulce acento,  
y, cuando el encantamiento  
musical agonizó,  
la libélula cayó  
de mis sueños de zafiro  
y en el vidrio de un suspiro  
mi esperanza se quebró!...

Y el suspiro fue hasta ella,  
y el suspiro fue hasta ella  
y en sus labios se quedó!..

A  
Ivonne

## Tú también como las otras

Tú también como las otras por mi senda discurriste,  
y también como las otras, largamente, me miraste,  
y también como las otras en un sueño te esfumaste,  
y también como las otras te me fuiste... te me fuiste!...

De rodillas, en la misma posición en que me viste,  
y besando hasta las huellas del camino que pisaste  
me quedé con el recuerdo del amor que te llevaste,  
infinitamente triste...infinitamente triste!...

¡Oh ilusión, como las otras, engañosa y pasajera!  
vaguedad de un idealismo, soplo azul de una quimera,  
polvo de oro en las angustias de mi lúgubre crespón,

hoy que todo en mi existencia frágilmente se derrumba,  
¡por piedad! ven a ayudarme a llevar hasta la tumba  
el cadáver destrozado de mi roto corazón!...

## Dádiva galante

Yo te doy la voz de mi lira  
en la cincelada mentira  
de este diamante singular,  
en cuya entraña de fulgores  
se irisan los brillos mejores  
de mi locura de cantar.

Yo te ofrezco la diamantina  
flor de la estrella peregrina  
que es lys en el divino azul,  
y la música embalsamada  
de la melíflua voz de hada  
que se sabe la historia encantada  
de los amores del bulbul.

¡Oh gentil y alucinadora  
hermana menor de la aurora,  
yo te brindo mi miel canora,  
yo te doy todo mi jardín  
en este verso que quisiera  
imitar a la primavera,  
que sabe darse toda entera  
en el prelude del jazmín...

Para  
Ana Esther

## Yo siento

Yo siento que tú vienes encima de las ondas,  
encima de las ondas de un sueño arrobador,  
yo siento que me envuelves con tus guedejas blondas,  
con tus guedejas blondas de lánguido esplendor.

Yo siento que en los limbos de mi dolor, te ahondas,  
te ahondas como un cauce de musical rumor;  
yo siento que te irisas en aguas de golcondas,  
en aguas de golcondas de un lírico temblor.

Yo siento que en mi oculta pradera te deslizas,  
como frú-frú de arrullos, como canción de brisas,  
como plumón de garza, de cisne o de avestruz;

Yo siento que me arrobas, yo siento que me abrumas,  
yo siento que me amparas con un fervor de espumas,  
con un fervor de espumas que se deshace en luz...

## Sor Satiresa

Era un sueño milagroso la visión de tu hermosura,  
tu paso, niña-verso de armoniosa exquisitez,  
las panteras del instinto domeñaban su bravura  
y como una alfombra viva se arrojaban a tus pies.

Elegante la silueta de una euritmia delicada;  
fino el talle prematuro, en el porte, majestad;  
movimientos de felino, tentación en la mirada  
y un andar gallardo y muelle de naciente voluptad.

En dos matas la guedeja derramada sobre el pecho  
recortando en seda obscura tu carita de bebé,  
el vestido corto y leve, por sapientes manos hecho,  
y, las alas abatidas, el sombrero a la “dernier”.

Tremulante, suspirante, sollozante y expirante,  
toda el alma te seguía, como en una procesión  
de ternuras y de arrullos, y en la magia alucinante  
de tu cuerpo, se enredaba como un raso, la ilusión.

Y los ojos te bebían, te bebían... limosneros  
de belleza, consumidos de una sed de idealidad,  
abrevaban tus encantos, de venturas agoreros,  
y bebían... y bebían en tu ser la eternidad!

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

Te seguí en todos tus pasos, te recé una letanía  
de ternura, luego, ¡loco!, tus candores insulté,  
te grité: “ ¡Sor Satiresa! ”, te canté: “¡divina mía! ”...  
te maldije, te bendije, quise odiarte, y te adoré!...

Mientras, grácil, discurrías por el parque, ni un momento,  
ni el latido de un minuto te miré lejos de mí:  
en el sueño del perfume confundíme con tu aliento  
y en la hamaca de las brisas platiqué junto de ti.

Y, después, cuando te fuiste derramando los zafiros  
de tu azul sonrisa de ángel, niña extraña, dulce y cruel,  
te siguió la caravana de mis cándidos suspiros  
y te fue a dejar mi orgullo cual un tímido lebrel.

A  
la muñeca rosa  
del  
vestido fresa

## Apuntes de Sor Satiresa

Muñequita de Paquin,  
figulina de Ducent,  
vas en tu lujoso tren  
como un rorro parisién  
que persigue un egipán.

Como tiene la ilusión  
sus alcázares de tul,  
tienes tu palacio azul  
con su heráldico pendón.

50-28, es  
tu Packard muelle y veloz,  
y al mirarlo cada vez  
aun cuando en él tú no estés  
oigo el gorjeo de tu voz.

Derrochando fino "sprit"  
al par que suave candor,  
cuando pasas junto a mí,

tu risa es un colibrí,  
tu risa es un colibrí  
que va buscando una flor.

*Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Oh contradicción fatal!  
¡Oh Sor Satiresa cruel!,  
por ahondar en mi eterno mal  
eres serpiente y rosal  
y eres granito y cristal  
y eres acíbar y miel!

## La muerte de Sor Satiresa

Ya murió Sor Satiresa  
la enterró mi corazón.  
Ya murió Sor Satiresa,  
la celeste, la traviesa,  
la de labios de cereza  
y miradas de oración.

Santa de mis amores, bajo el azur divino  
todo era para mí,  
¡la flor y el perfume, el pájaro y el trino,  
y beso, y miel, y vino,  
y joya, y colibrí!

Como en precioso jade o en alabastro puro  
o en ágata o cristal,  
pulió su melodía, en el silencio obscuro,  
mi audacia musical.

Y ágil y transparente, mientras suave corría  
su pequeñez gentil,  
mi sueño con sus redes sedañas envolvía  
su espíritu infantil.

Y, –ángel y salamandra, mística mariposa,  
loto de la inquietud–

*Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

se engarzó en mis dolores, como piedra preciosa  
en lúgubre ataúd.

Pero el lingote de oro de mis ternuras quiso  
una noche robar,  
y se quebró el palacio de vidrio y se deshizo  
la magia singular...

Y, fuera de su estuche de ensueño y de armonía,  
sin su palacio azul,  
se fue muriendo de una fatal melancolía;  
y se apagó la melodía  
de aquella vida que tenía  
de ángel, de fiera, y de bulbul!

Ya murió Sor Satiresa,  
la enterró mi corazón.  
Ya murió Sor Satiresa,  
y, evocando su belleza,  
mi ferviente angustia reza  
y la da su bendición!

## El entierro de Sor Satiresa

San Francisco el transparente  
el hermano celestial,  
con Friné, muda y doliente,  
penetró pausadamente  
hasta el lecho funeral.

Se acercó al cuerpo dormido  
y auxiliado por Friné,  
puso el cadáver ungido,  
en un ataúd pulido  
en alabastros de olvido  
por las manos de la Fe.

Luego, con la suave ayuda  
de la fragante mujer,  
con la caja triste y muda,  
se fue a la ciudad desnuda  
de todo llanto y placer.

Allí, en la tumba sombría  
como negra sinfonía,  
como grito de dolor,  
sepultó la melodía  
de aquel capullo de día  
en el cual amanecía  
la sonrisa del amor.

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

Después, mientras arrojaba  
Friné, montañas de flores,  
San Francisco sollozaba  
letanías, y asperjaba,  
en tanto melodizaba  
su orquesta de ruiseñores.

Con tanta flor, pronto el hielo  
de la tumba perfumó,  
presto obscurecióse el cielo,  
Francisco, al cabo, calló.

Y se alejó el níveo santo,  
y se fue la cortesana  
y, húmedo de amor y llanto  
se quedó enterrado el canto  
más dulce de la mañana!...

¡Sor Satiresa, tú abriste mi herida,  
Sor Satiresa, tú helaste mi amor,  
pero tan bella tornaste mi vida,  
que hoy que te encuentras por siempre dormida  
vengo a rezarte con hondo fervor!

¡Sor Satiresa, la dulce, la triste!  
¡Sor Satiresa, criatura fatal!,  
ya que enlazarme a tu vida quisiste,  
Sor Satiresa, ¿por qué te me fuiste,  
por qué destrozaste mi santo ideal?...

*El minuto azul (1932)*

... Pero... Descansa, la vida fatiga,  
dormir es preciso... ya apago la luz,  
que sueñes con hadas y gnomos, ¡oh amiga,  
oh Sor Satiresa, que Dios te bendiga,  
que ampare tus sueños el Niño Jesús!...

## Caridad fugitiva

Discurrías por la acera, te miré,  
me miraste largamente, con candor,  
y de mi alma el encantado rui señor  
tras de tu alma luminosa se me fue.

Seguí el claro y leve surco de tu pie,  
te envolví, como reliquia, en mi fervor,  
y al pasar junto a tu cándido esplendor  
la existencia en un suspiro te entregué.

En tu pos, errante, y loco, y ciego, fui,  
manso y bueno ante tus gracias me volví,  
suave y leve como un sueño de Jesús,

pero, presto, un auto infame te arrancó  
de mi lado, y ... ¡otra vez agonizó  
mi esperanza, entre los brazos de la cruz!...

## Áulico

De tres divinos imperios distantes  
más luminosos que tres solitarios,  
llegan tus reyes de ricos turbantes,  
con caravanas de cien elefantes  
y con escoltas de cien dromedarios.

Vienen, en pos de la princesa rubia  
de la sonrisa diabólica y sabia,  
“mientras el sueño con psiquis connubia”  
ya recorriendo desiertos de Nubia,  
ya fatigando las noches de Arabia.

Y por atar sus preclaras bellezas  
a sus fervientes y dulces designios,  
en vez de perlas y claras turquesas,  
quieren brindarla con brujas riquezas,  
quieren rendirla con lujos eximios.

Por eso traen de las estelares  
arcas henchidas de constelaciones,  
nieves argénteas y plenilunares  
oro arrancado a las vetas solares  
y zarcas mirras de alucinaciones.

Pero al rendir su encantado presente  
notan los reyes, vencido su empeño,

*Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

que hay más nevada blanca en tu frente,  
que hay en tu trenza más oro fulgente,  
y hay en tus ojos más mirras de ensueño!

## Ojeras de sortilegio

Ojeras fervorosas y arrobadas  
como éxtasis de un blanco anacoreta;  
ojeras que han untado de violeta  
las moribundas tardes encantadas.

Ojeras de Hermanitas recatadas  
de hábito azul y cándida corneta;  
ojeras como vidas de poeta:  
misteriosas, y tristes, y cansadas!...

Ojeras como noches de saturnos  
maravillosos, y de arcanos giros;  
ojeras como diáfanos “nocturnos”

en las que son los ojos de zafiros,  
dos inefables sueños taciturnos  
que bogan en lagunas de suspiros!

## Parvo

Matinal y fino arpegio,  
armonioso sortilegio,  
gloglotear de un florilegio,  
despertar de una ilusión;  
arrobada sonatina,  
limpidez de una piscina,  
nívea, y suave, y dulce, y fina,  
argentina floración.

Verso de un ritmo de seda,  
infantil caricia leda,  
lampo de oro en el confín,  
candidez de gasa y pluma,  
haz de luz, rizo de espuma,  
inefable gracia suma,  
sumo albor de serafín!...

A

.....

## Motivo romántico

Su sonrisa era un primor:  
una música en sordina;  
era su gracia divina  
un juguete encantador...

Sus quince años parlanchines  
desbordantes de alegrías,  
eran quince melodías  
de arcangélicos violines.

Y eran versos sus miradas  
y oraciones suspirantes,  
y eran sus sueños diamantes  
de Golcondas encantadas.

Toda era un ágil raudal,  
y un alegre cascabel,  
toda era un lys musical  
y un armonioso panal  
con dulzuras de rondel!...

Mi ser flotaba encantado  
en el temblor arrobado  
de una divina canción,  
y mis pálidas tristezas

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

bañábanse en las turquesas  
radiantes de la ilusión.

Otra vez en mis alcores  
entre sonrisas de flores  
y orquestas de ruiseñores  
Jesús paseó su bondad;  
y por mis sueños joyantes,  
bajo cielos deslumbrantes;  
pasó con sus elefantes  
la princesa de Bagdad...

Pero, cuando de fervor  
el alma ante ella postróse,  
su leve aroma esfumóse  
desfalleció su fulgor,  
hasta que al fin mi dolor  
“roto el encanto gentil”  
dejó el dorado pensil  
y volvió a su roca escueta  
como un blanco anacoreta  
de ternuras de marfil!

A  
Georgina

*El minuto azul (1932)*

Si tú no me quisieras

Si tú no me quisieras, ¡celestes flor del día!  
si tú no me ampararas, ¡dulcísima ternura!  
no sé en qué inmenso grito cupiera mi amargura,  
no sé, ¡no sé mi enorme dolor dónde cabría!

Si tú no me quisieras, indefinible encanto,  
cristal de ensoñaciones, sonoro, limpio y terso,  
para poder decir mi angustia no habría ningún verso,  
para llorar tu ausencia no habría ningún llanto.

Si tú no me quisieras, preludio luminoso,  
botón de ingenuidades de rubia luz vestido,  
¡ningún ala podría cargar con mi gemido,  
ningún viento podría subir con mi sollozo!

Si tú no me quisieras, divina transparencia,  
sagrada como el oro bendito del copón,  
me despedazaría la inútil existencia,  
¡a ver si en una dulce plegaria de inocencia  
venias a dormirte junto a mi corazón!

¿Quién eres tú?

¿Quién eres tú,  
lampo de sol,  
suspiro de luna,  
oro de los estambres de una flor?

¿Quién eres tú? “ojos húmedos  
en una fúlgida humedad,  
ojeras taciturnas y suspensas  
en uno como arrobos celestiales  
y labios que deshojan un arrullo  
y manos que parecen que van a acariciar!”

¿Quién eres tú? El retrato  
perfecto en que te vi,  
es sólo como el hilo de una estrella,  
como el pétalo errante de un jazmín,  
como la nota de un acorde trunco,  
como la cuenta de un rosario de marfil!...

¿Quién eres tú?... ¿No sabes? yo he pensado,  
cabe el diáfano tul  
del sueño, en que, así como es el agua,  
en que así como es hondo el hondo azur,  
y así como es de seda la caricia,  
y así como es de clara miel la luz,

*El minuto azul (1932)*

así eres de profunda y transparente,  
así eres suave, así eres dulce tú!...

## Romanza ferviente

Capullito de sol, rosa celeste,  
de pétalos fragante melodía;  
iris de arrullo en mi silencio agreste,  
en mis congojas clara letanía.

Incomparable ritmo de belleza,  
cavatina de angélicos violines  
desmadejada en notas de pureza  
por un coro de rubios serafines.

Para mi devoción copo de nieve,  
caricia y arrebol, rizo de espuma;  
eres lo más sencillo y lo más leve:  
¡perfume y sueño y oración y pluma!

Divina vaguedad de encantamiento,  
milagro suave, dulce, peregrino;  
algo tan bello simula un cuento,  
algo tan dulce que parece un trino.

Delicadeza extrema, extrema albura,  
todo un compendio de divinas cosas,  
sinfonía joyante de blancura,  
¡cándido lirio macerado en rosa!

*El minuto azul (1932)*

Tu visión es tan pura y transparente,  
tan vaporosa, y leve, y delicada,  
que la enturbia el suspiro del ambiente  
y el beso de la brisa enamorada.

Y tienes tantos dones matinales,  
que amanece la aurora en tus alcores  
como un fragante coro de turpiales  
y una celeste música de flores!...

¡Oh cándida ilusión, breve y eterna,  
hada infantil de cármenes risueños,  
permite que se abreve en tu cisterna  
“para que alivie su fatiga interna”  
la errante caravana de mis sueños!...

Para  
María  
Yolanda

## Musas de las alondras

Reina de Saba de los Orientes musicales  
por cuyos cielos rítmicos, de azules visionarios,  
conducen las estrellas sus rubios dromedarios  
y pasan las auroras con sus pavos reales.

Reina de las pupilas en éxtasis astrales,  
de la boca en hibleos arrobos de nectarios  
y de las manos como sedefios relicarios  
de trinos de oropéndolas y alas de madrigales.

¡Majestad de los lises y de las eglantinas;  
musa de las alondras; de las hadas madrinas  
el hada de las perlas del sueño tornasol!

¡Encantada princesa de los cisnes de Iduna,  
permíteme que en tu alma, que es un jazmín de luna,  
te deje yo esta lírica libélula de sol!...

A S. G. M. Rita I.  
Reina de 2os. Juegos Florales  
del Edo. de Méx. "MCMXXIX"

*El minuto azul (1932)*

Cadencia romántica

Pluma,  
aroma,  
ritmo de alma de espuma,  
armoniosa caricia de plumón de paloma.

Lirio inmóvil en dulce desmayo;  
azucena morena de los huertos de mayo.

Miel  
unciosa  
en la rosa;  
luz y seda en el  
leve cromo de la mariposa:  
estampa del mágico libro del vergel.

Hechicero  
encanto  
rimado en un canto  
melifluo, ligero,  
ondulante de gracia y primor;  
suavidad que riza  
un beso de brisa;  
romanza tan suave como una sonrisa,  
arpegio de un tenue suspiro de amor.  
Dulzura  
extasiada de ensueño y ternura.

*Horacio Lúriga Anaya. La luz del conocimiento*

Colina de nardos,  
albeante de arrobos de ascetas y bardos;  
remanso cordial  
muelle de blandura,  
en cuya tersura  
navegan los pétalos de un madrigal.

Grácil  
ala del verso más fácil,  
lírico y errante ósculo de tul;  
iris de los siete pecados divinos;  
copa de los éxtasis, vaso de los trinos;  
inefable oasis de los peregrinos  
alados y músicos del célico azul.

## Infantil

Dorada fugacidad,  
preludio de sonatina,  
mariposa peregrina,  
sonriente preciosidad.

Toda de arrullo y bondad,  
toda de crespón de china,  
pareces la figulina  
de un árbol de Navidad

Eres tan leve y graciosa,  
tan buena y tan armoniosa  
que vuelves trino el dolor;

¿Ves?, hasta en mi sino adverso,  
¡alma de luz de este verso!,  
eres un lírico albor! ...

A una niña  
rubia y lejana  
como los serafines

¿Dudas de mí?

¿Dudas de mí que traigo a tus corolas  
el rubio beso de mis alboradas  
y deshojo en tus noches encantadas  
la musical tristeza de mis violas?

¿Dudas de mí, cuando por ti fatigo  
la senda azul de la ilusión eterna?  
¿Dudas de mí cuando eres la cisterna  
donde mi sed de beatitud mitigo?

¿Dudas de mí cuando en el tul de plata  
de tus sueños de amor plenilunares,  
para poder besar tus azahares  
es de aroma y copal mi serenata?

¿Dudas de mí que hasta tus plantas llego,  
mustia la voz y el ideal chafado?  
¿Dudas de mí que el corazón te he dado  
roto en la triste languidez de un ruego?

¿Dudas de mí que por cantar tus galas  
y posarme en tus astros diamantinos  
les di a las cuerdas de mi lira trinos,  
y a las orugas de mis versos alas?

*El minuto azul (1932)*

¿Dudas de mí que abrasador y flavo,  
te ofrendo levedades de violeta?  
¿Dudas de mí que, siendo tu poeta,  
soy menos, mucho menos que tu esclavo?

¿Dudas de mí? ¿Dudas de mí? ¡Pues dime,  
dime si quieres más, santa quimera  
cuyo espejismo mi arenal redime!  
Yo te daré lo que tu orgullo quiera,  
que por ti hasta el furor de la pantera  
es un lebrel que ante tus plantas gime!...

## Imploración fervorosa

Hoy que llora la ternura de las músicas del cielo  
evocando, del más puro de los lirios, la agonía;  
hoy que alumbran el silencio los sollozos de María  
como lánguidos suspiros de un celeste violoncello!

Hoy que tú riegas la ofrenda de tu santo desconsuelo  
ante el Dios crucificado que palpita todavía,  
y desdoblas a sus plantas tu inefable letanía,  
que se tiende en los altares como níveo terciopelo!

¡Hoy que toda eres tristeza, hoy que toda eres quebranto;  
hoy que toda eres suspiro, y oración, y arrobo, y llanto;  
hoy que toda eres un cirio que se muere de alumbrar,

no te olvides, ¡oh ternura compasivamente bella!,  
no te olvides que hay un alma que se muere como aquella  
y que no tiene en la vida quien la quiera consolar! ...

*El minuto azul (1932)*

Tú no tienes la culpa

Tú no tienes la culpa,  
¿por qué  
habías  
de tender  
la suave alfombra de tus caridades  
sobre el pantano de mi pequeñez?

¿Por qué, ¡suavidad de suspiros,  
blanco arrullo de bien!,  
con el óleo de sol de tus miradas,  
con la miel  
de tus ensoñaciones, habías de untar  
el dolor de mi altivez,  
y acariciar mis líricas espinas  
y macerar las rosas de mi fe?...

¿Por qué, ¡grano de mirra, gota de ámbar,  
voluta de betel!,  
por qué habías  
de mecer  
en las hamacas de tus sueños mis angustias;  
por qué habías de arrullar, con un vaivén  
de esperanza, mis rotas ilusiones;  
por qué habías de fluir en mi aridez,  
por qué habías de temblar en mi penacho,  
por qué habías de brillar en mi broquel,

*Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

si yo soy una racha de tiniebla  
y tú eres un fulgor de amanecer? ...

A

Victoria

Eugenia

*El minuto azul (1932)*

Similitud

Igual que el nazareno celeste que agoniza  
en el silencio augusto de un místico dolor,  
mi espíritu en el llanto se quiebra y diafaniza  
sin una sola queja, sin un solo clamor.

Lo mismo que del blondo profeta la sonrisa  
trasmútase en un rictus de inmenso sinsabor,  
resuélvese en un mudo puñado de ceniza  
de mi divino ensueño el musical fulgor...

Así como el doliente Rabí de Galilea  
yo soy una infinita tristeza que jadea,  
yo soy una amargura más grande que la hiel;

pero con el unguento de luz de tus miradas,  
florece en mis labios palabras perfumadas  
y en vez de sangre, escurre de mis heridas, miel.

## Pleitesía

¡Oh gloria del país  
donde triunfa el primor  
de la nobleza de la flor de lys  
y de las músicas del ruiseñor!

¡Oh princesa de un cuento rosicler,  
porque eres el raudal  
que nutre la raíz de toda cruz;  
porque eres la sonriente  
mujer  
en cuya frente  
santificada con los óleos de Jesús,  
dejan los tibios labios de la luz  
el beso del más profundo amanecer.

Porque eres así  
joya viviente como el colibrí  
¡oh hermana melodiosa  
de la oropéndola y la mariposa!  
porque eres así,  
te doy en un rubí  
toda la sangre de mi corazón,  
y te entrego la gota parlanchina  
de esta parva canción,  
que brotó en la aquilina  
fiebre impetuosa de mi inspiración,

*El minuto azul (1932)*

como la flor del ave en una encina,  
o como la divina  
estrella que culmina  
sobre el áspero orgullo del crestón!...

¡Oh princesa lejana,  
mis versos se arrodillan ante tu gracia soberana!...

Alma...

Alma toda de ritmo, alma toda de espuma,  
alma toda de arrobó, de ensueño, de oración;  
alma que en un incienso de santidad se esfuma,  
alma que todo besa y todo lo perfuma,  
alma de encantamiento, alma de adoración!...

Alma que en el nevado candor de mi retiro  
eres una ferviente plegaria de quietud;  
¡alma que eres sollozo, alma que eres suspiro,  
alma que eres consuelo, alma que eres virtud!

¿Qué puede haber más suave que tu caricia leda  
que puede haber más lleno de gracia y de candor  
que tu latir de brisa, tu aletear de seda  
y tu vaivén fragante de alado papemor?...

¿Qué puede haber más lleno de límpida armonía,  
que puede haber que tenga más savia musical  
que tu ternura santa, ¡que es una melodía!,  
que tu fervor celeste, ¡que es una letanía!,  
que tu existencia dócil que es lira de raudal?

¡Volar como tú vuelas, vagar como tú vagas  
por las infinitudes del constelado tú!...  
¡Oh, quién beber pudiera la luz en que te embriagas!

*El minuto azul (1932)*

¡Oh, quién mirar pudiera la aurora en que naufragas  
y ser como tú eres, divinamente azul!...

En el silencio de oro he oído muchas veces  
desmadejarse el néctar, de arrullos, de tu voz  
te he visto alzar el vuelo con las divinas preces  
y en un deshojamiento de níveas candideces,  
te he visto, como alfombra, tendida junto a Dios!...

Brillando como un trino que fuese un centelleo,  
te vi arrullar un día los sueños de Jasón,  
¡Oh lira que eres astro, fulgor que eres gorjeo,  
podrías domar fieras como el sublime Orfeo  
y levantar ciudades como el divino Anfión!...

¡Llorar como tú lloras, cantar como tú cantas,  
brillar como tú brillas, “¡oh música de luz!”  
y hundirse como te hundes en las regiones santas  
para ser una ofrenda de besos en las plantas,  
en las celestes plantas del celestial Jesús!...

¡Oh, quién, alma divina, quién como tú pudiera,  
quién como tú pudiera los cielos alcanzar;  
ser en la vida, eterna canción de primavera,  
perderse en los ingrátidos giros de una quimera,  
y, entre las mismas garras de la pasión, cantar!...

¡Oh armiño de bondades, pureza que resbalas  
por un santo camino de beatificación,

*Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

dame siquiera un dejo de tus benditas galas,  
dame siquiera el polvo que duerme entre tus alas,  
siquiera dame el viento que riza tu canción...

## Muñecas

Muñecas de adoración,  
de leyenda y cuento de hadas,  
muñecas embelesadas  
en éxtasis de ilusión;  
muñecas en cuyas manos  
se arrodillan los profanos  
besos de mi devoción  
leves, finas, delicadas,  
muñecas de cuentos de hadas,  
muñecas de adoración.

Vidas de miel de jazmín,  
almas de esencias de rosas,  
dulces, al par que armoniosas  
como églogas del jardín;  
adorables y gentiles  
hermanitas infantiles  
del nardo y del serafín;  
suaves, tenues, deliciosas,  
almas de esencias de rosas,  
vidas de miel de jazmín.

De un Kindergarden de amor  
muñecas adolescentes,  
yo no he encontrado presentes  
dignos de vuestro primor;

*Horacio Lúriga Anaya. La luz del conocimiento*

nada, ni un ritmo, ni un sueño,  
todo en mi vida es pequeño:  
fronda, nido, ruiseñor...  
¡Oh, sed conmigo clementes,  
muñecas adolescentes  
de un Kindergarden de amor!...

A  
las hermanas  
Alducín

## Tríptico lírico y galante

### I

Resurrección sublime de las cosas,  
universales éxtasis divinos,  
¡selvas que pulen ósculos de trinos,  
savias que afinan músicas de rosas!

Linfas que son frescuras melodiosas  
rubor de amaneceres peregrinos,  
candores de susurros argentinos,  
ensueños que se vuelven mariposas.

Todo el amor en el jardín del día;  
Natura que se brinda toda entera  
en pétalo y en ala y melodía

El despertar del surco y la pradera,  
el oro de la tenue lejanía,  
la luz, la miel, la flor: ¡la primavera!

### II

La luz, la miel, la flor: la primavera,  
y tú como su espíritu radiante,  
fulgor en la redoma del diamante,  
perfume en la siringa vocinglera.

Vaguedad de espejismo y de quimera,  
beso rosado de botón fragante,  
dulce gemir de la brisa suspirante,  
blando arrullar de alondra mañanera.

Bella y gentil y casta y peregrina,  
incomparablemente seductora,  
incomparablemente pura y cristalina,

tu noble gracia todo lo decora:  
¡eres panal y verso golondrina,  
iris de perla y despuntar de aurora!

### III

Iris de perla y despuntar de aurora,  
rizo de sol y almíbar de gorjeo  
¡oh musa del arrullo y del zurco!  
¡oh Mireya dulcísima y canora!

¡Oh ingrávida cadencia arrulladora!  
¡oh música de Anfión, canto de Orfeo!  
¡Sobre el profundo abismo, cabrilleo  
y en el callado erial, fuente sonora!

¡Oh flor de lys sobre encendidos gules!  
¡oh vida de fervientes madrigales!  
¡oh suavidad de gasas y de tules!

*El minuto azul (1932)*

¡Oh hada gentil, vibrando en tus rosales,  
mis sonetos son tres jaulas azules  
que te llevan cuarenta y dos turpiales!...

## Camafeo gentil

Gul en el escudo de mi fantasía,  
única y perfecta rosa matinal,  
armoniosa joya, dulce melodía,  
diminuto estuche, celeste panal,  
a beber tu aroma, tu luz, tu ambrosía,  
llega hasta tus plantas mi egregio ideal,  
úrdele un dechado de suave armonía,  
pule con tus besos la esperanza mía,  
engarza en mis sedes tu limpio caudal!

Relicario brujo de mi amor ferviente,  
oye esta plegaria lírica y ardiente,  
mira los transportes de mi devoción;  
en el breve templo de tu gracia esquivo  
rezando te entrego mi ofrenda votiva:  
¡oro de ternuras y ámbar de ilusión!

*El minuto azul (1932)*

Tú

Ensueños y esperanzas “inciensos y copales”  
perfumes y joyeles “suspiros y ternuras”  
todo eso tiene tu alma, vaso de arquitecturas  
perfectas y armoniosas, claras y celestiales.

Tu vida es como limpia madeja de raudales:  
gárrula transparencia de trémulas locuras;  
en ti canta el arrullo de las palomas zuras  
y en tus quince años, frescos, florecen los rosales.

Toda eres gracia y ritmo, pureza, encantamiento;  
toda eres como un ósculo, toda eres como un cuento;  
toda eres nieve, raso, canela, ámbar, betel;

Por eso cuando impulsas de mi pasión el ala,  
siento que mi fatiga con suavidad resbala  
por rutas de oro líquido, de luz, de beso y miel...

## Cavatina de amor

¡Qué energía y qué divina, qué clara y qué armoniosa,  
qué nítida y qué pura surgiste en mi dolor!;  
¡más bella que un capullo y que un botón de rosa!  
¡más suave que un suspiro y que una mariposa!  
¡más dulce que el arpegio que afina el ruiseñor!

Ibas por la avenida ruidosa y deslumbrante,  
como una melodía que cruza por el mar;  
tu voz era un arrullo de plata y de diamante  
y había tan serena bondad en tu semblante  
que se pusieron todos mis sueños a rezar!...

Tus ojos... ¡oh tus ojos cansados y dormidos:  
cisternas de caricias, de mieles y de luz!  
tan dulces avatares llevaban escondidos  
que al verlos se aliviaron mis pájaros heridos  
cuyas gorjas estaban clavadas en la cruz!...

Toda eras un derroche de gracia y de pureza;  
sentí por tus encantos tan férvida pasión  
que ante el divino triunfo de tu infantil belleza,  
en trémulos suspiros rompióse mi firmeza  
y en un raudal de arrullos se abrió mi corazón!

Y, no pude dejarte... ¡no pude!... ¡yo quería  
borrar de mi memoria tu imagen celestial,

*El minuto azul (1932)*

pero una voz muy honda... muy honda, me decía:  
¡no tiembles, no vaciles... es tiempo todavía;  
sólo ella curar puede las llagas de tu mal!

Y fui siguiendo el surco divino de tus pasos,  
llegué hasta tu morada temblando de fervor,  
y luego que en la bruma perdí tus leves trazos  
torné a mi obscura noche, sintiendo los zarpazos  
profundos y sublimes de un infinito amor!...

Hoy, vuelvo hasta la nívea bondad de tus altares;  
hoy, ciego de cariño, me arrojó hasta tus pies,  
para que me perfumen tus blancos azahares  
¡para que me ilumines y para que me ampires  
o para que me arranques la vida de una vez!...

## Los cabellos inefables

Miel de almendras, miel de brunos y translúcidos panales,  
seda y ámbar con perfume de divinas oraciones,  
tenues hilos que desflecan desde las constelaciones  
los tesoros encantados de las ruelas siderales

Delicadamente finos, con finuras de cristales,  
infinitamente santos como místicos copones,  
macerados con esencias de sublimes bendiciones  
y enjoyados con los besos de unos labios celestiales.

¡Oh cabellos exquisitos de una eximia cabellera,  
oh cabellos que parece que ha empolvado la quimera  
con polvo de caricias y de trinos y de luz!

¡Oh cabellos que merecen, por su ingenua galanía,  
reposar en los jazmines de las manos de María  
y enredarse entre los lirios de los sueños de Jesús!

A  
María  
Teresa

*El minuto azul (1932)*

Sor María de Jesús

Nunca vendrás,  
lo sé  
pero te miro,  
pero te miro siempre más bella, siempre más  
dulce, siempre más llena de ese no sé qué  
alado y triste, aligero, fugaz,  
vagoroso, impalpable, inasible como la Fe,  
como el suspiro,  
como el arrullo, como la paz  
de Dios; como el perfume de lo que se fue  
lejos, muy lejos sin volver jamás!...

Lo sé, férvida hermana  
María  
de Jesús,  
toda de rosa, seda y porcelana,  
toda celeste, fúlgida y lejana,  
como la melodía  
que en la rosicler diafaniza  
pone la luz arcana,  
al iniciar los éxtasis del día  
con el salmo ritual de la mañana!

¡Lo sé!, ¡tú no vendrás;  
no vendrás nunca  
a iluminar esta existencia trunca

con la dulce oración  
de los ensueños de tu corazón!

¡No vendrás... Vanamente  
en pos de tu destino,  
se me hará la palabra transparente  
como chorro de fuente  
o como alma de trino!...

En vano mi dolor,  
mi angustia en vano;  
en vano el sacrificio sobrehumano  
de mi fiebre interior  
que siendo buitre se hace ruiseñor  
para poder cantar sobre tu mano!...

¡En vano todo, sí!... Tras  
de tu huella perpetuamente iré  
sin alcanzarte, sin asirte jamás.  
Nunca tus mansedumbres serán mías;  
a sentir tu fervor no llegaré;  
te irás  
con mis ocultas alegrías;  
te perderás  
por siempre con mi fe;  
y yo me quedaré  
solo y vencido,  
sangrante, desgarrado, consumido,  
con el dolor de una tortura más...

*El minuto azul (1932)*

¡Inútilmente buscará mi angustia el surco de tu pie;  
inútilmente llamaré  
a tu sombra; mi mano  
tendida inútilmente dejarás!...  
¡El silencio será mi único hermano!  
¡sólo la muerte besará mi faz!...  
¿Tú?... ¿Tú?... ¡Ya ves!... ¡La vida no me engaña!...  
¡nunca vendrás, lo sé... nunca vendrás!...

A tí  
remota,  
indefinible

## Madrigal a unas manos

¡Oh manos angelicales  
de albas quimeras de espumas,  
de níveos sueños de pluma  
y esencias primaverales!

¡Oh azucenas ideales,  
para ungir vuestro esplendor,  
os mando níveo fervor  
de este verso que es así  
como iris de colibrí  
que irradia esencias de flor!...

A  
Blanca  
Leonor

*El minuto azul (1932)*

Amar

No admires nunca el canto que de mi lira brota  
como una vena de agua que quiere ser de luz,  
porque, de mi sonoro raudal en cada gota,  
hay siempre una tristeza clavada en una cruz.

¡Amar! ¡Amar es todo!... El que ama es un poeta  
que con temblor de besos escribe un madrigal.  
¡Amar es ser de nieve como un anacoreta!  
¡Amar es ser de linfa, de aroma y de cristal!

Si tú amas, ¿qué más quieres? ¿qué otra victoria anhelas?  
No pueden tus afanes haber más galardón,  
si amando gasificas tu gravedad y vuelas:  
¡y vuelas como el ala, y el trino, y la oración!

¡Amar eternamente purificando el cieno  
amar porque eso es dulce y amargo “sal y miel”  
amar como el perfume del níveo Nazareno  
que vino hasta nosotros del celestial vergel!

Amar así: con honda pasión, con infinita  
ternura, amar llorando de duda y de dolor;  
amar con ese impulso que alienta y resucita,  
¡amar así es ser astro, y verso, y ruiñeñor!

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

Si tú amas de ese modo ya todo lo has tenido,  
ya eres como la estrofa libélula de tul;  
ya melificas besos y arrullos, como el nido,  
y ya vas en los brazos de la ilusión dormido,  
entre las serenatas de estrellas del azul!...

*El minuto azul (1932)*

La visión milagrosa

Por el ámbar rosado de la tarde, resbala  
la sonora caricia de un romántico verso  
y en el fúlgido espacio polifónico y terso  
se desliza el arrullo tembloroso de un ala.

Más allá, sobre el lago que el crepúsculo ríela,  
se difuma el suspiro de una lumbre cobarde  
y después, cuando muere como un lirio la tarde  
con la luz de la luna sus basaltos níquela.

Y en el fondo de tanta y tan suave hermosura,  
como en arpa de tules un seráfico arpegio  
que desdobra en el ama su listón de ternura;

te perfilas, oh joya de un gemal florilegio!,  
navegando en un golfo de sedina tersura  
sobre un cisne de plata voluptuoso y egregio!...

¡Oh amor, bendito seas!

Bendita tú que ungiste mis versos arrobados,  
posando, largamente, sobre ellos la mirada;  
bendita tú, ¡cisterna que lavas mis pecados!,  
bendita tú que abriste tus huertos encantados  
a mi profunda angustia de llantos fatigada.

Bendita tú que oyendo la voz de mi tristeza,  
de lejos endulzaste la hiel de mi agonía  
y en mi crestón posaste tu angélica belleza  
“como un férreo escudo se prende una turquesa”  
al ver que de quererte mi vida se moría.

Ya ves, yo no pretendo la luz de tu hermosura,  
ya ves, yo nada quiero de tu celeste amor,  
pues sé que es imposible, ¡quimérica locura!,  
unir tus surtidores de miel con mi amargura  
y tu sonrisa flébil con mi brutal dolor!

Por eso sólo quise llegar hasta tu lado  
y echarme de rodillas a tus divinos pies  
para ofrendarte, en versos mi amor crucificado,  
mi corazón deshecho, mi espíritu abrasado  
y rota en un sollozo de angustia mi altivez!

Ungirte, deificarte, bañarte de armonía,  
eso fue lo que quiso mi férvida pasión

*El minuto azul (1932)*

para después dormirse bajo la tierra fría  
mientras tú vas regando tu ensueño, ¡vida mía!,  
por cielos de esperanza y oasis de ilusión.

...Hoy sé que mis suspiros de amor no han sido vanos,  
hoy sé que se ilumina la luz de tu bondad,  
¡oh amor, bendito seas, benditas sean tus manos  
que así han acariciado mis gélidos pantanos  
y le han dado a mi vida su santa caridad!

## Medallón

En este inefable minuto de miel,  
en este momento de seda y cristal,  
sonoro y vibrante como un cascabel  
y claro y fecundo como un manantial.

En este joyero de plata y zafir  
en el que tu nombre es oro de sol,  
recibe esta ofrenda que es un arbol  
de mi alucinante y oculto crisol,  
henchido de brujos lingotes de Ofir.

Recíbela, suave caricia de tul  
en la que los besos dormidos están;  
recíbela, ensueño de rosa y de azul  
que envuelves y arrullas y halagas mi afán.

Recíbela, guarda la lírica de la flor  
que brinda a tus gracias mi oculto jardín;  
recibe mi dulce tributo de amor,  
¡para mis silencios gentil ruiseñor,  
para mis angustias lirial serafín!

*El minuto azul (1932)*

Eres tú

Eres tú,  
ritmo leve de un leve frú-frú;

Suave, suave,  
como el vuelo de felpa de un ave;

Fina, fina,  
como clásica esencia hialina,

Flébil, flébil,  
como un ósculo tímido y débil;

Frágil, frágil,  
Como trémolo ingrávigo y ágil;

Y armoniosa  
y gloriosa  
y gentil,  
como el sueño soñado  
por el bardo encantado  
que engastó en un poema dorado  
su impoluto fervor de marfil!...

A  
Magda

## Homenaje

Mirras, nardos, fulgores, maceran tu belleza,  
arrobadoramente la aurora brilla en ti,  
retoza en tus miradas un sueño de turquesa,  
irisa el sol tus ojos y el mismo Dios te besa,  
¡así eres tú de blonda y de divina, así!...

Por eso aun cuando nunca me envuelvas en los giros  
radiosamente bellos de un inefable amor,  
¡oh ideal que te pierdes en brumas de zafiros,  
deshoja este homenaje que tiembla de suspiros,  
a ver si entre tus manos se queda mi dolor!...

## Reina de nieve y rosa

Reina de nieve y rosa, como de cuento azul,  
joya de una litera, kuruma o palankín,  
que vienes del milagro de un fúlgido confín  
envuelta en esplendores de Saba o de Mosul.

Reina toda vestida de ensoñación de tul;  
musa de los fragantes conciertos de jardín,  
por quien los surtidores afinan su violín,  
y riega sus collares, de arpegios, el bulbul.

¡Oh majestad egregia de un reino de arrebol;  
oh rosa en una corte de nardos y alelíos;  
irisación en alma de prisma y caracol!

¡Oh majestad, mis versos que son como neblías  
te llevan esta ofrenda que es un rayo de sol  
en el que van prendidos catorce colibríes...

A  
Enna  
Jiménez Castro

## Irremediable

¡Oh, qué lejana estás, sí, qué lejana!,  
vanamente mis manos, en tu busca,  
se tienden como gritos de mi alma,  
tú te me esfumas y te me disipas,  
tú te me vas, tú te me vas, ¡seráfica  
visión de mis arrobos arcangélicos  
y de mis fervorosas esperanzas!;  
¡tú te me vas irremediabilmente;  
tú te me vas, como se van las alas;  
tú te me vas, como se van los sueños;  
tú te me vas, tú te me vas, fragancia,  
como se han ido todas mis quimeras  
como se han ido todas mis mañanas  
como me voy yo mismo de la vida  
sin que en la vida me hayas dado nada!...

Tú te me vas, y yo no puedo asirte,  
yo no puedo alcanzarte, ¡estás tan alta  
que desfallecen todos mis anhelos,  
y se fatigan todas mis plegarias,  
y se quedan abajo, muy abajo,  
impotentes, vencidas, destrozadas  
estas voces que ayer fueron rapsodias  
y que hoy son amarguras que se arrastran!

*El minuto azul (1932)*

Tú te me vas, ¡Dios quiere castigarme!,  
tú te me vas, ¡Dios quiere que te vayas!;  
inútil es la fuerza de mi llanto;  
inútil es mi angustia. ¡vete!... ¡pasa!...  
¡huye de mis enfermos horizontes;  
deja el yermo cansancio de mis playas;  
sube por los caminos vagorosos,  
remóntate a los astros, vuela, alcanza  
la excelsitud celeste de las vírgenes  
el éxtasis divino de las santas,  
y ya en la altura misteriosa y bella  
donde hasta el tiempo su latido apaga,  
mírame un solo instante, “! oh, no me niegues  
la limosna de luz de tu mirada!”  
para que pueda yo con esa fimbria,  
con ese hilo de bálsamo de tu alma,  
fingir, ante mi pobre y dulce madre  
que adivina el dolor de mi desgracia,  
esa felicidad que yo no pude  
robar al sueño azul de tu crisálida;  
esa felicidad que Dios no quiso  
darles a mis angustias fatigadas;  
esa felicidad, esa divina  
felicidad, dulcísima y arcana,  
que sólo ha de sentir el que te pueda  
tener sobre su pecho reclinada!...

Te vas, te vas, qué pueden mis esfuerzos,  
qué pueden mis fervores y mis lágrimas,

si yo callo, si callan mis congojas,  
si tengo miedo hasta de mis palabras,  
si dudo, si no espero, si me aplasto  
yo mismo el corazón?... ¡Oh, vete! ¡Pasa  
de una vez! ¡Huye pronto! ... ¡Estoy maldito,  
estoy loco!... ¡Quién sabe quien me arranca  
el cerebro, con fiebre de verdugo!  
¡Quién sabe quien me hiere y quien me mata,  
y escupe mi cadáver y lo befa  
y lo destroza!... ¡Vete!... ¡Vete!... ¡Oh cándida  
visión indefinible, no me ampares,  
no me escuches, no vengas; es muy blanca  
tu caridad para mis podredumbres;  
¡vete!, ¡vete!, no mires mi desgracia;  
Dios quiso castigarme, por quererte,  
Dios quiso castigarme, ¡que se haga  
su voluntad!... ¡Benditas mis angustias,  
benditos los colmillos y las garras  
que me destrozan y que me aniquilan;  
benditos los abrojos que me rasgan  
la piel; bendito el látigo que azota  
mis carnes, floreciéndolas de llagas;  
bendito sea el amargo escepticismo;  
bendita sea la impaciencia amarga;  
y el delirio, y la fiebre, y la demencia,  
y el insulto, y los golpes, y la infamia;  
todo lo que me muerde y martiriza,  
todo lo que me hiere y anonada,  
bendito sea, sí, bendito sea,

*El minuto azul (1932)*

y tú también, también se bendecida,  
¡oh vaguedad de una quimera vaga!,  
se bendecida tú porque me dejas,  
porque no me oyes, porque no desatas  
en mis angustias tus misericordias;  
porque no me consuelas ni me amparas,  
y porque, en el dolor de mi calvario,  
no adivinas el grito de mi alma  
que, desde el fondo de mis decepciones,  
hace ya mucho tiempo que te llama,  
y te impetra, y te implora inútilmente,  
inútilmente, sí, sin esperanza,  
porque yo no nací para alcanzarte  
sino para ir besando tus pisadas!...

¡Te me vas!... ¡te me vas!... ¡Bendita seas!...  
¡Yo te bendigo, amor, aunque te vayas!...

## Tres sonetos fervientes

### I

Perfume de la sombra que duerme en tus ojeras,  
perfume de caricia que flota en tu mirada,  
perfume el de tu santa belleza inmaculada  
que es toda de jazmines, de rosas y de ceras.

Dijérase que rizas la luz de las praderas,  
dijérase que enjoyas la gorja enamorada,  
dijérase que rimas tu música encantada  
cabe las noches blondas fragantes de quimeras.

¡Mentira que eres una seráfica verdad,  
ensueño que eres una gentil realización,  
dechado de hermosura, compendio de bondad!;

¿De qué mano surgiste como una bendición?  
¿quién hizo tus alburas, perfecta santidad?  
¿qué poeta, qué arcángel plasmó tu corazón?

### II

Azucena franciscana del perfume nazareno  
con que aroma la paloma su nevada eucaristía;  
alma clara, transparente, toda plena de armonía,  
como el lago de los cisnes todo límpido y sereno.

*El minuto azul (1932)*

Lo más leve, lo más suave, lo más puro, lo más bueno,  
tal el beso de un arcángel! en la frente de María;  
soplo de una fervorosa, misionera letanía  
que discurre por el mundo como un ala sobre el cieno.

Vagarosa, deliciosa, melodiosa, luminosa,  
más alígera y joyante que la tenue mariposa,  
más jocunda y más sencilla que la gota del raudal.

¡Inasible! ¡Inalcanzable!, desde el linde de la muerte,  
con la angustia en el acento mi esperanza viene a verte  
sobre el lánguido suspiro de este arrullo musical!...

III

En la cándida provincia de jazmín,  
y de rezo, y de coloquio y madrigal,  
tu belleza es como el triunfo del rosal  
que engalana las ternuras del jardín.

Envolviendo los arrobos del confín  
como el alma de fervores del copal,  
desenhébrase tu risa matinal  
con las sedas del prelude del violín.

En la cinta del suspiro, cascabel;  
en las líricas custodias, oración;  
y en el arca de los ósculos, joyel;

*Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Oh melódica cisterna de ilusión,  
si te nombro mi palabra se hace miel,  
si te miro se hace luz mi corazón!...

A  
Martha  
Elena

*El minuto azul (1932)*

Estrofas que bendicen

Te vi, te amé... fue sólo la chispa de un instante,  
un trémulo suspiro de intensa brevedad,  
y fui tras de tus huellas, rendido y sollozante,  
por ver si en mis angustias, ¡purísimo diamante!  
regabas tus unciosos fulgores de bondad.

Y te conté el fracaso de mis nobles empeños,  
y te mostré en mis manos, marchito, el corazón,  
y te enseñé, vencidos, mis brujos clavileños,  
y en el maravilloso castillo de los sueños  
agonizante y sola mi lánguida ilusión!...

Y tú no me escuchaste, ¡oh aroma, oh melodía,  
oh música de encantos perfecta y celestial!,  
fue inútil lo que el alma llorando te decía,  
fue inútil, sí, fue inútil, pues tú no fuiste mía,  
¡oh aroma, oh melodía, oh alondra matinal!...

Y me dejaste atónito, roto el prisma encantado  
que un miliunanochesco brujo dio a mi pesar;  
y hoy no hay en mi existencia ningún rumbo dorado  
y siento que aquí adentro, en un rincón sagrado,  
una infinita angustia se ha puesto a sollozar!...

Mas tú no eres culpable de esta íntima derrota;  
¿Culpable?, ¡Oh, no!, culpable tan sólo he sido yo;

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

yo que te amé, princesa de una estrella remota,  
en cuyo firme orgullo que todo empeño embota,  
el vidrio de mis frágiles ensueños se rompió!...

¿Culpable tú?, ¡mentira!, tú me has hecho más bueno,  
tú me has hecho más hondo a fuerza de ser cruel!  
y del dolor fecundo en el fecundo seno  
¡has vuelto luz mi sombra, limpio raudal mi cieno,  
y toda mi amargura la has transformado en miel!...

Es por eso que errante tras de tus gracias sigo  
pidiendo de rodillas tu azote bienhechor;  
por eso te perdono, por eso te bendigo  
a fuerza de lavarla con llamas de dolor!

Por eso te bendigo, sí, milagroso encanto,  
es cierto que tú helaste mi lírico panal,  
pero también me heriste y me azotaste tanto  
que de mi fresca herida brotó la flor del canto  
y toda mi existencia vibró en un madrigal...

Margarita, Margarita

Filigrana de belleza  
miel de fina gentileza,  
néctar, ámbar y turquesa  
y eglantina y papemor;  
¡Margarita! ¡Margarita!  
la más dulce y exquisita,  
la más fresca y más bonita  
de las flores del Señor!

Suavidad de una sonrisa que en los labios se desmaya  
suavidad de encantamiento, melodiosa suavidad  
la de los divinos ojos en los que la luz ensaya  
la caricia más perfecta de la blanca santidad.

¡Oh el perfume en el que flota la mirada de gorjeo!  
¡Oh la bruma de oraciones que parece que te envuelve!  
¡Oh el temblor de bendiciones que en tus manos se resuelve!  
¡Oh los rizos en el que el verso pone un lírico aleteo!

¡Oh la eurítmica pureza que en tu rostro es maravilla!  
¡Oh el rubor de las auroras que tus labios humedece!  
¡Oh la carne de jazmines en tu beatitud florece!  
¡Oh la savia de luceros que en tus esplendores brilla!

¡Toda fina, toda muelle, como voz de terciopelo,  
como un trino de alabastro y una música de tul,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

al mirarte oigo el suspiro soñador de un violoncello,  
y me siento todo arrullo, y me vuelvo todo vuelo,  
y naufrago en el arrobo de un celeste sueño azul!...

Relicario de ternura,  
palomita blanca y zura,  
serenata de hermosura  
y de gracia y de primor,  
¡Margarita! ¡Margarita!  
la más fresca y exquisita,  
la mejor y más bonita  
de las flores del Señor!

*El minuto azul (1932)*

Eres como la linfa

Eres como la linfa de una piedra preciosa:  
clara, rútila, bella, perfecta, peregrina;  
eres como una alberca o como una piscina:  
tranquila, transparente, profunda, silenciosa...

Eres ingenua y buena, y traviesa, y graciosa;  
sueñas con las princesas del imperio de China  
y en que vas recostada sobre una portantina  
como dentro de un lirio fuese una mariposa.

Eres como el espacio de diáfana y serena,  
tu alma es el pebetero gentil de una azucena  
que urna de ricas joyas en su belleza finge;

Eres un ser perfecto, semi-humano, divino,  
que en el misterio surges de mi oscuro destino  
como flor en los labios de piedra de la esfinge

A  
Rosa  
María

## Sor Celeste

Sor Celeste, divina  
suavidad que discurre por el agrio sendero  
de la mano arrobada de tu dulce romero  
¡el hermano apacible de la voz en sordina!

Sor Celeste, tu oído  
de mí sólo ha sabido  
la rebelde amargura  
de mi extraña locura,  
mas... ¡no creas!, yo la gracia de ser manso he sentido;  
¡yo también he llorado con las almas sencillas!  
¡yo también he rezado mi pasión, de rodillas!  
¡yo también he querido!, ¡yo también he querido!

Y, ¿no sabes cuál es  
ese amor que fustiga mi enfermiza altivez?  
ese amor, ¡oye!, quedo,  
muy bajito, muy paso, te lo voy a decir:  
Ese amor, todo luz  
y tiniebla es ... la Cruz,  
¡el amor de las llagas, el amor de sentir  
bofetones y espinas como el claro Jesús!  
¡el amor de envolverse con el negro capuz!  
¡el amor de sufrir!... ¡el amor de sufrir!...

*El minuto azul (1932)*

¿Ya lo ves, Sor Celeste?  
también tengo mi amor,  
también tengo mi culto, también tengo mi altar;  
si lo dudas penetra en mi arcano pensar;  
¡ya verás cómo miras a mi santo fervor!  
¡ya verás cómo sientes mis suspiros temblar!  
¡ya verás cómo escuchas a mi angustia rezar  
los rosarios divinos del divino dolor!...

A la que puso  
su caricia de nardos  
en el escueto orgullo  
de mi angustia

## Heráldico

Reina de una mañana, como el trino y la flor,  
y como la libélula y como el colibrí,  
reina de un argentado y azul instante, así  
como el alma del beso que es tan sólo un temblor!

Reina fugaz y leve: sueño de ruiseñor,  
destello de diamante, perfume de alelí;  
¡corazón en la gota de sangre del rubí,  
aurora en el rosado suspiro del fulgor!

¡Oh reina!, ¡oh dulce reina cuya mano real  
me brindó la eglantina que ilumina la cruz  
del empeño glorioso, radioso y musical!;

¡Oh cristalina reina, a tu país de luz,  
yo te mando estos versos, como aroma y copal,  
y polvo de oro, y néctar, y plumas de avestruz!

A.S.M. Ana Luisa Gómez Daza,  
reina de los Juegos Florales  
de Puebla “MCMXXIII”

## Imposible

Me mandas un arrullo de pétalos de lirio,  
me mandas una suave y angélica canción;  
tal vez porque no sabes que yo soy un delirio  
que estruja hasta las tenues alburas del perdón.

¡Oh tú, la cristalina, la flébil y armoniosa,  
la que naciste el día más límpido de abril!  
¿por qué pones tus ritmos de leve mariposa  
bajo la tempestad de mi pasión furiosa  
que azota con sus crines las cúpulas de añil?

¿Ignoras que las zarpas no saben de las flores?  
¿Ignoras que no sabe de arrullos mi dolor?  
¿Has visto en las cavernas cenizos trovadores?  
¿Oído has en el yermo trinar al surtidor?

¡No, no!, yo soy de sombra, de luto y de tristeza;  
yo soy todo de llanto, de angustias y de hiel;  
sobre mis amarguras no dobles la cabeza,  
no pongas en mis noches tus sueños de turquesa,  
no riegues en mis fauces tus músicas de miel!

Guarda para las manos de seda tus presentes,  
no claves en mis brumas tus ojos arrobados;  
no riegues en mis rocas tus linfas transparentes;  
no erijas en mis charcas tus lotos encantados.

Yo te amo, te amo mucho, pero si permitiera  
que junto a mis rapsodias vibrara tu armonía,  
yo mismo, destrozando tus magias de quimera,  
sería como un rudo zarpazo de pantera  
que rompiese una frágil y alada melodía.

Mejor déjame solo, yo soy como la cumbre:  
me gusta la tristeza de todas las alturas;  
adentro llevo infiernos de llamas y de lumbre  
y afuera tengo hielo de inmensas amarguras.

¡Quien hasta mí se acerca sucumbe de fatiga;  
hasta las mismas alas se doblan en mi cresta!,  
mejor es que me dejes, ¡Aléjate, que siga  
de un lado el torbellino, del otro la floresta!

Tú vete por las sendas aladas del ensueño,  
por los maravillosos y diáfanos caminos;  
yo iré siguiendo el surco radiante de tu empeño  
y recogiendo el santo perfume de tus trinos.

Yo iré como las aves que van tras de los astros;  
yo iré como las alas que van tras de las nubes;  
yo iré puliendo arrobos de níveos alabastros  
mientras que tú me riegas el oro de tus rastros  
desde el alucinante país de los querubes.

¡Si, si ya no me quisieras; mejor ya no me ames;  
jamás, jamás podremos estar juntos los dos!

*El minuto azul (1932)*

¡En vano es que te grite, en vano es que me llames;  
mejor que yo ya no arda, que tú ya no te inflames...  
¡Dejemos que se cumpla la voluntad de Dios!...

Para  
Ana  
Beatriz

¡Oh adolescentes!

¡Oh adolescentes rítmicas,  
eurítmicas  
primaveras de un friso;  
adorables  
y amables  
ampos de arobo, y de candor, y hechizo!...

¡Oh hadas madrinas, mi poema fragua  
en vuestro honor, un breve paraíso,  
como el estuche de la gota de agua  
que miente una ilusión en cada viso.

Y para saludar vuestra armoniosa  
gracia de flor, que todo lo resume,  
el alma, como el sueño de un perfume,  
va en la litera de la mariposa!

¡Oh! Scherhazadas regias,  
más egregias  
que la perla suntuosa;  
si mis versos pueriles  
pudiesen susurrar en los pensiles  
de vuestras vidas de color de rosa!...

## Ofrendación

Eres todo el claro brillo que florece en el diamante,  
sueña en tu alma la siringa del arroyo suspirante,  
tiemblan todos los candores en tu vida celestial;  
hay no sé qué extraños ritmos en tus ojos fatigados:  
en tus ojos que parecen dos ascetas arrobados  
recogidos en la albura del silencio monacal.

De los santos tienes toda la blancura y el fervor;  
es tu diáfana belleza como un lampo de candor.

La mañana está en tu vida hecha flor de claridad,  
a Sor Agual te pareces por tu límpida bondad!

Lys de perlas en el oro de un romántico cuartel,  
azucena de alabastros en un lírico blasón,  
mariposa de fulgores que se irisa en un laurel,  
ala de oro de un destello sobre el triunfo de un pendón!

## Fermata azul

Manos de bendiciones, labios de melodía,  
ojos que dicen versos de lánguido fervor,  
voz que desdobra arrullos como el Ave María,  
alma que está cantando junto a Nuestro Señor.

Flautas maravillosas cuya vocinglería  
es un penacho egregio como de surtidor,  
son tus quince años, todos hechos de pedrería  
por un divino esteta que fuese un ruiñeñor.

Gota de luz borda ritmos sobre la fuente,  
perla que minia sueños con su movable oriente,  
gasa de una caricia, trino de fino tul;

Cáliz en el que abrevan besos las mariposas,  
seda que duerme en lirios, miel que revienta en rosas,  
vida sutil, y egregia, y heráldica, y azul...

A Ella,  
suave y rítmica  
como un perfume que canta

En un álbum

La luna se durmió para soñaros  
en una muelle alfombra de azahares;  
y erigieron los lirios sus altares  
nada más para veros y adoraros.

La luz, plena de amor de serafines,  
descendió a venerar vuestras blancuras,  
y en vuestras manos, nítidas y puras,  
se pusieron de hinojos los jazmines!...

La oruga matinal del cuento de hadas  
de vuestros sueños hizo sus capullos;  
el céfiro anido en vuestros arrullos;  
y el ciclo se quedó en vuestras miradas.

¡Oh noble dama, qué canción más bella  
que el armonioso don de tantas cosas!  
¡qué madrigal! mejor que el de las rosas  
con que vais ilustrando vuestra huella!

## Semblanzas crepusculares

### I

Dolor, dolor que ondula en una queja  
larga como la angustia de un martirio;  
dolor más puro que el nevado lirio;  
dolor más santo que una cosa vieja.

Dolor de lo que fue, de lo que deja  
sólo una triste palidez de cirio;  
dolor de lo que ayer fuera un delirio  
y luego es un fantasma que se aleja.

Dolor de tu dolor, tarde angustiada,  
angustiada lo mismo que mis días  
que son un llanto y una carcajada.

Dolor como éste de mis alegrías...  
dolor, dolor así: ¡de no ser nada!  
¡dolor de ver cuán poco me querías!

### II

Canción que es como el ritmo de todas las canciones;  
canción de suaves lampos y de sidéreo tul...  
¿Te acuerdas?, tú eras nido para mis ilusiones.

*El minuto azul (1932)*

¿Te acuerdas?, tú eras blanca y con tus níveos dones  
me hiciste transparente, ingrávigo y azul...

Mis alas eran alas potentes e impetuosas;  
mi orgullo era pantera y heráldico león;  
pero sentí tus muelles blanduras fervorosas  
y el corazón del roble se me deshizo en rosas,  
y en rosas se deshizo, por ti, mi corazón!

¡Oh tú, cuánto te quise! Yo mismo lo ignoraba,  
yo mismo no sabía que te adoraba así.  
Tú fuiste sólo mía. Por ti mi fe cantaba,  
y ahora... ya qué lejos, ¡qué lejos!... ¡Todo acaba!  
¡Quizá no soy ni un eco de sombra para ti!...

¡Oh amor! ¡Oh amor divino de suaves cosas puras!  
¡Oh amor que para siempre me susurraste: “adiós”!  
¡Oh amor, cuando te estrujen las crueles amarguras,  
amor, ven a mis brazos, que aquí están mis ternuras  
clamando de rodillas, por tu retorno, a Dios!...

III

En la tarde de rubí,  
y de seda y de cristal,  
mi ensueño es un colibrí  
mi ensueño es un colibrí  
que se vuelve madrigal.

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

Sobre las alas del viento  
que mece cunas de flor,  
se me fuga el pensamiento,  
se me fuga el pensamiento  
que va cantando tu amor.

En la tristeza de plata  
con que se muere la luz,  
mi dolor es serenata,  
mi dolor es serenata  
que llora perlas de Ormuz.

Y en la vaguedad lejana  
que finge dulce oración,  
mi verso es una campana,  
mi verso es una campana  
que invoca a tu corazón.

*El minuto azul (1932)*

¡Ojos tuyos, amor!

Ojos que alargan la esperanza mía  
por una ruta de serenidades;  
ojos que tienen dulces suavidades,  
como de música o de letanía.

Ojos que son albercas de ambrosía,  
de miel de besos y de santidades;  
ojos en cuyas blondas claridades  
nace y despunta la canción del día.

Ojos tuyos, amor, ojos divinos,  
ojos divinos y acariciadores,  
como las flores y como los trinos.

Ojos húmedos, ojos seductores,  
ojos que aterciopelan los caminos  
por donde van rezando mis dolores!...

A  
Betty  
Graff

## Deseo gentil

Un verso embalsamado y cristalino;  
un verso suave  
como el vuelo de un ave,  
o dulce y fino  
como el amanecer  
del primer  
trino.

Un verso como esencia  
y melodía  
quisiera yo tener,  
para dar lustre a tu magnificencia;  
para embriagar de músicas tu ser;  
para rendirte gaya pleitesía  
¡oh lampo de oro de la fantasía!  
¡oh preludio de flor y de mujer!...

Un verso... ¡Si pudiera el verso mío  
ser luz en tu existencia de rocío!...

A la nena  
Olavarría

*El minuto azul (1932)*

Yo soy

Yo soy una tristeza que muere por mirarte  
y soy una esperanza que vive de quererte,  
y soy un gran sollozo que anhela conmoverte  
y soy un ala rota que no puede alcanzarte

Sé que es un insensato delirio el adorarte,  
que sólo han de ser míos los labios de la muerte,  
mas, a pesar de todo, te busco para verte  
y en mi cartuja triste no dejo de rezarte.

¡Oh voz que en este amargo silencio que me mata  
desdoblas tu caricia como una serenata  
que entre las azucenas se pone a suspirar!

¡Oh luz, en las tinieblas de mi dolor dormida,  
por ti, morir es poco, sin ti, nada es la vida...  
¿La vida?... ¡Y qué me importa si no te he de alcanzar!

Para  
Ruth

## Sor Ingenua

### I

De los estuches de las corolas  
suelta el perfume su alma ideal  
y de la brisa sobre las olas,  
como un divino sueño de violas,  
flota el esquife de un madrigal!...

El oro, en alas de los canarios,  
riega los cielos de brillantez,  
abren las gorjas sus relicarios  
y entre la seda de los nectarios,  
lucen sus joyas los colibríes.

Como una fina pluma de plata  
tiembla el penacho del surtidor,  
y, junto al lago que la retrata,  
una azucena que se recata,  
bebe los trinos del ruiseñor!...

Las nubes pasan como quimeras  
rizando el viento con su vaivén,  
y, sobre el triunfo de las praderas,  
cruzan los sueños, como literas  
que llevan cosas que no se ven.

*El minuto azul (1932)*

De los dorados cuentos fragantes  
llega un efluvio primaveral,  
y, por caminos alucinantes,  
va la princesa de los diamantes  
en su carroza de oro y cristal.

Todo es poema y es melodía;  
parece un triunfo de la armonía:  
entre los nardos canta Jesús,  
y, como el alma de la ternura,  
va Sor Ingenua, cándida y pura,  
toda vestida de aroma y luz!...

Va Sor Ingenua... la ven las flores,  
la ven las brisas, los ruiseñores  
y de rodillas también la ve,  
mi pobre angustia que así la reza  
mientras, absorta, toda pureza,  
ella escuchando queda de pie.

II

“Sor Ingenua, de plata de nieve,  
Sor Ingenua de beso y canción,  
de lo más exquisito y más leve:  
¡de caricia, de tul, de perdón!”

“¡Sor Ingenua que toda eres clara!  
¡Sor Ingenua que toda eres pura!  
¡Por piedad, Sor Ingenua, en el ara  
de tu amor, pon mi santa ternura!”

“! No desdeñes mi ofrenda de lirios,  
levedad de candor de azahares,  
te la dan mis oscuros martirios  
y mis hondos y eternos pesares!”

“¡No desprecies los férvidos cantos  
que deshoja a tus pies mi osadía:  
no los rompas... ¿no ves que son santos?  
en el nombre de todos mis llantos  
da un asilo a mi errante armonía!”

“Ya lo sé: tú mereces la gala  
de un preclaro y eximio cordaje,  
mas... ¡qué quieres, si tosca es el ala  
y es obscuro mi pobre plumaje!”

“Ya lo sé: tú penetras al cielo,  
por la escala impalpable del trino,  
mas... ¡qué quieres!... ¡yo torpe en el vuelo  
no podría arrancarte del suelo  
hasta el fulgido oasis divino!”

“Si lo sé: yo soy polvo a tu paso,  
yo soy trueno en tu ritmo de espuma,

*El minuto azul (1932)*

yo soy plomo en tus sueños de pluma,  
yo soy mancha en tu vida de raso!”  
“Eres tú la hermosura joyante,  
la pureza nevada y perlal;  
yo, la arcilla que enturbia el diamante,  
y la bruma que empaña al cristal!”

“... ¡Cómo somos distintos!... ¡qué lejos,  
sí, qué lejos estamos los dos!...  
¡Si pudiera alcanzar tus reflejos  
aunque fuera en los rotos espejos  
en que ven mis tristezas a Dios!”

“Pero no, no es posible... no anhele  
vuela en pos de tu alado bajel  
y en el hondo y azul terciopelo  
se me escapa tu dulce consuelo  
como aroma de arcano vergel!”

“Oh candor, Sor Ingenua de arrullo,  
y de gasa, y de armiño, y vellón,  
qué te cuesta rasgar el capullo  
de mi rubia y dormida ilusión!”

“¿Qué te cuesta curar, ¡Santa Hermana!,  
a este ensueño de nardo y jazmín  
que persigue tu sombra lejana  
por el vasto y cerúleo jardín?”

“¡Oh ternura de besos ungida,  
no me niegues tu clara bondad!  
¡Sor Ingenua, perfuma mi herida!  
¡Sor Ingenua, bendice mi vida!  
¡Por piedad!... ¡Por piedad!... ¡por piedad!”

### III

Sor Ingenua, toda llena de candor,  
toda blanca de pureza y de virtud,  
con la paz y la dulzura en su actitud  
escuchó la triste prez de mi dolor.

Luego, suave, con acento arrullador,  
con un timbre de infinita beatitud,  
fue regando, gota a gota, en la quietud,  
este trino perfumado de fervor:

” Oh, que inmenso, qué profundo es tu pesar;  
aquí tienes la migaja de mi luz,  
ven, si quieres, en mis brazos a llorar,

cargaré, yo sola, el peso de tu cruz,  
pero, no... no puedo en tu alma descansar...  
ya lo sabes... ¡yo soy toda de Jesús!...”

Y se fue.... ¡sobre el sendero su blancura  
semejaba una celeste bendición!...

*El minuto azul (1932)*

Y se fue: ritmo de cándida dulzura;  
y se fue, lampo de arrullo y de perdón;  
Y con ella se fue toda mi ternura,  
y con ella se fue toda mi amargura  
sollozando en el copal de una oración!...

## Consummatum est

Al fin todo ha concluido, tú misma me has clavado  
en el glorioso leño, bajo el azul ferviente;  
¡tú misma coronaste mi destrozada frente!  
¡tú misma, si, tú misma, me heriste en el costado!

Está en el roto pecho mi corazón helado;  
se fue de mis gemidos el ruiseñor doliente;  
ya no flota en el alma ni un sueño transparente;  
¡ya todo ha terminado!... ¡ya todo ha terminado!...

¡Ya todo ha terminado! ¡Oh tú, también María,  
pero no como el ánfora de aromas, de Jesús!  
¡Oh tú que ni siquiera rezaste en mi agonía!,

ven a bajar tú misma mi cuerpo de la cruz;  
¡ven, unge mi cadáver, que ya la angustia mía,  
sabrás, para pagarte, transfigurarse en luz!

## Emperatriz del cetro azul

Emperatriz del cetro azul,  
emperatriz  
de una selecta y exquisita  
gracia “chic”.

Refinamiento de belleza  
y  
de elegancia,  
merecías ir  
al estuche de seda de la rosa  
sobre el áureo temblor del colibrí

Princesita de las  
Mil  
y Una Noches,  
a quien yo conocí  
en el lejano amor de la provincia  
cuando era apenas el latir  
de un preludio ingenuo,  
un infantil  
ritmo de risas y candores,  
algo así  
como uno de los brujos cascabeles  
del historiado traje de Arlequín.

*Horacio Lúriga Anaya. La luz del conocimiento*

Emperatriz del cetro azul,  
¡oh fascinante y deliciosa emperatriz!,  
en el nombre gemal de la belleza,  
yo te pido, gentil  
melodía  
de un arcangélico violín,  
yo te pido que acojas  
mi homenaje: esta ofrenda de versos,  
este fluir  
sonoro que despliego  
a tu paso de seda y de perfume, de porcelana y de marfil,  
como una suave alfombra de aleluyas  
en el camino azul de un serafín...

Para  
Irma Yolanda

## Madrigal

¿Surgiste de las páginas de un cuento;  
del brujo arcón de la ilusión dorada?  
¿Viniste con la aurora perfumada  
en un amanecer de encantamiento?

¡Quizás!... Yo sólo sé que hubo un portento  
para mi devoción arrodillada,  
y que en el desvarío  
de una fiebre gloriosa,  
para exornar, ¡oh pétalo de rosa!,  
tu parvo señorío,  
se escapó de la lira el canto mío  
y se perdió en la vaguedad radiosa  
como el columpio de una mariposa  
que mece iridiscencias de rocío!...

Para  
Inga

## Último ruego

### I

De súplicas dolientes llenaron mis dolores  
tu mágico pensil,  
y por regar en tu alma sus armoniosas flores,  
dejaron mis orfebres y estetas ruiseñores  
su torre de marfil.

Sobre tu crencha de oro, colgó sus terciopelos  
de luz, el ideal,  
y por hacer más suaves tus milagros vuelos,  
tendieron, como un puente, mis brujos violonchelos  
sus almas de cristal.

Mi ensueño, entre tus manos de diamantistas sabios,  
se transformó en joyel,  
y el oro de la lira, por ir hasta tus labios  
se me deshizo en miel...

Hasta tu regio alcázar rezando su ternura  
llegó mi corazón,  
y te dejó, en un néctar de armónica dulzura,  
mi nítida canción.

*El minuto azul (1932)*

Mi espíritu y mis versos ¡mis alas y mi canto!  
todo cuanto tenía de límpido y de santo,  
    lleno de unción, te di,  
pero el núbil gorjeo de tu ilusión florida  
no quiso ir por la inmensa tristeza de mi vida  
    cantando junto a mí.

Y me dejaste solo cargando en el camino  
    mi rota juventud,  
como quien lleva todas las músicas del trino,  
en medio a las salvajes tormentas del destino,  
dormidas en el santo dolor de un ataúd!...

II

¡Oh botón de arrullos, copa de armonía,  
oh verso de nardos, poemas de plata,  
más suave y más dulce que una serenata,  
más honda y más pura que una letanía!

¡Oh fragante rosa, reina de las rosas,  
por ti han naufragado mis ritmos dispersos,  
pues negaste el néctar a las mariposas  
sobre cuyes tules vogaban mis versos!

Tú quebraste el vidrio de mi azul palacio  
donde era una rubia princesa la aurora;  
por ti se perdieron mi fuente canora,  
mi luna de perlas, mi sol de topacio,

*Horacio Lúriga Anaya. La luz del conocimiento*

Si caí en la audacia de seguir tu huella  
fue porque me heriste con tus propias galas...  
¡cuando en pleno vuelo se queman las alas,  
culpa no es del ave sino de la estrella!...

Pero... ¿Por qué habías de alumbrar mi lanza  
con el santo beso de tus ilusiones,  
si tú eras la savia que canta en botones,  
y yo era el cortejo de las decepciones  
que a la tumba llevan la rota esperanza?

Sí, tú no podías recibir mi ofrenda...  
¡perdona, perdona mi audacia importuna!  
¡perdona el empeño de clavar mi tienda  
junto a la celeste paz de tu laguna!...

¡Perdónale a mi alma su afán de quererte!  
¡perdona el sublime delirio de amarte!,  
¿Qué culpa tuvieron mis ojos de verte?  
¿Qué culpa tuvieron mis sueños de hallarte?

¡Oh pájaro estrella que cantando brillas,  
caridad a un tiempo de música y luz!,  
¡perdón!... ¡yo te pido perdón de rodillas,  
pero deja el reino de las maravillas  
y ven a clavarme tu misma en la cruz!...

Sí, ¡candor de seda, alma de zafiro!,  
ya que tú rompiste mi dulce ilusión

*El minuto azul (1932)*

ven hasta el silencio de mi cruel retiro,  
ven, aunque sea en una racha de suspiro,  
a los funerales de mi corazón!...

## Heráldica

Cantas en el divino corazón de la aurora  
como cantan las aves en el alma del día;  
tu castillo es un astro de fulgente osadía  
y tu patria es un cuento de Mosul o Bassora.

Tu hermosura preclara de leyenda se dora,  
son tus límpidos sueños matinal pedrería  
y tu vida es un barco de flotante armonía  
que estremece pendones de canción en la proa.

¡Filigrana de pluma, figulina de nardo,  
en la ilustre prosapia de tu real señorío  
se adivina el linaje de un esteta y de un bardo;

¡Hasta hay veces que pienso que eres fruto tardío  
de las manos de seda del eximio Leonardo  
y los dedos de nácar del egregio Darío...

A tu  
ducal finura

*El minuto azul (1932)*

¿Tú también?

¿Te esfumarás también, sueño de plata,  
    nívea diafanidad  
que en el silencio de mi noche ingrata  
eres como una blanca serenata  
desmadejada en sedas de bondad?

¿Te perderás también, verso de espuma,  
    de nieve y de vellón,  
más vaporoso que la leve pluma,  
más sutil que el perfume y que la bruma,  
    y el sueño y la ilusión?

¿Te romperás también, cristal divino,  
    sonora nitidez,  
donde duerme la música del trino,  
y el alma de arroyo diamantino  
    de límpida fluidez?

¿También te chafarás, candor de seda,  
    matutina oración,  
cuya cadencia melodiosa y queda  
al desflecarse en mi dolor, remeda  
    un lampo de perdón?

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

¿También te perderás, efluvio santo  
cuyo soplo, al pasar  
por el mudo dolor de mi quebranto  
despertó de mis sueños el encanto  
y los echó a volar?

¿También, también, lirio de luz de luna,  
cisne de mi romántica laguna!,  
también tú te me irás?

¿También te alejarás de mi sendero  
tú que has pasado por mi orgullo austero,  
como sobre el mutismo de un acero  
una celeste geórgica de paz?

## Poupe

Muñeca de alma clara como ritmo de fuente,  
como lampo de luna, como esencia de albor;  
muñeca de ojos plenos de visiones de Oriente,  
de paisajes idílicos y espejismos de amor.

Muñeca cuyos labios, arrulladoramente,  
acarician los bucles del verso arrullador;  
muñeca cuyas manos han ungido la frente  
de la Virgen María y de Nuestro Señor!...

Muñeca inverosímil, muñeca alucinante,  
como el jardín de brillos que tiembla en el diamante,  
como la estampa fúlgida de un cuento singular;

Muñequita celeste, muñequita encantada,  
¡quién pudiera ser polvo de afecto en tu morada,  
y sentarse a tu lado y ponerse a soñar!...

A C. A.  
tornasol de alborada  
en corazón de madreperla

## Tu voz

Tu voz es de crespón de china,  
de una elegante y delicada felpa azul;  
tu voz es clara y fina  
como una sonatina,  
como la voz de princesa Diamantina:  
la de Saigón y de Ceylán y de Kabul...

Tu voz es de  
no sé  
qué  
divino sortilegio;  
tu voz es todo un armonioso florilegio;  
¡es un suspiro, es un arrullo,  
es un arpegio,  
como el milagro de la voz de Azylladé!...

Por eso, cuando  
junto a mí vas regando  
las músicas hialinas de tu voz,  
miro Kalifas y Visires de albornoz,  
ciudades llenas de la gracia de la luz,  
y recorriendo sus imperios deslumbrantes,  
veo a la rubia emperatriz de los diamantes  
con su infinita caravana de elefantes  
y entre una nube de flabelos de avestruz...

*El minuto azul (1932)*

Por eso cuando minias tu canción  
siento que pasa por mi vida la ilusión.

¡Oh voz de madrigal  
y de vergel!  
¡voz de vuelo,  
voz de consuelo,  
voz de terciopelo,  
voz de violoncello!  
¡Oh voz, celeste voz, dame tu miel,  
dame tu pura diafanía de cristal  
y en el silencio de mi angustia y de mi mal  
cuelga tu fino,  
y parlanchino,  
y peregrino  
cascabel!

Y, que te pague Aquel  
dulcísimo panal  
que, en el milagro de la blanca Epifanía,  
fue como el lirio de una tenue melodía  
que perfumó la muda sombra del Portal!...

A  
Nené  
Zaldívar

## Oblación

Reina de una dulcísima leyenda rosicler,  
de un madrigal de alondras, de un sueño tornasol;  
perfume de celajes de las rosas del sol,  
nardo de luz que apenas comienza a florecer.

Suave, leve, apacible como un amanecer,  
o como un iris lánguido de perla y caracol,  
tal la ofrenda de una lámina de arbol  
que dejaran las manos del Niño Dios caer...

¡Reina de los jardines que cantan; Majestad  
de las praderas líricas; princesa de un país  
donde el azul es música y es miel la claridad!

¡Emperatriz de cuento! ¡Oh egregia emperatriz,  
para besar tu mano que es gracia y brevedad,  
la garra de mi estrofa se me convierte en lys!...

A la señorita María del Refugio Massieu,  
Reina de los Juegos Florales del Centro Social  
Potosino  
MCMXXIX

## Fantasia doliente

Riegan celestes canciones, de sus joyeros, las brisas,  
entre las frescas corolas saltan los silfos traviesos,  
y hay como un chorro de notas y una cascada de risas  
y una explosión de botones y un estallido de besos!...

¿Es que ha dejado la aurora su diamantino palacio  
que construyeron los gnomos sobre las islas de Oriente?  
¿Es que el ensueño camina rumbo a la playa fulgente  
mientras se bañan las nubes en el azul del espacio?

¿Qué serafín se ha escapado de los estuches del cielo?  
¿qué flor dejó el gobelino de los cerúleos jardines  
que se arrodillan los llantos en un fervor de violines  
y se perfuman las alas con los copales del vuelo?

¿Quién es, quién es la que viene  
por senderos de ilusión,  
esa cuya risa tiene  
diafanidad de Hipocrene  
y exquisitez de Helicón?

¿Será la reina Belkis,  
o la dulce Azylladé  
o la gloriosa Friné  
o la encantada Krisis?

*Horacio Lúriga Anaya. La luz del conocimiento*

No, no, ¡miradla!, si es ella,  
la clara, la diamantina,  
la nítida, la hialina,  
la translúcida y la fina  
joya con alma de estrella!

Eres tú, santa redoma  
de músicas y de aroma,  
eres tú, verso y paloma:  
toda cándida y fugaz;  
eres tú que entre las gasas  
de mis ilusiones pasas,  
¡eres tú que me rechazas,  
y me dejas... y te vas!

Para Sonia  
María Cristina

*El minuto azul (1932)*

El dolor de tu ausencia

Roto en trémulos suspiros el espíritu doliente,  
nafragando en un sollozo la encantada melodía,  
veo zarpar tu nave de oro bajo el cielo transparente  
y escoltada por el llanto de las músicas del día.

¡Te me vas!... sinos ocultos te arrebatan de mi lado,  
¡te me vas!... te vas, caricia de infinita suavidad  
que alumbraste mis maldades con tu beso inmaculado  
y aliviaste mi tristezas con tu santa caridad!

¡Te me vas!... el alma exangüe sufre ya con tu partida,  
sueltan lágrimas ardientes los veneros de mi vida,  
agoniza, en una queja prolongada, la ilusión,

y al sentir que te me roban con el crimen de la ausencia,  
a la punta de mi pluma fluye toda mi existencia  
y en la sangre de estos versos se me escapa el corazón!...



*La selva sonora*  
*(1933)*





## EPÍGRAFE

**B**ASTA TRASLADARNOS a la Alejandría del año 200, para oír el característico rumor de estética con que una civilización cosmopolita sabe engañarse a sí misma y ocultarse la muerte de su arte. Allí, entonces, como hoy en las grandes urbes europeas, presenciemos una carrera abierta tras de la ilusión de una evolución artística, de una personalidad, de un “nuevo estilo”, de “insospechadas posibilidades”; oímos una abundante charla teórica, vemos pretenciosas actitudes de artistas a la moda, que parecen acróbatas haciendo juegos malabares con pesas de cartón; tenemos al literato en lugar del poeta, la indecente farsa del expresionismo organizada por los vendedores como un momento de la historia del arte; el pensamiento, el sentimiento y las formas convertidos en industria. Alejandría tenía también sus dramaturgos de tesis y sus directores de escena, que eran preferidos a Sófocles, y sus pintores que descubrían nuevas direcciones y embaucaban al público.

OSWALD SPENGLER (*La Decadencia de Occidente*)

La lírica moderna, caracterízase justamente por el intento de nuestros poetas de intensificar la expresión hablada, como tal, para adaptar el lenguaje poético a la expresión de la vida interna, ¡y también el fracaso de todos estos intentos! El poeta debe poder decirlo todo sin respeto alguno a la forma poética y a las leyes de esta forma. La aspiración de potenciar las posibilidades que para la expresión posee el lenguaje poético, claro es que es legítimo en absoluto, pero siempre que produzca realmente poesía, siempre que con ello se llegue a resultados artísticos, y a un efectivo enriquecimiento del idioma. Sí; bienvenido todo ello si este afán hubiera producido nuevas formas artísticas de la poesía y la lengua poética tomara otra vez el mismo vuelo que experimentó merced a la fuerza creadora de

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

un Goethe o de Heine. Ahora que lo característico del arte en nuestro tiempo es que esta aspiración hacia una expresión intensa del lenguaje y hacia el ajuste de este lenguaje a la intensa vida interior de nuestra época, precisamente ha conducido a la poesía moderna a la radical disolución de todas las reglas poéticas y a la violación de las leyes más elementales del lenguaje. Claramente se puede demostrar en la lírica moderna por qué todo este esfuerzo es tan contrario al estilo y a la vez por qué es una empresa imposible. Los líricos modernos desconocen en absoluto las leyes de la evolución del idioma; el lenguaje no se puede modificar o realizar de un golpe. Querer hallar de súbito medios nuevos de expresión por centenares, peca contra todas las leyes naturales del idioma. La naturalización de los medios nuevos de expresión verbal solamente es posible por el trabajo de las generaciones...

E. MEUMANN (*Sistema de Estética*)

La fuerza espiritual es como el fuego, que no se hace útil y motor si no por las máquinas que dominan su potencia. Las máquinas son indispensables. Exteriores a nosotros, son instrumentos que sirven para fabricar todos los objetos útiles o agradables a nuestra vida. Interiores son las técnicas de que tenemos necesidad para manifestar nuestra inteligencia en la ciencia y en la poesía. En el orden intelectual nada se crea si no es por medio de una técnica. Esta, por obstáculos bien colocados y trabas diestramente concebidas impide la disipación o pérdida del fuego creador. ¿Por qué el poema es la forma superior de creación espiritual y por etimología el único que merece el nombre de creación, sino porque está sometido a una máquina de lenguaje singularmente difícil, de la que el ritmo, la censura, la rima, la alteración, forman las resistencias y las complicaciones? Esta técnica, como todas las técnicas es el obstáculo útil, del que por desgracia abominamos hoy al desconocer su utilidad.

PAUL VALÉRY (*Serpiente Creadora*)

*La selva sonora (1933)*

En México, como en el resto de América, el feminismo literario integra casi por completo la comparsa poética. Las más acerbas críticas, los epigramas más acremente condimentados, no pueden nada contra esa falange hermafrodita que llena las páginas de toda publicación de importancia y que revela, indudablemente, un venero de exquisitas fuerzas estéticas. Por todas partes tropieza uno con ellos: en el libro, en la conferencia, en la convivialidad casera. Quien se proponga murmurar de estos notables ejemplares del cruzamiento sexual, no obtendrá sino el desprecio del grupo entero y algún mohín de disgusto que sugiere el de las niñas tímidas.

La amistad entre “ellos” es como la amistad entre “ellas”. Se distinguen sus convivios por el encogimiento de las conversaciones, de las maneras, del pensamiento. Son sugestionables y sugestivos; visten a la última moda, llevan las uñas pulidas y el espíritu cautivo de los señuelos en que hay siempre mucha ternura. Este remilgo subconsciente para ver la vida vulgar, pone entre ellos y el mundo una especie de paño suavizante, una alfombrilla del señorío que ahoga el rumor de sus pasos. La voz se les hace melosa y aguda, llena de inflexiones y de caricias, sus manos se tornan finas y blancas, con magnéticas ondulaciones de gato y gestos devotos; todo en ellos acusa un refinamiento emotivo que es el resorte de su actitud para crear poesía. ....

Mientras “el hombre”, el tiempo en que predomina la cualidad varonil de empresa y de recurso práctico, cultivó asiduamente el verso, la metrología se conservó intacta, obedeciendo a imperativos de la razón musical. ....

... No es posible averiguar si la poesía ha ganado o perdido; pero es innegable que los “poetas-poetisas” nuestros, han revolucionado todos los procedimientos, ni más ni menos que como lo hacen en las modas los modelos famosos durante los veranos playeros. Este siglo nuestro que se ufana de su maquinismo “macho”, es lo más femenino que haya vivido jamás sobre la tierra. Así como existe la mujer – aviador, la mujer- chauffeur y la mujer ministro, vive y alienta, del mismo modo, la mujer poeta. ....

RAFAEL CARDONA (*Poesía y Feminismo*)

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

El historiador comprobará alguna vez que las épocas que blasonan de novedades son precisamente las épocas impotentes. Es muy cómodo declarar que se siguen caminos nuevos: se tiene una excusa para ignorar lo viejo; se justifican las propias faltas, alegando incompreensión, misonéismo de nuestros contemporáneos. ¡La cantidad de necesidades que con el membrete de novedad y modernismo han pasado por nuestro pobre México en estos años de cretinismo generalizado y de falsedades revolucionarias! Bolchevismo en política, cubismo en arte, estridentismo y proustismo en literatura; en el fondo solo dos rachas desquiciadoras, paralelas y tan antiguas como la historia, a saber: vandalismo y esterilidad. Reniego pues de cuanto se presenta sin más título que ser nuevo.

JOSÉ VASCONCELOS (*¿Músicas Nuevas?*)

El deseo de originalidad que entre nosotros es ya una obsesión, una manía, no sólo conduce a las más lamentables aberraciones, sino que acusa pobreza de espíritu, miedo de imitar y desconfianza en las facultades creadoras. Este anhelo malsano sólo puede engendrar monstruos. La originalidad es grande y bella cuando es espontánea, natural, y la ciencia no la daña sino que la ennoblece y adorna; cuando es artificial, cuando se compone frente al espejo una melena de poeta sobre un cráneo vacío, puede convertirse en caricatura. El artista debe ser sincero, ingenuo, serio, religioso.

JESÚS URUETA (*Discurso a M. José Othón*)

## PRÓLOGO

**CLÁSICAMENTE** vulgar, pero de indiscutible ejecutoria, es el concepto que exige que, para juzgar toda obra de arte, hay que atender, por igual, a su potencia ideológica: extensión y profundidad del pensamiento que la anima, y a su mayor o menor perfección técnica: medios o recursos de expresión estética con que el ímpetu creador se manifiesta.

Pues bien, si a la luz de semejante criterio, examinamos la obra poética de Horacio Zúñiga, tendremos que aceptar, según lo afirmamos en el proemio de *El Minuto Azul*, que el maestro, cuya técnica es capaz de cincelar el madrigal más delicioso, al par que esculpir los más recios bloques epopéyicos, y cuyo pensamiento va desde el “ego” romántico hasta las más dilatadas y profundas generalizaciones, es, hoy por hoy, uno de los mejor perfilados poetas absolutos del habla española.

Para demostrar tal cosa, no insistiremos en hacer referencia, una vez más, a sus libros anteriores, *Mirras*: derroche de virtuosismo, elegancia, delicadeza y musicalidad, no exento, según lo demostramos, de nobleza ideológica, y *El Minuto Azul*: desbordamiento de sensibilidad, que constituye, por sí solo, la más seria refutación para quienes pudieran pensar que, Horacio Zúñiga, es exclusivamente un parnasiano a la manera de Lecomte y Heredia. No, para llegar a semejante evidencia y dejar definitivamente probado que el autor, es uno de los poetas índices de América, bástanos únicamente y partiendo del concepto de forma y fondo señalados, hacer un breve análisis de *La Selva Sonora*, pues en este máximo libro, dentro de una armonía robusta y perfecta, y un vigoroso y sabio equilibrio, destácase, al par, la sensibilidad más exquisita, la pasión más

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

arrebataadora, la ideología y la concepción más potentes, el más brillante derroche imaginativo, y una técnica de extensión y riqueza difícilmente igualadas en la obra presente.

A este efecto, comencemos por aquellos poemas en que el autor, haciendo uso todavía de los moldes clásicos, imprime a las viejas métricas, el elegante sello de su personalidad inconfundible. He aquí la delicada iniciación de El Arcón de Sándalo:

Era el instante suavidad de pluma,  
era púber y cristiana,  
y era el espíritu de filigrana,  
de ámbar, de luz, de almíbar y de espuma . . .

Como se ve, el pensamiento del poeta solo busca sumergirse en las deliciosas evocaciones antañonas, para poder decir más adelante:

Telas marchitas de crujiente seda  
cuya elegancia, al desdoblarse, rueda  
con abandonos de renunciación;  
telas de pobres tintas desvaídas  
como las existencias consumidas  
en los calvarios de la devoción.

A igual categoría pertenece El Poema Inefable, pero, presto, la idea del escritor se ensancha, su visión se amplifica y del poema suavemente evocador, familiar, personal casi, vémosle trasladarse al paisaje folklórico, en el que laten ya las patrias reminiscencias: Xochimilco, Suite Mexicana, etc., de los que entresacamos los siguientes fragmentos, así lo evidencian:

*La selva sonora (1933)*

De Xochimilco:

Hamaca de agua y de tules  
del cansancio del nahoa,  
columpio de la canoa  
de las mañanas azules! . . .

.....  
¡Xochimilco! ¡Xochimilco! . . . También la fuerza es delicada,  
por eso en el arco de Ilhuicamina  
se queda blandamente posada  
la paloma de Doña Marina,  
y en medio del petrificado galope de las cordilleras,  
luce la idílica laguna embelesada,  
como el cromo de una princesa encantada  
que incuba un sueño de “zenzontles” ante un asedio de panteras! . . .

De Suite Mexicana

¡Jícaras que en las manos morenas  
de los pobres, como bienaventuranzas nazarenas,  
vienen y van!  
¡Jícaras de milagro! ¡Jícaras de portento! ¡Jícaras de Michoacán!

.....  
¡Sarapes del Saltillo! . . . ¡Toda tú, Patria mía,  
“Suave  
Patria”, de tu mejor trovero,  
toda tú estás en el símbolo del sarape rumboso y ranchero,  
que es calor y poesía,  
ternura y gallardía,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

abrigo y gala como el plumón del ave,  
gala y abrigo como el vellón del día! . . .

El poeta épico, según se ve, comienza a destacarse. El paisaje despierta en él asociaciones más profundas y si de la evocación familiar lo vimos pasar a la descripción pictórica, casi exclusivamente lírica, aunque iluminada, a trechos, con reflexiones de la ética social más pura, a continuación vamos a verlo de pie ya, abarcando con la voz y el ademán, en su poema La Guerra de los Asombros, todo el paisaje nativo:

Llega el pasado en rútilos bergantines  
que peinan con sus quillas la inmensidad  
y estremeciendo el ritmo de los confines,  
cien años, a manera de cien clarines,  
están tocando dianas de libertad! . . .

Épico, por fin, sin embargo, el poeta se mantiene todavía dentro de las limitaciones del fasto conmemorativo y aun cuando en el anterior poema evoca toda una centuria, su perspectiva aún no crece como habrá de acontecer cuando, más tarde, en Patria de Bronce y Seda, gemela de Allegro Heroico, después de haber resumido brillantemente nuestro pasado precolonial en sus Piedras Aborígenes, acabe por darnos un cuadro completo, aunque literariamente sintético, de toda nuestra génesis histórico-social:

De Patria de Bronce y Seda:

¡Oh la Ilíada autóctona que íntegramente abarca,  
toda la gesta púgil e inmortal:  
desde la turba nómada, sin Dios y sin monarca,

*La selva sonora (1933)*

hasta el sagrado símbolo de la charca  
donde –pendón de plumas de la rotonda zarca-  
hinca el águila homérica su vuelo en el nopal!

.....  
Los azores en los añiles virginales:

América en el surco del sueño de Colón.

¡Las manos del prodigio que siembran Catedrales!

¡El roble que se enflora con besos de rosales

y la gleba aborígen con alas musicales

convertida en el mirlo de luz de la canción!

.....  
¡Salve, salve ciclópea capitana de atlantes,

que de las luchas crueles en los ígneos instantes

dispersas a los vórtices con tu soberbio airón;

y que, al fin heraclida de corazón de aeda,

desbaratando en lirios tu caridad de seda,

coronas de perfumes las crines del ciclón! . . .

Horacio Zúñiga se destaca al cabo, como un auténtico poeta nacional, que no sólo se conforma con exaltar determinados momentos históricos, como en *El Castillo Encantado*, (por más que aquí, igual que en los otros, haya también una síntesis de considerable alcance) *Juárez*, *Canto de Hierro y Oro*, *Sinfonía Pindárica*, etc., sino que nos da una versión completa de nuestro proceso histórico. Naturalmente, colocado desde este ángulo visual, el poeta que a los catorce años cantara al mártir cívico Francisco I. Madero, en su vernáculo poema *Un Crespón* y un *Laurel*, conviértese en el más alto lírico de la Revolución con su magistral *Sinfonía Heroica*.

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

Sin embargo, lejos de detenerse aquí el gran épico, sigue creciendo todavía, y como no podía menos de suceder, extiende su pensamiento hasta la América del Sur, lo arroja hasta España, y acaba por convertirse en una rapsodia continental. Es entonces cuando gallardamente dice, en su Mater España, que es la más generosa comprensión de la conquista:

Clarín que los siglos empuñan: ¡España,  
cumbre de leyenda, fúlgida montaña  
donde nace el día como una canción;  
estrofa de Píndaro vibrante y colérica,  
racha victoriosa de la lira homérica  
que empujó a las próceres naves de Colón!

Y es entonces también, cuando, en Ayacucho, Bolívar, Las montañas de América y los Ríos de América, etc., ya sea partiendo del vértice del héroe o de la cúspide de la victoria, o por fin del paisaje geográfico e histórico, Horacio Zúñiga, encierra en su poesía toda la anchura del “Continente de Cervantes”, que, en Lengua de Maravilla, había de cantar desde el más elevado punto de vista. Véase, en efecto, de qué manera el autor, alcanza las proporciones del verdadero poeta de América.

De Ayacucho:

Viento del Sur, alarga mi grito en tu clarín;  
desde Atahualpa y Cuauhtemotzin  
viene el impulso de mi voz;  
yo solo soy un ritmo del poema ancestral,  
¡Viento del Sur, arroja mi germen musical  
en el surco de besos de los labios de Dios!

*La selva sonora (1933)*

.....  
¡Ayacucho! ¡Ayacucho!, sobre América entera  
crece, azul de infinito, tu soberbio crestón,  
y ante la gloria que tu audacia reverbera,  
todo tu continente, cual una primavera  
de soberanas músicas, vibra en una canción,  
pues aquí, ya lo sabes, hasta la misma fiera  
lleva un jardín de pájaros dentro del corazón! . . .

De Bolívar:

¡Bolívar! . . . Por el ancho sendero  
de ese nombre, toda la América desfila,  
con el paisaje heroico del padre Homero  
en la pupila  
y en el aborígen labio romancero  
—grieta del bronce autóctono que miel de músicas destila—  
con el filón de brillos que rutila  
en el “sursum” de plata de la trompeta del lucero!

.....  
¡Emancipador de pueblos! ¡Patriarca de naciones!  
¡América es la sombra de tu vuelo, porque tú eres la libertad!  
¡Cóndor en cuyas alas, que son dos estelares pabellones,  
ensortíjense las miradas de las constelaciones  
y se reposan los rancos vientos de la adversidad! . . .

De Las Montañas de América:

Sed los soberbios pregoneros  
de nuestras grandezas heráldicas,  
y esperad a que sobre vuestros hombros  
pase el vuelo rotundo de otra sublime clarinada  
que sacuda las piedras, que levante a los pumas,  
que despierte a las águilas  
y que haga florecer, en un acorde sinfónico,  
o en uno como hercúleo latido de dos razas,  
a la cultura de los emperadores sagitarios  
y a la que, por la ruta miliunanochesca de España,  
nos mandó, con la Cruz, a Jesucristo,  
y al señor Don Quijote con la aurora en la punta de su lanza! . . .

Mas, tampoco en este límite heroico hace alto el pensamiento del poeta. Precisamente en la parte final de este último poema, así como en otros de igual género, la potente ideología de él, traspone el epicismo continental para tocar las lindes de las más vastas generalizaciones. Así, en el final de Las Montañas de América exclama:

¡Grandes, serenas, majestuosas,  
oh sublimes montañas,  
arrojáis al espacio vuestras cumbres  
y lanzáis a la luz vuestras audacias,  
proclamando, a la faz del vasto cielo,  
con vuestra sólida elocuencia sin palabras,  
que la piedra no quiere estar a oscuras,  
que la materia quiere tener alas

*La selva sonora (1933)*

y que  
más allá  
de la vida y de la muerte,  
sobre infiernos de cóleras y tormentas de lágrimas,  
el ideal de los hombres  
y de los pueblos se levanta,  
más grande que sus infortunios, más grande que sus decepciones,  
más grande que sus esperanzas;  
tan grande, tan enorme, tan inmenso,  
que impaciente desgarrar  
el capullo de la atmósfera,  
y sube y sube, hasta desenvolverse en las llanuras diáfanas,  
como una bandera de constelaciones  
a todos los rumbos del espíritu y a todos los vientos del infinito desplegada!

En este punto, el poeta continental, transfórmase en poeta humano, en el épico de inconfundible sello filosófico-religioso, en el paladín ético místico, no sólo de la cultura de occidente, sino de una suerte de espiritualismo ecléctico: confluencia de oriente y occidente, que exalta en sus estrofas todos los símbolos de la más noble grandeza humana; todos los momentos más brillantes de la conciencia colectiva. A este ciclo, pertenecen Las Catedrales y el Poema de la Piedra, de los que entresacamos las siguientes estrofas:

De las Catedrales:

¡Magnas joyas que derraman sobre el mundo su fulgor  
cuando tiembla en sus aristas la flamante claridad;  
entusiasmos esculpidos, clarinadas de fervor  
que al indemne azul se lanzan con sonora majestad,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

pregonando lo infinito del amor y del dolor  
entre el polvo de luceros de la muda eternidad! . . .

De El Poema de la Piedra:

Piedra eterna, piedra insigne, bloque, y ala y antro y clima,  
haz que en tus esplendideces la materia se redima,  
clava en tus eternidades, como antorcha, nuestra voz,  
y volviéndote serena, dócil, dúctil, misteriosa,  
duérmete en los terciopelos de la alfombra luminosa  
donde el infinito sueña sobre el corazón de Dios! . . .

Pero, hombre de su siglo, al fin y al cabo, vuelve los ojos en torno suyo y entonces es la “locura fáustica” la que exalta en La Epopeya de las Alas, El Ave del Milagro, etc., este último poema iluminado por el destello ultraterreno que le hace decir:

¡Oh potente neblí, de nuestra bestia  
vindicación triunfal,  
cura tu herida, prende tu entusiasmo,  
redobla tu sublime empeño de alcanzar el nido del sol;  
robustece tu audacia, acrecienta tu afán,  
y vuela . . . y vuela . . . ¡y vuela eternamente!  
y sube . . . y sube . . . ¡y sube más y más!  
Que cuando hayas deshecho con tu impulso  
este lazo que anuda el ala prócer  
al egoísmo sórdido y brutal,  
que cuando al fin nos abras el sendero  
por donde va  
Jesús con Don Quijote y San Francisco

*La selva sonora (1933)*

(¡el amor, el ensueño y la bondad!)  
ya podremos beber en las cisternas divinas  
la miel del ideal;  
ya podremos sentir el vuelo armónico  
de las estrellas –¡alondras que gorjean al brillar!–  
ya podremos oír el ritmo arcano,  
ya podremos dormir sobre la alfombra de la celeste paz;  
ya podremos ser luz y dar fulgores,  
ya podremos ser música y cantar,  
y podremos herir con nuestras manos  
la lira de oro de la inmensidad! . . .

A la vez, generoso amigo de los victimados, obrero él también del pensamiento, como se hace llamar, no podía dejar de ocuparse del paria, del surco y del taller. De allí Los Orfebres de la Arcilla, ese canto sublime a nuestros indios artistas, único en nuestras letras y Negro y Rojo, ese verdadero evangelio lírico-filosófico de la emancipación integral de los de abajo, para quienes, tan bella y profundamente, reclama una reivindicación, pero no nada más económica, sino ética y cultural, exclamando, en uno de los más vigorosos pasajes del último poema citado:

¡Oh hermano proletario, que lo mismo que tu, proletario  
y obrero del pensamiento soy yo!  
No te detengas: ¡Adelante! . . . ¡Adelante! . . . ¡Adelante! . . .  
Pero, después de haber alcanzado la redención  
de abajo; después de que haya dicha y sustento en tu hogar,  
no descanses aún; no te conformes  
con la felicidad  
puramente biológica; ¡Tu también tienes derecho a la belleza,  
a la sabiduría, al amor, al ensueño, a la sublime paz

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

de la contemplación! . . . Piensa pues, ama, canta, sueña . . .  
¡que ese es un modo superior de trabajar!  
y demuestra al despectivo burgués,  
que tú, sin el azote del verdugo y sin la sangre del esclavo,  
sino a la sombra de la justicia y con el impulso de la libertad,  
que tú, como él y mejor que él,  
puedes gallardamente levantar  
a la humana criatura, desde el hambre del bruto, desde el ruin egoísmo,  
desde las cloacas asquerosas del instinto bestial,  
hasta las formidables cimas de la idea, cúspides de la armonía,  
vértices de la santidad;  
hasta esas patéticas alturas  
con las que el hombre atisba apenas un átomo de luz del más allá,  
y que, sordas al barro deleznable,  
ciegas a la efímera mezquindad,  
sublimes de infinito, trágicas de silencio,  
terribles de soledad,  
entre el polvo de soles que levanta,  
solo oyen las pisadas pavorosas, lentas y enormes de la eternidad! . . .

No son, tampoco su siglo ni el mundo de esta hora, los que fundan una limitación definitiva a sus ideas; Horacio Zúñiga canta, con Jesucristo y Don Quijote, a los símbolos más grandes de todos los tiempos y, tras de escarnecer la falsa grandeza de esta civilización materialista, en su grandiosa Sinfonía Patética, genial verdaderamente, por la cantidad de espíritu que contiene y por su musicalidad, positivamente sinfónica, y de lanzar en su poema Hierro, la más espantosa profecía, al rostro de una humanidad que, para vivir y triunfar mejor se ha arrancado el alma, llega en su *Universus Est Lyra*, a una de las más audaces y bellas generalizaciones (a través de enumeraciones de una riqueza

*La selva sonora (1933)*

indescriptible) poniendo el centro del mundo objetivo en el yo subjetivo del poeta; y, por fin, en el límite casi de la esfera divina y humana, como dijera Wofflin, nos hace contemplar, desde Las Cumbres, uno de esos espectáculos, en cuya anchura y profundidad nuestro espíritu se sumerge, hasta las categorías de lo infinito y de lo eterno. A este respecto, juzgue el lector, por sí mismo, la magnitud del pensamiento del poeta:

De Hierro:

¡Hierro imperativo! ¡Hierro todopoderoso! ¡Hierro insaciable!

¡Hierro insensible! ¡Hierro sin alma! ¡Hierro sin corazón!

prosigue tu carrera satánica; anula cuanto fuera de ti existe;

llega a ser tú, únicamente tú. . . ¡Mejor!

¡Ya verás cómo tú mismo, en fuerza de negarlo todo

y de no ser más que tu propia afirmación,

acabas por reducirte a un átomo de tiempo y de espacio,

a un miserable polvo de vida y de conciencia nada más! . . .

.....

¡Ya verás! ¡Ya verás

cómo sucumbes, sepultado bajo la mole de tu propia demoniaca vanidad,

y en tanto que tu gota de miseria

se pudre en la cloaca de la más espantosa desesperación,

sobre el silencio estéril que en el surco del orbe

deja la inútil siembra de tu voz,

el huracán del Verbo Divino, cruza hollando Vías Lácteas,

arrastrando tumultos de zodiacos, dispersando el terror

de las noches sidéreas, rigiendo el compás de las constelaciones

y acelerando, en la enorme entraña cósmica, el ritmo colosal de la creación!

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

Porque . . . . como lo dijo la sabiduría milenaria:

Nosotros no existimos;  
¡Quien existe es Dios! . . .

De Universus Est Lyra:

Mas aquí no termina la gloria del proceso:  
cierto que ya volaba del zarpazo hasta el beso;  
cierto que, desde el caos y desde el dinosaurio  
se prolongó hasta el frágil estuche del nectario;  
cierto que ya se había recorrido el camino  
desde el bloque hasta el ala, desde el trueno hasta el trino,  
pero aun no descansaban las hondas gestaciones  
en la fiebre infinita de sus lucubraciones.  
La vida ya era joya, perfume, transparencia,  
pero era necesario que fuese inteligencia,  
que fuese letanía, caridad, sufrimiento,  
suspiro, y voz, y orgullo, fervor y arrobamiento;  
y recorriendo rutas y destrozando diques  
y fatigando todos sus brujos alambiques,  
en el supremo alarde de un triunfo soberano  
llegó al fin a la cumbre del pensamiento humano,  
y no conforme sólo con la eminencia aquella,  
aun engendró al artista para tener la estrella! . . .

De Las Cumbres:

Los ejércitos que se destrozan,  
los pueblos que se destruyen, las razas

*La selva sonora (1933)*

que se aniquilan . . . El zigzag  
formidable de lo que retrocede y lo que avanza;  
el perpetuo crimen de la selección natural,  
implacable . . . pero “justa y necesaria”  
¡La lucha perpetua del Cristo y las misericordias  
y el súper hombre de la mecánica!  
El balanceo terrible; la pendulación eterna; la marea incesante;  
el gigantesco latido de lo creado; la palpitación  
profusa del universo; el sístole y el diástole  
de la magna víscera del mundo; el ritmo del corazón del orbe.  
La espiral ascendente de la evolución creadora  
o de la creación evolutiva . . . El átomo de Demócrito;  
la geometría astral de Pitágoras;  
las transformaciones de Heráclito; los principios de Thales;  
el dualismo de Empédocles; la progresiva escala  
de Aristóteles . . . El Ananké, el Dharma,  
la mónada, el nóúmeno, el incognoscible, el devenir,  
hasta la relatividad,  
la intuición, el subconsciente, y el complejo, y el subliminal, y el . . .  
¡El problema de siempre y la invariable ignorancia!  
¡La misma inquietud con distintos nombres!  
¡El mismo misterio con diferentes palabras!  
¡La eternidad en que el infinito se realiza,  
y la coordinación biológica que persiste,  
y los soles que se carbonizan, y las esferas que se desgajan  
de sus órbitas y los sistemas planetarios que se derrumban,  
y este vil puñado de polvo de la humanidad que pasa! . . .

Semejantes alturas, apenas si han sido escaladas por los máximos poetas Goethe, Hugo, Dante, Schiller, Verhaeren, y uno que otro de los más grandes ingenios del verso castellano a todos los tiempos, y es ocasión de afirmar que, si en capacidad metafórica, Chocano puede parangonarse a Horacio Zúñiga, si Lugones puede colocarse junto a él en sabiduría, brillantez y profusión técnicas; si en el poder de concepción Díaz Mirón, más escultórico, pero menos vasto, puede considerarse como su precursor, y si en virtuosismos melódicos y elegancias de dibujo, Darío puede figurar junto a nuestro poeta, ninguno de estos cuatro maestros de la lírica continental, puede aventajarlo en lo que respecta a la visión cósmica, la hondura filosófica, la generosidad ética y el sublime sentido religioso de sus poemas medulares, en los que, invariablemente, la idea que arranca del hombre, trata de remontarse hasta los más profundos arcanos de Dios. (1)

Desde el punto de examen, el Maestro es un épico universal auténtico y su epicismo sólo puede tener parangón con el del más destacado poeta belga contemporáneo. Por eso, de Horacio Zúñiga, podría decirse lo mismo que del autor de *Las Alas Rojas de la Guerra*, dice González Martínez: “Por lo demás, tiene Verhaeren, dos elementos espirituales de primer orden para alentar un alma épica: el ideal religioso y el ideal patriótico. En esta alma flamenca o medioeval, medran dos tendencias bien definidas: un ansia de libertad social y un deseo de sumisión religiosa, según ha dicho acertadamente Remy de Gourmont, el crítico que mejor ha entendido la obra de Verhaeren. Y de ideal religioso y nacional se forma la epopeya creadora de Patrias y forjadora de Dioses. Ya no podemos, es verdad, ir recogiendo cantos populares para la construcción épica, pero la voz del poeta puede cantar ideales colectivos en los instantes de prueba para mover el corazón de los hombres”.

---

(1).— No hay que confundir, por supuesto, esta religiosidad: profundo y vasto sentimiento de toda una especie que expresa su inquietud a través del gran épico, clarín de pueblos y de siglos; voz de su tiempo y de su raza”, con ese misticismo concreto, restringido, individual en fin, de otros insignes poetas, Amado Nervo, por ejemplo.

## *La selva sonora (1933)*

Y si tenemos en cuenta la persistencia sublime, dolorosa a veces, siempre poética con que Horacio Zúñiga distiende el arco de su espíritu, para clavar su pensamiento en el propio corazón de la esfera divina, más apropiado para definirlo, nos parecen los siguientes conceptos de Guerra Junqueiro, tan sabiamente glosados por Araquistáin: "El héroe nos da el amor en acción, lo convierte en pan espiritual que va dividiendo por la tierra. El artista hace de él un diamante quimérico de luz y de sonido, que es el amor vibrando, amor en sinfonía, amor en estado de belleza. Pero si el universo es amor infinito, el arte supremo que lo abarca, es EL ARTE CÓSMICO Y RELIGIOSO. Y entonces el arte ideal se define de éste modo: La Naturaleza traducida en cántico, Dios que se oye y que se ve revelado en música . . . La virtud del santo se sublima en el éxtasis, en la bendición, y la inspiración del poeta se magnifica en la música y el símbolo. Uno reza, y el otro canta. El filósofo observa y medita. Es un espejo que piensa. La filosofía integral, como el arte supremo, será también religiosa, porque solo en Dios, amor infinito, la vida encuentra su unidad y la clara explicación de su misterio. TODAS LAS GRANDES ALMAS, BRÚJULAS RADIANTES, SE POLARIZAN EN DIOS".

## II

Paralela a su potencia ideológica, es la maestría técnica del autor de *La Selva Sonora*, pues, si aquella le permite ir desde el apunte lírico hasta la epopeya y el evangelio filosófico de dilatadas resonancias, ésta, su técnica consumada, desbordante de recursos, le facilita la posibilidad de dar a cada una de sus concepciones, la expresión más adecuada y lo pone en condiciones de enriquecer la poética contemporánea con las más felices combinaciones métricas y rítmicas. Por otra parte, su imaginación soberana, llena de flexibilidad, ora delicada, ora vigorosa, pero siempre personal y plena de belleza, contribuye a hacer de este

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

potente metaforista, verdadero maestro del tropo, un gran poeta completo en quien imagen, idea y ritmo, en un perfecto acoplamiento, contribuyen a construir la más admirable realización estética.

Desde luego, Horacio Zúñiga que como Darío, ¡el gran innovador!, para realizar sus conquistas líricas, vuelve los ojos al pasado, muéstranos como un consumado conocedor de las formas clásicas. Las estrofas ya citadas en El Arcón de Sándalo y la siguiente que entresacamos de Jesús y Don Quijote, así lo evidencian:

Lloro por ti, Señor, porque perdidas  
y sin un grano están tus sementeras;  
porque nadie se duele de que mueras  
hecho una santa floración de heridas! . . .

Noble, grato al oído, apropiado para la expresión de elevados pensamientos, el endecasílabo es, no nada más un soneto, sino en otras muchas combinaciones, diestramente manejado por el autor, quien, de la elegante cadencia de El Arcón de Sándalo, pasa al tono solemne de la estrofa citada, para deleitarse el mismo, más tarde, con la cincelada manera de ciertos pasajes de la Sonata Épica:

Todo esplende, y corusca, y reverbera:  
en el botón está la primavera;  
la cumbre baja en la canción del río;  
la aurora se deflagra en el rocío,  
y completando el increíble coro,  
con sus vívidos trémolos gemaes,  
meciéndose en la luz van los quetzales  
como esmeraldas en columpios de oro!

## *La selva sonora (1933)*

Pero, épico ante todo, no podía menos de usar, en sus más ricas modalidades, el metro épico por excelencia: el alejandrino. Ejemplo de ello son *Lengua de Maravilla*, *Patria de Bronce y Seda*, etc., poemas en los que a veces da al verso sonoridades de clarín de guerra, y otras, ondulaciones y musicalidades de una exquisita elegancia. Compárense, por ejemplo, los siguientes fragmentos:

De Allegro Heroico:

Toda el alma hecha músicas en las frondas del viento,  
la carne “himno de células” transformada en canción;  
en un vuelo de cóndores tendido el pensamiento,  
en un clangor pindárico desatado el acento  
y en un surco de *Ilíadas* sembrado el corazón! . . .

De *Patria de Bronce y Seda*:

¡La de las vocingleras frondas clarosonantes;  
la de las desmayadas brisas como suspiros;  
la de los transparentes lagos como zafiros;  
la de las cristalinas aguas como diamantes!

De Sonata Épica:

¡Vastedad de los valles donde la brisa, queda,  
quedamente, en un rítmico vaivén de flor resbala!  
¡Vastedad de la elástica laguna que remeda  
el muelle y largo sueño de un tigre de Bengala  
y vastedad del cielo que es un fervor de seda  
por donde va rezando la beatitud del ala! . . .

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

De tono heroico y lleno de sonoridad, el dodecasílabo, es también magistralmente manejado por Horacio Zúñiga, de ello es prueba inequívoca La Guerra de Los Asombros en que utiliza dos de las más bellas formas de este metro.

Once años de continuas luchas violentas,  
de perseguir el triunfo sin un desmayo,  
de cabalgar los potros de las tormentas  
sujetando las flavas crines del rayo! . . .

.....  
Hacia tres siglos, que –luz y azahares–  
temblaban de gloria las hispanas velas,  
cuando, por la furia de los vastos mares,  
como sobre inquietos dorsos de jaguares  
iban las palomas de las carabelas! . . .

Más movido, más fluido, más ágil, el tridecasílabo tiene en el autor un realizador consumado; el trozo siguiente de El Ave del Milagro, no deja lugar a duda:

Era de seda la caricia del ambiente,  
era de música la blonda claridad,  
y la ilusión en sus alcázares fingía  
una princesa fatigada de soñar . . .

De belleza imponderable, de inigualada tersura es su verso de dieciséis sílabas de que hace todo un derroche en El Castillo Encantado, El Suplicio del Manchego, Las Catedrales, Jesús y Don Quijote, etc., poemas todos en que metro de tan gratas flexibilidades, cobra a veces, una firmeza escultórica que difícilmente podría encontrarse en otro autor. Las siguientes estrofas corroboran nuestro aserto:

*La selva sonora (1933)*

De El Castillo Encantado:

Vuelvo a ver el dulce idilio de los niños y los pajes,  
de las damas linajudas y los nobles caballeros,  
¡cuando el hada luminosa va trenzando sus celajes  
y las flores son arrullos y las ramas son cordajes  
y son liras que se escapan de las manos, los jilgueros! . . .

De Las Catedrales:

¡Colosales edificios sobre cuyas recias moles  
hasta el tiempo se detiene, para ver la caravana  
de los fatigados sueños y los fatigados soles,  
que con el triunfal reguero de sus vívidos crisoles  
van trazando los caminos que recorre la mañana!

Por lo que respecta a los metros libres, para no citar sus metros compuestos, de dieciocho y más sílabas, nadie, ni el mismo Chocano, ha utilizado formas más variadas. Los metros libres de Horacio Zúñiga, asonantados y aconsonantados, son de las más diversas cadencias, de los más inesperados efectos, de la maestría más consumada. Desde Los Orfebres de la Arcilla, vaciado en el molde más conocido de este género, hasta el delicioso último tiempo de El Arcón de Sándalo, de corte tan personal, y pasando por Los Ríos de América, Las Montañas de América, Aurea Apoteosis, Las Piedras Aborígenes, etc., el autor recorre toda la gama del verso libre, sirvan de evidencia estos fragmentos:

De Los Orfebres de la Arcilla:

¡Oh poeta,  
tú que sabes  
de los ritmos vagabundos que se mecen  
en las alas invisibles de las horas impalpables;  
tú que intuyes, que en el cráneo de los cielos,  
son neuronas las estrellas y metáforas las aves . . .

De La Epopeya de las Alas:

De pie en el dorso de la cumbre,  
como brotado de crestón,  
donde la aurora  
se desflora  
con una ingenua mansedumbre,  
y los relámpagos restallan sus ígneos látigos de lumbre  
y los crepúsculos se exprimen, en una ofrenda, el corazón! . . .

De Las Piedras Aborígenes:

De las razas extintas,  
de los pueblos perdidos que vinieron quien sabe de dónde . . .

.....  
Galerías de Aké, filigranas de Kabah, bellezas  
apolíneas de Labná y de Zayí: floraciones  
de arquitecturas  
mágicas y próceres  
que, con los monolitos de Copán, alcanzan

*La selva sonora (1933)*

las luminosas cúspides del vórtice,  
desde las cuales el espíritu contempla  
las regias procesiones  
de los astros,  
y ve cómo despliegan las auroras sus túnicas de flores,  
cuando pasa, en los hombros del silencio,  
el ataúd joyante de la noche! . . .

De El Poema Inefable:

Gruta de fabulosos esplendores,  
Cólquida de prodigios, isla deslumbradora,  
donde duermen su sueño de tristeza  
quien sabe cuántas almas que se han arrebujado entre cosas! . . .

De Los Ríos de América:

Ríos soberbios,  
ríos grandiosos,  
ríos que ensayan inmensas arterias de vidrio;  
ríos que fingen móviles collares; ríos, cuyos elásticos hombros,  
van conduciendo la luz de los astros,  
bajo la tienda del cielo glorioso,  
como caciques que llevan a un férreo monarca  
los encantados y alucinantes tributos del oro! . . .

De Las Montañas de América:

Firmes, serenas, majestuosas,  
magníficas, titánicas,  
sueltan en las planicies los collares  
de sus turquesas bárbaras,  
y lucen bajo el azul –beso infinito  
de Dios o mirra de las almas–  
como ritmos enormes, como enormes rapsodias,  
como poemas cuyas metáforas  
se hubiesen fosilizado en el mutismo  
de las cumbres unguadas con los sahumeros de las alboradas! . . .

De El Arcón de Sándalo:

Y sonoro de historias y de amables,  
de multidiamantinos cuentos mágicos  
que en los jardines miliunanochescos  
revientan en rosales de milagros  
y que en el alma  
del pasado  
suenan  
–músicas de quien sabe que deliciosos instrumentos lánguidos–  
como si fuesen filigranas de armonías  
o líricos bordados  
hechos con suaves sedas de canciones,  
sobre los tules de los cielos diáfanos,  
por los arrullos de los dedos de los ángeles  
o por las flautas de los picos de los pájaros! . . .

*La selva sonora (1933)*

Los metros de corte lapidario (breves casi siempre) tienen, igualmente su lugar en este libro, ya sea como introducción o bien como remate de varios de sus poemas. De dos de ellos tomamos los siguientes versos, en los que parece mentira que el formidable escultor de tantas estrofas épicas, sea el cincelador de estas verdaderas joyas de orfebrería:

De El Castillo Encantado:

¿Fue Aladino, fue Belkis, fue Alí Babá:  
fue el monarca de Bassora, fue el Ormuz?  
¿Quién alzó el palacio ilustre que hoy está  
como en un lecho de plumas de avestruz,  
atisbando un misterioso más allá  
y envolviendo a la esperanza que se va,  
con las túnicas de seda de la luz? . . .

.....  
Así la voz dulce y divina  
Su arrullador collar desata  
en el estuche rosa y plata  
de la mañana diamantina . . .

De El Suplicio del Manchego:

¿En pos del céltico país,  
Tras de los reinos del Señor  
voló el seráfico de Asís  
—pobre magnífico de amor  
y de fervor  
y de candor—

como un celeste ruiseñor  
que fuera a un tiempo flor de lys?

No obstante esta variedad métrica y el sello personalísimo que el autor le imprime así como la riqueza imaginativa de que hace alarde, no estriba aquí precisamente su mérito esencial, no; ese mérito indiscutiblemente suyo, está sobre todo, en la manera “sui géneris” con que utiliza semejante material, rígido, cerrado, casi rectilíneo en otros forjadores del verso tan grandes y tan perfectos como se quiera, pero demasiado cortos, demasiado limitados, irremediablemente estrechos dentro de sus moldes, de un maravilloso acabado, pero de una desesperante uniformidad. Sí, en las inesperadas y sapientísimas combinaciones que el Maestro sabe dar a la métrica, en los infinitos matices que imprime a la imagen y en esa espléndida, en esa soberbia arquitectura musical, con que “orquesta” sus poemas, sobre todo los últimos, está su enorme valer. Y como en esa concepción arquitectónico-musical estriba la suprema importancia de su labor poética de últimas fechas, dejamos que el mismo nos haga la explicación de sus propósitos:

“Ha sido la música, arquitectura de sonidos, pero no la pequeña, sino la gran música orquestal, la que me ha brindado siempre las más valiosas sugerencias para la construcción de mis poemas: Primero, el plan clásico de Haydn con su división de la sonata, después Beethoven, con su desarrollo sinfónico (unidad temática dividida en tiempos afines) y por fin las soberbias producciones de los insignes compositores modernos y contemporáneos desde Tschaikowsky, Mussorgsky, y Borodine, pasando por Debussy y Korsakov, hasta Respighi, Ravel y Stravinsky, me hicieron pensar en la posibilidad de arquitecturar el verso de tal modo, que su distribución en masas de distinto volumen ideológico y musical (Valle Inclán afirma, de acuerdo, con Valéry que es musical la esencia de toda poesía verdadera) diese la sensación de la sinfonía, en la que, como es bien sabido, la idea fundamental va desarrollándose a través de distintos tiempos y va recorriendo y combinando

## *La selva sonora (1933)*

los diferentes sectores de la orquesta: cuerdas, madera, latones, parches, percutores, hasta organizar verdaderos edificios de notas, naves rotundas, cúpulas hímnicas, torres epopéyicas, en fin, etéreas y sublimes basílicas musicales”.

“De ahí mi concepción del poema orquestal, en el que utilizo todas las posibilidades métricas y rítmicas que soy capaz y canalizo mi esfuerzo (inspiración, ‘hélán’ o ímpetu creador) graduando idea, imagen y ritmo, de modo que, a la variedad de movimientos y a la diferencia de compases y cadencias, corresponda una distinta intensidad ideológica y una diversa potencia imaginativa, pues, jamás he sacrificado en aras de la forma pura, la mejor de mis ideas: lo que he tratado de hacer únicamente, ha sido dominar la técnica para que más dócilmente sirva a mi pensamiento, de acuerdo con la sentencia de Schumann: Para poseer el espíritu, preciso es adueñarse de la forma”.

“Con esto, por otra parte, lograba a la vez destruir la monotonía de los grandes poemas, vertebrados en un solo metro, uniformemente recortado desde el principio hasta el fin, y la palabra, al par que seguía siendo instrumento de convicción, se transformaba en medio insinuante, sugerente, en vehículo dominante de emociones más puras, más altas, más bellas; menos atadas al imperativo regular de la lógica, más libres de la enojosa tiranía, del obcecado silogismo en bárbara”.

“En tal concepto y descontando unos cuantos poemas en los que la uniformidad métrica no se rompe, porque, la variación de la cadencia al mismo tiempo que evita la monotonía, despierta ya ciertas reminiscencias musicales, opté, primero, por dividir el poema en varias partes (generalmente tres) escribiendo cada una de ellas en metros distintos y dándoles, proporcionalmente, diferentes valores ideológicos: unas veces la primera parte es una simple introducción, a manera de preludio y la última, una suerte de epílogo, quedando la médula del poema en la parte central; otra, el poema está concebido en ‘crescendo’, el plan de la sonata, hasta donde lo permiten mis posibilidades y las de mi arte, fue aplicado. Sin embargo, los metros

usados en estos poemas resultaban rígidos, pese a la elasticidad rítmica lograda por la diferente distribución de los acentos y al empleo cuidadosamente estudiado de las esdrújulas, llanas y agudas. Entonces fue cuando, con el deseo de alcanzar nuevas modalidades, escribí los poemas del segundo grupo: Juárez, Allegro Heroico, Ayacucho, Sonata Épica, etc., en los que además de usar la división en partes correlativas, comencé a practicar nuevas cadencias y a combinar toda clase de metros; versos de arte mayor hasta dieciséis y dieciocho sílabas, articulados con versos de arte menor, versos compuestos que se antojan renglones sin ritmo, pero que analizados y leídos con cuidado, se ve que obedecen indefectiblemente a uno, no por completo, menos evidente, imperativo musical. (1)

“Los resultados me parecieron satisfactorios y por ello conduje mi empeño hasta la elaboración de mis poemas del tercer grupo: Oda Solemne, Suite Mexicana, Xochimilco, Bolívar, etc., en los cuales y en una misma parte, por medio de un ‘crescendo’ o un ‘decrecendo’, procuro ir del verso más rotundo al más delicado, o rompo, buscando una de esas disonancias armónicas de Debussy, determinadas cadencias, con la superposición o interpolación de otra distinta, con la que acabo por amalgamarla; o enlazo y entrelazo versos de diversas velocidades, intensidades y volúmenes, para lograr efectos semejantes a los del impresionismo musical; o, por fin echo mano de todos los recursos metafóricos, métricos y rítmicos, para dar, en un intento seguramente fallido, esa soberana impresión de fuerza y brillantes que encierran, por ejemplo, La Scheherhazada de Korsakov, Petrushka y el Pájaro de fuego de Stravinsky, El Amor Brujo de Falla y el Bolero de Ravel”.

«Pero, no me detuve aquí, pues en mis poemas del cuarto grupo: Preludio Bárbaro, Las Cumbres, Rojo y Negro, Hierro y Sinfonía Patética, empleé procedimientos

---

(1).— En efecto, todos estos poemas, así como los de los dos grupos siguientes, requieren una nueva técnica en la lectura, pero sobre todo en la declamación. Solo con un profundo conocimiento de las actuales metrologías, es posible dar a estos poemas una justa interpretación.

## *La selva sonora (1933)*

que, juzgados sin reflexión, pueden parecer un desacato, pero que son el resultado de una evolución creciente, perfectamente de acuerdo con las exigencias de una temática ávida de nuevas formas de expresión, y sobre todo, más en armonía con el dinámico sentido de la época: Me refiero al cambio, a veces brusco, de cadencia, al uso de ciertas asonancias subsidiarias, que pueden parecer ríspidas, pero cuyo objeto es dar al poema un claro-oscuro de sub-armonías; a la ruptura intencional de la asonancia tónica; a su interrupción, por medio de otras asonancias internas que acaban por convertirse en tónicas; a la consonancia alterna, unas veces substituida por la asonancia que la ablanda y diluye y da cierto reposo al que escucha, y otras veces incesantemente repetida, para dar mejor la noción de la persistencia de una idea central (leit motiv) que debe sonar, como el hierro machacado, constante y compasadamente, por el martillo mecánico; que intenta sugerir la monótona pendulación de este siglo esclavo del tiempo; en fin, que se propone, en ocasiones, hasta triturar los oídos, como sucede con el ruido salvaje de nuestras urbes monstruosas. A esto también se deben ciertas construcciones un tanto pleonásticas o cacofónicas, que, sin embargo, he procurado utilizar con toda la habilidad posible, para que produzcan los efectos grandiosos, patéticos o exorbitantes que me sugiere este torbellino de acción sin elevada finalidad en que vivimos; este espantoso ciclón de actividad que nos arrastra lejos de nosotros mismos y nos arroja en infiernos de desesperación, a cuyos antros he tratado de asomar, desde el áspera atalaya de mis poemas, a estos pobres hombres de hoy que no aman, ni creen, ni esperan nada! . . .”

“¿Ello querrá decir, que estas últimas producciones representan para mí el arquetipo definitivo y único de mi labor poética presente y futura? ¡De ningún modo! Para realizar los propósitos que a mí mismo me impuse; para expresar mejor, según ya he dicho, la idea que condiciona este instante, me parecen lo mejor o menos malo posible, dentro de mis capacidades; pero, para tratar otros temas y desarrollar otras ideologías y sugerir otras emociones estéticas, me

parecen mucho más adecuados mis poemas de los otros grupos. Dicho de otro modo, para mí todos los medios artísticos son buenos (clasicismo, romanticismo, modernismo, ultraísmo, etc.) con la única e ineludible condición de que nos lleven a la realización de la belleza, que es, para mí, la suprema finalidad del arte. Precisamente por esto último, jamás seré actualista o futurista a la manera de tantos vanguardistas que andan por ahí. En efecto, la poesía de ellos corresponde a la arquitectura (?) novísima de esas casitas de confitura de nuestras colonias de moda, y los poemas que yo he anhelado construir tratan de emular las audaces concepciones de la gran arquitectura contemporánea (Holbrich, Burkunholtz, Jaussel, etc.) Su arte ‘dernier cri’ es equivalente a la música más avanzada, pero a la música (?) de jazz, y el que yo he intentado realizar, corresponde a la música de nuestros días, pero a la sabia y genial música sinfónica (Bartok, Honegger, Mahler, Schoenberg) que requiere, igual que la gran música de ayer y de todos los tiempos (Bach, Haendel, Beethoven, Chopin) y que la arquitectura de todas las épocas (desde Ictinos y Fidias hasta Laprade, Hoegen, Messel y Cleave) y la poesía de todas las edades (desde Homero, Dante y Goethe hasta Vildrac, Valéry, Derome, Desteil y Sapault) un conocimiento profundo de la técnica, lo mismo la clásica que la contemporánea, aparte, por supuesto, de ciertas cualidades que solo dependen de la munificencia de los dioses”.

“Ahora, por lo que respecta a la extensión de mis poemas y al estilo barroco y culterano que a varios de ellos se les imputa, permítaseme decir lo siguiente: Convengo, desde luego, en que la época presente busca en todo la síntesis y la brevedad, pero también no he podido dejar de tener en cuenta que el poema, en su más pura acepción, ha sido siempre considerado como un género poético de vigorosa ideología, grande alcance y vastas proporciones: ¡Solo ‘Os Lusíadas’ de Camoens, consta de 1108 octavas reales, o sean 8816 versos, es decir, más del doble del total de versos de TODOS LOS POEMAS JUNTOS de *La Selva Sonora!* De ahí que, tratando de conciliar esas dos concepciones antitéticas, procurara dar

## *La selva sonora (1933)*

a mis poemas una extensión media de 150 a 200 versos, lo cual, dentro del carácter de esta clase de producciones, me parece enteramente adecuado a nuestro siglo. A mayor abundamiento, la gran pintura contemporánea, con la resurrección del fresco (José Clemente Orozco, Diego Rivera, etc.) ha retornado gallardamente al arte superdimensional de Buonarroti, el Sanzio, etc. y la música actual nos ofrece sinfonías de proporciones semejantes a las clásicas, sin que a nadie se le haya ocurrido, para estar de acuerdo con los imperativos de la época, reducir los grandes cuadros murales a las dimensiones cuantitativas y cualitativas de una lámina de enciclopedia o trocar nuestras más excelsas creaciones musicales, por las accesibles y breves vulgaridades de un tango, una rumba o un couplet. No había pues, ninguna razón para proceder de un modo distinto a como proceden la música seria y la noble pintura de hoy, máxime cuando, según parece, también en literatura, se inicia ya una reacción en favor de lo que Worringer llama, sentido u afán de colosalidad. Así por lo menos se deduce de las siguientes líneas que entresacamos del artículo: ‘Dostoiewski en España’, de Benjamín Jarnés: ‘Creo que Dostoiewski es leído –y comentado y estudiado– con más atención que nunca, porque su obra insigne reúne ciertas características poco menos que inencontrables en la producción contemporánea, ciertas cualidades que el lector busca sin éxito en ese aluvión libresco que hoy pasa por sus manos, La profundidad entre ellas, la elevación, el desequilibrio; QUIZÁ EL DESORBITAMIENTO, LA RIQUEZA, LA OPULENCIA, LO GENIAL EN SUMA. Porque la literatura de estos tiempos está siendo fraguada por una mesurada falange de discretos. Sus filas se nutren de correctísimos ingenios. De degustadores, de catadores excelentísimos –a veces– de gentes que no gustan de la embriaguez, ni siquiera una vez cada temporada, como el mismo Eugenio d’Ors, quería. . . La literatura de estos tiempos está siendo fraguada por exquisitos artífices. Miguel Angel sería recibido entre nosotros con un gesto de desdén, porque Miguel Angel no sabía construir figurillas . . . Nuestra época padece de un agudo ‘antimonstruosismo’. De un agudo afán de recortar melenas a todo león fosco que invada la correcta pista”.

“El barroquismo, el culteranismo de algunos de mis poemas, no debe, de ninguna manera, atribuirse exclusivamente a mí, sino al asunto o al paisaje que los determinan y condicionan. Yo no hago otra cosa, en todo caso, que procurar expresar o sugerir, con la mayor fidelidad posible, lo que el mundo de la realidad o de la leyenda me ofrecen ya ‘demasiado recargado’. Así por ejemplo, en Águilas, Ruiseñores y Faisanes, es la suntuosidad ‘excesiva’ del faisán la que me obliga a dar mayor riqueza a la expresión poética. Lo mismo pasa con Xochimilco, en cuyo último tiempo, empleo varios términos autóctonos, para dar mejor la impresión de eso que es tan típicamente nuestro, como hace Dvorak, cuando en su Sinfonía El Nuevo Mundo, utiliza ciertos motivos de música afro-americana. Si el patrio paisaje, si el ancho panorama de nuestra América: el geógrafo al par que el histórico, son de una tan grande lujuria pictórica, de una tan espléndida luminosidad, de una tan sublime grandeza; si nuestra propia vida social está tan llena de espantosos y soberanos torbellinos, cómo querer que el poeta de estas latitudes, que el auténtico vate de este suelo y de este cielo, lejos de tronar como las tormentas nativas y de esplender como los crepúsculos aborígenes, y de amar y odiar como esta supliciada conciencia latinoamericana, se ponga a plañir bucólicamente, las geórgicas de Virgilio o las églogas de Garcilaso”.

“Tampoco es verdad que en mis poemas haya abuso de términos raros o demasiado cultos; lo que pasa es que, en cada caso, el autor ha querido usar las palabras más adecuadas al asunto y a la época. Por ejemplo, cuando digo ‘trailla de lebreles’, ‘estol de gerifaltes’, ‘zarcos peñoles’, en ciertos paisajes es preciso retrotraer el espíritu a edades en que, la heráldica o la costumbre, tenían por corriente tales designaciones. Otras veces la necesidad de evitar repeticiones es la que obliga al sinónimo: azur por azul, azor por halcón, etc., o, por extensión y en una más alta categoría: Alighieri por Dante, Buonarroti por Miguel Ángel, etc. Por fin, en otros casos, como en los poemas de Patria de Bronce y Seda, Las Piedras Aborígenes, Las Catedrales, etc., el empleo de nombres raros o ‘demasiado cultos’ es algo

*La selva sonora (1933)*

absolutamente indispensable, pues no comprendo cómo habría sido posible substituir los nombres propios: Cuauhtémoc, Hueman, Quetzalcóatl, etc., o Amiéns, Reims, York, etc., por otros más accesibles. En tales circunstancias, más que al autor habría que tildar a la Geografía, la Leyenda y la Historia de excesivamente ‘culteranas’. Además, creo que, precisamente una de las funciones del poeta es la de poner en circulación, lo mismo los bellos términos de antaño, que aquellos nuevos vocablos (propios o extraños) que sirvan para manejar mejor el lenguaje, es decir, para expresar en todos sus grados, las distintas inflexiones emotivas o los diferentes claro-oscuros de la idea. Si hasta el poeta que es el renovador por excelencia, de la expresión hablada, se restringiera al propio léxico pobre, gastado, tosco y rígido del vulgo, el idioma acabaría por morirse de inanición y agotamiento; y puesto que el castellano es una de las lenguas más ricas del mundo, con mayor razón estamos obligados a procurar, tanto que esa riqueza no sea puramente teórica y que nuestro inmenso caudal de voces se pudra de olvido en el mundo cementerio de los diccionarios, como que, la inteligente asimilación de elementos lingüísticos ajenos, acreciente más aún, robustezca y afine, las preclaras excelencias del verbo de Cervantes”.

Tal el pensamiento del autor de este libro con cuya publicación, el grupo de discípulos del Maestro, que me honro en presidir, hemos realizado uno de nuestros más altos anhelos; pues, lejos de todo apoyo y de toda influencia oficial, sin haber tenido que mendigar la limosna siempre humillante de los poderosos (no obstante los indiscutibles merecimientos de este genial poeta, que está muy por encima de todos esos ocasionales y acomodaticios panegiristas en verso y en prosa de una Revolución que está tan cerca de sus bolsillos como lejos de su espíritu) atendidos a nuestros propios recursos, hemos podido hacer llegar hasta el público la magna obra literaria que corona esta soberbia colección de poemas y cuya espléndida acogida es augurio del más franco de los éxitos, ya que, a pesar de que los dos libros anteriores a éste: *Mirras* y *El Minuto Azul*, no son del

*Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

enorme valor de *La Selva Sonora*, un considerable sector de la prensa de Centro y Sur-América, se muestra favorable a nuestra empresa, y aquí mismo, caso todos los periódicos de provincias, pero muy especialmente los de Guadalajara, Tampico, Monterrey, Tijuana, B. C., Puebla, Mérida, Chihuahua, etc., proclaman ya, sin reticencias, que muerto Díaz Mirón, Horacio Zúñiga es el único capaz de sucederle. Es más, hasta en la propia Capital, los más destacados órganos periodísticos comienzan a ocuparse elogiosamente de este bardo absoluto, por más que, por razones de sexo, los 'poetisos' en cuyas manos está gran parte de nuestra crítica doctoral, jamás se encuentran dispuestos a colocar al autor en el máximo lugar que le corresponde.

Pese a ello, nosotros tenemos confianza en que aquí o fuera de aquí, la justicia habrá de hacerse, tarde o temprano y que habrá de ser más completa y más indiscutible cuanto más se pretenda retardarla. Entre tanto, sea al propio lector quien corrobore, hasta qué punto el soberano creador de *La Selva Sonora* logró realizar sus propósitos, y sea él mismo quien justifique, si es o no verdad que se encuentra ante una de esas obras cuya belleza, profundidad y magnitud, colocan a su autor, el primer épico mexicano, el gran lírico de España y de América: Horacio Zúñiga, en el plano, ya no continental, sino universal, de los poetas más insignes de habla española, de ayer, de hoy y de siempre.

México, abril de 1933.  
Juan Manuel Carrillo B.

## Preludio bárbaro

Yo amo la lira  
melodiosa  
y suave,  
que escribe su musical mentira  
en la página de seda del pétalo de la rosa  
o en el abanico de gasa de la canción del ave.

Del voto del ala  
que resbala  
cual una oración en desliz,  
afino  
mi canto en trino,  
y por volverme hialino  
de caridad, como el transparente hermano de Asís,  
lo mismo que el perfume beato,  
arrodillo mi madrigal oblato  
en el oratorio de nieve de la azucena y el lys.

Entre los largos dedos de la brisa  
rubia, desenhebro mi voz,  
para que pueda llegar hasta los labios de la luz clarisa,  
como una sonrisa  
con la que el alma se asome a ver pasar a Dios . . .

Si,  
siempre ansío

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

acuarelar el verso mío  
en las piscinas del rocío,  
donde se abreva de jaspes el colibrí . . .

Pero gusto más de esculpir mis arengas,  
con los graves martillos del trueno en el bloque de oro del relámpago,  
y siempre  
he anhelado  
ir a colgar mi inspiración incontenida  
en las frondas del árbol  
azul del cosmos,  
tal como si dejase enredada la guirnalda de soles del zodiaco,  
en los  
brazos  
enormes del verbo  
donde  
el silencio  
de las esferas yace crucificado,  
y en cuyos polifónicos extremos,  
florecen y cantan las manos  
a modo de dos haces de rapsodias sublimes  
o de dos ramazones sinfónicas que se desbarataran en torbellinos de pájaros! . . .

De ahí este libro  
tosco, rudo, descomunal y áspero,  
aborto de la locura  
demoníaca de un átomo  
que sabe que en un grano de poesía cabe el universo,

*La selva sonora (1933)*

pero que sabe también que Dios, acto  
puro, esencia, existencia, principio y fin del orbe  
y de Sí Mismo, no es minúsculo, sino profundo y ancho,  
puesto que El es la eternidad sin tiempo  
y el infinito sin espacio! . . .

Así pues, perdonad a esta obra  
su excesivo tamaño,  
en gracia a los abrumadores perfiles del Padre,  
o si quiera al símbolo titánico  
de los colosos, que sin haberlo querido, lo inspiraron:  
el Amazonas, el inmenso cacique  
en cuyos hombros todavía se destrenzan los torzales del llanto  
de la América violada,  
y que, sembrador de prodigios, labriego de milagros,  
con la enorme reja de vidrio  
de su arado,  
va  
tatuando  
surcos de gloria en las carnes de bronce del Continente  
y pautas de epopeya en las espaldas líquidas del océano,  
y los Andes, esos inmóviles lampadóforos  
de granito, con los crepúsculos izados  
a manera de antorchas,  
en pie todavía, silenciosos y solemnes, cual si estuviesen velando  
aún el cadáver de los imperios aborígenes,  
tendido en el catafalco  
de las noches de ébano, y que, príncipes de las estelares cetrerías,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

maravillosos halconeros de los astros,  
llevan prendido el gerifalte azul del cielo  
en el nudo de vórtices del puño de obsidiana de sus picachos! . . .

¡Si! ¡Perdonadme, y venid! ¡Dejad la placidez de los éxtasis armoniosos,  
abandonad la muelle dulzura de los deliquios en desmayo,  
y ascended por las espirales de la eterna rebeldía,  
trepad por las erizadas escarpaduras del «pathos»,  
y, con la emoción desmelenada y la inquietud avizora,  
contemplad, desde el torreón salvaje de este prelude bárbaro,  
cómo,  
bajo  
el  
arco  
del vuelo en el que crucifican  
su belleza y su espanto  
las alas de los tercetos de Alighieri, se precipita ya la horda  
de los ritmos febriles y de los pensamientos atormentados,  
como el tropel de búfalos de las tormentas  
que acosan los ladridos del trueno y muerden las jaurías de los relámpagos! . . .

La selva sonora

I

Reina en la hora  
Nuestra Señora  
la Santa Armonía:  
cual una Belkis de la melodía  
matinal, enferma de milagro y lejanía,  
en un vuelo de cisnes de luz, llega la aurora  
con sus palomas de plata y sus pavones de pedrería.

Por los transparentes senderos,  
precedida de nubios lampadarios  
y entre un fino repique de campanillas de luceros,  
de aleja la noche zarca con los astrales joyeros,  
sobre el muelle vaivén de sus azules dromedarios! . . .

Y enraizada en mitad de las ondas resonantes  
de las nereidas de nácar y los tritones de diamantes,  
la Selva Sonora se pone a cantar,  
como si fuese el ancho grito de un mar  
sinfónico o el esquife de epopeyas  
de una rapsodia estelar,  
anclado en los islotes de un archipiélago de estrellas  
o en el banco de margaritas de alguna Anfitrite lunar! . . .

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Oh el grandioso  
concierto de ese bosque maravilloso,  
nutrido con jugos de claridad y de canción,  
cuyos árboles fingen largas trompetas argentinas  
y cuyas enredaderas de notas,  
suben hasta las diamantinas  
pérgolas de resplandores de las terrazas de Orión! . . .

¡Oh el idilio de los ramajes  
con las tórtolas de los celajes  
azules y rosados,  
como los cambiantes desmayados  
en que se disuelve la perla de la mañana tornasol!  
¡Oh el coro gigantesco de las homéricas ramazones  
donde duermen los ibis de las constelaciones  
que dispersa el ímpetu de oro del gerifalte del sol!

Sobre el césped de terciopelo,  
el arroyo es la seda del 'andante' de un violonchelo;  
entre los nenúfares, los regatos parlanchines,  
son cristales de 'allegros' de flautas y vidrios de 'adagios' de violines,  
en el ambiente diáfano como de miradas azules,  
el aroma es el suspiro de un madrigal de bulbules  
y deshilados y vocingleros  
linos  
son las brisas que van regando los trinos  
de sus vagabundos sonajeros! . . .

*La selva sonora (1933)*

‘Scherzo’ embelesado  
el de las alondras pastoriles,  
que en el arrobado  
rincón de los abriles,  
pintan la melodía de los pensiles  
en el álbum de acuarelas del prado.

Arpegios de la sonatina  
del ruiseñor,  
Pierrot languidecente de amor  
por  
una rosa-Colombina.

Soneto de nieve  
de la paloma zura,  
enferma de ser pura  
y triste de ser leve.

Redoble  
hímnico del roble  
colosal, cuyo salvaje estruendo,  
sacude las formidables cordilleras,  
taladas de rugidos de leones y aradas de galopes de panteras,  
y después de quebrar las cúpulas de ópalo de los volcanes,  
asciende condensado en un “crescendo”  
de águilas de epinicios y cóndores de peanes! . . .

Y ronco clamor de las encinas  
soberanas,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

donde cuelgan sus esquilones  
de hierro, los ciclones  
y tocan a rebato las campanas  
del trueno, cuando, desgarrándose en los peñones  
sus melenas endrinas,  
pasan los escuadrones  
de las nubes a engrosar las falanges de las tormentas marinas! . . .

A veces, cuando las alboradas  
cruzan las espesas enramadas,  
para dormirse en las penumbras embalsamadas  
de transportes de nardos y arrobos de alelíos,  
hay un temblor de piedras preciosas  
que se mece en las hamacas de las rosas,  
transita en las literas de las mariposas  
y ambula en los palanquines de brillos de los colibríes . . .

Y cabe la hora de púrpura y oro de los ocasos bermejos  
en que los califatos de la tarde naufragan en los espejos  
del lago, donde Sirio es una góndola de cristal,  
los crepúsculos, como espléndidos sultanes,  
y a modo del Galileo de los desnudos candores,  
mueve a las hienas del instinto con una prédica de ruisseños  
y ponen en las fauces de la muerte una parábola de miel! . . .

A Baltasar Izaguirre Rojo.

## Lengua de maravilla

### I

Sobre el silencio, como sobre un raso divino,  
borda un músico esteta maravillosas flores  
y el alma del bosque se enjoya con el trino  
que van despetalando los brujos ruiseñores.

Del cielo en los cerúleos y limpios alabastros,  
por entre una hialina sonata de querubes,  
un ósculo persigue los labios de los astros  
que duermen en los suaves plumones de las nubes.

Por las profundas noches pasa un temblor sonoro,  
entre las azucenas un verso se recata,  
y en el rubor ingenuo de las mañanas de oro  
la alondra está miniando sus músicas de plata!

El campo es un salterio más dulce que un idilio,  
el agua en sus estuches una siringa tiene,  
en el aroma suenan las flautas de Virgilio  
y cantan, como liras, las fuentes de Hipocrene!

De los lejanos mares llega un retumbo de olas  
que irrumpe con su estruendo los rútilos confines,  
y frente al infinito, que los contempla a solas,  
plasman sus epopeyas los áureos bergantines.

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

Más lejos y, nevado, fragante de pureza,  
como embebido en sueños, como aromado en luz,  
el dulce y adorable deliquio de Teresa  
que nimba con sus lampos la sombra de Jesús! . . .

Y entre una polvareda de mágicos sonidos,  
como si las volcaran las copas de los nidos,  
cien músicas gloriosas de angélico matiz  
que escurren bellamente del armonioso vaso  
de Lope, de Argensola, Cetina y Garcilaso,  
de Calderón y Ercilla, Cervantes y Fray Luis.

¡Escenas que parecen todas de miel y ruego;  
cuadros todos de arrullo, de beso y de sollozo;  
visiones perfumadas por el azul Manchego  
que va por los caminos que azota un sol de fuego  
buscando la inefable cisterna del Toboso! . . .

El Cid sobre el rampante prodigio de Babiaca,  
Pelayo embebeciendo de auroras la montaña,  
y cuando de los siglos de la incansable ruela  
se hila el minuto eterno, sobre la roca enteca,  
la floración de triunfos de la sublime España!

Trazando surcos de oro las rejas de las quillas;  
las velas sacudiendo millones de luceros  
y deshojando frondas de ilustres maravillas,  
tumultos de pendones y nubes de plumeros.

*La selva sonora (1933)*

Y, luego, la tristeza del indio hecha canciones,  
la angustia de la raza volando en oraciones,  
el grito hecho palabras y las palabras luz;  
¡La cólera del puma que en un violín suspira,  
y el bronce de la guerra que se transforma en lira  
y el llanto hecho guirnaldas en brazos de la Cruz!

Así el lienzo que pinta la gloria del lenguaje,  
así las opulencias del lírico paisaje  
que desenvuelve alfombras de nivea claridad,  
así la inmensa ruta del ala del idioma  
que dio al jaguar potente suspiros de paloma  
y puso en nuestros labios su voz de eternidad! . . .

II

¡Lengua de maravillas, lengua de sortilegios,  
de insólitos prodigios, y de esplendores regios,  
suave como la seda, clara como la miel,  
lengua que es pebetero de azules florilegios,  
lengua que es un estuche de límpidos arpegios  
donde corusca el alma con lumbres de joyel! . . .

¡Lengua que tiene trinos, lengua que tiene aromas,  
lengua que finge un vuelo de espuma, hecho de palomas,  
lengua que es como un muelle “flabélum” de avestruz,  
lengua que ensaya un fino concierto de turpiales,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

lengua que exhibe el lujo de los pavos reales,  
lengua que se desdobra como un cendal de luz! . . .

¡Lengua que se arrodilla con los fervientes rezos,  
lengua que estalla en aguas miríficas de besos,  
lengua en la que es almíbar de músicas la voz,  
lengua que espira tenues efluvios de violeta,  
lengua que en los celestes cansancios del poeta,  
es una letanía gimiendo junto a Dios! . . .

¡Lengua de ruiseñores, lengua de serafines,  
como la de los chelos y la de los violines,  
como la de las arpas, las tiorbas y el laúd,  
lengua como sirínga, lengua como salterio,  
lengua toda de arrullo y toda de misterio  
que tiene de las noches la musical quietud!

¡Oh lengua Castellana, magnífica y hermosa,  
más clara y más profunda que el agua melodiosa  
que escurre entre las felpas del valle virginal!  
¡Oh lengua que con manos radiosamente bellas,  
hilaron, en sus regios aduares las estrellas,  
con el vellón más puro de un sueño celestial!

¡Oh lengua que prosterna sus ampos en la cuna  
y en un éxtasis níveo de nácares de luna  
desciende hasta las carnes de rosa y de marfil!  
¡Oh lengua de las novias! ¡Oh lengua de los bardos!

*La selva sonora (1933)*

¡Oh lengua que en las madres es un temblor de nardos  
y es en el niño charla de céfiro de abril! . . .

¡Oh lengua de los pueblos hermanos de mi raza!  
¡Oh lengua cuyas flores ornaron la coraza  
del aguerrido y férreo y audaz conquistador!  
¡Oh lengua en cuyos cálices de toda melodía,  
bebieron nuestros indios la dulce Ave María  
con que se inunda el alma de néctares de amor!

¡Oh lengua! ¡Oh lengua mater! ¡Oh lengua de Castilla  
que eres como la estrella que va volando y brilla  
y al mismo tiempo es música del arpa sideral!  
¡Oh lengua, en un derroche de peregrinas galas,  
ve siempre con el rítmico susurro de tus alas,  
acariciando vientos de arrullo y madrigal! . . .

¡Eternamente vibra, eternamente canta  
y cuando sobre el mundo, ninguna humana planta,  
trace radiantes surcos de la belleza en pos,  
que estallen todavía los ecos de tus notas  
y vayan tramontando por las tinieblas rotas,  
como un beso infinito que va buscando a Dios! . . .

A José Peón del Valle.

## El ave del milagro

### I

Era de seda la caricia del ambiente,  
era de música la blonda claridad,  
y la ilusión, en sus alcázares, fingía  
una princesa fatigada de soñar . . .

Algo pasaba sobre el dorso de los vientos,  
como en los brazos formidables de un titán,  
y desgarraba las cerúleas vaguedades  
siempre subiendo y penetrando más y más,  
cual si se hundiese el firme vuelo de una flecha  
en las entrañas luminosas del cristal . . .

Arriba estaba en un arrobo el infinito,  
abajo, al ver pasar  
la sombra prodigiosa, se dijeron  
las cumbres diamantinas “allá va  
Don Quijote camino de los astros,  
¡su lanza busca una sortija sideral!”

### II

Y era el divino  
pájaro,

*La selva sonora (1933)*

el esfuerzo sublime,  
el titánico  
desgarramiento del capullo,  
el milagro  
que consumó el anhelo de asomarse al mudo cosmos  
y de pulsar al fin las liras de los astros! . . .

Desde el dorado día  
en que, cabe los cielos asombrados,  
pasó la racha del glorioso vuelo  
hendiendo los lejanos  
confines,  
horadando  
el mutismo  
del espacio  
y estremeciendo las constelaciones,  
cuyos enjambres azorados,  
hilaban en panales de prodigio  
las luminosas mieles de sus rayos!  
Desde el minuto de oro  
en que, abrumados  
por el peso de la sublime maravilla,  
los cóndores andinos se abismaron  
en la contemplación del ave bruja,  
sumidos en uno como desfallecimiento de cansancio . . .

Desde el fúlgido instante  
en que, al conjuro del magnífico espectáculo,  
repicaron los bronces epopéyicos

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

se acrecieron los ímpetus de los clarines pindáricos,  
y las cumbres  
echaron  
hacia atrás las duras testas,  
para mirar mejor el luminoso paso  
de la nave orientada hacia la aurora  
y de las alas tendidas al arcano! . . .

Desde entonces,  
todos los días el ágil aparato,  
mientras la lírica mañana  
melodizaba un trino con la sonrisa de sus labios,  
soberbia y bellamente  
reproducía el mito de Pegaso  
y rompiendo el cristal de horizonte,  
con el golpear acelerado  
de la hélice,  
y regando  
la gasa de la estela, como un sueño,  
sobre el sueño de la brillante atmósfera de raso,  
deambulaba en la grupa de los vientos,  
iba dejando  
cordilleras, lagunas y planicies  
(collares de abalorios, lentejuelas, finísimos dechados)  
y se hundía en las grises lontananzas,  
y naufragaba en los abismos diáfanos,  
y volaba . . . volaba . . . hasta perderse  
en los hondos océanos  
de la luz y de la sombra,

*La selva sonora (1933)*

y, subía . . . subía . . . subía jadeando,  
subía con sed, con fiebre,  
con hambre siempre de espacios y de espacios,  
y con ansia infinita de dormirse  
en un rincón lejano,  
para poder soñar sueños azules  
(vergeles de alboradas y paraísos inimaginados)  
con las alas vencidas de luceros  
y el pecho rutilante con el collar de soles del Zodiaco! . . .

Y así era siempre, siempre:  
todos los días el mismo rápido  
voltear de la hélice,  
el mismo impulso hacia el sidéreo atlántico  
y el vuelo que rayaba las alturas  
y chafaba las sedas del luminoso palio,  
como la flecha de oro disparada  
por un sublime y rudo sagitario.

Así era siempre, siempre,  
pero un día el vidrio del azul tornóse opaco  
para la nave prócer,  
y cuando  
las alas acribillaban las tinieblas  
y el motor hacia pedazos  
las tempestuosas ráfagas,  
quién sabe de qué pérvida mano  
surgió el golpe  
que cortó el hilo del milagro,

y en un  
fracaso  
de sollozos se rompió la armonía del púgil vuelo,  
y quedó el vagabundo pájaro,  
lívido, inmóvil  
y despedazado,  
como el lírico afán de una oropéndola  
partida por el hierro de un relámpago!

Y el orbe fue una tumba,  
y el cielo se hizo llanto,  
y en un suspiro, por la muerta audacia,  
la sombra del Manchego iba rezando!

### III

Ave sublime de la gloria,  
ave divina de la inmortalidad,  
esfuerzo alado que rompiste la cadena  
que sujetaba nuestro empeño tenaz  
y hollaste los caminos de los soles,  
y oíste palpitar  
a los planetas,  
y sentiste el soplo colosal  
de los bólidos,  
cuyas crines de lumbre se estremecen todas en zig-zags,  
sacudiendo la felpa de la noche  
dorada por el polen estelar! . . .

*La selva sonora (1933)*

¡Oh nave prodigiosa! ¿Qué te importa  
haber caído en el mortal  
minuto que rompió tus alas,  
que te importa esa ráfaga traidora  
si te has  
de erguir potente,  
si te has de levantar,  
si has de levantar,  
si has de volver a hender la lejanía,  
si quizá  
mañana, con el poder ciclópeo  
de tu afán,  
puedes vencer los buitres de los vórtices  
y correr triunfalmente sobre los potros de la tempestad? . . .  
¡Qué te importa ese golpe, qué te importa,  
si al fin, para el aliento de que animada estás,  
tu fracaso fue sólo el retroceso  
del que vuelve un minuto para después lanzarse más allá! . . .

¡El triunfo es del que sabe dar fulgores  
en la noche fatal  
y tu eres una antorcha que camina, que camina y vuela  
y que quiere morirse de alumbrar! . . .

¡Oh potente neblí, de nuestra bestia  
vindicación triunfal,  
cura tu herida, prende tu entusiasmo,  
redobla tu sublime empeño de alcanzar  
el nido del sol,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

robustece tu audacia, acrecienta tu afán,  
y vuela . . . vuela . . . ¡eternamente!  
y sube . . . y sube . . . ¡y sube más, y más!  
que cuando hayas deshecho con tu impulso  
este lazo que anuda el ala prócer  
al egoísmo sórdido y brutal,  
que cuando al fin nos abras el sendero  
por donde va  
Jesús, con Don Quijote y San Francisco  
(¡el amor, el ensueño y la bondad!)  
ya podremos beber en las cisternas divinas  
la miel del ideal,  
ya podremos sentir el vuelo armónico  
de las estrellas (¡alondras que gorjean al brillar!)  
ya podremos oír el ritmo arcano,  
ya podremos dormir sobre la alfombra de la celeste paz,  
¡ya podremos ser luz y dar fulgores!  
¡ya podremos ser música y cantar,  
y podremos subir hasta las cúspides,  
que para hender los limbos del misterio alza la eterna y cósmica ansiedad! . . .

-o-

¡Oh nauta del azul, pájaro inmenso,  
algún día, asombrados, te hemos de contemplar,  
en la gloria de un vuelo de prodigio  
que llene toda la infinita vastedad,

*La selva sonora (1933)*

con las alas vencidas de laureles  
y abrumado de soles, subiendo siempre más . . . y más . . . y más! . . .

A todos los que se han transfigurado en el Tabor de la sublime osadía.

## El castillo encantado

Versos que elogian el  
trasunto legendario del  
Alcázar de Chapultepec.

### I

Bajo un cielo que es un palio de cristal,  
de la fronda en el vibrante corazón,  
como en alas de la espléndida ilusión  
o en los brazos del magnífico ideal,  
se levanta el edificio señorial  
entre besos de perfume y de canción . . .

¿Quién clavó sus esplendores en el tul  
del espacio? ¿Qué martillo, qué troquel,  
qué buril de encantamiento, qué cincel  
engastó, como en un diáfano broquel,  
su belleza, en los blasones del azul?

¿Fue la diosa de los sueños, la gentil  
Colombina del doliente rui señor,  
que preside los conciertos del pensil  
desde el trono perfumado de una flor?

¿Fue Aladino, fue Belkis, fue Alí Babá,  
fue el monarca de Bassora, fue el de Ormuz? . . .

*La selva sonora (1933)*

¿Quién alzó el palacio ilustre que hoy está  
como en un lecho de plumas de avestruz,  
atisbando un misterioso más allá  
y envolviendo a la esperanza que se va,  
con las túnicas de seda de la luz? . . .

¿Quién obró la maravilla? . . . ¡No lo sé!,  
pero sé que cuando el alma busca a Dios  
por las rutas inefables de la fe,  
en las noches en que el sueño vuela en pos  
del jardín que nos embriaga y no se ve,  
el palacio milagroso deslíc  
la caricia melodiosa de una voz!

. . . Una voz: ritmo de tiorba o de laúd,  
una voz cual armonioso colibrí,  
una voz que en la romántica quietud  
del silencio, que es un lírico ataúd,  
se deshoja en un poema y dice así:

II

“Soy el ánfora en que apuran los poetas el ensueño,  
cuando van cazando estrellas por los bosques transparentes,  
a mi sombra se detuvo, cierta vez, el Clavileño,  
y como si persiguiera la libélula de un sueño,  
se ha posado en mis terrazas el Señor de los Dementes”.

“Cuando el agua es tan sonora que parece que recita  
y en la luz hay un radiante violonchelo luminoso,  
ha llegado hasta mis frondas, al conjuro de un cita,  
perfumada de candores, la doncella del Toboso!”

“Y cuando la luna púber va en su palankín de plata  
al palacio de azabache del insomne rey nocturno,  
sobre el cisne melodioso de la nívea serenata,  
boga el cándido idealismo del payaso taciturno!”

“Como el bosque en el que enjoya sus alardes mi belleza,  
fue el castillo de esmeraldas de los reyes sagitarios,  
(en el alma de la noche, de amatista y de turquesa)  
he mirado como exprimen, en suspiros, su tristeza,  
los soberbios y ciclópeos ahuehetes milenarios!”

“Y otra vez he visto el brillo de los pueblos arrogantes  
que en las lumbres del portento calentaban sus crisoles,  
que arrancaban de los astros las sortijas palpitantes  
y tallaban en la piedra con cinceles de diamantes,  
los regueros de topacios de las rutas de los soles! . . .”

“¡Otra vez he oído el choque de rodela y chimales,  
la rabiosa gritería de los bélicos tropeles,  
y quebrando de los cielos apacibles los cristales,  
otra vez la fuga he visto de los mágicos quetzales  
por encima del furioso galopar de los corceles”

*La selva sonora (1933)*

“¡Xicotécatl y Cuauhtémoc, más allá Ilhuicamina  
y el preclaro rey que canta (siempre el puma y el turpial)  
y como un dorado beso que florece en una espina,  
la paloma enamorada del halcón: Doña Marina,  
que en los épicos granitos es la torre de un panal!”

“¡Todo el oro del ensueño, todo el bronce de la raza,  
la rapsodia de las olas que se quiebra en el cantil!  
¡El eximio gerifalte, el jaguar que despedaza,  
y temblando junto al triunfo de la indómita coraza  
el candor que se arrebuja tras la nieve del huipil!”

“Así evoco la epopeya que los árboles añoran,  
pero, cuando las mañanas el silencio azul enfloran  
con sus líricos festones de aleluyas y de trinos,  
la belleza del instante me seduce y me cautiva  
y mientras la luz, muy suave, va cantando desde arriba,  
yo me voy por la rosada vaguedad de otros caminos”.

“Y me encuentro con las pompas de los tiempos virreinales:  
recepciones palaciegas, aventuras deliciosas,  
y flotando entre un perfume de oraciones fervorosas,  
el rumor enlanguecido de los dulces madrigales!”

“¡Un virrey enamorado que quisiera ser poeta,  
los melódicos transportes de la alondra de Sor Juana,  
un perdido impenitente que será un anacoreta,  
y en las tardes de oro y rosa y en las noches de violeta,  
una música de besos que en los labios se desgrana!”

“Vuelvo a ver el dulce idilio de las niñas y los pajes,  
de las damas linajudas y los nobles caballeros,  
¡cuando el hada luminosa va trenzando sus celajes,  
y las flores son arrullos, y las ramas son cordajes,  
y son liras que se escapan de las manos, los jilgueros!”

“¡Elegante ánfora llena de gloriosas elegancias,  
años todos salpicados de dulzura y de primor,  
cuyos mágicos perfumes, cuyas líricas fragancias  
cristalizan en un verso, y en un trino, y un fulgor!”

“Luego, el soplo formidable de la lucha en que los mismos  
elementos se mezclaron con la humana tempestad,  
cuando, en alas de la gloria, más allá de los abismos,  
ascendió, regando asombros y sembrando cataclismos,  
la sublime clarinada de la inmensa libertad!”

“. . . ¡Oh el temblor que me sacude, Oh el sublime escalofrío  
que recorre, de mis épicos sillares, la altivez,  
al surgir en el brumoso Septentrión el desafío  
que a la gloria de Sagunto, con su férreo poderío,  
lanza el ávido despecho del sajón cartaginés! . . .”

“Entre las purpúreas barras queda el águila cautiva  
y los fieros aguiluchos, que el Nemrod voraz derriba,  
cual relámpagos de plumas de desgajan del crestón,  
y al mirar cómo el desastre brilla en lumbres de epopeyas,  
palidecen, a manera de blandones, las estrellas  
que avizoran la rapiña desde el torvo pabellón! . . .”

*La selva sonora (1933)*

“Y después aún (monarca del romántico tesoro)  
persiguiendo sueños vagos por el misterioso tul,  
el Hapsburgo generoso de la blonda barba de oro  
que buscando vino un reino por el vasto mar sonoro  
y regó nuestros laureles con su noble sangre azul!”

“Y el gran bronce taciturno: ¡La más pura y rica veta,  
el metal indio en la llama del espíritu español,  
el que alzóse sin ser ala y vibró sin ser trompeta,  
como en un claro diamante, cada límpida faceta,  
se estremece y no es el agua, y corusca y no es el sol!”

“Y los otros . . . tantos otros que en la inmensidad remota,  
vieron naufragar las naves de sus áureas ilusiones . . .  
¡Hasta la divina Ofelia que resucitó en Carlota  
cuya fúlgida locura, deshojó la última gota  
de sus llantos luminosos, desde las constelaciones . . .”

“¡Oh el tesoro de leyenda que desborda de mis arcas,  
Tan inmenso es mi prestigio, es tan grande mi caudal,  
que a través de las alfombras de las brujas noches zarcas,  
hasta mí llega el cortejo de los líricos monarcas  
en translúcidas literas de luceros de cristal! . . .”

III

Así la voz dulce y divina,  
su arrullador collar desata,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

en el estuche rosa y plata  
de la mañana diamantina.

Su exquisitez de terciopelo  
que ungió el perfume de la fronda  
(como en un vasto guardapelo)  
pliega sus alas en el cielo,  
cabe la luz de seda blonda.

Todo está absorto y arrobado,  
todo suspenso se ha quedado  
en un inmóvil meditar,  
y en el silencio de zafiro  
ni la violeta del suspiro  
quiere sus hojas desplegar.

Todo parece más hermoso:  
en el ambiente luminoso  
hay como un sueño melodioso  
de nardos, lirios y alelís;  
son una orquesta las praderas,  
son los nectarios licoreras,  
y las corolas, bomboneras  
de los golosos colibríes! . . .

Y el eco vaga . . . vaga . . . vaga . . .  
vaga y palpita todavía,  
pero en el alma azul del día  
se va sintiendo que naufraga

*La selva sonora (1933)*

y cuando al fin, mustia, se apaga  
la claridad de la canción,  
en la dorada ensoñación  
de aquel minuto embelesado,  
queda el alcázar encantado  
como alhajero recamado  
de resplandores de ilusión! . . .

Y el oro santo de la lira,  
se ductiliza, tiembla, gira,  
y arrodillándose suspira  
la etérea miel de una oración,

Y en lo más dulce del recuerdo,  
y en lo más santo del recuerdo,  
y en lo más hondo del recuerdo se oye cantar al corazón!

A Artemio de Valle Arizpe.

## Oda solemne

### I

En la noche de hierro hay un relámpago de oro:  
la ráfaga de tu voz  
que empuja las velámenes de un gran barco sonoro,  
en cuyas grímpolas los luceros van escardando el tesoro  
de sus vellones nacidos para las ruelas de Dios.

Y es que en la hondura  
rítmica del misterio divino  
clavaste la avidez de tu locura,  
y así enraizado en el surco sibilino  
de las esencias cósmicas, druida oficiante de un ritual  
enorme, con el alma hecha inciensos en la altura,  
cual si ofrendar quisieras garra y trino,  
iras de bronce y misericordias de cristal,  
sacudiste, con tus dos manos inmensas, la espesura  
sinfónica del gran órgano sideral  
cuyo salvaje trueno, embalsamado de ternura,  
se deshiló en la leve seda de un madrigal,  
como un roble de Ilíadas que desgranara su bravura  
en los rondeles de los perfumes de los amores del rosal!

Porque sí,  
tú supiste el secreto de hallar sobre el azor

*La selva sonora (1933)*

de la tormenta, el resplandor  
del colibrí.

Porque, pese a la trágica tiniebla  
áspera de pavuras y de aullidos,  
como cajitas melódicas en algodones de niebla  
descubriste los párvulos Belenes de los nidos . . .

Rapsoda de las selvas contorsionadas  
de lujuria y de espanto,  
¿qué compases, qué ritmos, qué cadencias arrodilladas  
en los éxtasis de la Natura, no laten en el noble corazón de tu canto?

Indemnes  
de toda flaqueza y vulgaridad,  
tus estrofas son como atlantes solemnes  
que sustentan un orbe de altiva soledad.

La fuerza de las arquitecturas  
colosales  
te inspira,  
tu lira  
es un pórtico de columnas musicales  
que ampara el tabernáculo de la retórica mentira,  
y tus poemas de vigorosas nervaduras,  
son metafóricas catedrales  
tachadas con los paraísos de luz de las alturas  
que pintan de los crepúsculos, los miliunanochescos vitrales.

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

Bucólico y trágico  
a la vez,  
¡las pupilas de los hinojos ante el paisaje mágico  
y en las sombras de Eskilo enraizados los pies!

Soplos de Dante  
y de Virgilio  
pulsan tus jardines,  
porque al par del eglógico idilio  
(¡desmayo  
de un rayo  
de luna en un reclinatorio de jazmines!)  
el terror en tus versos deflagra su negro diamante  
acuarelado por un solo matiz:  
el azul alucinante  
de las miradas de Beatriz.

¿Temor de lo infinito?  
¿Miedo del más allá?  
¿qué admonición,  
qué maldición,  
qué grito  
de angustia en tu alma oceánica encadenado está?

La suave  
linfa, galilea  
y franciscana,  
que gorjea  
y aletea

*La selva sonora (1933)*

como el ave,  
su hermana  
en el Señor,  
lo mismo que el gusano y el césped y la flor,  
el Liliput de brillos del rocío;  
la doncella traviesa de la brisa  
que retoza con el cascabel de la risa  
del campo y se vuelve zagala de bohío  
cuando rezan el Angelus de las torres y está el cielo pastor rojo de frío! . . .  
Y el corro de muchachos del torrente  
que brincan con el ágil aro de la corriente,  
y las gambusinas avidedes del río  
que, a modo de un guerrillero  
raptor de estrellas, dorando su galope bandolero,  
huye todos los días con los doblones  
de las «conductas» de las constelaciones . . .

Y el cracitar del cuervo: harapo  
de tiniebla, y el lúgubre grito del búho taciturno  
tallado en la obsidiana del misterio nocturno,  
y el sordo croar del sapo  
estúpido y ladino  
que tritura las carnes del silencio campesino . . .

Todo, todo posees, desde la nota sola  
del pétalo en los finos labios de la corola,  
hasta el magno responso de la noche dantesca,  
formidable de espectros, gigantesca  
de enigmas, enorme de dramática inquietud

y hasta la beethoveniana virtud  
del victorioso coro de los bosques orquestales,  
que al conjuro de la Pascua Florida pluvial,  
vencido de la tormenta el rezongo de los roncós timbales,  
astillan en trinos la cólera de los metales,  
perfuman los clarines  
épicos, con las rosas melódicas de los violines,  
y en una maravillosa apoteosis musical,  
ciñen de la Sinfonía Heroica los yelmos de los paladines  
con las guirnaldas de gorjeos de las alondras de La Pastoral!

## II

¡Oh soberano de la rima  
severa, profunda y vigorosa, con razón  
la distancia no logra sino azular de infinitos tu cima  
donde a las plantas de la aurora duermen los lobos del ciclón!

Con razón en tu lírico vergel  
donde el cielo finge la fronda de un cósmico laurel,  
colibrí es la mañana y es el sol una rosa de miel!

Con razón, ¡Oh bucólico! ¡Oh patético! ¡Oh fuerte!,  
como un Josué vencedor de los siglos y de la muerte,  
derribas las murallas de la sombra con una soberbia fanfarria de luz,  
y victorioso al fin del olvido que todo lo derrumba,

*La selva sonora (1933)*

el vuelo de Dios detienes sobre tu sidérea tumba  
y un gran silencio de astros clavas sobre tu cruz! . . .

A Manuel José Othón.

## La guerra de los asombros

En el 1er. Centenario de  
la consumación de la  
Independencia de México.

### I

Llega el pasado en rútilos bergantines  
que peinan con sus quillas la inmensidad  
y estremeciendo el ritmo de los confines,  
cien años, a manera de cien clarines,  
están tocando dianas de libertad! . . .

Independencia . . . ¡fuente de maravillas,  
mitológica lucha de los asombros  
en que saltan los cielos vueltos astillas  
y los astros sucumben hechos escombros!

De los tesoros patrios rico lingote,  
poema de obsidiana, lumbre y diamante,  
por el que pasa el alma de Don Quijote  
sobre el sublime espectro del Rocinante . . .

Once años de continuas luchas violentas,  
de perseguir el triunfo sin un desmayo,  
de cabalgar los potros de las tormentas  
sujetando las flavas crines del rayo!

*La selva sonora (1933)*

Once años . . . ¡Sacudida de cataclismo,  
palpitación inmensa, cruel ansiedad  
por la que cruza el soplo del heroísmo,  
como un vuelo de estrellas por el abismo,  
que van regando de oro la eternidad! . . .

II

Hacia tres siglos que, (luz y azahares),  
temblaban de gloria las hispanas velas,  
cuando, por la furia de los vastos mares,  
como sobre inquietos dorsos de jaguares,  
iban las palomas de las carabelas! . . .

Vencida la raza potente y divina  
todo era un silencio de triste altivez,  
y solo en la angustia de la inmensa ruina  
sollozaba el beso de Doña Marina  
junto a la vibrante sombra de Cortés . . .

Privadas las almas de nobles connubios,  
las espaldas rotas, marchitos los labios,  
crepitaba el bronce de los indios sabios  
en la roja hoguera de los hombres rubios!

. . . ¡Oh las cruentas horas de arrastrar la vida  
recorriendo siempre senderos de lumbre!  
¡Oh la eterna angustia de la eterna herida,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

de no alcanzar nunca la estrella querida  
de ver siempre lejos la luz de la cumbre!

Pero . . . la montaña se deshizo en flores,  
la tiniebla espesa se rasgó en fulgores  
cuando el níveo Cura de la redención,  
arrancando al bronce divinos acentos,  
puso en las sonoras lenguas de los vientos  
su potente “Sursum” de resurrección!

Entonces la triste raza taciturna,  
buscando en su fiebre la clara cisterna,  
quebró el alabastro de la paz nocturna  
con el rudo grito de su sed eterna.

Las heroicas vetas, en una hemorragia  
de luz, desparraman su rico tesoro,  
y por nuestros líricos cielos de magia  
va sembrando el triunfo sus mañanas de oro.

Y mientras al golpe de las tempestades  
rueda hecha pedazos la comba serena,  
desde el estandarte de las libertades,  
prodiga sus rosas la virgen morena! . . .

En jaulas infames, las sangrientas iras  
cuelgan las cabezas que hirió la traición,  
y cuando los astros sueltan sus chaquiras,

*La selva sonora (1933)*

¡son las cuatro jaulas como cuatro liras  
que al soplo del viento riegan su canción! . . .

Trágicas venganzas, sublimes perdones,  
los judas infames, los Cristos gloriosos;  
y siempre la Patria venciendo colosos  
y segando espigas de constelaciones!

Hidalgo, Morelos, Bravo, Galeana,  
Mina, Matamoros . . . claros paladines:  
¡radiantes auroras de aquella mañana!  
¡repiques que avienta la misma campana!  
¡toques que derrochan los mismos clarines!

La Alhóndiga férrea, las Cruces, Aculco,  
Calderón y Cuautla, Oaxaca, Acapulco:  
escala de lumbre que hasta el cielo fue . . .  
¡Los fuertes tomados, las plazas perdidas;  
grandes las victorias, grandes las caídas,  
y mucho más grande, más grande, la Fe.

. . .Y al fin, Acatempa, luz del magno duelo,  
dos épicos bronces y un solo crisol,  
y soltando juntos la audacia del vuelo,  
¡el halcón de lumbre que incendiaba el cielo  
y el neblí potente que ocultaba el sol!

III

¡Oh guerra de milagros y de portentos,  
torbellino de fúlgidas epopeyas  
que puso entre las manos de los sedientos  
las ánforas radiosas de las estrellas! . . .

¡Oh lucha en que las mismas armas triunfantes,  
en un rapto increíble, nunca más visto,  
se humillan al Manchego que creó Cervantes  
y ruedan a las plantas de Jesucristo! . . .

¡Oh enorme Independencia, preclara cumbre,  
hoy que, firme en tu gloria de oro y de lumbre,  
ves correr a tus flancos la eternidad,

mientras en pie de ponen tus paladines,  
cien años, a manera de cien clarines,  
te saludan con dianas de libertad! . . .

## Las piedras aborígenes

### I

¡Oh las piedras inmortales,  
clarinadas de prodigios!

Todavía mutiladas y dolientes,  
todavía palpitantes con los ritmos  
de las épicas rapsodias  
y las magnas epopeyas y los líricos  
alardes  
de los pueblos primitivos.

Todavía refulgentes como estuches,  
todavía silenciosas, como libros,  
por encima de los bélicos desastres,  
más allá de los humanos cataclismos,  
entre el polvo, alzan el triunfo  
legendario, de sus símbolos,  
y se arropan con las túnicas solares,  
como príncipes magníficos,  
mientras corre por las felpas del silencio,  
arrastrando en los crespones de la sombra sus anillos  
y ahuyentando a los faisanes de los brujos meteoros,  
el ofidio  
del misterio, la serpiente  
colosal: el infinito,

que se bebe los espacios y se engulle las estrellas  
y se esconde en los boscajes misteriosos de los siglos!

II

De las razas extintas,  
de los pueblos perdidos que vinieron quién sabe de dónde,  
de los clanes dispersos  
por el soplo que avienta las moles  
astrales, de nuestros remotos,  
de nuestros robustos y arcaicos mayores  
siguiendo las huellas,  
marcando las rutas que se desdoblán en los horizontes  
lejanos,  
por los que el ala dibuja sus trayectorias veloces,  
perpetuando los sacrificios del esfuerzo,  
pregonando la fecunda virtud de los santos sudores  
y descubriendo el surco de oro  
que, a golpes  
de dolor, en las rocas nativas trazaron  
los cinceles de los indios de bronce;  
las piedras gloriosas y firmes,  
las piedras ilustres y nobles,  
menos fugaces que el genio preclaro que hiciera sus formas,  
más resistentes que todos los pueblos y todos los dioses,  
llenan los patrios solares, cubren las vastas planicies,  
traspasan los montes  
y pueblan las tierras fecundas y altivas

*La selva sonora (1933)*

de donde  
un día surgió bellamente la raza  
que en el engarce del sol engastó sus impulsos mejores,  
mientras se derramaban los joyeles de sus sueños  
sobre una alfombra de constelaciones!

III

Piedras gloriosas de Tuxpan,  
monolitos eternos e inmortales,  
que cristalizaron las cosmogonías ancestras  
y plasmaron la efigie de los primeros dioses.

Rocas de Atliaca, de Xila y de Aypé  
cuyas inscripciones  
son como colosales balbucesos  
de las inteligencias embrionarias y se los espíritus informes.

Tzontemoc, Ixcozáuhtli, Huehueteotl:  
el celeste monarca que rompe  
las sombras, el sol, el dios padre  
que se hunde bajo la pálida línea de los horizontes,  
y el dios rubio, de miel y de oro,  
y de ámbar, el más bello, el más fuerte, el más joven,  
y el señor que da aliento y da vida,  
¡el de las ígneas hogueras, el de los rojos braseros, el de los vivos crisoles!

Y, como una estrofa sonora  
de vibraciones  
eternas, el Omeycualiztli:  
¡el abrazo fecundo del sol y la tierra, el acorde  
que plasma la vida y el tiempo,  
el gran ósculo fúlgido y noble,  
del que brota la luz como un trino  
que despierta en el alma del bosque!

Coatlicue (la de la enagua de serpientes)  
la madre del prócer  
Quetzalcoatl: límpida estrella  
que surge de los labios de los cielos insomnes  
cuando los besa el sol, en el minuto  
en que se duerme el lirio de la tarde, sobre  
las amatistas  
de los montes.

Ciudades de Izamal y de Tihóo,  
ídolos de Papantla, castillo de Huatusco, construcciones  
de Quirigua, de Centla y de Tlacotepec,  
ciclópeas, descomunales y enormes,  
como si fuesen hechas con montañas  
por una loca tempestad de golpes! . . .

Galerías de Aké, filigranas de Kabáh, bellezas  
apolíneas de Labnáh y de Zayí: floraciones  
de arquitecturas  
mágicas y próceres,

*La selva sonora (1933)*

que con los monolitos de Copán, alcanzan  
las luminosas cúspides del vórtice,  
desde las cuales el espíritu contempla  
las regias procesiones  
de los astros,  
y ve como despliegan las auroras sus túnicas de flores,  
cuando pasa, en los hombros del silencio,  
el ataúd joyante de la noche! . . .

Y Uxmal, Palemke y Mitla  
y Chichén-Itzá: ¡Los pabellones  
gallardamente desplegados a la gloria  
bajo la maravilla de los cielos incólumes;  
palabras que son símbolos,  
nombres  
que son antorchas,  
joyeles que desenhebran sus fulgores  
ante el asombro eterno de los siglos,  
y ante el fugaz asombro de los hombres;  
músicas de bellezas,  
orquestaciones  
de prodigios,  
maravilloso acorde  
de sombras y de luz,  
derroche  
de grandezas, sinfonía de sonoridades  
ricas de esplendores,  
en la que los calados son cordajes,  
clarines los gallardos torreones,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

órganos las inmensas columnatas  
y coros las pirámides enormes,  
cuyas arquitecturas elocuentes  
pueblan las horas de vibrantes voces! . . .

Y los grandes tesoros del Anáhuac  
y de las civilizaciones  
que nutrieron su vida: los teocallis,  
los ídolos, los palacios de los emperadores  
y de los príncipes,  
y de los dioses,  
todo ese mundo de riquezas preclaras,  
todo ese ritmo de bellezas sin nombre.  
¡Tláloc, Chalchiuhtlicue,  
Huitzilopochtli  
(El dios que fecunda los campos  
y besa las flores,  
la de los lagos azules,  
la diosa gentil de la cauda color de horizonte,  
y el dios de la guerra,  
el que rompe  
los pechos y abre las entrañas  
y se hace collares con los corazones!)  
Y el gran Cuauhxicalli,  
y la cabeza del Totec,  
y la pétrea  
rapsodia que surgió de las manos sabientes  
cual rotundo poema de una lira de bronce:  
¡el triunfal monolito, el eterno milagro,

*La selva sonora (1933)*

el alma que incrusta en el bloque  
la luz arrancada  
a las hondas regiones,  
y la piedra que canta y rutila,  
y que vence los siglos y que aplasta las noches,  
y que todo lo llena y que todo lo alumbra  
con el ritmo inmortal de los cielos y el dorado latir de los soles! . . .

IV

¡Oh las piedras ancestrales!  
¡Oh los túmulos preclaros de los pueblos primitivos!  
¡Oh los índices gloriosos,  
pregoneros de la audacia del espíritu  
que se eleva poco a poco  
y triunfante de la bestia, se remonta hasta los limbos  
donde se oyen los derrumbes  
pavorosos y sombríos  
de los mundos, y se mira el balanceo de los orbes,  
y se siente el aletazo de los bólidos perdidos! . . .

¡Oh las piedras ancestrales,  
por vosotras, los que duermen están vivos;  
por vosotras a las luchas  
y a las magnas epopeyas asistimos,  
de los hombres que hoy exploran en las alas del misterio  
las profundas soledades de los anchos infinitos!

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Oh las piedras ancestrales,  
cuánto alivio,  
cuánto alivio ante vosotras  
nuestros mustios entusiasmos han sentido,  
pues, rompiendo los grilletes de la duda,  
vuestras líricas trompetas nos han dicho  
que algo eterno hay en el barro,  
que algo grande hay en nosotros que tampoco nos creímos  
y que en la carroña humana  
brilla un átomo celeste, a manera del latido  
de fulgores del lucero  
con que absuelve sus tinieblas el terrible y espantoso corazón de los abismos!

## Rapsodia hímica

Al ilustre Instituto del Estado  
de México, en su 1er.  
centenario (III-III-MCMXXVIII).

### I

Por la cordillera de soles del Zodiaco, rutila  
el vaivén de la radiosa caravana,  
bajo el arco del vuelo el azul, y en la pupila,  
como en un balcón de vértigos, vigilante, la mañana!

¡Gerifaltes  
alarifes de una magnífica aventura,  
que con las lumbres y con los esmaltes  
de la sidérea arquitectura,  
vienen abriantando los resaltes  
de las torres en donde anidan los espejismos de su locura?

¡Lebreles  
alados  
de las nubes marineras,  
que cruzan entre los bosques de pinceles  
de los crepúsculos, para surgir después transfigurados  
en insólitos bajeles,  
en cuyos mástiles los luceros cantan  
y danzan

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

como cascabeles,  
y las constelaciones se columpian como flamíferas enredaderas?

¿O serán los aviones  
trasatlánticos del día,  
que vienen a dejarnos la pedrería  
solar, disuelta en brillos y desgranada en reverberaciones?

¿O son los dromedarios  
muelles y sumisos  
de una reina de Saba espléndidamente sensual,  
que del país de los orfebres y los lapidarios,  
cual un trasunto matinal  
que se deshoja en raros visos,  
nos traen los fúlgidos paraísos  
de sus egregios solitarios:  
inverosímiles relicarios  
donde el color se vuelve música y se deshila en madrigal? . . .

¿O son? . . .

En la arista de la hora  
un rútilo centenario se desflora,  
como una centipétala magnolia de claridad,  
y sobre los jardines flotantes de la aurora,  
pasa un vuelo de lirás en una apoteosis sonora,  
como una flava y rítmica y enorme tempestad! . . .

Y no es el trueno de bronce de las epopeyas  
el que preside la tormenta de oro

*La selva sonora (1933)*

de ese nómada coro,  
cuyo clamor olímpico va talando el sonoro  
bosque de los laureles de luz de las estrellas!

No es tampoco la risa  
de hierro de la locura,  
ni la carcajada  
de lumbre del odio, ni la puñalada  
del grito que degüella a la brisa,  
ni la flecha del reto que abre la espesura  
del silencio, ni la llamarada  
del pean que fulgura  
sobre el casco de la bravura,  
como el halcón heráldico, más gentil, de la altura,  
o como la oropéndola de miel de la alborada!

¡No! Es la epifanía  
triumfal  
que exalta el día  
en que, sobre el mutismo del dolor ancestral,  
sobre el escueto zócalo del picacho brutal,  
surgió la gallardía  
de una increíble aurora musical  
que abrió al asombro del azur la sinfonía  
de color y de ritmos de su plumaje, tal  
como si hubiese sido un pavo real  
de notas, bordado en los leves tules de un viento sideral . . .

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

Es el himno que dice la gloria  
del claro vergel  
que amortajó el cadáver sangriento de la Historia,  
con un sudario de rosas, en el  
que se quedó estampado un crepúsculo fiel  
al agónico instante de lumbre y de arrebol  
en que, de las tinieblas sobre el negro corcel  
la tarde ata la hoguera del féretro del sol!

Es tu Pascua Florida,  
¡Oh plantel tutelar!,  
es el vértice flamígero de tu vida,  
hasta el que ascienden todas tus ansias de brillar  
y en cuya punta fulgurante  
(índice al fin de espectros como el diamante,  
mínimo luminar)  
la cinta del celaje se anuda en una rosa  
de luz, y hundiendo el garfio de la zarpa radiosa,  
el cóndor del relámpago amarra su impetuosa  
locura de corsario del piélago estelar! . . .

II

¡Salve, mirador  
de paisajes  
divinos.  
Torreón de mirajes  
celestes, en donde alisan sus plumajes

*La selva sonora (1933)*

los ibis de los astros peregrinos,  
hastados de su propio fulgor,  
y en donde Sirio, ruiseñor,  
y trovador,  
y juglar  
de los translúcidos caminos,  
desmadeja la plata ferviente de sus trinos,  
y con un increíble primor  
y una destreza singular,  
en el hilo de un sueño de amor  
se pone a danzar!

¡Salve, alero  
de las palomas zuras del confín,  
hornacina del arbol mañanero,  
vitral del fulgor Arlequín,  
capilla de las garzas de jazmín  
de la luna, y oratorio del azul, soñador y romancero,  
que brilla y canta, pues al fin  
es pájaro y lucero!

¡Salve, campanario  
de una apoteosis secular,  
donde las cien campanas de un siglo extraordinario  
se ponen a repicar,  
mientras el espíritu sagitario,  
cansado de flechar  
faisanes de alboradas,  
les parte el corazón a las gacelas plateadas

de las noches enlunadas,  
melancólicas y enamoradas,  
y fatigadas  
de soñar! . . .

¡Salve, cúpula que el pensamiento  
empina,  
ávido de belleza y plenitud,  
para izar resplandores en el mástil del viento  
y dialogar a solas con toda excelsitud,  
y para ver de cerca la estrella vespertina,  
que arde sobre la noche, devota y diamantina,  
como plegaria de oro sobre de un ataúd! . . .

¡Salve! ¡Salve, basílica del anhelo  
triumfal!  
¡De la vagabunda,  
rotunda  
y portentosa catedral,  
cuyos sillares líricos, nostálgicos de cielo,  
suben en las armónicas espirales de un vuelo,  
con toda la montaña del edificio orquestal,  
hasta romper el cósmico silencio de terciopelo  
con los diez mil clarines de su epopeya musical! . . .

¡Salve, templo de la gloriosa  
Palas!  
¡De la Minerva olímpica, sublime Partenón!  
¡Salve! ¡Salve, materna institución victoriosa,

*La selva sonora (1933)*

vencedora del tiempo, de la tragedia y de las  
rabias de los vórtices y de los ímpetus del ciclón,  
que por encima del redoble de truenos de los cataclismos,  
más allá de la ronca fanfarria de los abismos,  
alzas el ave lírica de tu más dulce canción,  
y en un derroche máximo de bellezas y galas,  
brillas con la selva de astros y subes con el bosque de alas  
del huracán sinfónico de una constelación! . . .

## El poema inefable

Elogio de un museo de las  
postrimerías de la Colonia  
y de los días archiduciales.

### I

Como el tesoro brujo del mago Alí Babá  
que vimos en la gruta del prócer cuento azul,  
en el silencio muelle que finge un suave tul,  
el magno relicario dormido y solo está.

Mientras las horas llenan su fino canevá  
y en la leyenda hay vagos perfumes de Estambul,  
dijérase que escucha la lira de un bulbul  
que canta una grandeza que nunca volverá.

El alma, de rodillas cual si quisiera ver  
el sueño de suspiro de una encantada flor,  
se asoma al rico estuche temblando de placer,

y cuando al fin se postra con íntimo fervor,  
así se abre a sus hondas miradas de mujer  
el milagroso emporio de lujo y de primor:

II

Crucifijos divinamente escuálidos,  
de rostros tristes y de miembros pálidos,  
como vibrantes gritos de dolor,  
en cuyas carnes, rotas y llagadas,  
con la fúlgida miel de las miradas,  
han untado las almas arrobadas  
los piadosos unguentos del fervor! . . .

Capelos de finísimo cristal  
como hechos de perfumes y de luz,  
que cubren con su diáfano capuz  
las joyas del joyero celestial,  
vírgenes de dulzura de panal  
y santos que agonizan por la cruz.

Soberbios y magníficos tibores  
florecidos de pájaros y amores,  
de dorados idilios y de rosas,  
que en las piezas de muebles atestadas  
oyeron , con las sombras perfumadas,  
bellas y nimias y adorables cosas.

Estuches, costureros, almohadillas,  
que sobre la quietud de las rodillas  
vieron inenarrables maravillas  
de paciencia, de lujo y de primor,  
y en cuya desteñida y roja seda

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

quien sabe qué trasunto arcaico queda,  
como la sombra de una voz muy queda  
que nos platica de un secreto amor.

Rosarios cuyas cuentas taciturnas  
hoy duermen su dolor, bajo las urnas,  
y evocan el minuto de piedad  
en que los dedos, lentos o febriles,  
repasaban los pálidos marfiles  
que eran cadenas de su castidad . . .

Radiante, como vivida eclosión  
de llamas, de colores, de rubíes,  
la gallarda riqueza de un mantón:  
¡jardín en el que suelta la ilusión  
sus sartales de brujos colibríes!

Esmaltes, figulinas, prendedores,  
pistoleras, collares, camafeos,  
joyeros apretados de fulgores  
que acarician los ojos, como flores,  
y vibran en la luz, como gorjeos!

Raras japonerías, chinerías,  
ricas preciosidades de Tonkin,  
cuyas recónditas vocinglerías  
nos hablan de adorables lejanías  
por donde pasa, envuelta en pedrerías,  
Flor Azul, en su regio palankín . . .

*La selva sonora (1933)*

Filigranas, medallas, relicarios  
que guardaron tal vez rizos queridos  
y que por eso fueron incensarios  
de cultos muertos y de amores idos.

Marfiles de tallados prodigiosos,  
porcelanas translúcidas y finas  
de variadas figuras peregrinas  
y de dibujos parvos y fastuosos.

Abanicos: mosaicos de belleza,  
derroches de elegante gentileza  
hechos con rasos de ducal riqueza  
y marfiles y plumas de avestruz,  
en cuyos pliegues han dejado impresos  
recuerdos de inefables embelesos  
los labios, ¡todos música de besos!  
y las pupilas, ¡todas miel de luz!

Lujo de los relojes historiados  
que ornaban la consola de la abuela,  
rimando, con tic-tacs apresurados,  
la endecha de los sueños destrozados  
y el madrigal de la ilusión que vuela.

Retablos que proclaman, a través  
de la bruma de un hondo suspirar  
y con una indecible candidez,  
el prodigio que obró la nitidez

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

de un santo: ¡Lys de arrobo, flor de prez  
que aromaba el misterio del altar! . . .

Macizos candelabros, olorosos  
muebles de una olvidada sacristía,  
entre cuyos tallados prodigiosos  
parece que palpita todavía  
el beso del incienso, que envolvía  
a los Cristos llagados y ojerosos.

Y los viejos y cándidos misales,  
y las ricas custodias repujadas  
ante cuyos santísimos metales  
las almas, afligidas y abrumadas,  
rezaban las angustias de sus males  
con la triste oración de sus miradas! . . .

Y en todas partes el eterno amor,  
y la Cruz . . . y la Cruz . . . ¡siempre la Cruz!

Y en el salón ungido de candor,  
del silencio dulcísimo al trasluz,  
la envaguecida queja de un dolor,  
la doliente plegaria de la luz  
y algo como el sollozo de una flor  
y el suspiro de nardos de Jesús! . . .

III

Grupo de fabulosos esplendores,  
Cólquida de prodigios, isla deslumbradora,  
donde duermen su sueño de tristeza  
quién sabe cuántas almas que se han arrebuñado entre las cosas!

Tumba de los suspiros  
deshilados en épocas remotas,  
por las enlanguecidas castidades  
de las niñas enfermas, tristes y ojerasas,  
que soñaron con príncipes efebos  
y acabaron con hábitos de monjas! . . .

Nido donde palpitan todavía  
las alas del arrobó, y en donde tocan  
muy suave, muy bajito, con finuras extremas,  
las seráficas violas  
del arrullo, que con los violonchelos del sollozo  
y las flautas melódicas  
del trino, llevaban los celestes ruseñores  
ocultas en la seda de sus gorjas! . . .

Dechado en el que,  
sabidurías castas y devotas,  
han enlazado fibras de amargura  
con cifras venturosas,  
poniendo junto al rezo de los santos  
el arrullo de plata de las novias . . .

Cementerio de múltiples bellezas,  
de ensoñaciones áureas, de idealidades fervorosas,  
en cuya soledad riega el silencio  
sus languideces y apura su tristeza gota a gota,  
como un cartujo enfermo de plegaria  
que en las suaves y hondas  
y finas felpas de la noche,  
cuando en el clavicordio de los cielos de Santa Cecilia toca,  
abre las alas de sus letanías  
y desfleca sus preces luminosas,  
mientras bebe su espíritu arrobado  
el alma de misterios de la sombra!

¡Oh libro abierto, libro ilustre, libro prócer,  
en el que están escritas las historias  
de los siglos muertos, de los años idos,  
de las lejanas horas,  
y en cuyas tricromías únicas  
(tres colores: ¡la audacia, la belleza y la gloria!)  
pueden mirarse los severos rostros, las serias actitudes  
y las extrañas ropas  
de los nobles hidalgos  
y las nobles señoras,  
fraternizando con la fresca gracia  
de los blondos abates y las niñas piadosas,  
que vivieron aquella vida ilustre  
que era un verso, y un cuadro, y una joya . . .  
¡Vida sublime, vida romancesca,  
vida exquisita y honda,

*La selva sonora (1933)*

vida como la vida de los hombres  
que sienten y que piensan, que luchan y que lloran,  
vida que simbolizan bellamente,  
con elocuencia fúlgida y sonora,  
¡en un campo de azur, un crucifijo,  
una espada, un soneto y una rosa! . . .

¡Oh preclaro museo de los días  
del gentil Archiduque y la Colonia!  
¡Oh nectario de almíbar de leyenda,  
oh inmensa cornucopia  
de bellezas sublimes  
y ternuras gloriosas!  
¡Oh emporio de elegancias y de lujos:  
trasunto de Bagdad o de Golconda!  
¡Oh vaso de ilusión, ante el prodigio,  
ante el milagro suave de las cosas  
que guardas, ante la divina esencia  
que va cristalizando en tu redoma,  
yo, felibre de un siglo presuntuoso  
que no ama, que no sueña, que no llora;  
yo, devoto ferviente del Manchego:  
¡aquel sublime santo de la santa locura portentosa!  
en medio a los brutales apetitos  
que todo lo atropellan y destrozan,  
por encima de todas las miserias,  
indiferente a todas las derrotas,  
vengo a hincar mis rodillas  
en la alfombra

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

de tu silencio, vengo a prosternarme  
con la frente humillada por el mismo desprecio que te azota,  
y vengo a deshojarte dulcemente,  
con estas sucias manos pecadoras,  
la inefable oración de ese poema,  
la ofrenda suspirante de estas palabras fervorosas  
que le han brotado a mi melancolía,  
una noche de angustia, como brota  
la música del agua transparente  
del corazón partido de la roca! . . .

-0-

Bajo la tienda azul de este recuerdo,  
en la miel de este instante, en la ternura de esta hora,  
¡oh joya colonial, santa reliquia,  
aquí te dejo el alma rezando en el perfume de estas rosas! . . .

A Carlos González Peña.

## Ayacucho

### I

Viento del sur que todos los espacios desfloras  
    ebrio de inmensidad,  
    ven, alivia tus alas de su botín de auroras,  
dame el cofre de pájaros de las selvas sonoras  
y hendiendo el torbellino de las horas  
    muéstrame el rumbo de la eternidad! . . .

Viento del Sur, alarga mi grito en tu clarín,  
    desde Atahualpa y Cuauhtemotzin  
viene el impulso de mi voz,  
    yo sólo soy un ritmo del poema ancestral,  
    ¡viento del Sur, arroja mi germen musical  
en el surco de besos de los labios de Dios! . . .

### II

¡Ayacucho!, esquife solar,  
¿quién hizo esa pindárica osadía  
que es como el barco del más bello día  
sobre los hombros del más ancho mar? . . .

¿Quién encendió  
el estremecimiento heroico de esa lumbre,

que a los crestones de la más esbelta cumbre  
la enredadera de sus llamas arrojó? . . .

¿Qué joyero divino,  
enamorado de las cosas grandes,  
ensartó las turquesas de los Andes  
en el rayo de luz de ese camino?

¡Ayacucho! ¡Ayacucho, arrebol  
de la mañana continental,  
por tu gloria inmortal  
es un esplendoroso vergel cada rosal  
y cada prisma es jaula de un pájaro de sol . . .

### III

¿Mentira?  
¡No!, fijáos, aun se mira  
desde aquí la epopeya  
en esa ruda zarpa que destella  
y en ese lys egregio que suspira,  
con razón  
el corazón  
es una lira  
y el alma es una estrella!

¿Mentira? . . . ¡No!, aun late  
en las arterias de la Historia

*La selva sonora (1933)*

la fiebre del combate,  
todavía la gracia del armiño se abate  
hasta nevar la escoria  
y sobre los cantiles que la tormenta bate  
aun se deflagra el rubio panal de la victoria!

¿Mentira? ¡No!, ¡milagro!, ¡transfiguración  
de la tumba en antorcha, de la mortaja en pabellón,  
del grito en la melodía, del cataclismo en sinfonía,  
y de la tempestad  
de la más cruenta desesperación,  
en el sueño vagabundo de Simbad  
y en la quimera trashumante de Jasón!

¡Junín!  
he ahí la flecha  
que abre una brecha  
de gloria en el confín,  
y que, por entre los flabelos  
de las nubes de plumas de avestruz,  
descubre en las entrañas joyantes de los cielos  
las vetas de los áureos lingotes de la luz!

¡Bolívar! . . . una inmensa llama  
corre por las serranías  
y en los profusos valles se derrama,  
como una aurora que se desparrama  
con el tumulto de sus pedrerías!

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

Sucre después . . .

¡Las testas de los montes  
sólo han sentido esa embriaguez  
de azul, que abreva alturas y respira horizontes;  
y atalaya infinitos con loca intrepidez!

-o-

De nuevo,  
en la arruga del tronco se desata el renuevo,  
el divino laurel  
despereza sus frondas  
que ungen y miman las mañanas blondas  
con sus manos de seda y sus besos de miel.  
Ávido de Estambules y Golcondas,  
el ensueño se fuga en su bajel  
y mientras que la espuma  
le urde alfombras de pluma,  
la brisa  
le regala con la risa  
de su multisonoro cascabel!

¡Portento de los anhelos sacudidos  
con el impulso del Libertador:  
la Patria moribunda de los sueños vencidos,  
de las quimeras trucas, del perpetuo dolor,  
trasmutadas las pobres celdillas en sonidos,  
siente que le florecen, por todas partes nidos,  
y en cada nido escucha cantar a un ruiseñor!

*La selva sonora (1933)*

¡Ayacucho!, es entonces cuando tu hoguera brilla  
cuando de la semilla  
de los excelsos heroísmos,  
brota el roble de triunfos de la perenne maravilla  
en tanto que, libélula de gasa en los abismos,  
yertos en las pupilas los brujos espejismos,  
se desbarata el áureo miraje de Castilla! . . .

IV

¡Libre! ¡Libre al fin el imperio del Inca!  
¡Libre al fin  
el neblí cuya garra en los astros se hinca  
en cuyo arrojo se ahínca  
en llenar el más vasto confín,  
con un vuelo más grande,  
que el del trueno del Ande  
o el del águila de oro de la voz del clarín!

¡Libres las cordilleras  
en donde empuña el huracán su caracol,  
y desde las que bajan las praderas  
a jugar con las primaveras  
de labios gorjeos y de miradas de arbol! . . .

¡Libre, libre el gayo  
prodigio de la piedra preciosa,  
libre la mariposa

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

que es la rosa  
del viento,  
o es un cuento  
del Libro de Hadas del pensil de mayo!  
¡Libre el guacamayo que es una estampa errante  
y el chupamirto, trémulo diamante  
desbaratado al sol,  
en el desmayo  
de un rayo  
tornasol!

¡Libre la cresta andina,  
libre la onda de la cicatriz de la estela,  
libre el tronco y el pétalo, y el perfume y la encina,  
y el manantial que trina,  
y el resplandor que vuela,  
y el cielo donde el astro de la raza culmina,  
y el mar donde se hunde la última carabela! . . .

¡Libre, libre el Cipango magnífico de América,  
libre la diamantina  
mina de Alí Babá,  
libre el kaleidoscopio de la tierra quimérica  
que borda de arco-iris su regio canevá! . . .

¡Libre el Ofir! . . . ¡La criolla  
Joya manumitida! . . .  
¡Libertad! ¡Oh Ayacucho, tú te llamas así!  
¡cómo es puro el oriente de tu perla encendida!

*La selva sonora (1933)*

¡con razón, infiltrándote en mi vida,  
siento que es mi palabra (flor de mi carne hendida)  
en grieta de relámpago brote de colibrí! . . .

¡Paisaje de milagros, panorama de asombros,  
como Caupolicán,  
para decir la gloria que irradia en los escombros  
hay que llevar un bosque de música en los hombros  
y tener por penacho la crin del huracán! . . .

. . . ¡Nada! . . . ¡Nada puede exaltar tu grandeza,  
no hay acento  
capaz de levantar el pensamiento  
que resumiese tu magnífica proeza,  
apenas si sería  
digna coronación de tu portento,  
la flor de los celajes en las frondas del día  
y el himno de los cóndores en las pautas del viento! . . .

¡Anfión! . . . ¡Orfeo! . . . Como los rapsodas divinos,  
tengamos la virtud  
de florecer en versos y coruscar en trinos  
y hacer de las arterias pindáricos caminos  
por donde pasen coros de homérica amplitud! . . .

¡A encender la palabra dormida,  
a desatar  
el ritmo de la nota escondida!  
¡A cantar! . . . ¡A cantar! . . . ¡A cantar! . . .

¡Oh Ayacucho, bendita la esplendorosa  
floresta de tu alborada,  
bendita la ruta encantada  
de tu epopeya  
fabulosa!  
Bendita tu luz que destella,  
radiosa,  
sedosa  
y dorada,  
como el fulgor de pétalos del alma de la estrella  
en donde está la albura de Dios arrodillada! . . .

¡Bendito el arrebató de tus tercias bravuras!  
benditas tus potentes y nobles ansiedades  
y benditas tus épicas locuras  
que desflorando todas las vírgenes alturas  
durmieron muchas veces junto a las tempestades!

¡Ayacucho! ¡Ayacucho, pendón  
de una apoteosis inmortal,  
en la angustia, divina ilusión,  
en la roca ilusión de raudal!

¡Ayacucho! ¡Ayacucho sobre América entera  
crece, azul de infinito, tu soberbio crestón,  
y ante la gloria que tu audacia reverbera,  
todo tu continente, cual una primavera  
de soberanas músicas, vibra en una canción,

*La selva sonora (1933)*

pues aquí, ya lo sabes, ¡hasta la misma fiera  
lleva un jardín de pájaros dentro del corazón! . . .

A Antonio Médez Bolio.

## Negro y rojo

### I

Humareda  
de la hornalla del cosmos que crepita  
con el chisporroteo de un huracán de estrellas,  
la noche  
negra, es negra  
pero sublime,  
pues en la inmensa  
página de su silencio, Dios, que es el supremo filósofo,  
y el máximo poeta,  
escribe con metáforas de mundos  
la musical geometría de lo que piensa! . . .

Surco de las auroras,  
en ella,  
el crepúsculo labriego,  
siembra  
el cadáver del sol, y son tan fecundas  
las nocturnas glebas,  
que en la torva entraña,  
muda y ciega,  
surge victoriosamente y poderosamente  
se eleva  
el roble azul del día,  
a cuya vasta sombra galilea,

*La selva sonora (1933)*

se tiende a oír las bienaventuranzas del fulgor y del trino  
la dulzura aldeana de la tierra.

De la tierra . . . Y también la negrura  
de la tierra es promesa  
de luz desbaratada en arco-iris de flores,  
cuando, con sus dedos de nácar,  
al par de aquellas arquillas de las gorjas,  
va abriendo los estuches de los cálices,  
parlanchina y jovial, la primavera.

De la mina, lo mismo:  
la negra hondura sangra en el oro de la veta,  
y el filón es un nervio iridiscente  
o víscera de brillos, cuyas células  
son las mañanas mínimas  
de las piedras  
preciosas:  
lágrimas en que cuaja su belleza  
el espectro y que son redenciones fulgurantes  
del obscuro sufrir de la materia.

Y así, invariablemente,  
en la humana miseria  
surge siempre la sublime victoria del dolor hecho canto,  
pensamiento y euritmia, gracia, ritmo, cadencia . . .  
de igual modo que ayer, en el seno pavoroso  
de la más grande tragedia,  
desbaratando en arreboles el lúgubre capuz

de una noche infinita, alborada hecha carne,  
amanecer hecho vida, alma que es toda luz,  
gorjea entre los labios de la angustia  
el minuto de besos de Jesús! . . .

II

Bermejez de la hoguera crepuscular  
que abre,  
como una inmensa herida,  
las carnes  
del azul,  
para que salte  
la catarata de oro de las constelaciones  
que arrastra los despojos del bajel destrozado de la tarde!

Carmín de la lumbre,  
de la brasa, del fuego, en fin, de la materia que arde  
para el bien y el mal,  
pero que siempre realiza su mensaje  
apostólico,  
porque siempre es vida que, antes  
de extinguirse, alumbra,  
y hasta cuando el cruel supercivilizado  
la convierte en instrumento de exterminio y en arma de combate,  
hasta entonces, es una enredadera de luces en las sombras  
y manto de fulgores en las espaldas lívidas de la guerra y la peste, el dolor  
y el hambre! . . .

*La selva sonora (1933)*

Huella escarlata  
de la fusta en la llaga: signo infame  
para el que azota, pero timbre y prez para el que sufre,  
porque el dolor torna grande  
al más pequeño, porque el dolor, en vez de la voracidad  
que muerde, pone súplicas de sollozos en las fauces,  
y suaviza en ternuras de paloma  
el propio corazón de los chacales.

Púrpura, pero no la que arrastra el sufrimiento de los pobres  
en la insolencia de los mantos reales.  
¡No!, sino la que glorifica los espacios  
con el vuelo suntuoso de las aves,  
cuyos encendidos  
y policromados plumajes,  
están diciendo al hombre, cómo debe subir  
pero en belleza; cómo debe ascender y remontarse,  
pero dorando el viento de aleluyas,  
pero pintando el aire  
de colores alados; pero poniendo siempre  
sobre el instinto el arte  
y llevando las galas del ensueño  
por encima del ímpetu salvaje! . . .

Y rojo (el más bello, el más sublime)  
el rojo de la sangre:  
savia del ser, jugo de la vida: ¡Fuego en las venas del héroe!  
¡Música en las venas del artista! ¡Luz en las venas del mártir!  
¡Rojo de la sangre que ahueca

oasis

de redención, en los desiertos estériles  
del egoísmo implacable!

¡Rojo de la sangre que fecunda todos los yermos del alma y de la tierra!  
¡Rojo de la sangre de Sócrates, Homero, Shakespeare y Dante,  
y de Espartaco y Morelos y Bolívar, y de Francisco y Don Quijote,  
y de Budha y Mahoma, y del más dulce, del más leve y más suave:  
de aquel cuya divina sangre, al aliviar la sed de sus verdugos  
trueca las mismas fieras en arcángeles,  
y, al fin venero de misericordias, nutre el árbol de la cruz que lo infama  
y hasta en los belfos de las furias deja una miel de madrigales!

### III

¡Oh gran patria del mundo!  
¡Oh proletario del surco y del taller!,  
carne de ignorancia, de angustia y de miseria,  
negro también,  
negro y rojo es tu símbolo,  
pero, ya ves  
cómo negro y rojo es lo más grande de la vida y del orbe,  
de la bestia y del alma, del planeta y del ser.  
No desmayes,  
pues,  
no maldigas tu sino, brega, lidia, trabaja  
con más empeño que nunca, marcha sereno, alegre y fuerte  
a la suprema conquista de tu liberación,  
pero que no te empujen el odio y la venganza,

*La selva sonora (1933)*

sobre todo, que no te ciegue el falso resplandor  
de la grandeza material. No nutras la victoria del instinto  
con el cadáver del ensueño . . . ¡También es pan y vino la ilusión!  
No te infatúes con el triunfo de la máquina  
que es precisa y es fuerte, y eficaz y veloz,  
pero insensible. Nunca olvides  
que si fuese nada más una bomba mecánica el corazón,  
explicada la continuidad específica con el brutal abrazo del macho  
y de la hembra, no existiría el amor:  
el amor que es un bálsamo en los besos de tu esposa, el dulce amor  
que es óleo en las miradas de tus hijos, el inefable amor que te meció  
en la cuna, que te llevó en los brazos, que encendió tus pupilas  
y desató tu voz,  
y que desde la tumba todavía te ampara y te alumbra y te bendice:  
¡El amor de tu madre! ¡Ese amor que en la tierra es un lampo de Dios!

-o-

Negro, negro de fango  
o de humo, negro de tinieblas, negro de dolor;  
y rojo por el reflejo de la hornalla,  
o por la sangre de la herida, o por el latigazo del sol,  
¡Oh hermano proletario, que lo mismo que tú, proletario  
y obrero del pensamiento soy yo!,  
no te detengas: ¡Adelante! . . . ¡Adelante! . . . ¡Adelante! . . .  
pero después de haber alcanzado la redención  
de abajo, después de que haya dicha y sustento en tu hogar,  
no descanses aún, no te conformes  
con la felicidad

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

puramente biológica, ¡Tú también tienes derecho a la belleza,  
a la sabiduría, al amor, al ensueño, a la sublime paz  
de la contemplación! Piensa pues, ama, canta, sueña . . .  
¡Que ese es un modo superior de trabajar!  
y demuestra al despectivo burgués  
que tú, sin el azote del verdugo y sin la sangre del esclavo,  
sino a la sombra de la justicia y con el impulso de la libertad,  
que tú como él y mejor que él,  
puedes gallardamente levantar  
a la humana criatura, desde el hambre del bruto, desde el ruín egoísmo,  
desde las cloacas asquerosas del instinto bestial,  
hasta esas formidables cimas de la idea, cúspides de la armonía,  
vértices de la santidad,  
hasta esas patéticas alturas  
con las que el hombre atisba apenas un átomo de luz del más allá  
y que, sordas al barro deleznable,  
ciegas a la efímera mezquindad,  
sublimes de infinito, trágicas de silencio,  
terribles de soledad,  
entre el polvo de soles que levanta,  
solo oyen las pisadas pavorosas, lentas y enormes de la eternidad! . . .

Para el Corl. D. Filiberto Gómez,  
Gobernador del Estado de México.

Al noble amigo, mejor que  
al generoso gobernante.

## El suplicio del manchego

### I

¿Por qué en las alas de la luz  
hay un doliente palpar,  
por qué hay un vaho singular,  
cual de profundo suspirar,  
del firmamento en el trasluz?

¿Qué angustia pasa por la vida,  
qué sombra ambula por el cielo  
que, en lo más hondo de la herida,  
un infinito desconsuelo  
llora con voz enlanguecida  
de suavidad de terciopelo?

¿Murió Pierrot, el musical  
payaso triste, el blanco asceta  
de las ojeras de violeta  
y del amor angelical?

¿Ofelia, toda de rocío  
y de perfume y de ternura,  
con el jazmín de su locura  
nevé las ánforas del río?

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

¿En pos del célico país,  
tras de los reinos del Señor  
voló el seráfico de Asís  
(pobre magnífico de amor  
y de fervor,  
y de candor)  
como un celeste rui señor  
que fuera un tiempo flor de lys?

¿Irán a ser los funerales  
de la Roxana o de Julieta:  
¡santas de líricos vitrales  
que llueven luz de madrigales  
en los fervores del poeta?

¿Será Beatriz, ¡oh gibelino,  
padre Alighieri, amargo eterno!,  
será Beatriz que en tu destino  
es cual un ósculo divino  
que alumbra el alma del infierno? . . .

¿Sepultarán a Colombina  
con el sudario de Oberón,  
a Colombina parlanchina  
que hasta en la tumba trina, trina,  
cual gorjeante corazón? . . .

¿Naufragará el velero azul  
de la ilusión maravillosa,

*La selva sonora (1933)*

o la esperanza milagrosa  
habrá volado hasta una rosa  
desde la nave vaporosa  
de una libélula de tul?

¡No! . . . ¡No! . . . más triste y negra es  
la breve gota de este instante:  
es el ensueño agonizante,  
y sollozante  
y suspirante  
del inmortal varón andante  
cuya existencia de alelís,  
gloriosa, límpida y radiante,  
fue como el iris de un diamante  
despedazado en colibríes! . . .

II

¿No lo véis?, sobre la lumbre de los áridos senderos,  
¿No lo véis? , entre las burlas agresivas y brutales,  
surge el pobrecito loco de los líricos rosales  
que regaron las auroras con cascadas de luceros.

Ya no tiene, sobre el cuerpo fatigado, la armadura  
que engastó glorias eximias en los cielos de zafiros,  
cuando al sol iba el penacho de la impávida locura,  
desgarrando el silencioso misticismo de la altura  
en girones de romances y madejas de suspiros . . .

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

En el puño ya no luce su vigor la egregia lanza  
que partió de los espacios el inmenso corazón,  
y que, como raudo mástil que la eternidad alcanza,  
desdobló a todos los vientos en pendón de la esperanza  
levantando una sublime polvareda de ilusión!

En el brazo no descansa la firmeza del escudo  
sobre el cual rompióse el vidrio de las luces de los astros  
y en cuyo metal sonoro, que en las tiorbas gemir pudo,  
en un himno de victoria se quebró el silencio rudo  
como un sólido granito que se astilla en los alabastros!

Ni siquiera luce el yelmo prestigioso de Mambrino,  
que ningún mandoble hiende y ningún acero mella,  
y que en las tormentas roncadas es la música de un trino  
y en las noches va volando con las alas de una estrella!

Sin un arma ni un arreo, consumido y destrozado  
el vidente, por el odio de las turbas empujado,  
va subiendo la colina con el triunfo de la cruz,  
¡ya ni Sancho lo acompaña! . . . ¡ni siquiera Dulcinea!  
solo el agua que murmura, solo el viento que aletea  
y en el ensueño de un perfume, la caricia de Jesús!

Allá va, del cerro al cabo pisa la desnuda cumbre,  
huellan sus dolidas plantas los braseros del martirio,  
y engarzado en los carbunclos crepitantes de la lumbre  
queda el corazón de plata del immaculado lirio.

*La selva sonora (1933)*

En la cruz clavan el cuerpo luminosamente pálido  
los brutales egoísmos insaciables del metal,  
y el burgués del alma sórdida y del corazón inválido,  
befa al noble moribundo que, divinamente escuálido,  
es como un dolor de armiño que se vuelve de cristal! . . .

Luego, cuando ya las carnes han quedado traspasadas  
por los clavos que suspenden al sublime agonizante,  
lo levantan entre el polvo de las horas fatigadas  
y ante el pasmo de las aves, cuyas alas desplegadas  
riegan velos de frescura sobre el príncipe expirante.

Y comienza la agonía del glorioso visionario:

-Sancho amigo, Sancho hermano, ¡no te veo! ¿dónde estás?  
¡Mira!, ¡mira!, por las nubes va corriendo un incendiario,  
¡que es el sol! . . . ¿el sol?; ¡mentira!, es la antorcha de un corsario,  
¡Ven!, mi audacia es más potente que su furia, ¡mucho más!

“¡Ah, qué oscura está la tierra! ¡qué calor! ¡qué sed! ¡qué peso  
tan profundo! ¡qué cansancio! . . . Dulcinea, ¿tú tampoco?  
¿tú tampoco me acompañas? . . . ¡Ven, envuélveme en un beso!  
¡Oh!, ¿por qué me desamparas? ¡Deja verte! . . . ¿Ni eso? ¿ní eso? . . .  
¡Dulcinea, si ya sabes, no estoy loco! ¡no estoy loco! . . .”

“No estoy loco, yo soy padre de una realidad quimérica,  
yo he creído en la justicia y el amor y la bondad,  
yo he gemido mis plegarias por la triste luna histérica,  
yo he regado fantasías sobre la maldad colérica,  
¿Verdad que eso no es ser loco, Dulcinea?, ¡dí! . . . ¿verdad?”

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

“¡Ah!, ya te oigo, ya te escucho . . . ¡No!, más dulce, muy más fina  
es la voz que me consuela . . . Es tu voz, ¿verdad, Señor?  
eres Tú que perfumaste de candor esta colina,  
¡Oh, siquiera Tú amortaja mi esperanza peregrina!  
¡No me dejes!, ¡no me dejes, nardo y perla, y luz, y amor! . . .”

“-Si, yo soy, triste manchego, resignadamente expira,  
como en un fervor de arrullos y de besos, la paloma,  
yo ya sé que tu eres santo . . . ¿Loco tú?, ¿loco? . . . ¡Mentira!  
¡tú eres la verdad suprema del ensueño y de la lira!  
¡la verdad azul del trino, del celaje y del aroma!”

“Qué te importa que te clave sobre rígidos maderos  
la canalla de sayones con el oro envilecidos,  
si la cruz, ¡tú ya lo sabes!, son dos brazos extendidos  
que se doblan a la tumba fatigados de luceros!”

Así dijo la divina voz de angélica belleza,  
y el hidalgo, que en sus sedas sus angustias envolvió,  
cuando ya la tarde estaba moribunda de tristeza,  
sobre el lirio del silencio fue doblando la cabeza  
y en un sueño de oro y rosa suspendido se quedó . . .

Y llegó la noche zarca por las rutas del Oriente,  
de las liras de los astros surgió el verso de la luz,  
y mientras, en pos de auroras, iba el príncipe demente,  
la crisálida del cuerpo, luminosa y transparente,  
se quedó como bandera sobre el mástil de la cruz! . . .

III

Todo fue consumado, se estremecieron,  
como vastas cortinas, los horizontes,  
las rocas en profundos gritos se abrieron,  
y en tanto las estrellas rezando fueron  
se arrodilló la sombra junto a los montes.

El violín de las brisas cantó más leve,  
la viola de las aguas trinó más suave,  
el áspero sendero se hizo de nieve,  
de seda se hizo el raudo vuelo del ave.

Entonces los estetas y soñadores,  
los divinos orfebres de melodías,  
bajaron el cadáver sepulto en flores,  
que estaba todo lleno de ruseñores  
y envuelto con sudarios de letanías.

Lo ungieron con sus versos, lo maceraron  
con oleos de caricias, rosas y miel,  
en un féretro de ámbar lo colocaron  
y en un bloque de vidrio lo sepultaron  
como en urna de esencias luz de joyel.

¡Y se alejaron todos plenos de amor,  
deshilando las sedas de su fervor  
y arrastrando el harapo de su dolor!

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

Mas pasó el torbellino de los instantes,  
sacudieron los siglos tumultos de horas,  
y llegaron los torpes odios reptantes  
hasta los armoniosos huesos vibrantes  
que amortajó la lira con sus auroras! . . .

Ya no se oía el llanto de los poetas,  
solo las rudas hambres desoladoras  
fustigaban el viento con sus trompetas.

La tumba hecha pedazos y sola estaba,  
pero Dios, que en sus altos reinos velaba,  
mandó por los despojos a sus querubes,  
y a poco el luminoso cuerpo volaba  
más allá de las aves y de las nubes.

¡Hoy, señor de los áureos sueños divinos,  
hoy, cumplida la gloria de tus destinos,  
como Jesús, alfombras de soles huellas,  
mientras, abriendo al hombre nuevos caminos,  
va tu santo cadáver, envuelto en trinos,  
sobre los claros hombros de las estrellas!

A Manuel C. Bernal.

## Áurea apoteosis

### I

Un silencio de estrellas  
un dorado silencio de constelaciones,  
un enorme silencio de infinito y de luz  
sepulta el repique de truenos de las epopeyas  
y deja al poema rotundo, agarrador de ciclones,  
como a un Cristo lírico en el magno clímax de las redenciones,  
con las bienaventuranzas de todas las músicas clavado en la Cruz! . . .

-o-

Cae la flauta melodiosa  
de los dedos enclavijados,  
como el cadáver de una lírica rosa,  
marchito el vuelo de la esencia gloriosa  
y los acordes mustios y los arpegios despetalados.

La blanda cítara se queda  
inmóvil en un patético reposo  
(jaula de arrullos de la ilusión citareda)  
cautivo en el cordaje de seda,  
de la hialina  
cavatina  
el pájaro maravilloso.

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

Y el sistro leve,  
y el laúd donde el alma del bardo  
es cual una devoción de nieve  
o un éxtasis de perfumes de nardo.

Y las vigorosas trompetas,  
y los delicados rabeles,  
todo calla en el quimérico mundo de los poetas,  
cuyos pinceles,  
trémulos de imágenes, ilustran con submarinos vergeles  
de arco-iris, los acuarios minúsculos de las facetas.

Todo calla en el apolíneo bosque de los laureles  
musicales:  
desde el oro  
sonoro  
de la risa del viento desbaratada en cascabeles,  
y la plata  
del claro de luna de la serenata  
derretida en los finos susurros de los madrigales,  
hasta el zarpazo de lumbre de la centella,  
que se estrella  
en la punta granítica de los crestones  
y desgarrando el lívido seno  
de la nube congestionada de trepidaciones,  
hace brotar el bárbaro estampido del trueno  
que en las torres de la tormenta clava sus roncós esquilonés! . . .

*La selva sonora (1933)*

Todo calla, ¡Oh gigante  
del verbo, desde que tus hombros de atlante,  
vencidos con los botines paradisiacos  
de las primaveras del día,  
dejaron caer en la noche vacía  
los cofres de tus estrofas trocadas en un éxodo de zodiacos.

Todo calla, desde que el órfico anhelo  
ató las peregrinaciones de su vuelo  
en tus manos sinfónicas ensortijadas de arrebol,  
como enmudece el mirlo de la luz en las frondas del cielo  
cuando se va quedando inmóvil, enferma de penumbra y desconsuelo,  
la lira del crepúsculo en las manos del sol.

Tan grande eras así  
que todas las canciones sucumbieron arrastradas por tí,  
roble ciclópeo: torreón  
de esmeraldas gorjeantes  
y coruscantes,  
que al abatir el triunfo de la ramazón  
(isla de amores  
de los alados  
y delicados  
esquifes de los ruiseñores)  
finge partir en dos el bosque entero  
como a la selva de las sombras el tajo de un relámpago de acero! . . .

Si poseías  
todas las armonías

del verso:

(átomo de esencias  
cósmicas en cuyas mágicas potencias  
está cautivo el universo,  
o peregrina caracola  
que se tornasola  
de ecos divinos  
y es como el relicario de los sueños marinos)  
Si tenías  
la ampolla bruja donde danzan las fulguraciones  
de todas las cadencias  
y el espectro de la metáfora (párvula gruta de pedrerías)  
desplegaba en tus manos el abanico de sus siete alucinaciones.  
Si tuyos eran tan egregios  
poderes y sortilegios,  
cómo no habías  
de arrastrar contigo todas las vibraciones  
del alma del mundo, y arrancando de la eternidad las horas  
canoras,  
cómo no habías de dejarnos a obscuras de tus melodías,  
viudo el azul de las águilas de tus gallardías,  
y huérfano de los poemas de tus crepúsculos y de tus astros y de tus auroras . . .

-o-

¡Pero no! . . . ¡Oh prodigio!, el silencio de estrellas,  
el dorado silencio de constelaciones,  
el enorme silencio de infinito y de luz  
huye acribillado por el repique de truenos de las epopeyas,

*La selva sonora (1933)*

y el poema rotundo, arengador de ciclones,  
como un Cristo lírico, al conjuro de rítmicas transfiguraciones,  
en un evangelio de músicas se escapa del máximo clarín de la cruz! . . .

II

Poeta, renaces, despiertas,  
te incorporas, te magnificas y cantas,  
la noche de ébano chapada de soles te ha abierto sus puertas  
y un gran surco de brillos astrales van trazando tus líricas plantas!

Mejor, más potente, más bella,  
combate o suspira,  
clama y resplandece, susurra y destella  
tu maravillosa lira,  
ya en los peanes desmelenados los torbellinos de la ira,  
ya en las fermatas de hinojos la doncellez de la estrella.

Las voces de serenas  
euritmias de estatuas helenas,  
las voces de peregrinas  
siluetas de copas murrinas,  
las voces embelesadas  
y perfumadas  
y sedosas

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

de los idilios de los gnomos y las hadas  
y de los ruiseñores y de las rosas.  
Y las voces rudas,  
de toda elegancia desnudas,  
hechas para hender el dorso de los aquilones  
con el encendido hierro deprecante de las bíblicas maldiciones.

Y las voces roncadas, terribles, potentes,  
de obsidianas bélicas, de granitos épicos, de dantescas lumbres,  
cuyos escuadrones de bolidos cárdenos y relampagueantes  
amarran sus ímpetus en clavos de estrellas y postes de cumbres! . . .

Toda la portentosa gama  
de tu numen arrebol y de llama  
en un reguero de oropéndolas y de colibríes se derrama.

De nuevo la polifonía  
de tu estro colosal  
nos abrumba, ¡Oh poeta!, ¡Oh señor de la todopoderosa armonía!  
¡Imposible vencerte! ¡Imposible acallarte! ¡Ni la eternidad podría  
abatir tu grandeza inmortal,  
pues tu espíritu enorme es el Gloria In Excelsis Deo del día  
y es la noche cuajada de estrellas la sombra de tu vuelo triunfal! . . .

A Salvador Díaz Mirón.

## Las piedras coloniales

### I

Piedras nobles, piedras únicas,  
piedras líricas y sabias  
que sollozan, que suspiran,  
que se quejan y que cantan,  
evocando las grandezas de otros tiempos,  
el fervor de otras ternuras, el amor de otras miradas,  
y engarzando en el concierto de las cosas  
la inefable melodía de sus músicas románticas.

Se perdía ya el estruendo  
de las bélicas borrascas,  
ya era un trino la cadencia de la fuente  
y los mares apacibles con los astros dialogaban,  
cuando, manos fervorosas y exquisitas,  
cual si cálices bruñeran o puliesen urnas santas,  
arrojaron los cimientos,  
colocaron los tezontles con paciencias delicadas  
y labraron los sillares  
con finuras prodigiosas de preciosas filigranas,  
levantando los poemas armoniosos  
de las fábricas  
cuyos múltiples portentos diariamente recogían  
las ofrendas de los soles, de las aves y las almas:

¡Los tapices de los mágicos crepúsculos,  
la caricia de los trinos y el suspiro de las alas,  
y los trémulos collares de los besos,  
y los húmedos rosarios de las lágrimas! . . .

Así fue como surgieron poco a poco,  
despertando moribundas esperanzas,  
las grandiosas sinfonías de la piedra  
en la piedra y con la piedra levantadas.

Primero unas,  
unas cuantas,  
sobre todos los escombros, sobre todas las angustias  
elevatoron sus audacias,  
pero luego en una fiebre  
que arrastró hasta el infinito la tristeza de las almas,  
poco a poco se poblaron  
de soberbias construcciones los desiertos abrasados de la Patria  
hasta que, como una inmensa muchedumbre  
de titanes, como inmóvil caravana,  
como selva cuyas frondas  
un arcano viento helara,  
el tumulto de las piedras coloniales,  
traspasando las turquesas de las fuertes serranías del Anáhuac,  
por los valles, como un río prodigioso  
se derrama,  
y el imperio de los indios sagitarios  
que palacios fabulosos y pirámides magníficas poblaban,  
se cubrió con el milagro

*La selva sonora (1933)*

de la nueva arquitectura, fuerte, prócer y gallarda,  
cuyos más ricos joyeles así lucen,  
(cuando se hurga en los arcones de las dulces añoranzas)  
ante el mudo corazón que los contempla  
de rodillas,  
como un niño que oye el cuento de los duendes y las hadas! . . .

II

Palacio de los condes de Calimaya  
cuya soberbia arquitectura ensaya  
un himno, a la vez que un madrigal,  
y bajo cuyos regios artesones  
se reunía,  
para mirar pasar las procesiones,  
los más granado que en la tierra había  
de la nobleza y la belleza colonial.

Casas de la Custodia, de Mascarones,  
del conde de Soto, de Bartolomé de Xala  
y del Mayorazgo de Medina,  
donde la piedra, en milagrosas floraciones,  
se torna ágil y dócil como el ala  
y se desprende, y se remonta, y trina! . . .

Palacio de los Azulejos: azul  
y blanco y gris,  
como la rica jaula de un bulbul

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

o como el tiesto de una flor de lys,  
fruto preclaro de un egregio afán,  
timbre de una gloriosa juventud,  
prodigio de elegancia y de primor,  
donde mató un efebo capitán  
por la miel de una angélica virtud  
y en el dorado nombre del amor! . . .

Palacio de los Mariscales de Castilla,  
y el del Conde de Regla, que guardaba  
riquezas fabulosas,  
fingiendo el rico seno de una arquilla  
que la dulce fortuna acariciaba  
con sus manos de lirios y de rosas . . .

Residencias de los Condes de Cossío,  
de Cortina y del Mayorazgo de Guerrero,  
sobre cuyo grandioso señorío,  
los miradores  
riegan esplendores  
y fijos siempre en el azul sendero,  
parecen concertar un desafío,  
para ver quién arranca del vacío  
la desnudez gloriosa de un lucero! . . .

Casa del prócer López de Peralta  
y la de Capuchinas, y la de Manzanares  
en cuyos esgrafiados de alamares,

*La selva sonora (1933)*

la luz parece que retoza y salta  
como en encajerías singulares.

La del noble solar de Buenavista  
cuya pompa, magnífica y mundana,  
vió pasar la grandeza cortesana  
cual un pálido sueño de amatista!

Y el principesco lujo del palacio  
por el cual Iturbide, emperador,  
cruza envuelto en un nimbo de topacio  
como un celaje de oro en el espacio  
que naufraga en abismos de dolor! . . .

Y los sacros recintos: los conventos  
y las iglesias que, como joyeles  
solo soñados en divinos cuentos,  
lucen sus tallas, hechas a portentos,  
por sapientes finuras de cinceles! . . .

San Francisco: derroche de esplendores,  
Tepetzotlán: dechado de finuras,  
el Carmen, la Merced: magnos primores  
a donde iban los santos ruseñores  
a rezar sus plegarias de ternuras.

Santo Domingo, vasto y armonioso,  
San Agustín, La Concepción, Regina:  
estofas de un poema portentoso

que habla de un cielo indemne y luminoso  
y de una clara estrella matutina.

Joyas de la Enseñanza y del Sagrario,  
de la Santísima y la Veracruz,  
talladas por un monje lapidario  
que cinceló, en cada una, un relicario,  
para guardar la perla de Jesús! . . .

Cúpulas de Santa Teresa y de Loreto,  
portadas de Jesús María,  
límpidas y armoniosas de belleza,  
como el fino diamante de un soneto,  
como el cristal azul de una turquesa  
o como una celeste melodía.

Y las magnas y ricas catedrales  
de Morelia, de México y de Puebla:  
custodias de perfiles colosales  
que envuelven los inciensos inmortales  
como con finas túnicas de niebla.

Y Jalisco, y Tlaxcala y Guanajuato,  
Querétaro, Oaxaca, Michoacán . . .  
solar inmenso a los asombros grato  
donde esculpió el beatífico arrebató  
los pétreos himnos que aun vibrando están! . . .

III

¡Oh las nobles residencias  
de la ilustre Nueva España,  
relicarios de remotos esplendores,  
grandes urnas donde duermen, como sedas que se chafan,  
como felpas desteñidas,  
como bucles perfumados, como rosas disecadas,  
los recuerdos exquisitamente bellos  
de las pompas cortesanas,  
las idílicas  
y dulces añoranzas  
(los amores de los pajes  
con las damas  
de la corte,  
en las tardes de amatista y en las noches enlunadas)  
y el perfume desvaído  
de los sueños, los ensueños y las muertas esperanzas,  
de las niñas incipientes,  
ojerosas de nostalgia,  
que, recluidas  
tras los hierros de postigos y ventanas,  
infinitamente tristes  
se pasaban,  
largos días, largas noches,  
horas largas,  
deshilando, deshilando en el silencio de la estancia  
los vellones del sollozo y del suspiro,  
y las sedas pensativas de las húmedas miradas! . . .

¡Oh los sacros edificios: las iglesias y conventos  
que en la angustia de la Patria  
y el dolor de los vencidos  
y el crepúsculo doliente de los pueblos y las razas,  
levantaron al espacio  
sus gloriosas moles santas,  
como voces de consuelo, como gritos de concordia,  
como arrullos y plegarias  
que rompieron en suspiros  
los clamores de la rabia,  
y apagaron la tristeza,  
y encendieron la mañana,  
y en volutas de oraciones  
libertaron la esperanza,  
y en raudales de sollozos  
resolvieron las tormentas impetuosas de las almas! . . .

-o-

¡Oh las piedras coloniales!  
¡Oh las piedras coloniales prodigiosas y preclaras  
que hoy, cubiertas con el polvo de la angustia,  
que hoy, envueltas en sudarios de suspiros y de lágrimas,  
por el torpe afán estulto, por la fiebre innovadora  
y la furia de los años mutiladas,  
infinitamente tristes,  
incurables de nostalgia  
se consumen y agonizan  
firmes, mudas, solitarias,

*La selva sonora (1933)*

esperando vanamente la caricia de los ojos que las vieron  
y los besos de las bocas que ya no hablan,  
y cubriendo sus heridas con los palios siderales  
mientras (pródigas criaturas compasivamente santas)  
más piadosas que los hombres  
que las hieren o los matan,  
con la ofrenda de sus rosas  
las sepulta la mañana,  
y los soles las alumbran con sus besos infinitos,  
y las noches las envuelven con sus felpas embrujadas,  
y las aves las arrullan,  
y la luna las encanta,  
y las ungen bajo el sueño de los cielos, las estrellas,  
con el luminoso bálsamo de sus cálices de plata! . . .

A Luis Castillo Ledón.

## Ave victrix

Sobre la horda de los cíclopes fosilizados  
en un profundo sueño de astrales Estambules,  
donde reposan las estrellas sus faisanes dorados  
y los mares amarran sus lebreles azules.

Sobre el bravío  
y pétreo escalofrío  
de América: Los Andes, ¡Oh aviador!,  
al fin cristalizaste el aquilino anhelo  
de ver pasar el continente bajo el arco de un vuelo  
y de reunir a veinte pueblos en el ágora del cielo  
del cóndor de la epopeya y del felibre ruseñor! . . .

Lo que no pudo nunca  
realizar  
el jaguar  
de la guerra desde su lívida espelunca,  
lo realizó tu “tohtli” con garganta de mirlo, Sidar,  
tu nave que es ímpetu y es ala y es música y es ave,  
y es rapsodia y es vuelo y es cólera y es canción,  
pues habitando en estos trópicos al mismo tiempo sabe  
del Clavileño del Quijote y los albatros de Colón!

Unir así  
veinte banderas en la misma  
gruta de espectros, de tu prisma

*La selva sonora (1933)*

aéreo, rítmico y transhumante  
que es, en la rosa náutica del turquí,  
el trémolo de visos de un diamante  
que se transfigura en colibrí!

Perfumar con la flor de tu hazaña  
el granito de América y el acero de España,  
y a modo de un ferrado conquistador  
que se volviese misionero  
de paz, como el lucero  
descalzo y el desnudo fulgor,  
ir mansamente  
y bellamente,  
peregrinando hacia un lontano y milagroso Visapur,  
hasta dejar en la más alta cúspide del azur,  
de las razas autóctonas arrodillado el coro  
ante el sidéreo Jesucristo de oro  
del crucifijo de la Cruz del Sur . . .

Ir  
acordando el latir  
disperso del vasto corazón continental,  
en cuyas fibras más íntimas, gorjea  
el madrigal  
de cristal  
musical  
de Dulcinea.

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

Ir integrando la melodiosa  
maravilla  
de la lengua que es ósculo en la rosa  
de Asbaje y es milagrosa  
vena de trinos en el hierro de los juglares de Castilla!

Y de tan gallarda manera,  
entretejiendo en un alado jardín de músicas la primavera  
lírica del verbo de Cervantes,  
pasar por las clarosonantes  
regiones,  
donde riman los pájaros de la luz sus canciones  
y la noche deshoja los lysés de su serenata  
en los albos aleros de las lunas de plata  
y en las jaulas de brillos de los astros distantes! . . .

Y lo mismo que el día  
que amortaja la sombra de sus mantones de seda y pedrería,  
compadecidos del planeta mudo,  
arrojar en los hombros del silencio desnudo  
la túnica de versos de la eterna armonía!

¡Portentosa aventura!  
¡Hazaña digna del laurel  
que corona las sienes de la santa locura  
capaz de hallar, en la más yerma y amarga espesura  
el manantial de vidrio y la oropéndola de miel!

*La selva sonora (1933)*

¡La flor de metal de la hélice ungida  
de cerúleos aromas  
y de estelares arreboles;  
en las alas abiertas la eternidad embebecida  
de asombros y en la cabina donde quiebran sus redomas  
de topacios los soles,  
un abanico de mirajes  
y una guirnalda de celajes  
como palomas tornasoles!

Y todo el infinito de hinojos  
ante el alma impaciente,  
que es en los labios el águila de un grito  
de triunfo y es hoguera de entusiasmo en los ojos  
y es friso de alboradas de ensueños en la frente.

¡Oh glorioso rescate del náufrago perfil  
de Jasón, argonauta de la inmensidad,  
que ávido de las vetas del crepúsculo, en el piélago hostil,  
ve cómo su corsario bajel de claridad  
encalla en las arenas de zafiros de las tardes de añil! . . .

¡He ahí por qué en la prora  
sonora  
de tu mágico avión,  
traes desgranadas en arco iris las brujas minas de la aurora  
y clavadas como trofeos las cabelleras del ciclón! . . .

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

¡He ahí por qué al apuntar  
en los dinteles de los cielos aborígenes tu velívolo singular,  
que escoltan los escuadrones  
dorados  
y alados  
de las constelaciones,  
por qué al verte llegar  
con tu paradisiaco botín  
de paisajes, ¡Oh lobo del mar  
de Dios!, ¡Oh sublime almirante del vagabundo bergantín!,  
empuña su potente caracol  
el espectro de las razas que nadie ha podido sepultar,  
América dispara como un cóndor la voz de su enorme clarín,  
y mientras abajo hay un multicoloro jardín  
de plumeros, sobre un cabrilleo  
de armaduras: ¡Trueno del Cid y músicas de Netzahualcóyotl,  
arriba, en las etéreas catedrales azules  
donde la luz es un misal de tules  
abierto en cada estrella como en un facistol,  
dejando las capillas de trinos de sus nidos astrales,  
se congregan las fúlgidas alondras siderales  
con el repique de oro que vibra en las heráldicas torres del sol! . . .

A Pablo Sidar.

## Canto de hierro y oro

Al Estado de México.

### I

Un clarín de epopeya tiende su grito,  
cual de ala de rapsodia vuelo sonoro,  
y es toda la llanura del infinito  
la voz de la magnífica garganta de oro.

El alma del arcano treme y rutila:  
¿Oís las pitagóricas constelaciones?  
¡La luz es un perfume de mil canciones!  
¡cada astro es una nota que se deshila!

En tropos de fulgores alucinantes  
metaforiza el mundo su pensamiento,  
y en pautas de invisibles surcos de viento,  
los cóndores dibujan himnos errantes. . .

El pasado despierta . . . Una potente  
mano, cava en las sombras transfiguradas  
¡Oh apoteosis! . . . ¿El día?, ¡Esa es tu frente! . . .  
Ya miro las estrellas . . . ¡son tus pisadas! . . .

II

En sudarios de siglos está envuelta la raza  
progenitora, un lúgubre silencio es su ataúd,  
apenas si en los fastos que la victoria traza,  
es su bravura un ímpetu de fuego, en la coraza  
del téhule, y es su orgullo flecha sobre el alud.

Los matlazincas, robles venerables y abuelos,  
torres humanas, cúspides vivas de Tolloacán:  
¡la ciudad que se postra bajo los hondos cielos,  
que a veces se arrodillan, también, en su volcán!

Hierro que es pluma para la sólida firmeza,  
hemorragia que es solo pequeñez de rubí  
para los formidables ancestros de una pieza  
que eran tristes y duros, ¡como lago y turquesa!,  
y eran cual un relámpago que acaba en colibrí! . . .

Cuautitlán, Tlatelolco . . . ¡Fuerza que lucha y trina!,  
Acolhuacán, Texcoco . . . ¡Oh Netzahualcóyotl! . . .  
¡El bosque de las sombras que en flor de luz se afina! . . .  
¡Hoguera de Cuauhtémoc! ¡Arco de Ilhuicamina! . . .  
¡Hombres de nervios líricos y médulas de sol! . . .

Estrofa de rotundos exámetros coléricos:  
nada importa que, al fin, Gonzalo de Sandoval  
deje los aborígenes imperios cadavéricos,

*La selva sonora (1933)*

¡no importa! . . . bajo el bronce de los indios homéricos  
el crestón de las águilas es como un pedestal! . . .

Es la Colonia mística: sedas, besos y flores,  
y bajo el drama eterno de la horfandad humana.  
Entonces, tierra pródiga, nos brindas a Sor Juana  
y a Alarcón: ¡los dos músicos o los dos ruseñores,  
o los dos labios líricos de la misma mañana! . . .

¡Qué no saben del triunfo las fuertes serranías  
del terruño, acostadas en lechos de praderas,  
cuando Hidalgo destroza con sus huestes bravías  
a las huestes hispanas impetuosas y fieras  
en un monte que es jaula de mirlos y panteras  
y cofre de crepúsculos y astrales joyerías!

¡Ah!, mas lo mismo tiemblan los fúnebres blandones  
en el dolor solemne de la tierra angustiada!  
¡Ecatepec! . . . ¡Aculco! . . . en un vuelo de halcones  
va el cadáver de un cóndor como antorcha apagada . . .  
¡Es Morelos! . . . ¿Quién reza? ¡Son las constelaciones! . . .  
¿No véis?, ¡Hasta la muerte se encuentra arrodillada!

¿Y ese tropel de búfalos dorados de riqueza? . . .  
¿Y esa caída enorme que vale una victoria?  
¡Es la rapiña “yanqui”, es la barbarie aviesa!,  
¡Es el girón de Patria que sube hasta la Historia:  
Olaguíbel que empuja las alas de la gloria  
con un soberbio y mágico soplo de Marsellesa! . . .

Y la Reforma impávida, ¡Calpulálpam lo sabe!,  
en el rincón nativo también dejó su huella:  
¡un sendero que canta . . . como de trino de ave!  
¡una ruta que brilla . . . como ruta de estrella!

Y el zenzontle bucólico de voz de hilo de fuente,  
y el varón de los áureos lingotes tutelares:  
¡Pagaza el de las églogas ungidas de azahares  
y Villada, a quien puso Dios un astro en la frente!

¡Oh! . . . pero como en medio del mar el soberano  
farallón, cuyo mástil de piedra iza a la aurora,  
el Instituto: ¡el alma que se azula de arcano!  
¡el silencio que escucha! . . . ¡la tiniebla que ora!  
¡la cumbre de Ramírez! ¡la miel de Altamirano!

Y los otros, los otros ignorados y grandes,  
átomos si se quiere, pero . . . sobre los Andes  
de la idea que incubaba ritmos de tempestad:  
los maestros humildes, los oscuros mentores,  
que saben que en un poco de esencia hay muchas flores  
y que cabe en un cráneo toda la eternidad! . . .

¡Oh terruño lejano, girón de tierra mía,  
para mi amor, dulcísimo cual una melodía,  
reclinatorio para mi ingenua evocación!  
¡Lámpara de mis éxtasis, vaso de mis quimeras!  
¡Abril en donde hubieron savia mis primaveras!  
¡terruño!, ¡tierra mía: ósculo y oración!

*La selva sonora (1933)*

¡Oh filigrana trémula de curvas deliciosas,  
al par que firme cumbre de líneas aquilinas!  
síntesis de tormentas y de albas peregrinas:  
¡ímpetu de neblíes, rima de mariposas!  
¡vergeles musicales con arpegios de rosas  
y bosques wagnerianos con orquestas de encinas!

¡Vastedad de los valles donde la brisa, queda,  
quedamente, en un rítmico vaivén de flor, resbala!  
¡Vastedad de la elástica laguna que remeda  
el muelle y largo sueño de un tigre de Bengala,  
y vastedad del cielo que es un fervor de seda  
por donde va rezando la beatitud del ala! . . .

¡Oh tierra!, ¡Oh tierra lírica, prócer y alucinante,  
hoy que tu nombre es nido de luz, como el diamante,  
hoy que está la belleza de hinojos en tu altar!,  
¡hoy que se rompe en himnos tu mudo desencanto,  
yo te envío, en la grupa de mi altivez, mi canto  
como el verso de un cisne sobre el dorso del mar! . . .

## Las montañas de América

### I

Firmes, serenas, majestuosas,  
magníficas, titánicas,  
sueltan en las planicies los collares  
de sus turquesas bárbaras  
y lucen bajo el azul (beso infinito  
de Dios o mirra de las almas)  
como ritmos enormes, como enormes rapsodias,  
como poemas cuyas metáforas  
se hubiesen fosilizado en el mutismo  
de las cumbres ungidas con los sahumerios de las alboradas! . . .

### II

Desde hace mucho tiempo,  
desde que la costra terráquea,  
en un espasmo ciclópeo  
se crispaba,  
enclavando las cuencas del abismo  
las húmedas pupilas de las aguas  
y tendiendo, sobre las desnudeces del geoide,  
como regios mantos, las soberbias campiñas de esmeralda.  
Desde que el planeta regularizó  
la curva de su marcha

*La selva sonora (1933)*

armonizando su giro con el vuelo  
de las estrellas, que llevan música en las alas,  
y cubrió para siempre su miseria  
con la tiara  
de zafiros del espacio,  
soberbiamente salpicada  
con el aljófara de las constelaciones  
y puesta por los soles orfebres sobre el cojín azul de la mañana! . . .

Desde entonces  
surgísteis vosotras, colosales montañas,  
empujando hasta el cielo la materia,  
empinando la sombra hasta  
la luz, arrastrando el mutismo de las cosas  
hasta la diáfana  
armonía del cielo, y acercando en un inaudito esfuerzo,  
para lograr que se besaran,  
las piedras y los astros,  
las gorjas y las zarpas,  
¡el anhelo sublime de las cúspides  
y la miseria estéril de las charcas! . . .

Desde entonces surgísteis,  
y, acariciadas  
por los flabelos de los vientos  
y por las manos de seda de las auroras románticas,  
os tendísteis sobre las alcatifas de los valles  
para mirar mejor al tiempo que pasaba . . .

Y soportásteis el peso de la Historia,  
y por vuestros hombros de obsidiana,  
pasaron las tribus nómadas y entecas,  
y sentísteis las pisadas  
de los primeros pueblos,  
y contemplásteis, con las estrellas mudas y con las aves estupefactas,  
el torbellino inmenso de las cosas  
y el inmenso desfile de las razas!

. . . ¡Anáhuac, Tahuantinsuyu, Palenke, Túmbez,  
Tenochtitlán, Cuzco, Arequipa, Araucania! . . .  
A vuestros flancos se tendieron las fatigas  
angustiosas y largas  
de los clanes gloriosos,  
y protegidas por vuestras moles impávidas,  
se abrieron las civilizaciones autóctonas,  
como flores superbas de fúlgidas fragancias,  
cuyas raíces bebieron en lagos de prodigio  
y en ríos de magia  
y en cuyos cálices libaron los luceros  
la vida, vuelta aromas, de la savia! . . .

. . . ¡Huemán: el de las manos grandes,  
el Inca de los Incas: Manco Cápac,  
Quetzalcóatl, la serpiente maravillosa!,  
y Netzahualcóyotl, y Ollanta:  
¡el roble que se entrega en un perfume  
y el neblí al que le nace la lira de un turpial dentro del alma!

*La selva sonora (1933)*

¡Los Aztecas, los Incas, los Charrúas,  
los Chibchas, los Araucanos, los Chontales, los Mayas! . . .  
Infatigables pueblos,  
razas  
portentosas y fuertes,  
invencibles y sabias,  
que levantaron palacios de leyenda  
que construyeron ciudades de fábula,  
que edificaron templos de maravilla,  
que cincelaron arquitecturas fantásticas,  
copiando vuestras siluetas formidables  
y encadenando el vuelo de los soles en una piedra que habla! . . .  
Razas enormes, razas fuertes  
y melancólicas y hurañas,  
a las que vísteis sucumbir  
en aquella trágica  
hora en que el bajel de la conquista abrió el Oriente  
como una puerta de oro, a las hoscas pupilas deslumbradas! . . .

¡Oh las luchas que vosotras contemplásteis,  
oh la epopeya de bronce ígneos y de rojas brasas  
que vieron vuestros ojos asombrados  
y a la que sirvieron de zócalo vuestras firmes lajas,  
cuando, despavoridos  
por el estruendo de las nuevas armas,  
dejaron sus espeluncas los jaguares  
y los pájaros músicos huyeron con el jardín sonoro de sus flautas! . . .

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Caupolicán, Cuauhtémoc,  
Moctezuma, Atahualpa,  
Doña Marina, Paraguassú . . . Cortés, Pizarro,  
y Valdivia, y Quesada . . .  
Los teocallis que ruedan  
en un lento sollozo de agonía o en un grito de rabia,  
y los lagos que se abren como estuches  
para guardar las fabulosas riquezas codiciadas,  
y los caciques muertos y los emperadores cautivos,  
y la rapsodia de las iras y la epopeya de las lágrimas,  
y apagando la sangre de la hoguera,  
la miel y la blancura del diamantino santo: De las Casas!

. . . Y Bolívar después, Sucre y Páez y Mitre,  
San Martín y Morelos, y el Cura de la lírica campana . . .  
¡Oh la pléyade rútila,  
oh la gloriosa racha  
de ese sublime vuelo de victoria,  
que pasó por vuestros dorsos como una larga  
caricia de lumbre, como un potente grito,  
como una formidable clarinada  
que iluminó el silencio, que sacudió a las piedras,  
que levantó a los pumas y despertó a las águilas,  
y soltó en los añiles de los cielos indemnes  
el vuelo de las aves sagradas:  
los quetzales de los guerreros,  
de los príncipes y de los monarcas,

*La selva sonora (1933)*

que ante el asombro de los gambusinos  
volaron con la Cólquida del estuche prendido entre sus alas! . . .

III

¡Oh solemnes testigos  
de tantas y de tantas  
gloriosas aventuras  
y choques formidables y bélicas hazañas!  
¡Oh inmensos torreones,  
prodigiosas terrazas  
por donde se pasean las nubes  
y a donde bajan  
en las noches las estrellas,  
para pulir sueños de plata,  
como errantes princesas fugitivas  
de un fabuloso cuento de Scherhazada!

¡Puracé, Momotombo, Chimborazo,  
Popocatépetl, Iztaccíhuatl, Aconcagua!  
diamantes únicos,  
solitarios enormes de vuestras sartas  
de zafiros salvajes, en cuyas facetas  
el sol se desparrama  
en miel y en cuyas fúlgidas aristas  
se quiebra la mañana,  
cual un cristal de róseas transparencias  
que en fragmentos de luz se despedaza! . . .

¡Moles gloriosas,  
firmemente tendidas en las planicies vastas,  
cuyas siluetas duras  
y fantásticas,  
fingen un gran tropel de paquidermos  
o una solemne caravana  
de cíclopes que llevasen los cofres de los astros  
o las urnas de ensueños de las hadas! . . .

¡Oh esqueletos informes de las muertas edades,  
tumbas de los siglos idos, momias de las civilizaciones arcaicas,  
que en los lienzos del sol, como en los sudarios de oro,  
con sus manos de lyses, las divinas auroras amortajan!

¡Oh cimborrios titánicos,  
infinitas y sólidas columnatas,  
perenemente alzando con vuestros capiteles  
la magna  
cúpula de zafir,  
perpetuamente con los regios crepúsculos ataviadas  
y eternamente erguidas y serenas  
en todas las pasiones y en todas las borrascas,  
sed los soberbios pregoneros  
de nuestras grandezas heráldicas,  
y esperad a que sobre vuestros hombros  
pase el vuelo rotundo de otra sublime clarinada  
que sacuda las piedras, que levante a los pumas,  
que despierte a las águilas

*La selva sonora (1933)*

y que haga florecer, en un acorde sinfónico,  
o en uno como hercúleo latido de dos razas,  
a la cultura de los emperadores sagitarios  
y a la que, por la ruta miliunanochesca de España,  
nos mandó, con la Cruz, a Jesucristo,  
y al señor Don Quijote con la aurora en la punta de su lanza! . . .

IV

¡Grandes, serenas, majestuosas,  
oh sublimes montañas,  
arrojáis al espacio vuestras cumbres  
y lanzáis a la luz vuestras audacias  
proclamando, a la faz del vasto cielo,  
con vuestra sólida elocuencia sin palabras,  
que la piedra no quiere estar a oscuras,  
que la materia quiere tener alas  
y que,  
más allá  
de la vida y de la muerte,  
sobre infiernos de cóleras y tormentas de lágrimas,  
el ideal de los hombres  
y de los pueblos se levanta,  
más grande que sus infortunios, más grande que sus decepciones,  
más grande que sus esperanzas,  
tan grande, tan enorme, tan inmenso,  
que impaciente desgarrar  
el capullo de la atmósfera,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

y sube, y sube, hasta desenvolverse en las llanuras diáfanas,  
como una bandera de constelaciones  
a todos los rumbos del espíritu y a todos los vientos del infinito desplegada!

A José Santos Chocano.

## Allegro heroico

Epinicio a la Independencia  
Mexicana.

### I

Toda el alma hecha músicas en la fronda del cuento,  
la carne (himno de células) transformada en canción,  
en un vuelo de cóndores tendido el pensamiento,  
en un clangor pindárico desatado el acento  
y en un surco de Ilíadas sembrado el corazón! . . .

Así, todo sonoro  
y palpitante,  
me llegó hasta la mina del instante,  
cuyas vetas deflagran su tesoro  
en un vasto relámpago de oro  
que echa a volar las lumbres del diamante!

Así, todo de ritmos lleno,  
(rápsoda cuyas manos pueden templar el trueno)  
así, me asomo al bélico paisaje  
que afina el brillo, obscuridad y cieno,  
y clavando la lira en los crestones  
donde alisa la aurora su plumaje  
y se desgranán las constelaciones,  
dejo que el huracán pulse el cordaje

mientras el sol, espléndido y salvaje,  
funde y retuerce en llamas sus filones!

Y de ese modo, racha, lira y cresta,  
son el triple concierto de una olímpica orquesta.

Y es así, como en una soberana  
palpitación de triunfo y de victoria,  
nuevamente se pone a sonar la campana  
cuyo verbo: sinfónico rebato de la Historia,  
humilla a los inmensos clarines de la gloria  
que enraizan en los labios de luz de la mañana! . . .

## II

Es la visión  
de las mil maravillas:  
el alma que se vuelve magnífica ascensión  
y ante la sombra postrada de rodillas,  
el prisma del asombro dispersado en astillas  
y el quetzal del arco iris prendido en el ciclón!

¡Cólera de los atlantes,  
rabia de los gambusinos,  
furia de los autóctonos caballeros andantes  
y odios de los lejanos y rudos navegantes  
que se llamaron luego Jasones y Aladinos! . . .

*La selva sonora (1933)*

Pascua Florida

de los parias: se acrecen  
y se renuevan las ansias de vivir,  
en el dolor más grande de la fe más dulce anida  
y los ojos irradian y las lenguas florecen  
y hasta los mismos muertos se incorporan y crecen  
en un ímpetu loco de cantar y subir . . .

Resurrecciones de sonidos

en el silencio ancestral,  
¡árboles que se vuelven campanarios de nidos  
y en la montaña abuela de los ancestros perseguidos,  
peñas transfiguradas en rocas de cristal!

Amanecer de los de abajo:

todavía  
la mano del buen cura  
hace temblar de homérica locura  
el nervio del badajo,  
cuyo golpe arrancó la epifanía  
del metal donde enfrió su melodía  
la llama redentora del trabajo.

¡Zafiros bárbaros de las cordilleras  
que vieron ( en sus aristas despedazado el arbol)  
cómo iban las batallas coronadas de hogueras,  
barriendo paraísos y hendiendo primaveras  
y sangrando en incendios las púrpuras del sol! . . .

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

Granaditas, Aculco, Calderón y Las Cruces . . .  
¡Y la roca de Patmos y el rojo Sinaí! . . .  
¡Crenchas de torbellinos con guirnaldas de obuses  
y ensayando un consorcio de fuerzas y de luces  
en el pecho del águila la flor del colibrí!

Hidalgo, Morelos, Guerrero. . . paladines  
del drama secular,  
¡cuando su nombre irrumpe los confines  
los siglos, impotentes, humillan sus clarines,  
las sombras, azoradas, azuzan sus mastines  
el viento lanza un bronco rugido de jaguar!

¡Lucha de los milagros: el que sufre es el fuerte,  
por eso brota de los desastres el laurel  
y en la máscara trágica donde apunta la muerte  
la carcajada irónica se ductiliza en miel!

¡Sacra virtud la de la estirpe homérica  
que, a través de los tiempos, dibuja su perfil,  
por fin sobre la angustia cadavérica,  
la victoria alza el símbolo de su palma quimérica  
acuchillando de oros las bóvedas de añil! . . .

III

¡Savia de la apoteosis, nervio de la epopeya,  
    génesis de claridad,  
puño de lumbre donde se amarra la centella,  
vértice donde anuda sus fulgores la estrella,  
cúspide donde enreda su crín la tempestad!

¡Demencia de la gloria y del martirio,  
locura de la muerte y del triunfo a la vez,  
arrebato suicida que en póstumo delirio,  
se arropa en el sudario de un crepúsculo tirio  
y de los soles épicos se derrumba a los pies!

¡Fiebre de darlo todo por la masa irredenta,  
    en una resplandeciente caridad,  
bólide en el que el orbe su oro encendido avienta,  
ola que el mar dispara a la roca sedienta,  
huracán con que empuja pueblos, la libertad! . . .

¡Independencia, vórtice coronado de asombros,  
apocalipsis justiciero como las cóleras de Dios,  
por ti la Patria surge de su nido de escombros,  
con las alas del día prendidas en los hombros  
y desgranado en músicas el trueno de la voz! . . .

A Alfonso Teja Zabre.

## Xochimilco

### I

Xochimilco (Xochitl: flor,  
milli: sementera) lugar de la sementera de flores  
donde se quedó despedazada en astillas de fulgores,  
tal un milagro que surgiese de los alambiques del dolor,  
la torre de pedrería de los sueños de los emperadores  
que desbarató el ariete de fuego del relámpago del Conquistador! . . .

Xochimilco . . . De los aleros  
de ópalo, donde alisan sus plumajes  
de celajes  
los luceros  
mañaneros,  
para bajar a las terrazas lacustres, en un vuelo de róseas azucenas,  
resuelven sus interrogaciones pensativas,  
las garzas morenas  
de las auroras nativas . . .

La hora cenital  
se asoma a las albercas de turquí  
y deja en cada cabrilleo gemal  
posado un colibrí.

En la feria pictórica del ocaso  
que enciende castillos pirotécnicos en las serranías,

*La selva sonora (1933)*

anhelante de exhibir sus regias mercaderías,  
el crepúsculo planta en Xochimilco la tienda de raso  
de sus bazares resplandecientes de soberanas tapicerías.

La luna  
licúa sus alabastros  
en palores de nácar, para bogar en la laguna  
rielada  
con la mirada  
de níquel, de los astros,  
y abre el abanico de sus translúcidas marquesinas  
sobre el maravilloso pensil,  
que guarda sus joyeles en las vitrinas  
flotantes de los invernaderos de añil.

El sol  
con su pincel  
de sedas de arrebol  
reclinado en el ágil capitel  
de la cumbre,  
donde sus abejas de lumbré  
edifican miradores de miel,  
se pone a teñir el cristal  
fluido y trémulo de los vitrales y los rosetones  
de Xochimilco, embrujándolos con las fulguraciones  
de su paleta sin igual  
como si en su magnífica locura  
los quisiera para integrar la sublime arquitectura  
de una oceánica basílica o una sidérea catedral! . . .

Hamaca de agua de tules  
del cansancio del nahoa,  
columpio de la canoa  
de las mañanas azules! . . .

Arcón de turquesas  
líquidas y musicales,  
donde guardaron las princesas  
indias los abalorios de sus tristezas  
recónditas y escondieron los sartales  
de sus sueños: hebras de suspiros  
que ensartan soliloquios de zafiros  
y perlas de madrigales! . . .

Espejo  
en cuyos biseles,  
se desintegra el iris de cada reflejo  
en un muaré de infinitos y cambiantes redondeles.

Pajarera  
de trémolos iridiscentes, donde la primavera  
instala los carillones de los canarios  
de sus risas  
de oro,  
que en los inconsútiles campanarios  
de las brisas,  
dejan enjaulada la aleluya de su repique multisonoro.

*La selva sonora (1933)*

Tragaluz  
de cristales  
de luz,  
de una peregrina  
mina  
de quetzales,  
acuario de visos de piedras preciosas,  
álbum transparente de mariposas  
de brillos y de libélulas de orfebrería y de oropéndolas zodiacales! . . .

Alada  
ciudad de espejismos con kaleidoscópicos palacios  
de esmeraldas, granates, amatistas y topacios  
derretidos . . . Granada  
lacustre y vaporosa de un Boabdil  
autóctono, Bagdad ilusoria, más bella  
que aquella  
de las Mil  
y Una Noches: una Samarkanda de turmalinas  
y crisopacios fundidos, una Córdoba de agua-marinas  
y carbunclos etéreos, una Venecia de vegetaciones de tecali y chalchihuitl,  
a cuyas claras piscinas  
de xihuitl  
viniese a bañarse la estrella  
doncella  
desde la “turrís abúrnea” de sus nostalgias de marfil! . . .

II

Tal vez el último monarca  
azteca, arrojó en Xochimilco su tesoro:  
por eso en el arca  
de cuarzo de la pecera rutilante y zarca,  
hay tantas joyas escondidas en los estuches de los peces de oro.

Ahuexotles de siluetas alargadas  
en los que tiende el destello pescador de sus redes irisadas  
y cuelga sus colchas de nieblas el caserío,  
y amapolas  
que en las mascadas  
sedeñas de sus corolas,  
guardan como un aljófár de besos las ensoñaciones del rocío! . . .

Remansos de mariposas y claveles,  
dalias, zempazúchiles y alcatraces:  
sonajeros  
de los cascabeles  
del gorrión y musiqueros  
de los arrullos de las palomas torcaces! . . .

Las “chinampas” . . .  
Dios que quiso que la vida fuese trabajo y arte, calor y claridad,  
puso en las manos de los indios esas paradisíacas estampas  
que son gozo y sustento, belleza y caridad!

*La selva sonora (1933)*

Los “ojos de agua” . . . ¿En qué recóndita lira  
ondula  
ese temblor,  
tan suave y tan leve y tan dulce que apenas se mira?  
¿Qué milagroso esmaltador  
azula  
el manantial, con tan fino y tan bello primor,  
que se dijera el alhajero  
de las miradas del lucero,  
o la rueca de los torzales  
matinales  
del fulgor?

Los Canales . . . Allá van  
con la “trajinera” a cuestras,  
con el hombre y el fruto y la flor en los hombros,  
allá van con el mismo indomable afán  
del aborigen, allá van con su fardo de asombros,  
por su lento camino sin cuestras,  
coronados con las guirnaldas melodiosas  
y radiosas  
de las orquestas  
siderales o amargados con el llanto salobre del epónimo volcán  
que ve, desde su augusto silencio, cómo van  
muellemente, tristemente,  
resignadamente,  
cual si llevarsen todavía,  
en el féretro de los esplendores del día,  
el crepúsculo embalsamado del cadáver de la Gran Tenochtitlán! . . .

III

¡Xochimilco! ¡Xochimilco! También la fuerza es delicada,  
por eso en el arco de Ilhuicamina  
se queda blandamente posada  
la paloma de Doña Marina,  
y en medio del petrificado galope de las cordilleras  
luce la idílica laguna embelesada,  
como el cromo de una princesa encantada  
que incuba un sueño de zenzontles ante un asedio de panteras! . . .

¡Xochimilco! ¡Xochimilco! En tu muelle  
lecho de geórgicas de agua  
palpita el corazón de Chalchicueye,  
la del glauco huipil,  
la de la azul enagua,  
en tus ribazos desmadeja Centeotl  
los ovillos de sus panojas de vellones de sol,  
en las cerúleas capillas de tu pensil,  
que el tlauhquechol  
envitraba de jaspes, que es un arrobo de gorjeos el tzocuitl  
y un éxtasis de irisaciones el quetzaltototl,  
y cuando se abren los pórticos de milagrería  
de tu primaveral epifanía,  
Xochimilco, códice vivo del México ancestral,  
archipiélago de pájaros, arrecife de flores,  
lo mismo que en el oro de la Leyenda de tus tiempos mejores,  
bajo el palio auroral  
que extiende el vuelo de los huitzilines de Quetzalcoatl

*La selva sonora (1933)*

y en una litera de cambiantes  
de caracola y tornasoles de diamantes,  
como en andas de luz un pavo real,  
bordando en el silencio de seda láminas líricas de ruiseñores  
y acuarelando la atmósfera de vidrio con sus miradas de fulgores,  
llega la perla que se disuelve en tus paisajes, la Anfitrite de tus lagunas,  
la emperatriz Xochiquetzal! . . .

¡Xochimilco! ¡Xochimilco! en el orquestal  
bosque de liras de América, lira de piedra preciosa,  
lira de ensueño, lira de mirlo, lira de rosa,  
aérea lira de céfiro, líquida lira de manantial! . . .

¡Xochimilco! ¡Xochimilco! miel de luz y de música en una jícara de cristal! . . .

A José Juan Tablada.

## Jesús y don Quijote

### I

De la rubia colina del divino ideal,  
en un triunfo de flores, baja el claro Jesús,  
envolviendo las cosas en un sueño de luz  
y escanciando en las almas su encantado panal.

Todavía radiante del fulgor de la cruz,  
trascendiendo al perfume del celeste rosal,  
se desliza en la senda, como un limpio raudal,  
que corriera por cauces de plumón de avestruz.

Bajo un cielo sin nubes, en el manso temblor  
de las brisas que soplan del remoto confín,  
pone el hondo suspiro de su amargo dolor,

y, con voz dulce y suave, ¡toda miel y jazmín!,  
acaricia el silencio, como aquel ruiñeñor  
que orquestaba sus llantos en el brujo jardín!

### II

“-Francisco, ¿dónde estás?, en la colina  
ya no tiembla el arrullo de tu acento,

*La selva sonora (1933)*

ni se perfuma de candor el viento  
con el copal de tu oración divina.”

“Es lágrima la estrella que declina,  
es el arroyo un tímido lamento,  
y es la brisa un alado sufrimiento  
y un errante dolor la golondrina!”

“Tristes están los seres y las cosas:  
los pájaros, los astros y las flores  
y las almas transidas y ojerosas,

Francisco, ven, contempla tus alcores,  
son un sepulcro de marchitas rosas  
y un inmenso ataúd de ruiseñores! . . .”

“¡Teresa! . . . ¿No respondes? . . . azucena  
que perfumaste mis ardientes llagas,  
¿en qué cerúleas transparencias vagas  
plena de gracia y de ternuras plena?”

“¿En qué oasis de luz, en qué serena  
y oculta fuente de bondad te embriagas,  
que para el triste corazón naufragas  
sin dar alivio a su profunda pena?”

“¡Teresa! . . . ¿Quién rompió la antifonía  
de tu blanca existencia de paloma  
en cuyas alas el fervor dormía?,

¿Quién destrozó el cristal de tu redoma  
en cuyo seno la oración latía  
como un suspiro que se vuelve aroma?”

“Agustín y Tomás, Juan y Abelardo:  
fulgores de mi clara inteligencia,  
todos hechos de luz, de transparencia,  
de miel, de nieve, y de candor de nardo!”

“Existencias de amor, almas de bardo,  
efluvios de virtud y de clemencia,  
gotas de pura y milagrosa esencia,  
sedas de beso en el punzante cardo!”

“¿Desde cuándo, clarines celestiales,  
no vertéis vuestras dulces vibraciones  
como un chorro de líquidos cristales?,

¿Desde cuándo ambuláis por las regiones  
azules y bebéis en los panales  
donde se abreven las constelaciones? . . .”

“Santos de la Tebaida, anacoretas,  
solitarios de ternura,  
¿en el fondo de qué santa espesura  
cultiváis vuestras místicas violetas?”

“De vuestras hondas y escondidas vetas  
no mana ya el amor hecho dulzura,

*La selva sonora (1933)*

ni éxtasis derrama su blancura  
en el silencio de las noches quietas!»

“¡Oh, vosotros, Sabás, Lucas, Macario,  
y Basilio y Antonio (santos píos)  
lumbres de devoción en mi incensario!,

¡Venid!, ¡llenos de sangre están los ríos,  
hay una saturnal en mi calvario  
y el oro aplasta los candores míos! . . .”

“Juan de la Cruz, Fray Luis, dulce Sor Juana:  
ecos de una celeste melodía,  
rumores de inefable letanía,  
fúlgidas huellas de una voz arcana.”

“¡Acudid! . . . ¿No escucháis cómo profana  
vuestro infinito amor hecho armonía,  
esa furiosa y bronca gritería  
con que se insulta la miseria humana?”

«¿No véis a vuestras líricas quimeras  
arrastrando su angustia en los caminos  
entre un salvaje coro de panteras?,

Y no miráis, ¡Oh pájaros divinos!,  
cómo en las rudas fauces de las fieras  
se estremece la miel de vuestros trinos? . . .”

-0-

Mas clama en vano el dulce Nazareno  
al recorrer la senda solitaria,  
su voz, de caridad y de plegaria,  
se pierde en el azul limpio y sereno.

No responde ni un eco a su llamado,  
en el silencio, su palabra rueda,  
pero, ¡de pronto!, dolorosa y queda,  
como una dócil suavidad de seda,  
gime la angustia de un dolor sagrado.

Jesús entonces, de bondad radiante,  
se vuelve al triste que el dolor quebranta  
así interroga con su voz que canta  
y que fluye cual bálsamo sedante  
del cáliz musical de su garganta.

### III

“¿Quién eres tú, doliente caballero  
que así lloras tu angustia de rodillas,  
bajo qué golpe tu esperanza humillas,  
por quién has roto tu indomable acero?”

“¿Quién eres tú, cuyo triunfal plumero  
tal vez, en un afán de maravillas,

*La selva sonora (1933)*

hizo rodar las sombras en astillas,  
envuelto en la mañana de un lucero?”

“¿Quién eres tú, languidecente anciano,  
dime quién eres, déjame que agote  
contigo tu dolor, yo soy tu hermano,

Yo soy Jesús a quien vendió Iscariote . . .  
¿Tú eres Jesús? . . . ¡Oh, tiéndeme tu mano!  
¡lloro por ti, Señor, soy Don Quijote . . .”  
¡lloro por Ti, Señor, porque perdidas  
y sin un grano están tus sementeras,  
porque nadie se duele de que mueras  
hecho una santa floración de heridas!”

“Lloro por Tí, Señor, y porque hundidas  
en el fracaso han sido mis quimeras,  
que temblaban al sol como banderas,  
como alas de oro hacia la luz tendidas! . . .”

“Lloro por Tí y por mí, por los girones  
de tus despedazadas candideces  
y por mis angustiadas ilusiones.

Lloro porque yo sufro y Tú padeces,  
¡porque otra vez te azotan los sayones  
y a mí otra vez me insultan los yangüeses!”

IV

“Oh, no llores, Don Quijote, yo también me encuentro triste,  
vine a ver lo que quedaba de mi amor, y nada existe,  
vanamente he fatigado con mi planta los caminos,  
en el huerto ya no hay flores, en las gorjas ya no hay trinos,  
los arroyos se han secado de llorar tanta tristeza,  
y hasta es menos encendida de los cielos la turquesa,  
doblo el viento de preguntas y ninguno me responde:  
¿Dónde estáis, almas de arrullo, dónde estáis, almas, en dónde,  
Agustín, Sabás, Francisco y Teresa, Antonio, Juana,  
en qué tumba habéis dejado vuestra luz, en qué lejana  
vaguedad estáis flotando, no miráis esta agonía  
de las pobres existencias que se mueren sin la mía?”  
“Así he dicho en todas partes, así he dicho por doquiera,  
pero no me ha contestado ni una sola voz siquiera,  
y no obstante la amargura de tan hondo desencanto,  
al oír, en mi doliente soledad, tu triste llanto  
poner quise tus sollozos en la voz de mi lamento,  
y olvidé, por consolarte, mi profundo sufrimiento! . . .”

“Ya lo ves, Manchego ilustre, ya lo ves, noble vencido  
más que tú, con más frecuencia yo he llorado y he sufrido,  
y a pesar de tantos golpes y a pesar de tanto duelo,  
para tu alma todavía tuve un poco de consuelo! . . .”

“¡Oh sublime quimerista, oh inmortal, santo demente,  
ya no llores, visionario Don Quijote, vente . . . vente . . .  
deja al mundo que así insulta la bondad de mi locura

*La selva sonora (1933)*

y que así ha despedazado mis ofrendas de ternura,  
ven . . . ¿No escuchas como el trino de un arcángel que gorjea?  
¿no lo escuchas? . . . ¡Te está hablando!, ¡es la voz de Dulcinea!”

“¡Ven, Señor de los vencidos, aquí está lo que buscabas:  
aquí están las maravillas del edén con que soñabas!  
¡Los demás estaban ciegos, sólo tú todo lo viste,  
los demás estaban sordos, el que oyó tú sólo fuiste,  
tu dolor jamás fue falso, ¡el dolor nunca es mentira!,  
tú viviste muchas veces en el mundo y en la lira  
y tu vida no fue estéril ni fue inútil tu idealismo,  
¡sólo el odio es infecundo, sólo es pobre el egoísmo!  
¿Que rodaron en sollozos tus alcázares de ensueño?  
¡Es verdad! . . . pero . . . ¿qué importan los fracasos de tu empeño?,  
tu derrota no es vergüenza, ¡no es vergüenza la derrota  
cuando el alma es la que sufre y es la bestia la que azota! . . .”

Quien todo ama tiene todo, porque amar es darse entero,  
arrastrarse y ser gusano y brillar y ser lucero,  
y dejar, como un despojo de tiniebla, el barro inerte,  
para alzarse victorioso por encima de la muerte,  
ven, por eso, tú que amaste con unción la cenobita,  
ayer triste y derrotado, triunfalmente resucita!  
¡Caridad que abandonaron las humanas caridades!,  
ven a ver cómo tus sueños son divinas realidades,  
ven, espera que mi mano para siempre te bendiga  
y ante el mundo santifique la bondad de tu fatiga,  
ven, arriba está tu regio galardón, príncipe andante,  
ven, cincela idilios de oro, pule hazañas de diamante

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

y en el sueño de las noches misteriosamente quietas,  
dí a los hombres, con la lira de tus hijos, los poetas,  
que vivir es consumirse, que soñar . . . ¡eso es la vida!,  
que hay más luz que en las auroras en los labios de una herida,  
que en el verso se hace lumbre de carbunclos, la miseria,  
que la savia sólo triunfa cuando llega hasta la flor  
y que sólo hasta los cielos se remonta la materia  
con las llamas del martirio y en las alas del amor! . . .”

V

De tal suerte habló Jesús,  
Don Quijote lo escuchó  
y arrobado lo siguió  
al palacio de la luz.

En tropel, aves y flores,  
joyas, música y estrellas,  
se marcharon tras las huellas  
luminosamente bellas,  
armoniosamente bellas de los santos ruseñores! . . .

Y quedó la tierra a obscuras,  
sin gallardas hermosuras,  
sin un pétalo, ni un trino,  
ni un destello peregrino.

*La selva sonora (1933)*

El minuto fue inmortal  
¡la ternura se hizo miel  
y el candor se hizo cristal!

Y en tanto el azul vergel  
sus flores de luz abría,  
la bestia, abajo, rugía,  
sin freno, insaciable y cruel,  
y en el caos desolador  
que ni las fieras poblaban,  
los instintos se arrastraban,  
y los hombres sollozaban  
y los hombres sollozaban,  
Y LOS HOMBRES SOLLOZABAN DE VERGÜENZA Y DE DOLOR!

A Juan Manuel Patiño.

## Sinfonía patética

### 1er. Tiempo

Son las pirámides de Egipto  
(condensaciones gigantescas de angustia, olvido y soledad)  
trágicas apoteosis de la muerte,  
epopeyas ciclópeas de una patética ansiedad,  
porque  
las hace edificar  
el pavor de borrarse en lo infinito,  
el terror de perderse en los desiertos del espantoso más allá,  
y la inquietud de alejarse del mundo  
sin tan solo dejar  
una huella que marque nuestro paso  
efímero, fugaz,  
tan pobre, tan oscuro, tan mezquino,  
que ningún rastro imprime en la granítica y enorme sombra de la eternidad!

En cambio, las pirámides de México,  
arquitectónicos prodigios de la sabiduría ancestral,  
no son únicamente inmensas tumbas,  
sepulcros colosales nada más,  
son plintos de santuarios, zócalos de adoratorios,  
pedestales de templos, es decir, materializaciones de ideal,  
símbolos de la conciencia que se imanta  
en el misterio inaccesible y que se polariza en la más inescrutable verdad,  
fábricas que concretan el tiempo en el espacio, fáusticas construcciones

*La selva sonora (1933)*

de un sentido profundo, de una intención trascendental,  
sólidas, firmes, vigorosas,  
como la convicción hercúlea, como la creencia irreductible que las hacía levantar,  
no para extender el espectro de la vida  
un poco más allá  
de la muerte,  
no para perpetuar  
el tránsito del cieno deleznable,  
sino para hundir la entraña sideral,  
la ságita del vuelo del espíritu,  
más veloz, más certero, más audaz,  
que el dardo luminoso de la estrella,  
que hace sangrar  
en luz la noche, o el proyectil del bólido que astilla,  
en una polvareda de diamantes, la transparente y ágil cúpula del firmamento  
de cristal! . . .

Pero ambas: las de México y Egipto,  
pero ambas, por igual,  
son expresiones de culturas formidables,  
son índices soberbios de la más honda, de la más pura, de la más grande religiosidad  
pues las dos sobre el mundo ruin se yerguen,  
pues afirman las dos o tratan de afirmar  
el superior destino  
(transformación, repetición arcana o metafísica perennidad)  
del ser humano que no puede extinguirse,  
desvanecerse o disgregarse cual si fuese nomás  
materia y podredumbre, hambre biológica,  
instinto ciego, irresponsable, sórdido y brutal,

sino que perpetuamente  
tiene que ir transformándose, perpetuamente se tiene que remontar,  
siguiendo la progresiva trayectoria,  
de la invisible y cósmica espiral,  
que se inicia en el polvo y sube al astro y fulgura como un nimbo de auroras,  
sobre la frente de la inmensidad! . . .

## 2° Tiempo

Con el martillo de oro del lucero,  
alguien golpea en el silencio de zafir  
y presto sigue un áureo coro de cinceles,  
que con igual ritmo sinfónico y febril,  
quién sabe qué prodigio están labrando  
o qué portento esculpen . . . ¡Hay que oír  
la orquesta de los brujos alarifes:  
gasa de violas, seda de violines, cristal de flautas, bronce de un clarín!

Es un himno, es un salmo, una aleluya, es un inmenso torbellino  
de plegarias que se quedó petrificado, al ir  
trasponiendo el umbral de las tinieblas,  
es una portentosa letanía, es una epifanía, es algo así  
como un tumulto de alas y de gorjas, que se hubiese quedado suspendido  
en el instante milagroso de subir.

Es la voz de la fe: es el augusto grito del hombre  
que se infiltra en las arterias de la materia vil,  
para que vibre y cante, es el alma que llega hasta la piedra  
para que alumbre y ore, es el latir

*La selva sonora (1933)*

del corazón ferviente que se trasfunde en el sillar  
inmóvil y mudo, y  
logra que el sillar palpite y sienta y hable,  
y trasmutado en oración y vuelo, en trino y ala, redimido al fin,  
en un éxtasis lírico se quede,  
ingenuo, puro, cándido, infantil,  
a la manera del demonio del instinto  
transfigurado en el albor de un serafín! . . .

¿La catedral?

¡Sí!,

en el gran órgano de piedra,  
el instrumento soberano, cuyo huracán de notas, al surgir  
de las flautas de las columnas dirigidas al cielo,  
de los ciclópeos tubos de las torres disparadas al transparente añil,  
sacude los boscajes de las sombras,  
dispersa sobre el mundo el luminoso vuelo de los astros, nos arroja el botín  
de brillos de las constelaciones,  
nos da todos los pájaros de arco iris del cerúleo pensil,  
y majestuoso, colosal, potente, desde las más erguidas cúspides del orbe,  
cual un trueno sinfónico, rueda hasta el antro más oscuro del confín! . . .

¡Oh catedral!, con razón en tu fábrica magnífica,  
yo siempre ví,  
la isla del espíritu que emerge  
de los pantanos de la urbe ruin,  
como la plata del esquife de la estrella  
que al espejarse flota, sobre la charca nauseabunda del reptil.

¡Con razón todo en ti se transfigura!  
¡Con razón el medioevo crece tanto cuando llega hasta a tí!  
¡Con razón en el mar tumultuoso de este siglo  
sin  
impulsos sublimes y sin ansias gloriosas y sin nobles anhelos,  
te miramos surgir  
a modo de la nave enorme y bella de la sublime edad que se alumbrara  
con el destello mendicante de Francisco y el heroico relámpago del Cid!

Y con razón, en esta fiebre de ambiciones,  
en este demoniaco frenesí,  
te vemos, poderosa y delicada (cumbre y diamante,  
roble y flor de lys)  
ya ensartando con las agujas de tus flechas  
el temblor del lucero-colibrí,  
o ya con la rotunda tormenta de tus bronces,  
con la sonora tempestad de tus campanas, haciendo, en hordas tétricas, huir,  
el clamor de los odios que preside  
el sibilante aullido de la muerte, dantesco, apocalíptico, sin fin! . . .

### 3er. Tiempo

Pero el edificio que el sajón levanta  
en afán satánico de superación,  
el brutal coloso que aborta la bestia  
sin alma, sin sueños, sin fe, sin amor,  
ese, ¿qué evangelio inmortal lleva a lo alto?  
¿qué mensaje sublime remonta en su torpe y absurda ascensión,

*La selva sonora (1933)*

si es de hierro y cemento tan solo,  
si no lo ilumina ningún resplandor  
humano o divino, si es ciego a la eterna belleza,  
si es sordo a las rimas astrales, si es mudo, si no tiene voz  
capaz de tajar el silencio con áureos caminos de arenga o rapsodia,  
con suaves senderos de arrullo o plegaria, con rutas ingravidas de luz  
de oración? . . .

¿Triunfo soberano de un glorioso empeño?  
¿Símbolo de un ente libre y grande? ¡No!  
Signo de los tiempos en que la materia  
sobre la materia sube: superposición  
de átomos mezquinos, amontonamiento de polvo, de sombras,  
de llanto y miserias, de fiebres y cóleras, de angustia y dolor.  
¡Triste hacinamiento de instintos y células,  
para cuya zafia y estulta visión,  
lo mismo es la gleba de abajo  
que el fulgor  
de arriba, las fauces que rugen que el labio que canta,  
la sierpe que el cisne, la hiena que el cóndor, la chispa que el sol! . . .

Entonces ¿por qué el “rascacielos” se eleva tan alto,  
quien lo construyó,  
no quiso estar lejos del diario tumulto de la vida,  
lejos del humano y confuso rumor  
y encontrarse a solas con su pensamiento,  
y hallar en la altura la paz inefable, en cuyo plumón,  
hasta el más velado susurro se duerme  
para que los ángeles oigan mejor,

las pisadas suaves, aladas, sedosas,  
con que van bendiciendo el espacio las azules sandalias de Dios? . . .

¡No!, la paz de la altura,  
el nevado candor  
del silencio, el hialino tránsito de la sombra divina,  
nada de eso le importa al que fabricó  
tales edificios: ¡El es hombre práctico!  
¿Quién dice ideales? ¿Quién dice virtudes? ¿Quién dice belleza, ensueño, ilusión?  
¡Palabras! . . . ¡Palabras! . . . ¡Palabras! . . .  
¡Mentiras inútiles que un soplo barrió!  
¿El cielo? . . . ¡El cielo es la pista de los zeppelines,  
es la carretera que cruza el avión!  
¡Los astros! . . . ¿Existen los astros? . . . ¡Los poetas sólo saben de estas cosas,  
pero, venturosamente, no hay poetas hoy! . . .

¡Oh moles titánicas que alza la soberbia  
de esta todopoderosa civilización!  
¿Verdad que sois únicamente miseria? ¿Qué no hay en vosotras  
ni un impulso bueno, ni un ritmo celeste, ni un santo fulgor?

¿Qué dices? ¿Quién habla?  
¿De qué loco es esa romántica voz?  
¿Qué somos tan solo de cemento y hierro, que no hay en nosotros  
ni un soplo de espíritu, nada generoso, bello, superior? . . .  
¡Puede ser! . . . Pero, escucha: muy pronto,  
has de oír el inmenso clamor,  
con que todos los pueblos y las razas del orbe  
cantan la victoria del rubio sajón

*La selva sonora (1933)*

y entonces verás, ¡pobre tráfuga de un pasado ya fósil!,  
entonces verás, cómo Dios,  
cómo hasta Dios mismo desciende a la tierra  
para prosternarse frente a Nueva York! . . .

Y cual eco estentóreo de aquella blasfemia,  
sobre el aterrado silencio tronó  
una carcajada . . . ¡Luzbel se reía  
y su risa enorme cruzó por el cosmos, a modo del bárbaro tropel de un ciclón  
que arrasa vergeles de estrellas, que talara insólitos bosques de mundos  
y que dispersara a los cuatro vientos,  
cual si fuese el símbolo del ideal vencido por la vil y demente ambición,  
los humeantes girones del cielo hecho harapos  
y los negros y ardientes despojos del carbonizado cadáver del sol! . . .

A Juan Manuel Carrillo B.

## Mater España

Clarín que los siglos empuñan: España,  
cumbre de leyenda, fúlgida montaña  
donde nace el día como una canción,  
estrofa de Píndaro vibrante y colérica,  
racha victoriosa de la lira homérica  
que empujó las próceres naves de Colón!

Ala que dibuja vuelos de osadía,  
corindón que gesta brillos de armonía,  
flámula de un mágico viento musical,  
bronce de rapsodia, miel de letanía,  
himno que en las cunas es Ave María,  
roble en cuyas médulas palpita un rosa! . . .

¡Oh santuario augusto, catedral sonora  
donde se arrodillan el tiempo y la aurora,  
en cuyas columnas el fervor se enreda  
y hasta los granitos se vuelven de seda!

¡Oh templo de nuestras púberes naciones:  
cúpula bruñida por las tradiciones,  
de misales de astros regio facistol,  
torre de las rubias y azules mañanas  
donde las estrellas son como campanas  
y es como un repique la lumbre del sol!

*La selva sonora (1933)*

¡Oh España! ¡Oh España terrible y gloriosa:  
blandón y relámpago y piedra preciosa,  
noche que iluminan tempestades de oro,  
tiniebla de abismo, luz de meteoro,  
caricia de pluma, golpe de aletazo,  
canción de lucero, grito de chispazo,  
devoción de brisas, rabia de huracanes,  
nieve de azucenas, fuego de volcanes,  
fuetazos de aullidos y de imprecaciones  
y ungüentos de arrullos y de bendiciones!

¡Oh nómada insigne! ¡Oh España materna  
que en las inquietudes de tu fiebre eterna,  
nos mandaste el alma por cima del mar,  
y anhelante y loca de ardiente locura,  
rumbo a la sublime y épica aventura  
en tres carabelas te echaste a volar! . . .

¡Oh indómita España: la de la Conquista,  
que por increíbles rutas de amatista  
guiaste el impetuoso, bárbaro tropel,  
cuya heroica audacia, potente y quimérica,  
pasó por el sueño profundo de América  
con zarpas de cóleras y belfos de miel! . . .

¡Oh España perínclita y avasalladora:  
sobre el dorso andino luengo pabellón  
cuyos vastos pliegues, que el viento desflora,

riegan, cual ofrenda, santa y bienhechora,  
todos los latidos de tu corazón!

¡Oh España fecunda! La lira se queda  
postrada ante el orbe de tu inmensidad:  
la invasión terrible que impetuosa rueda,  
¡los héroes de bronce, los frailes de seda,  
y en el cataclismo que infierno remeda,  
tú, como una cima de la eternidad! . . .

¡Pizarro, Valdivia, Cortés y Quesada:  
cuatro fulgurantes signos de tu espada,  
cuatro vibraciones que dan tus clarines,  
cuatro alas tendidas desde los confines!

¡Cuadriga potente de huracanes de oro,  
que en el torbellino de un vuelo sonoro,  
van por las azules y vagas regiones  
barriendo pedreras de constelaciones!  
¡Valdivia, Quesada, Cortés y Pizarro:  
los cuatro estampidos que abren su bigarro,  
las cuatro grandiosas y enormes raíces  
que horadando el seno de nuestros países,  
nos beben la sangre por la abierta herida,  
nos beben la sangre, nos roban la vida,  
y a través del tronco robusto y egregio  
que empina sus frondas cual un florilegio,  
a través de ocultos y sabios canales,  
la elevan, la elevan con ritmos triunfales,

*La selva sonora (1933)*

la elevan, la elevan con hondos latidos  
de fiebres fecundas y santos ardores,  
y al fin, ya en la copa cuajada de nidos  
y entre las orquestas de los ruiseñores,  
la arrojan al cielo plena de sonidos  
en una fragante rapsodia de flores! . . .

¡La enorme Conquista: tu gesta rotunda,  
oh España mil veces pródiga y fecunda,  
tu poema inmenso, tu mejor poema,  
el mejor diamante que hay en tu diadema,  
el surco de antorcha que finge tu rastro,  
todos tus martirios en la cruz de un astro!

Amasar un mundo con tu vida misma,  
ser, en los países del sol, claro prisma  
a través de cuyas aguas sin rumores,  
abren su abanico los siete colores,  
recoger las brunas glebas silenciosas  
para transformarlas en trinos y en rosas,  
desflectar las iras en los hilos de llanto,  
recibir un grito y entregar un canto,  
y abriendo de un golpe la veta encendida  
en la que la gloria sin luz, se suicida,  
arrojarla flavo jugo de epopeyas  
para que el lingote se rompa en estrellas! . . .

¡Oh músculo y nervio de nuestras naciones,  
arteria nutricia de zarpas y lysés

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

que nos inyectaste furias y canciones,  
médula de lirios, sangre de leones,  
fuego de Vivares y miel de Fray Luises!

¡Oh matrona augusta, flor Indo-latina,  
Cortés es tan tuyo como Ilhuicamina,  
tú estás en Anáhuac, Cuzco y el Perú!  
tú enciendes la clara leyenda divina:  
¡la noche de luna de Doña Marina!  
¡la inefable aurora de Paraguassú!

Tú ya no eres tuya, te entregaste entera  
como los jardines en la primavera,  
tú estás en nosotros, desde aquel entonces  
oro de tus sueños hay en nuestros bronce,  
¡Por tus heroísmos van nuestros poetas,  
por nuestras angustias, tus anacoretas!  
¡Van por nuestras cumbres tus conquistadores  
y por tus campiñas nuestros soñadores! . . .  
Si la madre engendra, su alma ya no es suya:  
vives en nosotros, ¡tú ya no eres tuya!

Te dimos ajorcas, lingotes, quetzales,  
pero tú nos diste dulces madrigales,  
brindámoste plumas y piedras preciosas  
y tú nos trajiste cosas armoniosas  
cosas prodigiosas  
y maravillosas.

*La selva sonora (1933)*

Te llevaste el oro de nuestros monarcas,  
con nuestras riquezas llenaste tus arcas,  
la profunda entraña de tus galeones  
consumió la carne de nuestros filones,  
para tus Simbades fue América Ormuz,  
pero nos dejaste bienhechora y pía,  
nos dejaste el cáliz de toda ambrosía:  
el leño florido de arrullos, ¡la Cruz!,  
y como un presente de milagrería:  
¡tu flaba!, ¡tu flaba!, ¡hoy también la mía!,  
que rodó hasta el mundo, como rueda el día,  
de los melodiosos labios de la luz! . . .

¡Oh hechicera, salve! ¡Salve bruja y maga!  
(veinte resplandores y un solo diamante)  
dueña del prodigio que nunca se apaga,  
el del luminoso Caballero Andante.

¡Salve, augusta madre!, ¡Salve, madre nuestra!,  
de todo entusiasmo divina maestra,  
maestra de toda sublime ansiedad.  
¡Salve, multiforme como viento y ola!  
¡tela que te rasgan y eres banderola!  
¡prisma que te quiebran y eres claridad!

¡Salve, maravilla de las maravillas!  
¿Ves?, el aborigen piélagos, hace astillas  
en tu flanco, el vidrio de su corazón,  
y toda la América, ferviente y pindárica,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

arde en tus azules como la falárica  
de un beso errabundo de lumbre y canción!

Es que la tiniebla sus muros derrumba,  
es que Don Quijote surge de la tumba  
y en la gleba autóctona se pone a soñar,  
es que aquí florece tu remota hazaña,  
es que aquí renaces y triunfas, ¡Oh España,  
música en los fuertes nervios del jaguar!

Es que entre nosotros resurges, ¿no miras?  
sonoros de tu alma los Andes son liras,  
nutre moldes vírgenes tu flavo crisol,  
y del mismo púgil crestón de tu historia,  
sueltan nuestros cóndores sus velos de gloria  
como vagabundas ráfagas de sol! . . .

Para Alejandro Quijano.

Virgilio

En el segundo milenario de su natalicio.

I

Cómo es dulce y es leve y deliciosa,  
y es dócil y es ingenua y cristalina  
esa voz peregrina,  
tan fina,  
tan alada  
y vaporosa,  
que se dijera mariposa  
de ensueño en la vagarosa  
página de gorjeos de las brisas de tules,  
o una melodiosa  
rosa  
de música, en las manos felibres de los vientos azules! . . .

Voz de la colina leve  
que asperja de trinos la flauta del ave,  
voz de la campiña suave  
que incensan de aromas los lirios de nieve.

Voz del regato  
transparente,  
que espeja, diminutivamente,  
el recato

de la hierba sencilla,  
en cuyas parvedades infantiles,  
adorables de pueriles  
azoros, la mirada del astro flota y brilla  
y juega en la campestre maravilla  
de las desnudas ninfas pastoriles.

Aterciopelada  
voz del prado  
donde se duerme el sol, fatigado  
de su propia grandeza y se queda la luna desmayada,  
en un éxtasis de ensoñación,  
mientras en la basílica de la noche plateada,  
ora sus madrigales el alma arrodillada,  
unánime de melodía y evanescente de ilusión! . . .

Voz de la pradera  
casta de maldad y prolífica de vigor y de bien,  
en la que sonrío flores la primavera  
para que las auroras de cabellos de ámbar bajen a reposar la sien.

Voz de la llanura,  
acariciadora de ternura  
bucólica, tranquila  
y solemne como el buey que discurre por ella,  
llevando en el vitral de la pupila,  
la última lumbre del crepúsculo y el primer rayo de la estrella,  
y cándida también, como el cordero  
y la oveja pascual,

*La selva sonora (1933)*

y dulce como el pájaro romancero,  
y buena como el fulgor mañanero,  
y santa como el caritativo manantial.

Voz de la espiga,  
amiga  
del pobre, y de la poma  
munífica de miel y espléndida de aroma.

Voz del árbol y el fruto y la flor,  
voz del viento pastor  
y del agua doncella  
y de la luz zagala,  
voz que resbala,  
como un ala  
de perfume que no deja huella,  
voz que cuando se desliza,  
apenas si riza  
el silencio y que canta con tan tenue y tan bello temblor,  
que es  
a la vez  
palor de nácar y languidez  
de ruiseñor! . . .

Voz labriega,  
voz campesina,  
voz pastoril,  
de la Arcadia griega,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

de la floresta latina,  
del buen campo longevo, patriarcal e infantil.

Voz quintaesencial y amable,  
pues aun cuando el formidable  
clarín  
de la Eneida, sacuda el inefable  
concierto de siryngas y zampoñas, al fin,  
siempre queda temblando el inefable  
susurro de la geórgica de lino y de la égloga de jazmín.

Voz ancha y profunda, pero meliflua y perfumada,  
he ahí tu voz,  
¡Oh bardo sublime!, he ahí tu voz embelesada  
que a través del polvo que brevemente anima Dios  
y cruzando los luengos milenarios,  
todavía  
sopla en nuestros oídos el polvo de oro de su melodía,  
y en esta férrea hora de intereses precarios,  
de ambición ruda y sorda y avidez ciega y fría,  
nos ofrece en sus ánforas, como en ricos gemarios,  
la vida en paz, sonriendo con los goces agrarios,  
y sumido en arrobos de aldeana poesía,  
el campo, azul de cielo, bebiendo en los nectarios  
la miel de sol que ofrendan las cráteras del día! . . .

II

¡Oh príncipe de los vates latinos!  
¡Oh cisne de Mantua! ¡Oh Publio Virgilio Marón!  
en tus dedos las horas  
labradoras  
trabajan sus linos,  
en el lys de tus manos se enreda el vellón  
de la estrella rural,  
y al discurrir por los eglógicos caminos,  
tus pies  
(en las mañanas, de oro, en las noches, de nácar, y en las tardes, de coral)  
van ahuecando un cauce de muelle placidez  
por el que corre un fácil arroyo musical! . . .

Por ti, nuevamente  
hallamos en la Babilonia maldita,  
el líquido corazón de la fuente  
donde, diáfánamente,  
una ilusión de músicas palpita.

Por ti, ya ahitados de la ciudad  
abrumadora,  
nos restituimos a la santa heredad  
de nuestros padres, donde la aurora  
es una bienaventuranza y el río es una misericordia y el viento es una caridad! . . .

Tú nos diste la verdadera clave  
de la vida sana, fuerte y feliz,

del vivir laborioso que únicamente sabe  
de la bondad que pasa, caritativa y suave,  
a modo de una nave  
de plumas en desliz.

A través  
de tus versos, vimos  
el edén milagroso de los huertos opimos  
(arrullos en el césped, sonrisas en las rosas, besos en los racimos)  
y a las bestias hermanas que igualar no pudimos  
en su nívea dulzura de gracia candidez.

¡El campo! ¡El padre campo! ¡El campo abuelo!  
y el hombre todo fuerza, verdad, salud y amor;  
¡sobre las vegas rústicas, de rodillas, el cielo,  
y en el alma, como en el ritmo del columpio de un vuelo,  
un soliloquio de oropéndolas y un madrigal de ruisenior! . . .

¡Con razón, Dante mismo,  
para poder abrir las puertas del abismo  
de su infierno escarlata,  
puso en las manos del terceto las llaves de plata  
de tu nombre, tan puro, tan sublime, tan fuerte,  
tan empapado en mágica delicia,  
que ante él la lumbré había de trocarse en caricia  
y habrían de prosternarse la tortura y la muerte! . . .

Y con razón  
ahora, perfumando de arrullos el trueno de esta civilización

*La selva sonora (1933)*

de los vuelos  
mecánicos y las alas mezquinas,  
sobre la testa de cemento armado de los “rascacielos”,  
como ayer sobre el oído solemne de las siete colinas,  
entre las rosas de acero de las hélices, otra vez,  
¡Oh Virgilio!, con la misma bucólica doncellez,  
se abre la flor de músicas de tu voz  
y bendice el silencio con su aroma divino,  
en el nombre del beso, y del verso, y del trino,  
y en el nombre del mundo labriego, que es el mundo del alma, de la aurora y de  
Dios! . . .

Al Dr. Gilberto Aguilar.

## Magna catedral

Elogio lírico de la Catedral  
de México.

### I

Más allá del polvo en fuga de los trémulos instantes,  
por encima de la fiebre de los sordos egoísmos,  
sacudiendo con su triunfo derrotados pesimismos  
cuyas glebas no pudieron enturbiar a los diamantes.

Levantando sus techumbres como espaldas de gigantes  
que suspensos en arrobos de sublimes idealismos,  
sienten, por sus duros hombros, desfilan a los abismos,  
entre inmensas tolveneras de luceros palpitantes.

Victoriosamente firme, macerada en arreboles,  
soportando la radiante pesadumbre de los soles  
y enflorando con auroras los dos brazos de la cruz,

como el plinto en que se erigen los fervores de la raza,  
se perfila el templo augusto que los siglos despedaza  
y que rompe con sus flechas los tapices de la luz! . . .

II

Tres líricas centurias, cual tres generaciones  
de orfebres y joyeros, de orífices y estetas,  
labraron los sillares, con sabias devociones,  
hundiendo en los panales de las constelaciones  
las bóvedas que empujan la voz de los poetas!

Ya el reino de los fuertes príncipes sagitarios  
descansaba en la angustia de las piedras tombales,  
rondaban las planicies silencios funerarios  
y en el azul, ardido de ignotos solitarios,  
ya no eran esmeraldas en vuelo, los quetzales.

Muerta estaba la stirpe de las piedras gloriosas,  
de los mazos egregios, de los brujos cinceles,  
seca estaba la vena de las savias suntuosas  
que dejaron los valles sepultados en rosas  
y bruñeran granitos con lingotes de mieles! . . .

La tristeza aborigen, cabe los cielos zarcos,  
ambulaba mordiendo sus apóstrofes rudos,  
y de los horizontes en los épicos marcos,  
brillaban todavía, como antorchas, los barcos  
que llagaron los dorsos de los mares desnudos.

Gritaban amenazas los torvos adivinos,  
en las noches había presagios agoreros,  
mas, en la pesadumbre de los rudos caminos,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

nevaron su ternura los santos misioneros,  
¡y se enfloró el silencio con guirnaldas de trinos  
y desgranó la sombra millones de luceros! . . .

Con un fervor de arrullos vibraron las gargantas,  
la roca del suplicio se derrumbó en astillas,  
y ante el Rabí celeste de las alburas santas,  
las horas, como un coro de angustias hierofantas,  
devotamente mudas, doblaron las rodillas . . .

Sacudió sus letargos el glorioso vencido,  
se alzó de sus miserias la raza moribunda,  
y aplastando inquietudes con montañas de olvido,  
el ideal, de nuevo potente y redimido,  
apuntó a las mañanas su trompeta rotunda.

Por las sacras campiñas pasó un viento sonoro,  
hubo en los corazones un sagrado temblor,  
y mientras de las cimas bajaba un almo coro,  
la nueva Fe ponía sus pebeteros de oro  
sobre el mismo cadáver del gran Templo Mayor.

Comenzó la epopeya de la santa ternura,  
se inició la apoteosis de la terca osadía:  
¡El espíritu estaba nostálgico de altura  
y con el firme vuelo de audaz arquitectura  
quiso alcanzar los labios luminosos del día! . . .

*La selva sonora (1933)*

Y con paciencias sumas echaba los cimientos,  
pulía, con fervores extremos, los sillares,  
y proyectaba magnos perfiles y portentos  
de líneas y de formas, cuyos atrevimientos  
se hundían en las tenues regiones estelares!

Todo un pueblo sembraba la semilla gloriosa  
que desplegó sus flores a la inmortalidad,  
todo un pueblo plasmaba la catedral grandiosa  
con el mismo fervor con que en la piedra preciosa  
va pintando el artífice cuentos de claridad! . . .

¡Cien veces sacudieron sus crines las centellas!  
¡Cien veces ulularon las fauces de las iras!  
¡Cien veces se empolvieron de sombra las estrellas!  
¡Cien veces los reptiles durmieron en las liras!

. . . Y el pueblo trabajaba: las fuertes muchedumbres  
querían que triunfara la gloria de su afán,  
como, ajenas a todas las rudas pesadumbres,  
sacan su orgullo a flote las soberanas cumbres  
donde los soles muertos junto a la noche están.

Vano era que las hambres hincaran sus colmillos  
en la firmeza heroica de los obreros fieles,  
vano era que reptaran los pesimismos crueles . . .  
¡Sonaba una vibrante rapsodia de martillos!  
¡Cantaba un victorioso concierto de cinceles!

Un año... cien... doscientos... casi trescientos años  
la Patria, por su templo sublime trabajó,  
y al fin, sobre los mustios y rotos desengaños,  
el himno de la piedra sus músicas lanzó!

Las ágiles columnas se arrojan hacia arriba,  
las cúpulas esbeltas horadan el espacio,  
sobre las altas naves el tiempo se derriba,  
y en los remates firmes, con que el azul se criba,  
la luz quiebra sus finos estuches de topacio! . . .

Entonces, en un pasmo, las bóvedas arcanas  
para que el templo suba rompen su comba en dos,  
y el edificio avienta sus torres soberanas,  
como un árbol inmenso con nidos de campanas  
que crece . . . y crece . . . y crece . . . ¡hasta alcanzar a Dios! . . .

### III

¡Oh locura magna y púgil del amor y la belleza,  
prodigiosa gallardía del espíritu inmortal,  
facistol que el cielo talla con buriles de turquesa  
y repujan las estrellas con martillos de cristal!

¡Oh derroche incomparable de hermosura y de grandeza,  
de los sueños de los hombres, portentoso pedestal,  
cumbre insigne donde el alma de la luz ferviente reza,  
y se duerme el ritmo de oro de la tiorba sideral!

*La selva sonora (1933)*

¡Catedral materna y prócer, ya que en tu grandeza andina,  
la bondad de mis mayores, como un lábaro culmina,  
envolviendo nuestras sombras con sudarios de arrebol!,

¡que tus torres, cual dos ímpetus, arrebaten nuestro anhelo!  
¡que tus torres, cual dos alas, en el loco afán de un vuelo,  
lleven nuestra sed de auroras hasta el ánfora del sol! . . .

## Alas inmóviles

En la muerte de un aviador  
mexicano en quien el anhelo  
y el dolor de la Patria se  
hicieron símbolo.

### I

Nuevamente,  
¡Oh sublime demente  
de las constelaciones! ¡Oh Don Quijote astral!  
nuevamente volabas a los alcázares del Oriente  
donde la luz gorjea  
su madrigal,  
y por ser digno de la aurora Dulcinea,  
luchaban tus ímpetus mejores  
con las aspas de resplandores  
de los molinos de viento de las estrellas de cristal! . . .

De nuevo cebrabas de oro de asombros  
la bruna piel  
de la noche y arrojabas la sombra azul de tu osadía,  
en los hombros  
de seda del día,  
de miradas kaleidoscópicas y risas de cascabel,  
y hasta, en pos de faisanes de arco-iris de pedrería,

*La selva sonora (1933)*

sobre la arena de soles de la Vía  
Láctea, disparabas el torbellino de acero de tu mecánico y nómada corcel! . . .

Sediento  
de infinito y eternidad,  
ibas derribando las frágiles murallas del firmamento  
y atravesabas las llanuras manchegas del portento,  
con tu escudo tornasolado de leyendas de encantamiento  
y con tu lanza florecida de rosas de claridad!

Sonoro  
símil de las cumbres, metáfora misionera de la altura,  
como la alegoría transeunte del meteoro  
que dentro del cráneo del orbe, en el cerebro cósmico fulgura!

Rápsoda del cielo,  
sobre la inmensa lira del continente de Cervantes,  
era una cuerda enorme la ruta de tu vuelo  
que vibraba himnos de águilas y de cóndores resonantes.

Dardo con el que el espíritu de un pueblo despedaza  
el espacio y el tiempo, proyectil de la Quinta Raza,  
todo firmeza,  
todo belleza,  
todo susurro de cambiantes, todo trueno de sol,  
tal como si desde la torre de espejismos de la leyenda peregrina,  
partiese, del roble del arco de Ilhuicamina,  
el zenzontle melódico del verso de Netzahualcoyotl.

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

Símbolo de esta hora fáustica, inquieta,  
inconforme y veloz,  
pero sin su avidez escueta  
de todo ideal, sin su sordo egoísmo  
que tritura, lo mismo  
la voz  
del santo que la voz del poeta  
y ahorca en las gargantas infantiles el rezo de la madre con el nombre de Dios!  
...

Es decir, símbolo del instante  
actual,  
pero del instante latino,  
no del septentrional,  
timbre y prez de los pueblos cuyo inquietante  
destino  
(ala en los hombros pero en los labios trino,  
en el taller hoguera y en el joyel diamante)  
se alumbraba con el sueño de la lámpara de Aladino  
y canta con la alondra de la locura del milagroso Caballero Andante! . . .

Emblema de la América Española,  
brote del fraile mínimo y del excelso Campeador,  
tu velívolo, misionero y conquistador,  
descalzo en la plegaria y ferrado en la ola,  
abroquelado en la lucha y desnudo en el amor,  
tras del miraje argonauta de los bergantines,  
que nos trajeron en las palabras de Cristo arrodillado el ruseñor  
del romance de Castilla, ahuyentando a los mastines

*La selva sonora (1933)*

de las sombras con el grito de luz de su motor,  
iba ya rumbo al glorioso alero  
de la apoteosis continental,  
cuando el halcón de lumbre del relámpago artero  
quebró el estuche de notas del pájaro musical,  
e hizo rodar en astillas el vagabundo lucero,  
que ensartaba en el hilo de su radiante sendero  
los veinte solitarios que Colombo halló en el cofre del hemisferio austral! . . .

Y otra vez,  
la Patria que hunde sus pies  
en la líquida alfombra de los grandes  
océanos y que avienta, de sus cúspides a los Andes,  
un puente de alas y una ruta de vuelos,  
por donde, fustigando los rubios bridones  
de sus cuadrigas de constelaciones,  
cruzan los Euforiones  
azules de los cielos . . .

Otra vez,  
la náyade morena,  
que en los efluvios de sus candores de azucena,  
embriagó a los lebreles marinos de los esquifes de Cortés! . . .

Otra vez, la de los holocaustos y las osadías,  
la de los máximos desastres y las máximas gallardías:  
panal en la espelunca de la fiera, lira en los brazos de la Cruz,  
vió cómo, de los crestones

de la tormenta, al bárbaro empuje de los ciclones,  
se despeñaba el vuelo de sus ímpetus como una gran cumbre de luz! . . .

II

¡Oh comandante  
del escuadrón  
rutilante  
de Orión!

¡Oh Macabrés  
de la arenga azul,  
que forjabas el hierro de los neblías  
épicos y cincelabas los colibrís  
del madrigal, bajo la tienda romántica de las miradas de tul! . . .

¡Oh Magallanes sidéreo! ¡Oh glorioso  
vencido de la muerte y de la muerte vencedor,  
pues con el estruendo formidable de tu caída de coloso,  
sacudiste las frondas de zodíacos del abismo silencioso  
y dispersaste sobre tus restos la aleluya de todas las alondras del Señor! . . .

¡Oh paladín de la santa locura!  
¡De los ensueños inasibles, Ariel!  
¡Cyrano de la fantástica aventura,  
D'Artagnan, mosquetero de la altura,  
enamorado de las noches morenas y de las mañanas de miel! . . .

*La selva sonora (1933)*

¡Oh Godofredo de Nuestra Señora  
la Audacia! ¡Oh Balduino del celaje! ¡Oh Raymundo del arrebol!  
¡Oh cruzado que ibas a rescatar el sepulcro de la aurora  
y al caer bajo el golpe de la trágica devastadora,  
viste cómo tu cuerpo era la tumba de la crisálida de un sol! . . .

¡Oh héroe del imposible, qué sublime, qué bella  
lección la de tu empeño crucificado por la tempestad!  
¡Con razón en esta hora de angustia que se resuelve en epopeya,  
(sudario hecho bandera, sombra que resucita en claridad)  
el clarín de tu nombre, en el puño de plata de la estrella,  
vibra entre los dos labios del cosmos: el infinito y la eternidad! . . .

## Juárez

### I

Canción de las praderas  
armoniosas,  
en cuya urdimbre tejen las primaveras  
cuentos de flores y de mariposas.

Égloga de la llanura  
blonda, prolífica y sonriente,  
en cuya entraña oscura, la vida,  
como la Princesa Durmiente  
que en los mundos quiméricos fulgura,  
sueña que se la enamora el Oriente  
y ungiéndola con ósculos la frente  
en un amanecer la transfigura!

Poema de las cumbres sonoras,  
que irradian en metáforas de auroras  
y de crepúsculos (tapices de miliunanochescas flores  
o abanicos de panoramas de Ormuz)  
rapsodia de las cúspides vibrantes de osadía  
sobre las que despiertan las músicas del día  
y se levanta el himno de alondras de la luz!

Trueno del mar: sinfónico tumulto de oleajes,  
ímpetus de relámpagos y cóleras de centellas,

*La selva sonora (1933)*

oda del viento nómada, pirata de paisajes,  
que deshila fulgores y destrenza celajes  
y desata los bucles de miel de las estrellas!

Voces solemnes, hondas, magníficas y grandes,  
como una tiara de cóndores sobre los Andes,  
coronad la bronceada testa de paladín,  
sed en el faro epónimo guirnalda de gaviotas  
y pintando el silencio de acuarelas de notas  
arrojad sobre el cosmos un lírico jardín!

II

De bronce y de oro,  
fuerte a la vez que sonoro:  
de metal de epinicios y de egregio metal,  
en la estoica firmeza que heredó de su raza  
(como la luz en la altivez de una coraza)  
el día se hace añicos, el sol se despedaza  
y la luna se quiebra en lysas de cristal! . . .

Acorde increíble  
del afán soberano y el latido invisible,  
¡chispa que incuba un Aconcagua,  
Amazonas que tiembla en una gota de agua!  
Síntesis de aljófares y de procelas,  
cada una de sus células  
es, a la par, un nido de águilas y de libélulas,

por igual, son sus celdillas  
semillas  
de robles y de rosas,  
de gerifaltes y de mariposas!

El relámpago vive en sus nervios, dormido,  
de sus labios el trueno se ha desprendido  
más de una vez,  
buscando azucar la tormenta  
a fin de que are ríos en la tierra sedienta,  
sus pies,  
firmemente asentados en la arcilla, a través  
de las carnes morenas,  
por los hondos caminos de las venas  
logran que suban las savias ancestrales,  
como médulas rítmicas o jugos musicales  
que ascendiesen peldaños de transfiguración  
hasta ser, en la torre del cerebro canoro,  
el repique de exámetros de una epopeya de oro  
o la flecha pindárica de una estrofa de Anfión!

Todo él es a manera  
de una portentosa sementera  
de abnegaciones y de quijetismos,  
cual un huerto de hazañas o un valle de heroísmos  
o como un bosque homérico de apoteosis fragantes,  
cuyas magnas trompetas de encinas y laureles,  
florecieron en frondas de ritmos, o en tropeles  
de pájaros melódicos y liras transhumantes! . . .

*La selva sonora (1933)*

Impasible y austero,  
tranquilo, vigilante,  
¡silencio y resplandor, como el diamante,  
lumbre y serenidad, como el lucero!  
hasta él, hasta su andino  
crestón sube la escoria  
ávida de los épicos vórtices de la Historia,  
sedienta del paisaje aquilino  
que abre a los cuatro vientos la victoria,  
con la misma realidad ilusoria  
con que, en alas de un éxodo marino,  
van los áureos bajeles de la gloria  
con el botín de Ofires de Aladino!

En el arrojado de su altura  
se prolonga la anchura  
de la planicie ancestrada y tutelar,  
y en su capitel de celajes  
cuelga el crepúsculo sus cortinajes  
y domeña sus potros el auriga solar!

En la inmovilidad de su cisterna  
(pupila húmeda de mágicas visiones)  
se duplica la eterna  
caravana de las constelaciones  
que va por los caminos translúcidos y vagos  
que casi se adivinan, que apenas si se ven,  
cual iba la esperanza de los tres Reyes Magos  
en pos del inefable portento de Belén!

Voluntad prepotente  
que hasta la hondura del dolor abarca,  
él que era sólo miserable charca  
se diafaniza en claridad de fuente,  
y en su fluida entraña transparente,  
como en el seno mágico del arca  
de un sultán del azul resplandeciente,  
guarda la pedrería  
del irisado corazón del día  
y el cromo de arreboles del Oriente!

¡Corona de montañas que ciñe eternidades,  
que incuba lejanías y que apacienta cielos,  
son alas sus impulsos, sus cóleras son vuelos,  
y son, sus soliloquios de abismo, inmensidades!

Cuando la Fe (propíleo del afán) se derrumba  
y en el piélago que se transforma en tumba  
gruñe la murte bajo la tempestad,  
él es el indomable farallón, cuyo grito  
de piedra disparado siempre hacia el infinito,  
anuncia el alba rósea del barco de Simbad! . . .

Toda la fiebre bélica palpita  
en el hervor de sus pasiones  
y sin embargo (trueno deshojado en canciones,  
cantil donde recita  
la luz, sus trémulas fulguraciones)  
sabe irisar, de ensueños su firmeza inaudita

*La selva sonora (1933)*

y, entre los rayos lívidos cual flavas maldiciones,  
en medio de su tropa de ninfas y tritones  
sabe encontrar la música, de besos, de Afrodita!

¡Cuarzo inmortal que el triunfo tornasola,  
en su vida está todo el heroico miraje  
como está todo el ímpetu de Jasón, en la ola,  
y están todas las ansias de Ícaro, en el plumaje!

¡Paladín que la victoria crisma,  
en su Tabor de lumbre la claridad se abisma,  
la Patria se arrebola en su espíritu, así  
como arde en el estuche de arco iris del prisma,  
el talismán cromático que es luego, con la misma  
belleza, guacamayo, quetzal y colibrí!

III

¡Oh el San Cristóbal indio que por un mar de asombros,  
en un gesto esquiliano de amor y de poder,  
llevaba en la ciclópea llanura de los hombros  
al infantil mesías del patrio amanecer!

¡Oh el púgil Prometeo, forjador de titanes  
que, con sus fuertes manos que ensanchan horizontes,  
plasmó nuevos Aquiles con músculos de montes,  
almas de torbellinos y crenchas de huracanes!

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Oh el enorme vidente,  
oh la insólita cumbre soberana  
y humana,  
en cuya vasta frente  
se arrodilla el azul resplandeciente  
y se queda de hinojos la mañana!

¡Oh el atlante simbólico, oh el férreo zapoteca,  
firme como un trasunto de la obsidiana azteca  
cuyo silencio rompe su taumaturga voz!  
¡Oh el Deucalión autóctono del mítico portento,  
que fue sembrando cóndores en los surcos del viento  
y arando eternidades en los limbos de Dios! . . .

A Zitácuaro: antorcha de la Independencia,  
hoguera de la Reforma;  
faro de la libertad.

## Las catedrales

### I

¡Magnas joyas que derraman sobre el mundo su fulgor,  
cuando tiembla en sus aristas la radiante claridad,  
entusiasmos esculpidos, clarinadas de fervor  
que al indemne azul se lanzan con sonora majestad,  
pregonando lo infinito del amor y del dolor,  
entre el polvo de luceros de la muda eternidad! . . .

-o-

Fue la Fe que abreva trinos en las ánforas del día  
y que enjoya nuestro barro con su perla solitaria,  
la que en un afán de arrobó, de suspiro y de plegaria,  
cinceló, como un diamante, vuestra santa gallardía.

Fue el divino amor quien hizo vuestras regias hermosuras,  
catedrales que sois versos de un poema colosal,  
y elevó de vuestras piedras las heráldicas locuras  
para hacer que se besaran, en las próceres alturas,  
las techumbres victoriosas con los cielos de cristal!

Fueron todas las virtudes las que alzaron en los hombros  
de los fuertes capiteles, vuestras bóvedas de luz,  
cuando, solo entre las ruinas, y aromando los escombros

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

de los nobles ideales, ¡prodigiosa flor de asombros!,  
otra vez, misericorde, se abrió el Nardo de la Cruz! . . .

Nafragaba entre las olas de un inmenso mar de llanto  
y de sombra y de miserias nuestro espíritu vencido,  
el candor de la Tebaida sollozaba en un gemido  
destrozado por los golpes del más triste desencanto.

En la humana pesadumbre ya no había primaveras,  
fuegos lívidos rayaban los siniestros horizontes,  
y después de haber doblado las espaldas de los montes,  
los aludes de la guerra, como tropas de bisontes,  
aplastaban los dechados de las líricas praderas.

Era noche en todas partes, era noche a todas horas  
cuando el alma, ya cansada, ya nostálgica del día,  
desgarró, en un arrebato de dolor, la sombra fría,  
para ver si así rasgada la tiniebla, se veía  
desfilan por el Zodiaco la legión de las auroras! . . .

Y así como la materia por tocar la azul techumbre,  
se remonta con el ala y se empina con la cumbre,  
el espíritu impetuoso, de la eternidad en pos,  
en la piedra y con la piedra fue emprendiendo raudos vuelos,  
se elevó en las altas naves, y en su devoción de cielos,  
con las flechas atrevidas se asomó a buscar a Dios! . . .

Un anhelo intenso y vasto se extendió por el planeta,  
una fiebre de prodigios arrastró a los corazones

*La selva sonora (1933)*

y por todas partes hubo majestuosas construcciones:  
¡templos-himnos que se lanzaban al conjuro de un asceta,  
acordando su armonía con la música secreta  
de los rítmicos espacios y de las constelaciones!

El portento fue sublime: floración de arquitecturas  
admirables va cubriendo las heridas de la tierra,  
y a sólidos castillos que eran gritos de la guerra,  
sucedieron los recintos donde el corazón se encierra  
para oír la voz de cítaras que desfloran las alturas.

Estrasburgo, Reims, Venecia, Mézt, Milán, Nuestra Señora,  
Burgos, Pisa, York, Colonia y Toledo, Amiéns, Sevilla . . .  
¡nombres fúlgidos que evocan el milagro de esa hora  
en que, por salvar al hombre, la belleza redentora  
con las firmes oraciones de los templos, se arrodilla!

La brutal locura humana, mustia y rota, se arrepiente,  
hay una invasión de torres en el constelado tul  
y pasean sus deliquios por el viejo continente  
Fray Dolor y la Esperanza: ¡la hermanita Sor Azul!

Luego España, fatigando los senderos inmortales,  
se prolonga hasta nosotros con los brillos del ensueño  
y arrancando sus tesoros a las vetas siderales,  
llegan magos alarifes en el brujo Clavileño.

Y el Perú, México, Cuba, Guatemala y Argentina . . .  
toda América se enjoya con la magna floración

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

y sobre los dorsos pétreos de las fábricas se empina  
nuestra angustia y nuestro anhelo, nuestra inmensa sed divina,  
¡sed de paz, sed de justicia, sed de gracia y de perdón!

-o-

¡Fiebre excelsamente pura, luminosa y santa fiebre  
que del triste barro humano sublimiza la miseria,  
que al amor lo vuelve artista y al dolor lo torna orfebre,  
y como una ola de vidrio, hace que el fulgor se quiebre  
en los sólidos sillares donde reza la materia!

¡Monumentos admirables más que próceres palacios,  
más que estatuas colosales, más que cumbres prodigiosas,  
pebeteros que perfuman de oraciones los espacios,  
que repuja el sol esteta con cinceles de topacios  
y salpican las auroras con la sangre de sus rosas!

¡Templos-cimas cuyas naves, en un loco afán de cielo,  
llenar la infinita comba por donde el planeta rueda,  
envolviéndose, friolentos, bajo el estelar capelo,  
de las albas con el oro que rosada miel remeda,  
de las noches estrelladas con el regio terciopelo  
y de las fastuosas tardes con las túnicas de seda!

¡Construcciones consagradas a borrar santos agravios  
en el nombre de la gracia matutina de Jesús,  
sacras piedras agrupadas por pacientes monjes sabios,

*La selva sonora (1933)*

que los hombres han bruñido con los besos de sus labios  
y han lustrado las estrellas con las fimbrias de su luz! . . .

¡Colosales edificios sobre cuyas recias moles  
hasta el tiempo se detiene, para ver la caravana  
de los fatigados sueños y los fatigados soles  
que, con triunfal reguero de sus vívidos crisoles,  
van trazando los caminos que recorre la mañana!

¡Catedrales, redenciones de la obscura piedra inerte,  
atalayas de la vida que han triunfado de la muerte,  
coronad vuestros cimborrios con la tiara sideral,  
y quebrando eternamente los cerúleos alabastros,  
asaltad con vuestras torres los bajeles de los astros  
y vaciad en nuestras rutas los joyeros de cristal! . . .

-o-

¡Sinfonías portentosas de un insólito esplendor  
pétreos himnos inflamados de sublime majestad  
escultóricas plegarias, epopeyas de fervor  
que penetran en los cielos con temblores de ansiedad,  
impetrando, al que es la fuente del consuelo y del amor,  
para ver si al fin mitiga nuestra sed de eternidad! . . .

A John Ruskin, el que amó todas  
las maravillas de la piedra.

## Águilas, ruiseñores y faisanes

### I

¿Es que el zafiro del cielo,  
cuyas aguas se aquietan en un engaste de volcanes,  
en el magnífico anhelo  
de ofrendarnos las vetas de sus minas  
submarinas,  
desparramó los tesoros de sus zarcas piscinas  
en un resplandeciente cabrilleo de faisanes?

¿O es  
que al pasar a través  
del prisma del espacio, la mirada  
embruja  
de la aurora Scherhazada,  
se desgranó en los arco-iris de celajes  
de los pájaros adamantinos  
que llevan el esplendor de los Ofires matutinos  
en el cuento de colores con láminas de luz de sus plumajes?

¡Quizá!  
Pero en la pizarra del desierto alguien pintó una primavera  
fúlgida: tal el amanecer de una quimera  
en la salomónica pradera  
de la alcatifa de un Rahajá.

*La selva sonora (1933)*

Y en las manos de nácar del día,  
se desplegó, sobre el mundo, el abanico del vuelo de las aves de pedrería.

Faisanes dorados, fundidos  
en oro de soles,  
húmedos de topacios derretidos,  
coruscantes, cincelados y bruñidos,  
como los joyeros donde guardan las alboradas sus arreboles  
y sedosos  
y luminosos  
como la perla que es custodia de los orientes tornasoles.

Faisanes pintados  
por los pinceles de un hechizo,  
que quiso  
dejarnos los ojos arrodillados  
ante el desfile de esos enjoyados  
y espléndidos visires del Paraíso . . .

Faisanes de seda  
y de esmalte y de oro y de piedras preciosas.  
Hay uno que remeda  
reguero de amatistas o lumbrarada de rubíes  
deshecha en un chisporroteo de mariposas,  
Y otro de tintas trémulas y milagrosas  
que finge una “kuruma” de rosas  
hinchada de colibríes,  
Y otro, escapado del rosetón  
de una pictórica parábola de cristales,

que ostenta una ilusión  
translúcida, en la gaya policromía de sus minúsculos vitrales! . . .  
Y otro (kaleidoscopio peregrino  
cuyos torzales de espectros se desmadejan en el camino  
por donde, en columpios de jaspes transitando va),  
que es el tabernáculo de fulgores de la lámpara de Aladino  
o la miniatura transeunte de la gruta de Alí Babá!

Faisanes de Aziyadé y Esmeraldina,  
y de “Caricia del Alba” y de “Perfume de la Primavera Sonriente” . . .  
Faisanes de China  
y de Persia . . . faisanes de Oriente,  
faisanes de los países  
maravillosos, irreales  
faisanes de las princesas de nombres musicales  
y de las legendarias emperatrices,  
que escondían en las plumas de arbolados matices  
los secretos eurítmicos de sus manos liriales,  
nostálgicas de nardos y extáticas de lyses! . . .

Y faisanes de los cerúleos Tonkines y los sidéreos Ceylanes:  
pájaros gemas, pájaros astros . . . Desde el peñol  
de azur  
donde se elevan los cuatro minarettes de la mezquita de la Cruz del Sur,  
se ven pasar los faisanes  
del Zodiaco, a modo del áulico estol  
de una caravana de sultanes,  
que en pos de más ricas Bassoras y de más bellas Ispahanes,  
fuesen hacia los rútilos califatos del sol! . . .

II

La luz y el color  
se hicieron ritmo, en cambiantes visos de melodía  
trocóse toda lumbre y todo resplandor  
y al conjuro divino  
de la felibre armonía,  
cada pétalo alado melodizóse en trino  
y cada rosa lírica transfiguróse en ruiseñor . . .

¡Ruiseñores! ¡Ruiseñores!  
los jardines ya no cabrillean  
de faisanes, ni pasean  
en portantínas de rocío éxodos de colores;  
los jardines ahora aletean  
y vibran: Son clavicímbalos de perfumes, son laúdes de flores,  
pues fatigados de pavones y hastiados de rosales,  
y de rasos y brillos y mieles,  
se han vuelto gobelinos de rondeles  
y acuarelas de madrigales! . . .

¡Ruiseñor de gasa del aroma  
(el señor que al fin es ave  
y bardo,  
se torna cada vez más dulce y suave  
para besar a la paloma  
y arrodillarse en el altar del nardo!)  
Leve  
y breve

*Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento*

ruiseñor de nieve  
de la canción de cuna,  
Rruiseñor de plata  
que hila su fermata,  
en la rueca de la serenata  
del claro de luna,  
Rruiseñor de cristal  
de la estrella distante  
que brilla y canta, pues  
es  
a la vez  
la oropéndola y el cocuyo de un diamante  
musical,  
Rruiseñor de seda de los cielos egregios  
húmedos de ensoñaciones y aljofarados de arpegios,  
Rruiseñor de tul  
de la luz melodiosa,  
que pasea su desnudez gloriosa  
en las “trajineras” de Xochimilco al par que en los caiques de Estambul.  
Rruiseñor-lucero de los Reyes Magos,  
Rruiseñor azul  
de los cuentos imprecisos de añoranza y vagos  
de irrealidad, rruiseñor de Yémen y de Golconda y de Mossul,  
Rruiseñor de la leyenda  
de oro,  
que recita bajo la tienda  
del plenilunio canoro  
y que en la jaula de la lira no es rruiseñor sino bulbul! . . .

*La selva sonora (1933)*

Ruiseñor de Pierrot: ¡En el alma de violeta  
de la noche, como en los líquidos filones de una turmalina,  
ha encontrado su gambusina  
devoción de poeta  
el resplandor gemal de Colombina!

Ruiseñor de Francisco de Asís:  
¡Ala de caricia, vuelo de plegaria, canto que resume  
la vida de incienso y perfume  
“del varón que tiene corazón de lys”! . . .

Ruiseñor del Manchego  
sublime: ¡Como la flor de un ruego  
en la punta de la lanza,  
gorjea  
la Letanía de la Esperanza  
a nuestra Señora Dulcinea! . . .

Ruiseñor del Niño Jesús,  
ruiseñor de música y luz:  
¡vaivén  
de nieve parlera en el establo de Belén  
y estrella recién nacida entre los brazos de la cruz!

Y ruiseñores divinos:  
pájaros hialinos  
de la gorja rítmica y ferviente,  
en los que la oración con el poema se concilia  
aladamente,

maravillosamente:

¡Ruiséñores que rezan en los labios de Santa Cecilia!

¡Ruiséñores que anidan en el hueco de las manos sonoras de San Vicente! . . .

### III

La luz y el color y la música misma  
qué valen para quien se abisma  
en la altura,  
crece hasta el infinito  
y se ensancha en la eternidad,  
y más allá de la torva espesura  
de las tinieblas, perfora el silencio de granito  
con el acero de su grito  
y con flagelos de aletazos va tajando la inmensidad? . . .

¿Qué valen la rosa  
y la piedra preciosa,  
y la palabra melodiosa  
y el faisán y el ruiséñor,  
para el vigor condensado en alas,  
y la fuerza despreciativa de las inútiles galas,  
y la altivez y el orgullo y el poder avasallador  
que afilan las garras prepotentes  
y el pico destructor,  
para poder izar al cielo las serpientes  
de los ríos, las ovejas de las nubes y el boa constrictor  
del océano y para sacrificar en las llanuras siderales,

*La selva sonora (1933)*

al carnero y al toro y al león zodiacales,  
hasta hartarse con la lumbrarada de las entrañas astrales  
y hasta beberles la gota de sangre del más recóndito fulgor? . . .

¡Aguilas de Rolando y del Cid,  
que funden el bronce de su símbolo en las hornallas de la lid!  
¡Aguila azteca de Cuauhtémoc, partida  
por el rayo de un arquero ciclópeo, no por la espada de Cortés:  
águila de una raza cuya frente encendida  
de gloria, arde como la cúpula bruñida  
de Venus, sobre el pantano de la noche en que se hunden sus pies! . . .

¡Aguilas de los césares y de los emperadores!  
¡Aguilas de Augusto y de Napoleón!  
¡Aguilas de los esplendores  
épicos! ¡Aguilas de la epopeya y la devastación,  
capaces de derribar los miradores  
del alba con los zarpazos de sus furores  
y de clavar las banderas del vuelo en el lívido torreón  
donde el hambre, la peste y la muerte tañen su lúgubre esquilón! . . .

¡Aguila de las admoniciones del profeta  
de Patmos: trompeta  
apocalíptica de ronco ulular,  
cuyo clamor chafa los éxtasis del azul anacoreta  
y azota las púberes desnudeces de la beata melodía estelar! . . .

Y águila del poeta:  
errabundo clarín

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

apuntado al ilusorio confín  
donde trina la alondra de Julieta,  
de los soliloquios de liquidámbar y los deliquios de jazmín! . . .

Y águila de lumbre  
y oro  
del sonoro  
relámpago del genio: ¡ciclón de llamas que parte de la cumbre  
más alta del Himalaya de la luz  
y que, sacudiendo del ataúd de los astros, la herrumbre  
de la sombra, devuelve a los hombres la claridad,  
en tanto que, pirata de “Pléyades” y corsaria de “Oriones”  
pasa entre los archipiélagos de las constelaciones  
como una luminosa y enorme tempestad! . . .

Y el águila que devora a la serpiente  
del infinito! ¡El águila que deja exhausta la fuente  
de la eternidad! ¡El águila máxima!  
¡El águila formidable! ¡El águila omnipotente!  
¡El águila del VERBO! . . . ¿Escucháis? . . . ¡Es el FIAT! ¡Es la voz,  
es la voz taumaturga que crea, que enciende, que dispara las moles  
astrales! . . . ¡Es un sermón de estrellas! ¡Es un evangelio de soles!  
¡Es el orbe, es el universo que surge de los cósmicos labios de Dios! . . .

Para María Luisa Ross.

## Sonata épica

Al Estado de Chiapas.

### I

De los surcos que ahondan en el alma su huella  
surge el vuelo sonoro de una voz vagabunda,  
como brota el árbol de la noche profunda  
la canción de los pétalos en la flor de la estrella.

Falárica vibrante, jabalina que canta,  
grito de oro arrojado, como flecha, al confín,  
por un Anfión ciclópeo cuya olímpica planta  
fuese raíz de siglos y en cuya garganta  
los ímpetus homéricos tuviesen su clarín! . . .

Voz inmensa, voz ancha como los pabellones  
del viento y de la tempestad,  
fatigando distancias y humillando crestones  
nos da su claridad  
en la que brillan las tradiciones  
como en la luz que baja de las constelaciones  
destella el infinito y arde la eternidad! . . .

Voz enorme . . . Los féretros palpitan de celajes,  
los sudarios alumbran . . . ¡Oh santa evocación!,  
ante el retrospectivo fulgor de tus paisajes,

todas nuestras arterias vibran como cordajes,  
y nuestra sangre es música y es lira el corazón!

II

Esa es la ceiba de los autóctonos divinos,  
es el árbol abuelo  
que se levanta por sobre los caminos  
inmóviles y alzando la miseria hasta el cielo,  
se prolonga en las alas y se fuga en el vuelo,  
y se ofrenda a los astros en aromas de trinos.

A su sombra profusa y olorosa,  
crece la vida primordial,  
con la dulzura del botón de rosa,  
y la inocencia de la mariposa  
y el ritmo trémulo del manantial.

Mox: padre ilustre y legendario,  
fibra de mito, savia de misterio,  
en la llanura augusto y solitario  
erige aún su símbolo, diez veces milenario,  
y ungido con las gomas sagradas del sahumero,  
su ramazón perfuma, y es un incensario,  
o la pulsan las brisas y es laúd y salterio,  
o la pueblan los nidos y es torre y campanario.

*La selva sonora (1933)*

Votán . . . (¡Oh el peregrino de la encantada nave  
cuya prora sujeta los mastines del mar!)  
es el que todo puede y el que todo lo sabe,  
¡el que escribe en el viento la música del ave  
y hace cuerdas de lira con nervios de jaguar!  
¿Quién? ¿Qué manos de sabidurías  
suntuosas y de melodías  
ágiles, plasmaron las sinfonías  
de Huehuetá, Chamhó, Balúm-Canán y Yaxbité? . . .  
¿Quién agrupó los musicales esplendores  
de las piedras que tienen alma de ruiseñores:  
Palemke, la firmeza con euritmias de flores  
y el pedestal de vuelos de Chapa-Nanduimé?...

Mundos orfébricos de las razas estetas,  
cacicazgos espléndidos, señoríos joyantes:  
del pretérito inmóviles diamantes,  
que lucen arreboles de cambiantes  
en el amanecer de las facetas!

Abanico soberbio a nuestros ojos desplegado  
por un hada madrina:  
allá va la portantina  
de un monarca glorioso y enjoyado,  
como el faisán dorado  
que remeda  
un miraje de seda  
o un peregrino estuche cincelado.  
Aquél es un desfile, los guerreros

llevan toda la gloria en sus plumeros  
y todos los filones  
del sol fundidos en sus pabellones.  
Ese es un sacrificio, ésa, una fiesta.  
¿Véis aquella ilusión? . . . ¡es la floresta!  
Cuadro lleno de eclógica delicia  
cada matiz embriaga y acaricia:  
el azul, adorable y transparente,  
se contempla en los ojos de la fuente,  
sobre las impasibles serranías  
abre el crepúsculo sus joyerías,  
todo esplende, y corusca, y reverbera:  
en el botón está la primavera,  
la cumbre baja en la canción del río,  
la aurora se deflagra en el rocío,  
y completando el increíble coro,  
con sus vívidos trémolos gemaes,  
meciéndose en la luz van los quetzales  
como esmeraldas en columpios de oro! . . .

¡Ah, pero ante el sublime dolor de la Conquista,  
languidece la fábula de rosa y de amatista.  
Marín y Mazariegos. Chamulas y Zotones . . .  
La coraza, el chimalli, los pumas, los halcones,  
la brutal embestida, la grandiosa epopeya  
que sobre los olvidos el entusiasmo encumbra  
y en la que hasta la carne de los muertos alumbraba  
transfigurada en una resurrección de estrella! . . .

*La selva sonora (1933)*

Tiniebla de tres siglos en que sólo se ve  
la blancura seráfica de Fray Bartolomé.  
Años ciegos, sin luz,  
en los que sólo había una aurora: ¡La Cruz!

Interminable noche de la provincia esclava  
pero rebelde . . . Cuando en la brava  
cólera de la nube cruenta  
el nervio del relámpago sacudió la tormenta,  
el indio, el bronce mudo, sintió que le nacía  
en lo más hondo, un brote de arcana claridad,  
y contempló asombrado cómo de su agonía  
se levantaba el vuelo milagroso del día  
abriéndole una inmensa ruta de libertad! . . .

Entonces, firme y grande,  
altiva, soberana,  
con el gesto del Ande  
que se arroja en el cóndor a la cima lejana  
y que, de esa manera,  
prolonga en el espacio la enorme cordillera,  
tú, provincia gloriosa,  
alargaste tus vuelos hasta nuestro cestón  
y en el granito mexicana, fabulosa y unciosa,  
engarzaste el arrobo de tu piedra preciosa  
que se nos fue volviendo latido y corazón!

¡Y fuiste mexicana y chiapaneca,  
colibrí de celajes en el azur azteca!

Caracola divina  
divina caracola,  
nuestro sol en tus nácares se irisa y tornasola  
y se esconde en tus ecos nuestra rapsodia andina  
que tiene un encrespado salvajismo de ola  
y un misterioso y hondo fulgor de aguamarina!

La invasión de los bárbaros a cuyos pabellones  
les dieron sus estrellas nuestras constelaciones,  
la increíble aventura de la Invasión Francesa  
que vencimos en nombre de Hugo y la Marsellesa,  
y el drama doloroso de aquel príncipe vago  
que vino en la litera del cuento de un Rey Mago:  
Todo, todo lo sabe tu gallardo heroísmo,  
¡resplandor en las crines revueltas del abismo!,  
todo, todo lo sabes  
de nuestras glorias y de nuestros duelos,  
tú que ciñes la frente de nuestros anchos cielos  
con las maravillosas guirnaldas de tus aves,  
tú que en lo más profundo te has abierto una herida  
para mandarnos hasta la sangre de tu vida,  
tú a quien tanto debemos y a quien nada hemos dado,  
tú que esperas, y esperas . . . sin dejar de esperar,  
tú que, viviendo el símbolo del poema encantado,  
te envuelves en las túnicas de un sueño perfumado  
sin que la alondra lírica te venga a despertar! . . .

III

¡Filón de pedrerías derretido en fulgores,  
cornucopia de pájaros, aleluya de flores,  
arco-iris en jaulas de prisma y de joyel,  
embelesos de perlas en las nítidas brumas  
guacamayos que llevan jardines en las plumas  
y florestas idílicas de corazón de miel! . . .

Fabuloso concierto de cosas fabulosas  
y de milagros peregrinos:  
¡relámpagos unguados con esencias de rosas!,  
¡tormentas de rodillas junto a las mariposas  
y huracanes dorados de ósculos y de trinos! . . .

Terruño cintilante de prestigios gloriosos,  
blasón flordelysado de nombres luminosos,  
claros de brillo astral:  
Larráinzar y Gutiérrez, y Guillén, y Paniagua,  
Fray Martínez de Córdoba: ¡fulgor en gota de agua!  
y Figueroa: ¡nectario de almíbar musical! . . .

La de Ruiz y de Corzo, la del gran ciudadano  
Belisario Domínguez, quijote y paladín,  
de cuya tumba emerge un grito soberano  
porque nadie ha podido sepultar su clarín!

Virgen de displicentes lasitudes serenas,  
antílope de inmensos ojos adormecidos,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

tristes como los dulces lagos embebecidos  
en los éxtasis mudos de las garzas morenas.

Tierra donde solloza la marimba doliente  
su dolor perfumado de besos de azahares  
que pasa por las níveas noches plenilunares,  
arrulladoramente . . . arrulladoramente.

¡Oh Chiapas! ¡Oh terruño!, con la raíz clavada  
en el plinto de cóndores de una cumbre dorada  
y hundida entre los astros la inmensa ramazón,  
el roble de mi estrofa, olímpico de anhelo,  
te da, como un perfume de eternidad, el cielo,  
y en un gran viento lírico te manda su canción! . . .

## El arcón de sándalo

El silencio es la oración de  
los que no saben olvidar.

HAFIZ

### I

Lo hallé perdido en la sedante bruma  
de una divina ensoñación lejana,  
como el pájaro azul de la mañana  
que con besos de auroras se perfuma.

Era el instante suavidad de pluma,  
era la vida púber y cristiana,  
y era el espíritu de filigrana,  
de ámbar, de luz, de almíbar y de espuma . . .

Lo hallé dormido entre penumbras lilas,  
miré en su seno cual se ve en los lagos  
de aguas doncellas, muelles y tranquilas,

y entonces (flor y miel de ensueños vagos)  
hubo una procesión de mis pupilas  
como un desfile de los Reyes Magos! . . .

II

Telas marchitas de crujiente seda  
cuya elegancia, al desdoblarse, rueda  
con abandonos de renunciación,  
telas de pobres tintas desvaídas,  
como las existencias consumidas  
en los calvarios de la devoción.

Doliente languidez de los vestidos  
que, sordamente por el tiempo ajados,  
hoy inútiles, solos y vencidos,  
evocan el azul de los pasados  
en el silencio gris de los olvidos.

Mantillas olorosas a copales  
que sobre el triunfo audaz de las peinetas,  
fueron, en procesiones esponsales,  
recogiendo los mudos madrigales  
de ojos beatos y poetas . . .

Domingueros rebozos pueblerinos:  
gloria de la fragante provinciana  
toda plena de azoros cristalinos,  
como el casto rubor de la mañana  
que enciende Dios con ósculos de trinos.

Un abanico prócer y mundano  
(verso de plumas, ritmo de marfiles)

*La selva sonora (1933)*

que en las fiestas galantes y gentiles  
captó el banal piropo cortesano,  
un abanico que a una linda mano  
graciosamente devolvió un doncel  
cuando hubo al fin depositado en él,  
como una diamantina confianza,  
la palabra de arrobo y transparencia  
que es en los labios música de miel! . . .

Un relicario de oro y filigrana:  
deliciosa y graciosa miniatura  
en cuyo seno acogedor, fulgura  
el brillo matinal de una ternura  
misteriosa, dulcísima y lontana.

Rica fastuosidad del joyelero  
donde, fingiendo el éxtasis postrero  
de la devota lumbre del lucero  
cándido, cristalino y virginal,  
las joyas, apagando en las facetas  
el cabrilleo de sus aguas quietas,  
se van quedando como anacoretas  
en un inmóvil sueño monacal.

Trascendiendo a remotas lejanías,  
sumido como en tenues vaguedades  
el álbum de las mil curiosidades  
y de las mil y una boberías:  
fechas, acrósticos, sensiblerías

evocadoras de minutos idos,  
y los perfumes enlanguidecidos  
de las niñas amantes y ojerosas  
que guardaban secretos en las rosas  
y colgaban canciones en los nidos! . . .

Fervor impenitente del breviario  
cuyo mutismo, sin palabras, reza,  
mientras el lego insomnio del rosario  
en un renunciamiento solitario  
deshoja, mansamente, su tristeza.

Dolorosa indolencia de los guantes  
tibios aun y llenos de temblores,  
como leves sudarios palpitantes  
de remotos “adioses” suspirantes  
y de saludos embelesadores.

Estuche de madera delicada,  
bruñido con tersuras de mirada  
y oloroso a recuerdos y a benjuí,  
en cuya parvedad de bombonera  
cabén todo el ensueño y la quimera,  
como los iris en el colibrí.

Y esas colchas de ilustres terciopelos,  
y esos relindos y esos deshilados,  
y esa eurítmica flora de bordados  
que perfumó cojines y pañuelos

*La selva sonora (1933)*

y que estuvo tan cerca de los cielos  
en el dosel de los crucificados! . . .

Y ese precioso encaje de Bruselas,  
y aquellas blondas de Alençon y Brujas:  
lampos de plenilunios y de estelas,  
prodigios de clarisas y cartujas,  
¡los versos que rimaban las abuelas  
con sus liras de ganchos y de agujas! . . .

Y recóndito, y mudo, y escondido,  
en un lecho de sombra arrebujado,  
el crucifijo de marfil tallado  
todo inmóvil en éxtasis de olvido,  
todo solemne, todo suspendido  
en un augusto pasmo redentor,  
como si fuese el timbre de fervor,  
el noble timbre de la edad aquella  
que en el libro de plata de la estrella  
leyó la vida de Nuestro Señor! . . .

III

¡Oh arcón,  
oh incomparable urna de tantos  
espejismos  
insólitos y vagos,  
que se desvanecieron dulcemente  
por los azules horizontes enigmáticos,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

como las ilusiones infantiles  
que desfallecen de impaciencia, cabalgando  
por los desiertos infinitos del asombro,  
sobre las gibas de los dromedarios! . . .

¡Oh arcón!  
¡Oh fabuloso arcón de sándalo!,  
sonoro de pueriles balbuceos  
divinamente límpidos y cándidos,  
sonoro de palabras que parece  
que se arrodillan y que están rezando,  
sonoro de fervientes devociones  
que ensartan Salves en suspiros de rosarios,  
sonoro de rosadas confidencias,  
sonoro de prodigios y de encantos,  
y sonoro de historias y de amables  
de multidiamantinos cuentos mágicos,  
que en los jardines miliunanochescos  
revientan en rosales de milagros  
y que, en el alma  
del pasado  
suenan,  
(músicas de quién sabe qué deliciosos instrumentos lánguidos)  
como si fuesen filigranas de armonías  
o líricos bordados  
hechos con suaves sedas de canciones,  
sobre los tules de los cielos diáfanos,  
por los arrullos de los dedos de los ángeles,  
o por las flautas de los picos de los pájaros! . . .

*La selva sonora (1933)*

¡Oh arcón! ¡Oh santo arcón!  
¡Oh arcón de sándalo!  
hasta el retiro agosto en el que se abre  
la herida inmaterial de tu holocausto,  
hasta la suave sombra que te envuelve  
y que amortaja, con dulzura, tus cansancios,  
yo, de las claras islas musicales  
(copas de miel en donde beben miel los astros)  
vengo, férvidamente, humildemente,  
pugnando  
porque oren  
hasta los ecos de mis pasos,  
para enredar las espinas de tu angustia  
la devoción de mis suspiros arrobados,  
para aliviar tus agonías con mis besos,  
para envolver tus llagas en sudarios  
de arrullos y de néctares  
y bálsamos,  
y para confundirme con el polvo  
de olvido que sepulta tu calvario  
y dejarte, sobre la cruz de la añoranza,  
que está siempre tendiéndonos los brazos  
todas las alas de mis ritmos suspendidas  
y este poema de mi amor crucificado! . . .

¡Arcón!  
¡Divino arcón! ¡Arcón de sándalo! . . .

A Federico Gamboa.

## Hierro

### I

Antes

era el hierro de la voluntad  
que latigueaba, con el ferrado torrente de los ejércitos,  
las espaldas de las campiñas, igual  
que abofeteaba con los ágiles puños de la metralla  
y cruzaba con el salvazo de lumbre del relámpago,  
el rostro altanero de la ciudad.

Antes

de hierro era el empuje del héroe  
que, sobre los abismos de la tragedia,  
arrojaba el puente de oro del vuelo de la libertad.

Antes

de hierro era el anhelo del artista  
que taladraba, con la punta de brillos de la estela,  
senderos de belleza  
en los oscuros bloques de la inmensidad.

Y de hierro

era el tesón del sabio  
que clavaba la raíz del espíritu  
en las mismas glebas de la adversidad,  
para extraer la esencia del cosmos y arrojarla al cielo

*La selva sonora (1933)*

en el grito soberano y augusto  
de la más ancha, de la más profusa verdad.

Y también, la convicción del apóstol,  
empeñado en nevar  
el negro silencio de los desposeídos  
con su tránsito dulce, acariciador y musical . . .

Y también, la terca obstinación del mártir  
que sabía transmutar  
en la hoguera,  
la vil carnaza, en fanal.

Y la vida sublime del santo  
(hierro ductilizado en la más suave suavidad)  
que ataba los tropeles desbocados  
de los instintos de la humanidad,  
con las guirnaldas de sus oraciones  
fragantes de misericordias y perfumadas de paz.

Hierro entonces,  
¡Si!, hierro brutal  
pero sublime, hasta el de las mismas hordas de la muerte  
que todo lo devastaban al pasar,  
pero que dejaban cantando, sobre el ciclón de los gemidos y las imprecaciones,  
las redentoras músicas del ideal.

¡Y es que un destello divino latía siempre  
aun en el torvo corazón del humano chacal,

y nadie, ni la zarpa de la barbarie o la tiniebla,  
nadie ni nada lo podía arrancar! . . .

Pero,  
desde que en el paisaje ultramoderno amaneció  
la fría aurora  
de nuestra civilización,  
desde que la electricidad nos apagó las estrellas  
y nos hizo una réplica del sol,  
desde entonces, ya no queda otro hierro que el del judío implacable,  
del ruin explotador  
de vanidades e intereses, del mercader de vidas, de goces, de ideas . . .  
en fin “del hombre lobo del hombre” de Hobbes! . . .

## II

Locura de la rueda  
disparada en el riel,  
que se lleva enredados los paisajes  
y raya de ruidos y de dureza el suave silencio del vergel,  
y desgarrar los éxtasis de las alturas,  
y estruja el viento azul,  
y azora los arrobos aldeanos  
y turba a las auroras campesinas, beatas de ingenuidades y románticas de juventud.

Espasmo de la hélice submarina  
que barrena la epidermis del mar,  
y que hilvana las olas con el hilo de la estela

*La selva sonora (1933)*

a modo de los pliegues de un holán,  
mientras va destrozando los luceros caídos  
como si fuesen cuentas de luz y de cristal.

Delirio de la hélice aeronáutica, que perfora  
bárbaramente, la dulzura inefable del confín,  
ávida de ver

escurrir

el oro de las vetas estelares,

la miel del rayo solar, el liquidámbar del lucero

y la ambrosía del plenilunio de jazmín . . .

Delirio,

en fin,

de ver si hay más riquezas explotables

que aquí

abajo, allá en ese otro Nuevo Mundo que ha tenido Colombos y Corteses

pero que no ha visto aún surgir

al misionero alado que abra surcos

de amor y de belleza en las ingravidas llanuras de zafir! . . .

Rueda, turbina,

dinamo, hélice, motor . . .

Siempre

la reducción

de la distancia;

siempre la supresión

del tiempo, siempre el delirio de llegar más pronto

y de llegar más lejos y de llegar mejor . . .

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

¿A dónde? ¡Nadie lo sabe! . . . Pero todos marchamos apresuradamente,  
todos vamos de prisa . . . cada vez más de prisa  
sin que jamás podamos detenernos, porque esa es nuestra bíblica,  
porque esa es nuestra espantosa maldición! . . .

Hierro de los millones de esclavos  
de su propia miseria o de su misma ambición,  
que creen haber quebrantado todas las cadenas, que se sienten ilusamente libres  
de todo yugo y señor,  
que pretenden haberse emancipado  
hasta de la potencia que amplifica en lo infinito y lo eterno,  
nuestra profundidad mezquina y nuestra mísera extensión,  
que ya no tienen, venturosamente, ni el sentimental prejuicio de la patria  
burguesa y romántica, que hacen burla y escarnio  
del arte embaucador,  
pero que, con los despojos del ensueño corrompidos en la entraña,  
con la carroña de la ilusión  
descompuesta en el espíritu, en un gesto de orgullo demoniaco,  
o en un supremo arranque de desesperación  
inútilmente arrojan hacia arriba su apetito  
encaramándolo en los “rascacielos” de Nueva York,  
o frenéticamente lo disparan en el alado  
trampolín del avión,  
¡Oh fáustica demencia de este mecánico Ashaverus,  
inconforme y rebelde, efímero y veloz!,  
para ver si encuentran al fin la fórmula definitiva, el axioma invariable,  
la cósmica ecuación  
que substituya a las religiosas fantasmagorías  
y que nos libre, de una vez para siempre, del espantoso hedor

*La selva sonora (1933)*

con que amenaza asfixiarnos, a nosotros, los fuertes, los grandes,  
los soberanos descreídos de hoy,  
el cadáver inmenso, el cadáver enorme,  
el cadáver sublime e insepulto de Dios! . . .

III

¡Hierro  
de la velocidad,  
del apetito inaplazable, de la avidez sin límites!  
¡Hierro fratricida y deicida! ¡Hierro sin freno y sin piedad!  
bárbaro exponente de este momento atroz,  
como la torva espiral  
de una serpiente inmensa  
(tal  
el boa constrictor  
del símbolo del infinito, que desatase al fin el nudo formidable  
de su doble interrogación)  
repta por las alturas siderales, sube al picacho de oro de la estrella,  
asómate a las radiosas y diamantinas cúspides de Orión,  
dispersa, si te place, la flamígera polvareda de las nebulosas,  
con el ciclón  
de las tinieblas, barre arco-iris y meteoros,  
rompe la gasa del celaje, chafa la seda del fulgor,  
azota las desnudeces del silencio seráfico,  
estruja hasta el vellón  
de la celeste paz, corrompe hasta los limbos inviolados  
donde Alighieri vió

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

abrirse la alborada de la Rosa Mística,  
que de la pesadilla del infierno sus ojos redimió.  
¡Sube, salta, remóntate en alas de un torbellino de bólidos!  
¡Ve más allá de lo que concibiera el artista, de lo que esperara  
el creyente, de todo lo que el idealista soñó!  
¡Hierro imperativo! ¡Hierro todopoderoso! ¡Hierro insaciable!  
¡Hierro insensible! ¡Hierro sin alma! ¡Hierro sin corazón!,  
prosigue tu carrera satánica, anula cuanto fuera de tí existe,  
llega a ser tú, únicamente tú . . . ¡Mejor!  
¡Ya veras cómo tú mismo, en fuerza de negarlo todo,  
y de no ser más que tu propia afirmación,  
acabas por reducirte a un átomo de tiempo y de espacio,  
a un miserable polvo de vida y de conciencia nada más! . . .

¡Ya verás! ¡Ya verás  
cómo privado de la grandeza, de la belleza  
y la bondad,  
te pierdes irremediabilmente en el vacío  
tenebroso y fatal,  
pues el hombre no es nada sin la fe y del ensueño y la esperanza  
que convierten lo efímero en eternidad!

¡Ya verás! ¡Ya verás  
cómo sucumbes,  
sepultado bajo la mole de tu propia vanidad,  
y en tanto que tu gota de miseria  
se pudre en las cloacas de la más espantosa desesperación,  
sobre el silencio estéril que en el surco del orbe  
deja la inútil siembra de tu voz,

*La selva sonora (1933)*

el huracán del Verbo Divino cruza hollando Vías Lácteas,  
arrastrando tumultos de zodiacos, dispersando el terror  
de las noches sidéreas, rigiendo el compás de las constelaciones  
y acelerando, en la enorme entraña cósmica, el ritmo colosal de la creación!

Porque . . . como lo dijo la sabiduría milenaria:

NOSOTROS NO EXISTIMOS,

¡QUIEN EXISTE ES DIOS!

Para Atenógenes Pérez y Soto.

## Patria de bronce y seda

### I

Un largo viento heroico sacude las montañas  
y barre las tinieblas con su robusta crín;  
la veta del prodigio se desflora en hazañas  
y en sus silencios vastos, las cúspides hurañas,  
ven cómo la victoria descuelga su clarín!

¡Oh la *Ilíada* autóctona que íntegramente abarca  
toda la gesta púgil e inmortal:  
desde la turba nómada sin dios y sin monarca,  
hasta el sagrado símbolo de la charca  
donde (pendón de plumas de la rotonda zarca)  
hinca el águila homérica su vuelo en el nopal!

Pontífices  
herméticos, sagitarios  
y artífices;  
almas de puma y lira: ¡tal Netzahualcoyotl!  
guerreros con exquisiteces de orífices  
devotos del relámpago y el tornasol;  
¡Y dignos de los próceres y brujos lapidarios  
que en las facetas pintan Bósforos de arrebol,  
imperios fabulosos y extraordinarios,  
magníficos de brillos como los solitarios  
que desbarata en lumbres el ósculo del sol! . . .

*La selva sonora (1933)*

Pictóricas praderas, adamantinos alcores,  
jardines peregrinantes de guacamayo y quetzal,  
¡granitos que ductilizan trémolos de surtidores!  
¡volcanes que se duermen en cojines de flores,  
y juglarescas músicas de pájaros trovadores  
que suelta la divina voz de Xochiquetzal! . . .

Los azores en los añiles virginales:  
América en el surco del sueño de Colón,  
¡Las manos del prodigio que siembran catedrales!  
¡El roble que se enflora con besos de rosales  
y la gleba aborigen con alas musicales  
convertida en el mirlo de luz de la canción!

Y el agorero  
bronce que suena todavía,  
desde la torre de un lucero  
que es campanario de claridad.  
Y la Reforma que en la noche sombría  
se raptó a la conciencia con las alas del día  
al golpe de una insólita racha de libertad! . . .

Y las otras olímpicas gestas del heroísmo:  
cariátides que sustentan el cataclismo,  
columnas soberanas en cuyo capitel  
la inmensidad corona de truenos su mutismo,  
sacude sus flamígeras centellas el abismo,  
y el sol (¡Héctor de lumbre!) detiene su corcel! . . .

II

¡Oh patria de los líricos veneros milenarios,  
de maravillas y de resplandores,  
cielos que azulan tenues almas de ruiseñores,  
vegas que dulcifican ósculos de nectarios!

¡La de las vocingleras frondas clarosonantes,  
la de las desmayadas brisas como suspiros,  
la de los transparentes lagos como zafiros,  
la de las cristalinas aguas como diamantes!

La de las cosas  
deliciosas  
pero también la de las cosas soberanas:  
¡pétalo en el que tiemblan iris de mariposas  
y torre de las cúspides prodigiosas  
donde ven los crepúsculos a las tardes sultanas  
que mueren en sus brazos, soberbias y gloriosas,  
mientras llega la noche con las piedras preciosas  
que conducen los astros de sus cien caravanas! . . .

¡Oh Patria, oh Patria augusta, síntesis de grandezas  
y de bravuras y de gallardías,  
toda indómita y prócer como las serranías  
que arrojan en tus valles puñados de turquesas!

¡Crisol en cuya entraña los épicos metales,  
sonoros y rugientes de cóleras marciales,

*La selva sonora (1933)*

hierven en un rotundo y enloquecido hervor!  
¡Yunque de los milagros, forja de los portentos  
que en el bronce del héroe modulas los acentos  
del oro del poeta joyero y ruseñor! . . .

Atalaya que empina la angustia vigilante  
para horadar las sombras con ojos de diamante  
y acribillar de brillos la ciega inmensidad!  
¡Vértice de apoteosis olímpico y sereno,  
donde se quiebra el rayo y se desgaja el trueno  
y se derrumba en rosas de luz la tempestad! . . .

Las figuras más grandes de la lid esquilina,  
todas las nobles testas que crisma la mañana  
en tus blasones áureos troquelan su perfil,  
Cuauhtémoc en tus máximos desastres de adivina  
y con la flecha de Ilhuicamina  
tu empuje abre Damascos en el celeste añil . . .

En tu firmeza augusta la claridad se posa,  
como el faisán dorado de la aurora gloriosa  
en el zafiro inmóvil de la montaña azul!  
¡Salve, ritmo de liras en nervios de panteras,  
enorme y delicada como tus cordilleras  
donde el cóndor es fina libélula de tul!

¡Salve, fragua de asombros y de epopeyas,  
lumbre de heroicidades que fundes en estrellas  
los rútilos lingotes del sideral crisol!

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Salve, fuego sagrado de Aquiles y de Oriones  
que vibras en la música de las constelaciones  
y cantas con el pájaro del alba tornasol! . . .

¡Salve, plata de luna que nievas azahares,  
oro de los Cipangos estelares  
que a los labios descendes desenhebrado en miel!  
¡Salve, flava tormenta de lívidos furores  
que quiebras tus relámpagos en jaspes de fulgores  
para besar la rosa más bella que el laurel!

¡Salve, salve ciclópea capitana de atlantes  
que de las luchas crueles en los ígneos instantes  
dispersas a los vórtices con tu soberbio airón  
y que, al fin heraclida de corazón de aeda,  
desbaratando en lirios tu caridad de seda  
coronas de perfumes las crines del ciclón! . . .

## Bolívar

### I

¡Bolívar! . . . El oído azul del silencio se queda  
absorto. ¿Es el redoble de oro del sol en la inmensidad?  
¿Qué viento de apoteosis, en la prora de luz de los astros, se enreda?  
¿Qué pindárico soplo rasga el velamen de la noche, y rueda  
por los celestes añiles que armiñan las miradas de seda  
de Dios y flordelysan los pies de nácar de la claridad?

¡Bolívar! . . . Por el ancho sendero  
de ese nombre, toda la América desfila,  
con el paisaje heroico del padre Homero  
en la pupila  
y en el aborigen labio romancero  
(grieta de bronce autóctono que miel de músicas destila)  
con el filón de brillos que rutila  
en el “súrsum” de plata de la trompeta del lucero! . . .

¡Bolívar! ¡Bolívar! Se dijese la tienda  
de púrpura de una tarde lágida, clavada en los peñoles  
de las más altas cumbres por un crepúsculo beduino  
y desplegada sobre el Continente como la ofrenda  
de una techumbre de arreboles,  
para que se repose el cansancio del ideal peregrino,  
impaciente de Don Quijote y nostálgico de Aladino,

y triste por Dulcinea: la de los madrigales de trino  
y enfermo por Scherhazada: la de las palabras tornasoles! . . .

Porque sí,  
guerrero  
y visionario, es lo mismo  
Roldán de las hornallas épicas y Bayardo del espejismo,  
sangre de incendio en el latido de un rubí;  
llama que bruñe lysés de jaspes en el acero,  
y en la arista del pico del gerifalte bandolero  
cristal de luz que se astilla en el temblor de un colibrí! . . .

Cuando el bermejo huracán de la epopeya  
desnuda la zarca rotonda de su velario de tules,  
se le ve, con el puño ferrado de la estrella,  
rigiendo las fugas elásticas de sus bridones azules . . .

Y cuando la paz de los oasis plenilunares,  
afelpa de ternuras, sus ímpetus libertarios,  
dijérase que el hierro del héroe se ductiliza en azahares,  
mientras, los belfos húmedos de rocíos estelares  
se duermen sus fatigas como sumisos dromedarios.

Voluntad  
heraclida, tesón  
aventurero, su espada es un relámpago en la tempestad,  
es la crencha del trueno, en la lucha , su airón;  
sus plumones abrevan rachas de eternidad  
y apoyado en las cúspides longevas, el talón,

*La selva sonora (1933)*

se unge los ojos con la fábula de los cielos acuarelados  
y se perfuma las sienas, con los vientos dorados  
que sueltan sus torzales en las frondas de Orión!

Pero también,  
ilusión argonauta, ideal gambusino,  
corsario del imposible vellocino  
que nada más los Jasones del tercero afán marino,  
en las islas flotantes de los luceros ven,  
juglar de la onda dócil y rapsoda de las rudas procelas,  
cual un puñado de alas, echa a volar las velas  
de su esperanza, ivástago al fin de las carabelas  
esos tres Reyes Magos navegantes, ricos de Ofir y pobres de Belén! . . .

¡Príncipe del ensueño continental,  
cuyos azores cazan arco-iris para prenderlos en alcándaras de cristal!,  
difuma sus arengas en orientes  
de imágenes desfallecientes,  
en la perla de la hora  
canora  
de la aurora  
musical;  
y en el clímax vibrante de las liberaciones  
(fuerza y belleza siempre: corazón de diamante  
que tiembla con las siete palpitaciones  
del espectro) dispara el flavo empuje de su pasión colérica,  
arroja a lo alto su grito como falárica de imprecaciones  
y es todo él la más grande estrofa de la lira de América  
que alzan al sol dos mares, con actitud homérica,  
y pulsán con sus manos rotundas los ciclones! . . .

II

Boyacá, Carabobo y Pichincha y Junín . . .  
del Potosí al Orinoco, de uno al otro océano, ¡Oh paladín  
de paladines! ¡Oh capitán  
de los mosqueteros de la gloria: Páez y Córdoba y Sucre y San Martín!,  
de confín a confín,  
va mordiendo tinieblas el mastín  
de lumbre de tu afán,  
y hasta la misma espalda del músculo volcán  
se dobla, con el flagelo de bronce del clangor de tu inmenso clarín! . . .

¡Emancipador de pueblos! ¡Patriarca de naciones!  
¡América es la sombra de tu vuelo, porque tu eres la libertad!  
¡Cóndor en cuyas alas, que son dos estelares pabellones,  
ensortíjase las miradas de las constelaciones  
y se reposan los roncros vientos de la adversidad!

¡Grande en la lid, grande en la paz, grande entre los grandes,  
tu testa solamente de zodiacos coronas  
y a veces desatas tu melena sobre los Andes  
para que ruede en líquidas guedejás de Amazonas!

Las noches etíopes, tendidas a tus pies,  
velan tus sueños vastos y las mañanas bayaderas  
te dan, en la lira de sus caderas,  
toda la música de su carne de una felina languidez . . .

*La selva sonora (1933)*

El orbe austral entero,  
simbolizado en el pomo flamígero de la Cruz del Sur,  
palpita en tu guante de acero,  
Rodrigo de Vivar de las gestas del azul! . . .

Y, sin embargo, un día  
te habrías de quedar solo, ¡Tú, la cumbre del Continente!,  
tanto, tan triste y solo, que para cubrir la desnudez de tu melancolía,  
inútilmente  
los fulgores rahajás te arrojan la pedrería  
que cuaja el iris alquimista en las redomas del Oriente! . . .

Pero así,  
habías de ser más grande, apóstol y libertador,  
peregrino de las tres montañas: el Tabor,  
el Sinaí  
y el Calvario: ¡La apoteosis de la gloria, la del poder y la del dolor!  
Por eso, para cantarte a tí,  
hay que ser un relámpago de alas, como el neblí  
y una gorja de palores de luna, como el ruiseñor!

Iluso de la inmensa visión: ¡La América única,  
fuerte y total ante la audacia púnica!  
¡La América libre  
y poderosa  
y bella,  
como un pájaro felibre,  
en un bosque de liras, cual una perla rosa,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

en las valvas azules de los dos abismos equidistantes,  
o como el mástil de oro de una estrella  
donde el galeón del mar iza los brillos de su ilusión pirata de diamantes! . . .

La América así: ¡Bajo un palio de vientos clarosonantes,  
sobre la hamaca de jardines del continente imprevisto,  
un ideal en éxtasis de ensoñaciones distantes,  
y una luz que es jaula de vidrio de las alondras de Cervantes  
y un azul que es álbum de seda de las parábolas de Jesucristo! . . .

La América del Manchego,  
hermosa y fuerte, junto a la América del puritano,

¡Tras el rudo fantoche de Crispín, el ruego  
(rosa y ala de música) del irónico embuste de Cyrano!

¡Oh sueño soberano!  
¡Sueño sublime! ¡Sueño justiciero! ¡Sueño reivindicador!  
Por ese sueño único, sólo por él,  
¡Oh Bolívar! ¡Oh Campeador  
del imposible!, América, tu América, cual una Ximena fiel,  
desmayada de amor  
sobre las ancas de tu corcel,  
te entrega todo el ritmo de sus panales  
musicales,  
en el  
nido del  
verso ruiseñor  
de sus labios que ocultan una oropéndola de miel,

*La selva sonora (1933)*

y entre la nube de oro de ese tu idilio deslumbrador,  
el sol te arroja el día como el gran manto de un emperador  
y el cielo es en tu frente la inmensa sombra de un laurel! . . .

A José de J. Núñez y Domínguez.

## Sinfonía heroica

### Canto a la Revolución Mexicana.

#### I

El viento estaba azul de melodía  
el polvo de oro de una epifanía  
llenaba el éter y en la caracola  
del astro, se postraba el férreo grito  
con que el pavor de la tiniebla inmola  
el silencio estelar del infinito.

Por doquiera  
era  
la música y la primavera.

En la “turrís abúrnea” del instante,  
vaga de ensueño, ingrávida, distante  
de idealidad, el amor y la paz, los dos de nieve,  
los dos de candidez, los dos de aroma,  
en aquella dulzura casta y buena,  
eran la beatitud de una paloma  
junto a la santidad de una azucena.

Pero de abajo,  
de la entraña obscura  
donde palpita el ritmo del trabajo

*La selva sonora (1933)*

y el germen de las albas nazarenas fulgura,  
alzóse al fin, magnífico, potente  
y enorme de ira, el pueblo, y al erguir la frente,  
cual una torre de constelaciones,  
rompió los ilusorios cortinajes  
y dispersó quimeras y paisajes  
con su vasta melena de ciclones!

¡Púgil resolución de la zarpa de acero  
que rasga el espejismo, porque sabe  
que el áspid mora donde trina el ave  
y que encalla en los bancos de la noche, la nave  
del día, si oye a la impúber sirena del lucero! . . .

¡Gloriosa  
decisión del caído  
que sacude la encina donde se abre la rosa  
del crepúsculo y el pájaro del sol cuelga su nido,  
porque anhela  
coronar de fulgores la procela  
y bendecir el tránsito ensangrentado de su planta,  
con el incienso azul de lo que vuela  
y el rocío musical de lo que canta! . . .

Sublime arrojó  
del que en aras de un sueño sacrifica la vida,  
del que va en pos del triunfo sin temer la caída,  
pues, hijo al cabo del dolor, no olvida  
que hay que ir por el desierto y cruzar el Mar Rojo,

para alcanzar siquiera el paradisíaco despojo  
de la visión de la Tierra Prometida.

Y es que, desnuda  
de oropeles, mostrábase la ruda  
e infamante verdad:  
Los áureos Pactolos de la riqueza  
volcaban sus ánforas transeuntes en la Ciudad  
insultante de lujo y de grandeza,  
pero, en la remota heredad,  
se agazapaba la pobreza  
de los huérfanos de toda belleza  
y claridad,  
y al amor de los lagos de turquesa  
o al amparo de las montañas ceñidas de eternidad.  
la amargura del indio doblaba la cabeza  
en el regazo de la adversidad.

Y eran sus dos amigos únicos, la firmeza  
del silencio y la dureza de la soledad.

Por eso  
hizo bien  
el ímpetu robusto que sacudió los falsos mirajes del progreso  
y arrancó la diadema rutilante de la olímpica sien.

Por eso, a pesar de su dantesca caravana  
de espectros, no obstante que en la grupa de su corcel, la muerte  
cabalgaba, ebria de sangre y ahitada de furor,

*La selva sonora (1933)*

aquella lucha soberana  
del pueblo esclavo contra el fuerte,  
es en nuestros calvarios el galileo resplandor  
de una aurora que surge del antro, que camina y que sube  
en el carro de plata de la nube,  
para ir socorriendo nuestros ojos (al fin hada y querube)  
con su luz franciscana misionera de amor! . . .

II

¡Oh el formidable paroxismo  
que conmueve a la Patria de confín a confín:  
dijérase que los anchos pulmones del abismo  
entuban huracanes en el largo clarín  
cuyo clangor dispara los vuelos del heroísmo,  
entre hogueras de púrpura y hornallas de carmín!

En el Norte, el águila del trueno se derrumba  
desde las cumbres de la tempestad  
y hasta la misma sombra se revuelve en su tumba  
que el relámpago agrieta con zarpazos de claridad!

¡LIBERTAD, JUSTICIA Y TIERRAS!  
restalla el magno grito su látigo en las sierras  
del Sur y el lobo de Francisco descende a la llanura  
en pos de las ovejas blancas de la ternura . . .

Y en la torre de los paisajes  
épicos: Anáhuac, el halcón de la noble y heroica rebeldía,  
sube a traer radiantes pájaros de celajes  
para que alivie el pobre sus nostalgias del día! . . .

Todo el país en torno de un caudillo: Madero  
(en la garra bermeja perdón de lys de plata)  
y el dolor de los surcos que concreta en Zapata  
su santo Apocalipsis, enorme y justiciero.

Y Obregón y Carranza y Calles . . . Hasta “el divino  
bandolero” y el rufián Iscariote: Los ruines  
pretorianos junto a los paladines  
que, a golpes de voluntad,  
van hendiendo imposibles para hallar el camino  
cuyo barro, desnudo del fulgor peregrino,  
alfombra con pisadas de iris la libertad! . . .

### III

¡Explosión inaudita, formidable epopeya!,  
¡Sublime y santa desesperación  
del puño del caído que arrebató la estrella,  
para alumbrarse las pupilas y calentarse el corazón!

¡Revolución! ¡Revolución! ¡Hosanna!  
Sobre la torva lobreguez arcana

*La selva sonora (1933)*

un astro alza su cúpula: tu frente,  
y absuelta al fin de la tiniebla lejana,  
llegas ya en el rosado bajel de la montaña,  
por los golfos de piedras preciosas del oriente.

Y contigo,  
arrojando himnos de oro al silencio mendigo,  
llega el paria de antaño, vencedor de la suerte  
aciaga y de los torpes odios del enemigo  
que azuzan a los torvos mastines de la muerte!

Toda la sombra pretérita viene en tu nave  
trasmutada en gloriosos cargamentos de luz:  
en la prora  
gorjea la jaula de risas de la aurora  
y sobre el mástil donde canta el ave  
del lucero, las velas, de una nívea bondad alada y suave,  
son cual un Cristo de blancuras que se vuelve alas en la cruz.

Y, ¡Oh maravilla!,  
después de haber partido con su quilla  
la borrasca, ese tu barco insólito, incrusta su espolón  
en las islas de nácar de nuestros volcanes  
engarzados en piélagos de vegetación,  
y como si vaciara el cofre de un cuento de sultanes,  
suelta en nuestros añiles un vuelo de faisanes  
y siembra en nuestros yermos espejismos de Orión! . . .

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Hosanna! ¡Hosanna!  
¿Escucháis? Es el sermón de bronce de la campana  
fundida en el metal  
de una raza de héroes y de artistas: es la voz ancestral  
que viene desde el antro más negro de la Historia:  
es el pregón de la victoria  
del obrero y del indio, del esclavo del surco y del taller (escoria  
social  
del coloniaje) que pisoteó con su bota de hierro el tirano brutal,  
que explotó la insaciable avidez  
del fuerte, del rico, del burgués,  
y que hoy, al fin libre, al fin grande, al fin igual  
a nosotros, canta la epifanía  
de su esperanza, y prosterna en los labios de músicas del día  
el trueno de sus cóleras trocado en la rosa de miel de un madrigal!

¡Hosanna! ¡Hosanna el duelo  
es alegría, la senda es terciopelo,  
la ola es de esmeralda y el vendaval de tul,  
y para celebrar la apoteosis del democrático anhelo,  
bajo la tienda de oro que el sol abre en su vuelo  
el cielo es una fúlgida y enorme arenga azul! . . .

## Los orfebres de la arcilla

Se quedaron como el eco  
de las razas ancestrales,  
escondidos en el alma del pasado  
y arrojados con las brumas de los sueños inefables.

No los vieron las egregias elegancias  
ni las pompas de los finos virreinos deslumbrantes,  
no ampararon su tristeza los suntuosos edificios,  
ni siquiera las suntuosas catedrales,  
nadie osó albergar al átomo errabundo,  
nadie quiso proteger al polvo errante,  
nadie pudo iluminar la gleba oscura,  
nadie . . . nadie . . .  
solamente los hialinos corazones  
de los frailes  
generosos, solamente las auroras que miraron  
sus pupilas, en un éxtasis de azul crucificarse,  
y los astros que los vieron, en mortajas de mutismos  
envolver sus soledades,  
para oír mejor el “réquiem” de la noche  
y el aullido de las sombras perseguidas por los lobos de los vientos ululantes! . . .

Cuando el último  
teocalli,  
sobre el místico cansancio de sus hombros  
venerables

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

sintió el peso del olvido  
como el peso de un cadáver,  
ellos, mudos, solitarios,  
pensativos, firmes, graves,  
se alejaron hasta el fondo de su angustia,  
se perdieron en los limbos de sus lúgubres desastres,  
se enterraron en el polvo de las horas fugitivas,  
y al hundirse en las entrañas de la dulce tierra madre,  
cual si hubiese en sus talones las celdillas de raíces seculares,  
por sus venas  
el impulso de las vidas ancestrales  
fue corriendo con la fuerza de un impulso  
inescrutable;  
fue corriendo, como savia generosa, todo el jugo de la raza  
por la fiebre de su sangre,  
y tremó en las vibraciones de los nervios,  
y abatióse en la agonía de los músculos exangües.  
y durmióse en la cisterna de los ojos pensativos,  
y encendióse en el relámpago del cerebro delirante,  
y ensanchóse en la llanura de la frente,  
y escapóse en el plañido de los labios, y en un ágil,  
en un lírico arrebato,  
fue alargándose, alargándose,  
alargándose divina y sutilmente,  
alargándose en un pasmo inenarrable,  
hasta ser canción de euritmias prodigiosas  
en las liras de las manos y en las flautas de los dedos musicales! . . .

*La selva sonora (1933)*

¡Oh los múltiples prodigios de los brujos ceramistas!  
¡Oh la gracia melodiosa de los magos plastizantes!

¿No sabéis de los tesoros de esas rítmicas paciencias  
y esos rítmicos afanes?  
¿No habéis visto los jardines  
de esas flores que son flores y son himnos y son aves?  
¿No han sentido vuestros dedos,  
cómo laten  
las ocultas melodías  
de los átomos que saben  
del fervor de los espíritus autóctonos,  
del suplicio de las almas cuyos suaves  
desencantos, florecieron  
en primores adorables  
libertando la tortura de las médulas  
con las alas infinitas del perfume de los cálices?

Yo imagino que,  
a través de las edades,  
el granito de la stirpe, golpeado  
por la furia de los trágicos desastres,  
poco a poco se hace dúctil,  
poco a poco se hace dócil, armonioso, maleable,  
y en las manos de los indios se prosterna,  
se arrodilla, calla, y ante  
los herméticos martirios  
de esas pobres existencias trashumantes,  
se da todo en una santa mansedumbre,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

todo, todo se abandona, silencioso, dulce y suave,  
y así es cómo entre los dedos afiebrados  
vibra, lucha, canta, llora, piensa y arde,  
y es lo mismo un arco-iris que se fuga en mariposas  
que una selva que se escapa con las liras vagabundas de sus aves! . . .

Yo supongo  
que los tristes y pacientes indios hábiles,  
con la gama de las formas y la luz y los colores  
modulando su lenguaje,  
dicen versos en los vasos que modelan,  
minian finos madrigales,  
pulen odas y sonetos,  
tallan himnos y aleluyas, y afinando sus miserias en las músicas de su arte,  
al fin logran que los broncees formidables  
de la raza, se conviertan en arrullos,  
en arpegios donde vibra toda el alma del cordaje,  
como brilla todo el oro en el topacio,  
como alumbra todo el sol en el diamante,  
como flota todo el sueño del vergel en el perfume,  
y en el ósculo del trino cantan todas las orquestas de los árboles! . . .

Yo he creído,  
yo he pensado que concretan en el barro las imágenes  
de sus sueños inasibles  
(vagorosos de rosadas vaguedades)  
que en el barro dicen todo lo que callan,  
lo que sufren, lo que esperan, lo que saben,  
yo he pensado que, a la punta de sus dedos,

*La selva sonora (1933)*

fluyen todos sus fervores, y filtrándose  
en la  
carne  
de la arcilla,  
es la arcilla la que luego treme y late,  
y nos cuenta los recónditos empeños  
y los múltiples afanes  
de los seres postergados,  
y nos dice de las ansias, de las cóleras inútiles, de los ímpetus suicidas y fatales,  
de las flores que sucumben sin abrirse,  
de las alas que agonizan sin alzarse,  
y también a veces pienso que,  
(a la sombra del arrobó, cabe  
el dulce corazón de la añoranza,  
bajo el lirio del recuerdo que perfuma eternidades)  
es la arcilla, es la misteriosa arcilla  
la que pide, la que implora, la que plañe,  
la que reza sin palabras por los huérfanos de auroras:  
“¡Dios te Salve,  
Madre Nuestra, Dios te Salve, Madre Nuestra  
que, con suaves,  
níveas gasas de ternuras,  
nuestras pobres desnudeces arropaste,  
que nos diste en el milagro de Juan Diego,  
la bondad de tus sonrisas en la flor de tus rosales,  
que a la voz de la campana del prodigio,  
por senderos de epopeyas, a las cumbres del asombro nos llevaste,  
que extendiste en nuestros pútridos pantanos  
tus alfombras de celajes,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

que cubriste nuestras llagas, y envolviste nuestras penas  
y endulzaste  
nuestras crueles amarguras,  
¡Dios te Salve, Madre Nuestra! ¡Madre  
Nuestra de los Tristes! ¡Madre Nuestra de los Pobres!  
¡Madre Nuestra de los Indios, Dios te Salve! . . .”

¡Oh poeta,  
tú que sabes  
de los ritmos vagabundos que se mecen  
en las alas invisibles de las horas impalpables,  
tú que intuyes que en el cráneo de los cielos,  
son neuronas las estrellas y metáforas las aves,  
tú que ensartas en los hilos de las brisas,  
como perlas dolorosas, los suspiros sollozantes,  
tú que abrevas  
en el cáliz  
de la rosa, la sonrisa de la luz que es la sonrisa  
(miel y ámbar) de los labios matinales,  
tú poeta, niño enfermo, niño triste,  
niño grande,  
cuando tengas en tus manos los joyeles de los brujos ceramistas  
no los rompas, no los hieras, no los mates,  
ten piedad de los dolores que amortajan,  
piensa en todos los cadáveres  
de ensueños que los forman,  
y con dulces suavidades  
acaricia sus tersuras,  
besa el barro unciosamente (que no es barro sino carne

*La selva sonora (1933)*

de amargura y de tristeza)  
y ante  
el barro silencioso permanece,  
todo níveo de ternuras . . . Ya verás el inefable  
corazón de la materia cómo vibra, ya verás cómo la gleba  
tiene arrullos, ya verás arrodillarse  
en las arcillas, el fervor de los espíritus ancestros  
y el dolor de las angustias ancestrales,  
ya verás cómo del alma de las formas,  
de la hondura de la tierra deleznable  
(traduciendo la plegaria de millones  
de existencias miserables)  
una voz profunda reza,  
una voz profunda reza, como ha poco, como antes,  
como siempre:

“¡Dios te Salve,  
Madre Nuestra, Dios te Salve, Madre Nuestra,  
que con suaves,  
níveas gasas de ternuras  
nuestras pobres desnudeces arropaste,  
que nos diste, en el milagro de Juan Diego,  
la bondad de tus sonrisas en la flor de tus rosales,  
que a la voz de la campana del prodigio,  
por senderos de epopeyas a la cumbre del asombro nos llevaste,  
que extendiste en nuestros pútridos pantanos  
tus alfombras de celajes,  
que cubriste nuestras llagas y envolviste nuestras penas  
y endulzaste

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

nuestras crueles amarguras!,  
¡Dios de Salve, Madre Nuestra! ¡Madre  
Nuestra de los Tristes! ¡Madre Nuestra de los Pobres!  
¡Madre Nuestra de los Indios, Dios te Salve! . . .”

A vosotros, artífices de Tonalá, Me-  
tepec, Oaxaca, Puebla, Texcoco,  
Tlaquepaque . . .

A vosotros, a cuyos silencios  
en éxtasis, casi nunca han  
bajado nuestras liras.

## El milagro de la piedra

### I

En un bárbaro derroche se desatan los regueros  
de la piedra (diamantista de Mossules y Bagdades)  
y abren al dorado asombro de los orbes, sus joyeros,  
que cincelan, y biselan, y repujan los luceros  
con las manos melodiosas de sus finas claridades!

¿No los véis? Son los tumultos de las piedras milagrosas  
elocuentes,  
y fervientes,  
y radiantes,  
y armoniosas  
que se dan en soberanas floraciones victoriosas,  
y se minian y se lustran como dádivas galantes,  
y maceran sus cansancios con fulgores de diamantes  
y se arrullan con el ritmo de las liras de las rosas!

¿No los véis? Son los desfiles de las pétreas procesiones:  
infinitas caravanas de infinitos dromedarios  
que al tenderse en el reposo de las brujas poblaciones,  
se dijera que descargan próceras constelaciones  
hechas en los alambiques de los cielos lapidarios.

¿No las véis? Solemnes, hondas, sabias piedras pensativas,  
diccionarios silenciosos de la muda eternidad,

momias de las elocuencias de las razas primitivas,  
ataudes misteriosos de las horas fugitivas,  
hermetismos que amortajan un fragor de tempestad!

¡Oh la historia de la piedra: sus desastres, sus victorias,  
sus inmensos cataclismos, sus rotundas epopeyas,  
cuando late en el impuro corazón de las escorias,  
cuando azula sus pendones en las alas de las glorias,  
cuando besa hasta la tibia desnudez de las estrellas! . . .

¡Oh el milagro de la piedra! . . . Hacia atrás volved los ojos:  
¿no miráis (endureciendo su quietud de mastodontes)  
las pirámides que empinan, bravamente, sus despojos,  
y que nutren sus hastíos con nostalgia de horizontes?

¿De la América remota, no deslumbran vuestra vista  
Cajamarca, Uxmal y Cuzco, Túmbez y Tenochtitlán,  
los imperios que se envuelven en los sueños de un artista  
o prodigios que se esconden en un raro talismán! . . .

¿Distingáis, en el arrobo de una vaga lejanía,  
entre brumas de violeta y entre chales de topacio,  
el asiático portento, cuya egregia brujería,  
pule y labra los sillares, como enorme pedrería  
que durmiera en los estuches afelpados del espacio?

Babilonios y Asirios: príncipes cinceladores  
que abren a la musa eximia Visapures de esplendor . . .  
¡Las terrazas donde disfrutaban sueños los emperadores,

*La selva sonora (1933)*

y las rutas que fatigan los corceles destructores  
de Senakerib y el carro de Nabucodonosor! . . .

¿De Persépolis tiarada columbráis el oleaje  
que la piedra inmoviliza bajo el sueño de Darío?  
¿No miráis cómo despliegan su faustoso varillaje,  
los soberbios abanicos del insólito paisaje  
que esculpieran los cinceles de un suntuoso poderío?

¡Grecia! . . . ¡Grecia!, la celeste, la impecable, la divina,  
la que alumbra y la que aroma, la que piensa y la que trina,  
¿No sentís al contemplarla como un soplo de canción? . . .  
¡La tersada melodía de sus puras  
esculturas,  
y el gran libro cincelado para las arquitecturas,  
la gran Biblia de la piedra musical: ¡el Partenón!

¿Qué sultanes nos deslumbran con sus mágicos tesoros,  
qué infinita alfombra pétreo desenvuelve sus derroches?  
¿No las véis? son las ciudades que ensortijan lumbres y oros,  
los ilustres califatos, diamantinos y sonoros,  
que parece que surgieron de las Mil y Una Noches! . . .

¿Es la tierra que se crispa, son las vastas cordilleras  
que descienden, como potros a las fúlgidas praderas,  
enclavando en las colinas su soberbia majestad?  
¡No!, miradla, es Roma augusta, Roma noble y sempiterna:  
¡la ciudad de las ciudades y la histórica cisterna  
donde beben los robustos belfos de la eternidad!

¡Oh la edad de hierro y ámbar, de cantiles y rosales!  
¿No escucháis un rudo trueno que se quiebra en un suspiro?  
Es que pasan los tropeles de los años medioevales,  
levantando fortalezas y miniando catedrales  
que se duermen en el alma de las noches de zafiro! . . .

¿Quién ha dicho Brunelleschi, Buonarrotti, Donatello,  
y Chiberti y el Bramante, Benvenuto y Juan de Pisa? . . .  
¡Las techumbres encantadas se reclinan en el cielo,  
y las núbiles auroras, sobre el carro azul del vuelo,  
en las cúpulas desatan el listón de su sonrisa! . . .

Un temblor dorado corre por los nervios del planeta,  
la gloriosa luz que extiende sus plumajes de arbol  
y en el mundo arrebatado vibra el “sursum” de un esteta,  
que se asoma hasta las rutas de corinto y de violeta  
por donde las tardes huyen con las túnicas del sol!

El prodigio de San Marcos, la triunfal Santa Sofía,  
las eurítmicas pagodas  
que son todas  
melodía,  
el Kremlin, el Vaticano, Versalles, el Escorial,  
y el joyero de Florencia, y la clara gallardía  
del emporio veneciano, que en la música del día,  
finge un verso que resbala su trirreme de cristal!

Las altivas construcciones que bocetan los monarcas,  
los recintos religiosos colosales e imponentes,

*La selva sonora (1933)*

y las mil arquitecturas que en las vaguedades zarcas  
tanto afinan sus granitos, que se vuelven transparentes!

Y el pujante Berruguete, y el profuso Churriguera,  
la gran ola que se alarga sobre el mundo de Colón . . .  
¡Oh el milagro de la piedra que, como una primavera,  
se deshace en esas vastas floraciones de quimera  
como se deshoja en besos el amante corazón! . . .

II

¡Piedra mágica y sublime, piedra lírica y suntuaria,  
en la que se posa el ibis de la estrella solitaria  
y en cuyo vigor se inclinan los flabelos del azul,  
piedra melodiosa y fuerte, piedra fuerte y melodiosa  
que eres himno de cantiles y oración de mariposa  
y holocausto de perfumes en un ánfora de tul! . . .

¡Piedra que recorres todos los matices de la escala  
que, como un florete de oro, se introduce en el confín,  
piedra que eres clave humilde y eres principesca gala,  
devoción en las ojivas, en los minaretos ala,  
y en el triunfo del remate, joya, y cóndor, y clarín!

¡Monumento, y tumba, y templo, y palacio y fortaleza,  
por doquier el hombre se halla tus inmarcesibles rastros:  
ya gimiendo en los sepulcros con la pálida tristeza,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

ya asomándote en las torres, a los dombos de turquesa  
para oír a los bulbules de las jaulas de los astros! . . .

¡Oh inmortal, oh piedra mater, ritmo y flor de maravillas  
que derrochas tu riqueza, regiamente soberana,  
y te yergues sobre el tiempo cuya majestad humillas,  
mientras, a tus pies, las noches se derrumban en astillas  
y se desbarata en rosas el panal de la mañana! . . .

¡Piedra eterna, piedra insigne, roca, y ala, y antro, y cima,  
haz que en tus esplendideces la materia se derrima,  
clava en tus eternidades, como antorcha, nuestra voz,  
y volviéndote serena, dócil, dúctil, misteriosa  
duérmete en los terciopelos de la alfombra luminosa  
donde el infinito sueña sobre el corazón de Dios! . . .

## Los ríos de América

### I

Ríos soberbios,  
ríos grandiosos,  
ríos que ensayan inmensas arterias de vidrio,  
ríos que fingen móviles collares, ríos, cuyos elásticos hombros,  
van conduciendo la luz de los astros,  
bajo la tienda del cielo glorioso,  
como caciques que llevan a un férreo monarca  
los encantados y alucinantes tributos del oro! . . .

Ríos que corren y ondulan como las serpientes,  
ríos que saltan y brincan como ágiles potros,  
ríos que sueltan en trémulos lagos,  
sus cabelleras profusas floridas de lotos,  
ríos que duermen en limpios remansos,  
ríos que escurren en hondos  
y fúlgidos cauces,  
ríos que cruzan misterios, ríos que rezan y rugen  
y en los abruptos declives cabalgan,  
mientras arriba, los remos tendidos del cóndor,  
van tramontando de estrella en estrella  
como si fuesen de asombro en asombro! . . .

Ríos de América:  
lumbre de veinte crisoles heroicos

que derramaron sus ígneos metales  
sobre los sólidos  
bloques de la epopeya, para grabar las rotundas estrofas  
que sacudieron los patrios pendones con un homérico soplo!

Ríos de ensueño, ríos de fábula,  
cuando se vuelve el espíritu al orto  
de las maravillas,  
cuando en las brumas azules se clavan los ojos,  
vuestros cristales parece que cantan,  
vuestras corrientes parece que llevan soñados tesoros,  
y hay un desfile de sombras ilustres,  
y hay un tumulto de nombres gloriosos,  
y hay en la lira un inmenso latido de triunfo  
que hace vibrar a los astros como un gran viento sonoro! . . .

## II

Juan de Grijalva,  
que el impetuoso  
latir de los mares arroja  
hasta el hondo  
y muelle temblor del Tabasco,  
y que después, persiguiendo los paraísos ignotos,  
halla el azul Coatzacoalcos y el Pánuco:  
brazos ciclópeos  
estremecidos de fiebres gloriales  
que le señalan los huertos que riegan las mieles del oro.

*La selva sonora (1933)*

Río preclaro: el Usumacinta,  
en cuya cuenca y a cuyas lindes, insólitos  
se alzan Votán y Zamná  
perfilando sus trazos grandiosos  
en las brillantes mitologías de los Mayas  
y de los Quichés, hermanos en el sólido  
vínculo de la misma epopeya,  
de los aztecas y de los chibchas y de los incas indómitos.  
¡Usumacinta, el que  
detuvo a Cortés, quien, en un arrojo  
sublime, viendo truncado su anhelo  
de pronto,  
como mil flautas les roba mil árboles  
a las orquestas del bosque sonoro,  
y las arroja como si fueran mil alas,  
en un olímpico gesto imperioso,  
para que, palpitando sobre el cauce vencido,  
carguen las áureas victoriosas de sus impulsos heroicos! . . .

Río Sabana, testigo  
de aquel portentoso  
minuto en el que  
a los ojos  
del argonauta Balboa,  
surge el insólito mar: el más hondo,  
el más grande, el más soberbio de todos,  
el formidable y magnífico,  
el gigantesco y diabólico,  
en cuyas crines el rayo se duerme

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

y en cuyo trémulo dorso,  
la tempestad se destroza impotente y vencida  
como una zarpa que pega sobre una roca de pórvido! . . .

Chile, Ecuador, Belalcázar, Valdivia:  
nombres que evocan el Guayas y el río Mapocho,  
y el ademán de Pizarro, vibrante y simbólico  
que vieron,  
mudos y absortos,  
el de San Juan y el que corre en el valle del Piura:  
¡las dos banderas que agitan alisíos de asombro,  
las dos espadas que dejan inmóvil al tiempo,  
cuando, en un mar de sangrientos despojos,  
se derrumbó la grandeza del Inca  
frente a los Andes, que con sus cumbres tocando en el solio  
de las cerúleas regiones,  
parece como  
que llevan cargados los astros  
sobre el robusto vigor de sus hombros!

Cauca y Atrato y el colosal Magdalena:  
ríos que rompen los sólidos  
nudos de los boscajes y atravesando las selvas intactas  
lucen a modo  
de tres magníficos puentes tendidos  
sobre admirables abismos canoros,  
ríos que ven pasar a Quesada y a Heredia  
una mañana de ensueño,  
rumbo al ignoto

*La selva sonora (1933)*

país de los cuentos azules  
donde, el metal fabuloso,  
pone en el alma repiques de gloria  
y abre horizontes de luz a los ojos . . .

Claro y Jujuy, Negro, Limay y Cuchipo  
y el Orinoco:  
(trémulas canas de las hirsutas guedejas del bosque)  
los dos caminos que del guerrero impetuoso  
llevan la egregia osadía a Copiapó y a Coquimbo,  
y en el que apaga Rodrigo de Isla sus sedes,  
y al que Cabral sorprendió con inmensos tesoros,  
y el  
caudaloso  
venero, la prodigiosa raíz de los mares  
que bebe savia de cumbres y seca llanto de arroyos . . .  
¡el que cansó el hiperbóreo  
marino, con sus laureles  
cubiertos de luz y de polvo,  
y al que admiraron Quesada y Martínez  
cuando, ante el piélago inmenso bifurca su cauce impetuoso,  
como la mano de un rudo gigante  
que hace caricias a un lívido monstruo! . . .

Y el cinturón del Bíobío y la guirnalda del Tóltém  
que sujetaron el haz vigoroso  
de la epopeya araucana,  
¡magno tumulto de cóleras bélicas y torbellino de gestos heroicos

en el que el león vanamente sepulta sus garras  
sobre la sombra que riega en sus crines el vuelo del cóndor!

Y los ofidios que dejan los valles  
descoyuntados y rotos,  
el Uruguay, el Paraguay y el Paraná:  
las tres magníficas notas de que es El Plata el acorde grandioso,  
y el Marañón formidable, el Amazonas sublime,  
que entre los montes corriendo finge arrastrarlos a todos . . .  
¡Los dos clarines de inmensas gargantas  
que en el abismo sepultan sus coros;  
los dos gemelos  
los dos ciclópeos  
hermanos que descubrieron Solís y Orellana,  
en un insólito  
día, en un minuto tan grande,  
que ante él están cuatro siglos arrodillados y absortos! . . .

### III

¡Oh arterias colosales del corazón de América,  
de una insaciable araña maravillosa red,  
corrientes que fustiga la tempestad colérica  
y hasta las que se asoma la luna cadavérica  
y bajan las estrellas a refrescar su sed!

¡Oh cauces impetuosos, torrentes serpentinicos  
que incrustan sus temblores en selvas seculares

*La selva sonora (1933)*

y sienten en sus flancos, nerviosos, de felinos,  
la seda de las flores, el ámbar de los trinos  
y los ardientes belfos de pumas y jaguares! . . .

Cristal que en los profusos boscajes se derrama,  
en donde salta el ciervo, el simio se encarama  
y el tigre bebe sangre de ocasos carmesíes,  
mientras abren al viento sus abanicos gayos,  
verdines, cacatúas, faisanes, papagayos,  
y garzas y flamencos, y finos colibríes.

Tentáculos robustos del púgil océano  
que clava sus ventosas en todo el continente  
y que, rasgando valles, como siniestra mano,  
finge un desconcertante monstruo antediluviano  
que enreda hasta en cumbres sus curvas de serpiente!

¡Oh ríos de leyenda, vasos de sangre cálida  
que de valor nutrieron el indio corazón  
cuando (incubada en lumbre la mariposa inválida)  
un cóndor formidable surgió de la crisálida  
ante el asombro altivo del bélico león!

Cuerdas que están tendidas sobre la paz bucólica  
de los inmensos valles que son como salterios,  
¡lágrimas que derrama la tarde melancólica,  
llanto de los abismos cuajados de misterios! . . .

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Oh ríos cuyos trémulos, múltiples solitarios,  
llevan la brava imagen de nuestros sagitarios  
y el gran destello lírico de Netzahualcoyotl!  
¡Oh ríos, como triunfos, nutridos de epopeyas,  
sed siempre bajo el polvo de luz de las estrellas  
los nervios en que vibren las cóleras del sol! . . .

Para Alfonso Cravioto.

Suite mexicana

I

Azulejos de Talavera  
poblana, cromos de claridad  
y de quimera  
en los que el color es un éxtasis de la primavera  
y es la luz una caridad.

Azulejos sedosos  
y tornasolados;  
azulejos luminosos  
y embrujados,  
en cuyas celosías dejan enjaulados  
los visos de sus sueños fabulosos,  
los crepúsculos fatigados  
de esplendor,  
y en cuyos rasos la mirada riela  
del plenilunio de los ojos de gacela  
y del alma de nácar desvaída en un renunciamiento de palor! . . .

Azulejos  
bruñidos,  
como espejos,  
en cuyas piscinas,  
de aguas de diamantes derretidos,  
gualdas turquíes y bermejós,

tiemblan gayas floras marinas  
y minúsculos peces de reflejos . . .

Azulejos de la fuente  
canora,  
en cuyo tazón, que es una rueca sonora,  
el transparente  
vellón de la linfa, escurre plácida y melodiosamente  
en un hilo de música, y en cuyo corazón de cristales  
vocingleros,  
las rosas, los astros y los jilgueros  
esconden el eglógico latido de sus madrigales.

Azulejos de los palacios  
egregios,  
regios  
azulejos esmaltados de topacios,  
granates y zafiros,  
tersados de caricias, jaspeados de suspiros  
y espejeantes de florilegios . . .

Azulejos de las rotondas,  
las terrazas y los escabeles:  
azulejos de los jardines  
que saben de la espuma de las blondas,  
del ámbar rizado de los caireles  
y de los diminutos chapines  
de las niñas románticas, que dejaban los cascabeles  
de sus quince años, de hinojos en las frondas,

*La selva sonora (1933)*

para escuchar mejor los bandolines  
ilusorios de sus donceles:  
¡príncipes venidos de quién sabe qué remotos confines  
con un estol de gerifaltes y una trailla de lebreles! . . .

Azulejos devotos  
y beatos:  
almohadas de los recatos  
de la penumbra y reclinatorios de los inciensos oblatos  
que dejan en las diademas de las imágenes las letanías de sus exvotos! . . .

Azulejos de las cúpulas flordelysadas  
de brillos, en cuyos paradisiacos primores,  
guarda el arrebol las acuarelas de sus miradas  
y dejan sus breviarios de trinos los ruiseñores! . . .

Azulejos de las aladas  
linternillas:  
miradores  
de la luz,  
capillas  
aéreas de los fulgores,  
donde se posan las palomas de los sueños del Niño Jesús  
y el vuelo de los ángeles enreda las guirnaldas de sus candores! . . .

Y azulejos de las torres en las que se afina  
en ala, vuelo y canto, el instinto brutal,  
tal  
como si en la metáfora doncella

de un cuento radioso y musical,  
el alma se volviese la campana de una estrella  
que repicara sus destellos desde una torre de cristal! . . .

II

Pero el azulejo es inmóvil, no camina,  
es la translúcida ventana de una mina  
a la que se asoman los prodigios del filón,  
en cambio la jícara va y viene  
como litera de asombros, pues tiene  
la entraña hueca de un párvulo galeón,  
que, recostada en plumones de espejismos lejanos  
y con la oropéndola de un poema dormida entre las manos,  
llevase, en el desmayo de un sueño, a la ilusión!

¡Oh las incomparables jícaras michoacanas,  
Potosíes de los ojos, Cipangos del pincel!  
¿En qué alberca de jaspes bebieron sus galanas  
esplendideces de pupilas sultanas  
donde vaga el celaje errabundo y apareja el ensueño su bajel? . . .

¿Quién enseñó a los indígenas la brujería  
de esas lacas y esos esmaltes y barnices,  
de indelebles y asombrosos matices,  
como los multicolores y mínimos países  
que coruscan en los liliputienses álbumes de la pedrería?

*La selva sonora (1933)*

¿Fue Vasco de Quiroga, el hermano  
de Fray Bartolomé?  
¿Fue el angélico obispo que llevaba en una mano  
el talismán de la belleza y en la otra el relicario de la fe?

¿O fue un hechicero  
ancestral,  
de esos que descifran el grito agorero  
del buho: mensajero  
del nagual  
y que (al fin indios artistas hasta en los sortilegios del mal)  
prenden, con el alfiler de un lucero,  
la mariposa del azul romancero  
en las páginas líquidas del manantial? . . .

¡Tal vez! . . . Pero la maravilla  
pictórica, de los arcones de Tzintzúntzan se desgrana,  
y sobre las cúspides de ónix, un relámpago de vidrio se astilla  
en innúmeros mosaicos de mirajes,  
y en millonésimos paisajes  
de paraísos de filigrana.

¡Ícaras que en las manos morenas  
de los pobres, como bienaventuranzas nazarenas,  
vienen y van!  
¡Ícaras de milagro! ¡Ícaras de Michoacán!

Hay una:  
concha nácar de róseos cambiantes donde es la perla una paloma

nacida en la cándida redoma  
de un rayo de luna.

Otra, dentro de un círculo de turquesas,  
luce una fronda de esmeraldas que estalla en un rubí,  
y es como el símbolo de las princesas  
tarascas, enamoradas del neblí  
nativo o del hispánico azor, cuyas almas inmóviles, presas  
en la sortija azul de sus tristezas,  
desatan el vuelo de la esperanza en el ósculo rútilo del colibrí! . . .

Esa, es la calcomanía  
de una fábula de miel,  
y la de allá es un retablo de la melodía  
del vergel.

Aquella  
¿No es el nicho de plata  
y lapislázuli de la estrella  
poetisa y beata?

¡Jícaras de floras  
mágicas y divinas,  
como hornacinas  
de auroras,  
como grutas en las que guardan sus joyeros  
las luces peregrinas,  
o como cuevas minúsculas donde los ocasos bandoleros  
ocultan los espléndidos botines

*La selva sonora (1933)*

de múrices que en los golfos solares hacen prisioneros  
con las redes de fulgores de sus piratas bergantines! . . .

¡Jícaras de faunas irreales  
y maravillosas:  
de rosas  
como mariposas  
y de rosas y mariposas de piedras preciosas,  
que ensayan trasuntos de pavos reales  
y espejan en sus gayos  
esplendores, artesonadas techumbres de quetzales  
y luminosas bóvedas de guacamayos! . . .

¡Jícaras michoacanas! ¡Jícaras cuyo seno se ahonda  
para albergar mejor la folklórica onda  
del lago de Pátzcuaro: copa de oro en las manos de la montaña de añil,  
donde abreven los soles  
aborígenes sus “colipavos” tornasoles  
y en donde pesca luceros submarinos el cielo pastoril! . . .

III

Es verdad,  
el azulejo es una disecada mariposa  
de claridad,  
la jícara es la breve y luminosa  
nave del espectro-Simbad,  
sólo en el sarape del Saltillo

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

es ala el color,  
la luz es vuelo  
y el dibujo es brillo,  
pues, libre la gama del prisma del dolor  
de la materia inerte, deja el alero de cristales  
de las facetas gemales,  
y sube y canta como el perfume de notas del alma musical del ruiseñor!

¡Sarapes del Saltillo! . . . ¡Del arco de lumbre de la hornalla brutal  
de Huitzilopochtli, ha partido como una flecha, el meteoro de Quetzalcoatl!

¡Oh los pendones del milagro! ¡Oh las banderas del portento!  
¡Oh los estandartes de la fantasía y las flámulas de la ilusión,  
que se han llevado los pensiles en sus pliegues de encantamiento,  
y en una franciscana peregrinación,  
van empapando de panoramas las glebas del erial sediento,  
y van acuarelando los ojos y van pintando el viento  
y arrojando en iridiscencias el zafir flagelado por el azote del ciclón!

¡Sarapes del Saltillo! . . . Por doquiera  
se les mira,  
ya meciéndose en las cadencias de la hamaca guajira,  
ya en las ancas del potro que cabalga la vida labradora y aventurera.

Los jocundos jardines  
provincianos,  
son sarapes tejidos en telares de poetas y de serafines,  
por quién sabe qué dulces y santas y melodiosas manos! . . .

*La selva sonora (1933)*

En la laguna leda,  
cada chinampa  
remeda  
el sarape lacustre de una estampa  
de seda.

La montaña, que sostiene las cúpulas doradas  
de las estelares basílicas de tules,  
es un montón de sarapes azules  
con flecos de ríos y “bocamangas” de alboradas . . .

En el cielo,  
como un vasto sarape, despliega sus bengalas el vuelo  
de los azulejos, verdines, loros y cardenales,  
que decoran con alados tapices las tiendas de los beduinos astrales . . .

¡Sarapes del Saltillo! . . . La mañana  
que bendice los valles, de su sonrisa con el aljófaro rosicler,  
llega luciendo el resplandor de blondas de la tehuana,  
sobre el sarape de arrebales que le extiende el amanecer! . . .

La tarde, de precioso huipil  
zapoteca y de bordado “ceñidor”  
se va por el sarape que le arroja, con gentil  
ademán, el crepúsculo pueblerino, bizarro y conquistador,  
desde los kioscos de tecali de sus alamedas de chalchihuitl! . . .

Y la noche de la trenza bruna,  
de los ojos de capulín y el lentejuelado “castor”,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

insomne de añoranza y sonámbula de amor,  
se arropa en el sarape transparente del claro de luna  
o camina, como si fuese bajo un dosel paradisíaco,  
bajo el sarape de constelaciones del Zodíaco! . . .

¡Sarapes del Saltillo! . . . ¡Toda tú, Patria mía,  
“Suave  
Patria”, de tu mejor trovero,  
toda tú estás en el símbolo del sarape rumboso y ranchero,  
que es calor y poesía,  
ternura y gallardía,  
abrigo y gala como el plumón del ave,  
gala y abrigo como el vellón del día! . . .

¡Toda tú eres como un sarape galileo, de caridad  
y de belleza,  
que amparas la pobreza  
de tus hijos, que arropas la horfandad  
de tus campos y envuelves los hombros de turquesa  
de tus cumbres longevas, sobre cuya estupefacta ansiedad,  
en un trágico y aquilino  
alerta, llama el oráculo del destino,  
como el aldabón del trueno que golpea en las puertas de hierro de la tempestad! . . .

A Enrique Carniado.

## La epopeya de las alas

### I

De pie en el dorso de la cumbre,  
como brotado del crestón  
donde la aurora  
se desflora  
con una ingenua mansedumbre,  
y los relámpagos restallan sus ígneos látigos de lumbre  
y los crepúsculos se exprimen, en una ofrenda, el corazón.

Árbol sembrado en la montaña,  
cíclope arbóreo cuyos pies  
echan raíces en la entraña  
donde se nutren las semillas resplandecientes de la hazaña  
y se elaboran las demencias de la sublime intrepidez.  
Árbol que es mástil y bauprés  
en los bajeles de Florencia y en los de Génova y España  
y en el velero escandinavo, y en el sajón y el portugués,  
árbol del nauta empeño que es  
tienda marina de Colombo, faro de incendios de Cortés,  
árbol audaz que de los siglos despedazando la maraña,  
entre vergeles de fulgores y remolinos de neblías,  
sube a los diáfanos azules, con gemas líquidas se baña  
y es una fronda de arco-iris que se desgrana en colibríes! . . .

Árbol que enreda en las espaldas  
de los atlantes su follaje,  
que hace subir por sus arterias fiebres de piélagos salvaje  
y adiamantado con guirnaldas  
de oros, y púrpuras, y gualdas  
y tornasoles de celaje,  
cual una torre a la que ascienden los esplendores del paisaje,  
alza la cúpula de brillos de su techumbre de esmeraldas . . .

Árbol así: fiebre y portento  
y fortaleza y rebeldía,  
donde su crín destroza el viento  
y hasta el clarín del pensamiento  
cuelga la antorcha vagabunda de su potente sinfonía.  
Árbol así, no se podía  
quedar inmóvil en la gloria  
de la mañana iridiscente que sobre el mundo amanecía,  
por eso, brujo lapidario que de los sueños de la escoria  
saca los mínimos celajes de toda egregia pedrería,  
no satisfecho con ser tanto:  
fuerza, ilusión, ímpetu, anhelo,  
no satisfecho con ser canto,  
quiso también ser ala y vuelo,  
y sacudiendo sus inmensas y formidables ramazones  
donde se hienden las borrascas y se acribillan los ciclones,  
hizo partir, como mil flechas que se llevaran mil jardines  
de claridad, para sembrarlos en los incógnitos confines,  
hizo volar, cual mil latidos  
del corazón de la epopeya,

*La selva sonora (1933)*

todas las aves argonautas y taumaturgas de sus nidos  
que se perdieron en la noche, como mil bólidos partidos  
del Sinaí relampagueante o el Chimborazo de una estrella! . . .

II

¡Oh despuntar de la quimera!  
¡Oh amanecer de los asombros!  
tras del ensueño fúlgido que es una enredadera  
de luz, en los escombros,  
al fin el hombre siente cómo una primavera  
de impulsos aquilinos le brota de los hombros!

Ávidos de proezas  
ya sus brazos  
pueden tajar la sombra con golpes de aletazos  
y hasta romper en flavas astillas de chispazos  
el dombo de los regios vitrales de turquesas.

Sus ojos gambusinos  
de róseas vaguedades,  
pueden perderse en los caminos  
que arrojan sus parábolas a las inmensidades,  
y a modo de Simbades  
que fuesen Aladinos,  
por rutas fabulosas de cuentos peregrinos  
y en barcos de luceros, brujos de claridades,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

pueden ir conquistando países diamantinos  
que tengan Estambules de joyas por ciudades.

Sus manos  
victoriosas,  
robustas y potentes de impulsos sobrehumanos  
pero a la vez amantes de las más dulces cosas  
pueden domar los ímpetus de vórtices y océanos  
para que los contemplen los niños y las rosas!

Su crencha fulgurante  
de lumbres y arreboles,  
flotar puede en la sombra como pendón triunfante  
en cuyos luengos pliegues, de gayos tornasolados,  
se deshojaran todos los visos del diamante  
y se fundiesen todas las vetas de los soles.

La voz humana,  
trueno u arrullo de violines,  
como el temblor de bronce con que hace la campana  
vibrar células rítmicas en todos los confines,  
puede sembrar sus músicas en la campiña arcana  
y como si raptase sinfónicos botines  
puede, en la gloria de una locura soberana,  
izar bosques de liras y selvas de clarines! . . .

Y el alma misma,  
siempre de eternidad sedienta  
puede ya desgranarse como insólito prisma

*La selva sonora (1933)*

en espectros pictóricos, sobre cada tormenta,  
y ardida de pasiones y trémula de afanes,  
(¡águila de relámpagos con vuelos de ciclones!  
¡cóndor de rojas cóleras con alas de huracanes!)  
ya puede ir capturando los rútilos faisanes  
que anidan en las Cólquidas de las constelaciones! . . .

III

¡Oh la enorme epopeya de los raudos atlantes,  
émulos de Ícaros y de los Euforiones,  
caballeros andantes  
de las ingravidas regiones,  
pájaros de alas nómadas, sidéreos navegantes,  
que llevan las estrellas, cual límpidos diamantes,  
temblando en el obscuro vigor de los plumones!

Naves de los azules heráldicos, mastines  
que muerden las borrascas como los bergantines,  
y apuntado el anhelo por los luminosos rastros  
van tras de las doradas gacelas de los astros.

De los diáfanos piélagos celestes carabelas  
que fletan los crepúsculos para cargar sus floras,  
galeones magníficos de las regias auroras  
que avanzan, desgranando fulgores por estelas,  
¡con todos los celajes naciendo de sus velas  
y todos los zenzontles brotando de sus proras! . . .

Bandoleros

raptores de las Scherhazadas  
de las tardes cautivas en palacios azules,  
(¡Oh los divinos labios hechiceros  
que fingen manantiales de mieles profundas,  
o vetas de colores o nidos de bulbules!)

Piratas que atesoran en sus islas doradas  
con todas las leyendas de los aventureros,  
vellocinos de nubes, plumajes de alboradas,  
nácar de plenilunios y gemas de luceros!

¡Cristóforos Colombos del espacio, marinos  
del azul, almirantes de la terca osadía,  
en cuyos hombros aquilinos  
amarra la bravura sus áureos torbellinos  
y cuelga sus guirnaldas de pájaros el día!

¡Aquiles de las rapsodias estelares  
que van, nutrida el alma con furias de jaguares,  
hacia una Troya inmaterial  
donde, del flavo roble de la más alta pira,  
surge la flor de Helena, hermana de la lira  
y madrigal olímpico del cisne musical! . . .

¡Nautas del sol! ¡Oh príncipes de la enorme aventura,  
para exaltar el triunfo de la aeronáutica locura,  
disparad, como un bólido de músicas, la voz,

*La selva sonora (1933)*

y enredada en las hélices la crín de las centellas,  
id hasta los insólitos Atlánticos de estrellas  
donde rugen las cósmicas tempestades de Dios! . . .

¿A los aviadores de la guerra?  
¡No! A los aeronautas de la  
paz.

## Universus est lyra

### I

En una de esas vastas llanuras del vacío  
que sepulta el espacio con sus moles de hastío;  
ahí donde se abrevan los siglos, las edades  
prendidas a las ubres de las eternidades,  
donde quizá desgranar sus pétalos las horas  
y surge la divina canción de las auroras,  
donde la sombra virgen, pesadamente, rueda;  
donde el silencio extiende sus caminos de seda  
y en donde pule y pule sidéreos cabujones  
el brujo diamantista de las constelaciones.

En uno de esos limbos remotos, de una veta  
que acaso fuese un nervio de luz, surgió el planeta:  
gota de los sudores del tiempo fatigado  
que humedeció la frente del cosmos inviolado  
y que rodó en los brunos crespones estelares  
y fue bebiendo linfas de lágrimas solares,  
hasta clavar la errátil parábola del vuelo  
en uno de los pliegues recónditos del cielo.

De un alambique de esos surgió, después, ya inmoble  
casi, en el infinito que es a modo de un roble  
cuyas hondas arterias de azules alabastros  
se nutren con la sangre que exprimen a los astros;

*La selva sonora (1933)*

ya fijo, ya latiendo con el robusto coro  
del orbe que es un himno de tempestades de oro,  
en el magno cerebro donde la luz anida  
vió encenderse la flava neurona de su vida! . . .

Crispaturas de vórtices, en cuyos paroxismos  
sollozan sus coléricas angustias, los abismos,  
titánicos derrumbes, ciclópeas convulsiones,  
truenos como fuetazos en dorsos de aquilones,  
relámpagos que hunden sus puñales de plata  
en el pecho angustiado de la tierra escarlata,  
olas inmensurables de una violencia suma  
cuyas iras restallan sus látigos de espuma.  
Los potros desbocados de todos los torrentes  
torciéndose en convulsos furores de serpientes;  
las rocas encendidas que disparan las cumbres  
al sacudir sus rudas cabelleras de lumbres,  
y el golpe de los fuertes y raudos huracanes  
que bambolean, como panojas, los volcanes,  
y que van recogiendo sus alas arteras  
el botín perfumado de las floras enteras!

Luego, la paz fecunda . . . Vuelven a sus guaridas  
los torvos elementos. Al fin, enloquecidas  
de azul, las nubes arman sus muelles carabelas  
ungiendo con celajes los palios de sus velas,  
al fin, para que pasen las mañanas canoras,  
despliegan, sus tapetes de trinos, las auroras,  
las cimas sólo tienen guirnaldas en sus frentes,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

se visten de praderas los anchos continentes  
y, en un divino arrobó de santa mansedumbre,  
se despedaza en gemas el alma de la lumbre,  
se ponen los torrentes a rezar en sus cauces  
que son, de sus movibles zafiros, los engarces,  
el océano vence sus cóleras aviesas  
y en el granito incrusta sus bárbaras turquesas,  
y como vastos sueños se quedan las montañas  
bajo la noche inmensa que tiende sus pestañas! . . .

Entonces, sacudiendo la carga de sus hombros,  
riega la portentosa natura sus asombros:  
alisan los remansos sus felpas transparentes,  
desatan sus collares los cachorros de las fuentes,  
borda la primavera finísimos dechados  
sobre los armoniosos cojines de los prados,  
la vida, recorriendo su luminosa escala  
(en la pradera alfombra, en los perfumes ala)  
lo mismo iza los firmes árboles milenarios  
donde las aves cuelgan sus finos campanarios,  
lo mismo alza el alcázar de las vegetaciones  
y construye cantiles y avienta farallones,  
que desparrama el iris parlero de sus risas,  
en el vergel que peinan las manos de las brisas,  
en el fulgor errátil de las piedras preciosas,  
en los magníficentes pompones de las rosas,  
en el nardo que tiene su blancura por nimbo,  
en el joyel de mirra del fragante corimbo,  
en el lago que arropan túnicas de violeta,

*La selva sonora (1933)*

en el egregio cisne que es nave del poeta,  
en la música tenue del romántico aroma  
que se escapa del cáliz como una redoma,  
y en el panal bruñido de miel, y en los vellones  
que tienen suavidades de espuma de oraciones! . . .

Mas aquí no termina la gloria del proceso,  
cierto que ya volaba del zarpazo hasta el beso,  
cierto que, desde el caos y desde el dinosaurio  
se prolongó hasta el frágil estuche del nectario,  
cierto que ya se había recorrido el camino  
desde el bloque hasta el ala, desde el trueno hasta el trino,  
pero aun no descansaban las hondas gestaciones  
en la fiebre infinita de sus lucubraciones.  
La vida ya era joya, perfume, transparencia,  
pero era necesario que fuese inteligencia,  
que fuese letanía, caridad, sufrimiento,  
suspiro, y voz, y arrullo, fervor y arrobamiento,  
y recorriendo rutas y destrozando diques,  
y fatigando todos sus brujos alambiques,  
en el supremo alarde de un triunfo soberano,  
llegó al fin a la cumbre del pensamiento humano,  
y, no conforme sólo con la eminencia aquella,  
aun engendró al artista para tener la estrella! . . .

II

¡Oh el desborbitamiento viril de la materia,  
fue como la apoteosis triunfal de la miseria!  
El dolor de la oruga se fugó en mariposas,  
tenían ya palabras, sueños, seres y cosas,  
tenía ya lenguaje la tierra que callaba,  
ya era sonoro el mundo, la creación cantaba:  
¡Cantaban las campiñas de blando terciopelo,  
contaban los tapices translúcidos del cielo!  
¡de notas era el valle prolífico, y el prado,  
de notas el arrollo y el viento perfumado!  
¡La música rasgaba capullos y botones,  
y a veces, discurría por las constelaciones!  
¡Sonaban los granitos, los mármoles, la arcilla,  
y el manantial que ondula y el corindón que brilla!  
¡Orquestas misteriosas tenían los jardines,  
la linfa, entre los lirios, tocaba sus violines,  
los tallos eran cuerdas, sonajas los ramajes,  
deliquios los zureos, églogas los boscajes,  
hamacas temblorosas de arrullos, las corolas,  
los cármenes, idilios de chelos y de violas,  
las frondas “campaniles”, los nidos cascabeles,  
siryngas las cigarras sedientas de vergeles,  
címbalos, con preludios de pétalos, las flores,  
y la luz una lira deshecha en ruiseñores! . . .

Todo era un inefable éxtasis de armonía  
y un miliunanochesco temblor de pedrería.

*La selva sonora (1933)*

En el poeta estaba la diamantina veta  
del corazón del mundo, y, el mundo fue el poeta,  
en él (hondo minuto de eternidad prefacio)  
latió toda la vida, y el tiempo y el espacio,  
pues él tan solo pudo beberse al universo  
con las tentaculares raíces de su verso,  
para después lanzarlo, con transportes divinos,  
en una primavera de frondas y de trinos! . . .

III

¡Ya ves, poeta egregio, poeta, ya lo miras:  
la sombra sólo puede ser astro, con las liras,  
la gleba sólo puede ser, en el canto, vuelo,  
sólo tu voz derrumba la inmensidad del cielo!  
¡Verdad es que en tu torno se arrastra la miseria,  
verdad es que tú mismo sientes que la materia  
te muerde! Mas . . . ¡No importa!, con la materia escala  
los limbos inviolados, ¡también puede ser ala  
sonora el torpe lodo que escupen los pantanos  
si ha estado un solo instante latiendo entre tus manos!

¡Ya ves, apolonida, por tí el hombre es distinto  
a la bestia que arrastra, sordamente, su instinto!  
¡Por tí seremos dignos de Dios! ¿Ves?, ¡no vaciles!,  
aplasta con lingotes de miel a los reptiles,  
perfuma los zarpazos con pétalos de rosas  
y arroja, sobre el odio del buitre, mariposas,

¡Piensa que eres la cumbre que empina la llanura  
para escuchar el alma musical de la altura!  
¡Piensa que eres el lago que forma la montaña  
para lavar los sueños que el huracán le empaña!  
¡Piensa que eres el rayo, piensa que eres la huella  
que prolonga hasta el polvo la canción de la estrella! . . .

¡Canta, poeta, canta! (pendón que al viento late)  
empínate, como una bandera, en el combate,  
sacude, con flabelos de llamas, tu picacho,  
agita, como antorcha que vuela, tu penacho  
y arropa en suaves ritmos tu claridad desnuda,  
porque si tú sucumbes la tierra será muda,  
porque si tú te extingues, en llantos de reflejos,  
romperán las divinas Castalias, sus espejos,  
porque si tú te pierdes se perderá el miraje,  
porque si tú te apagas se apagará el celaje,  
porque si tú te mueres se acabará la vida,  
y, al ver tu alondra prócer inútil y vencida,  
y al contemplar deshechas las manos melodiosas  
que pulsaban las liras ocultas de las rosas,  
destrozarán sus fuentes de almíbar los nectarios,  
quebrarán las corolas sus finos incensarios,  
los prismas, en sus pomos henchidos de fulgores,  
guardarán las esencias de los siete colores,  
deshilarán las albas sus luminosos chales,  
sus cúpulas de mieles hundirán los panales,  
la risa de las auras se dormirá en sus piros,  
enturbiarán los lagos sus trémulos zafiros,

*La selva sonora (1933)*

arrojarán las aves sus estuches alados,  
llenos de fabulosos y líricos dechados,  
derrumbará sus torres el ideal canoro,  
rasgarán sus chalinas las auroras de tul,  
y sobre la custodia de tu cuerpo sonoro,  
se arrancarán los soles su cabellera de oro  
y el cielo hará pedazos su corazón azul! . . .

A Leopoldo Lugones.

## Las cumbres

Dios bendijo las alturas  
del mundo.  
SAN PABLO

### I

Las cumbres de tanto mirar la luz se quedaron ciegas,  
de tanto dialogar con el orbe se volvieron mudas  
y de tanto pensar en Dios se fosilizaron.

Y sin embargo, ven, hablan y piensan,  
porque sus miradas  
están en el éxtasis de los horizontes  
y sus palabras gorjean en las aves,  
y sus pensamientos se metaforizan  
en la diaria transfiguración de las auroras! . . .

-o-

¡Las Cumbres! ¡Las Cumbres!  
A veces el escalpelo del relámpago  
viviseca sus músculos y descubre los nervios de los filones de oro,  
en tanto que el trueno, con su puño de lumbre,  
las abofetea,  
otras veces, el huracán les sacude los siglos  
que empolvan sus melenas de plata,

*La selva sonora (1933)*

sobre las que trenzan  
las guirnaldas  
de sus vuelos ferrados,  
los cóndores y las águilas,  
y en los trágicos paroxismos del geoide, el fuego las infecta,  
hasta licuarles el cerebro  
y arrojárselos, por el cráneo hendido,  
en una sanguinolenta supuración de lava! . . .

¡Las cumbres! ¡Las cumbres! En el divino sortilegio  
de las horas antílopes: de lentas miradas  
de cambiantes  
de berilo y concha nácar,  
en el portento de los minutos felibres:  
de labios de pajarera, temblorosos de arrullos, de trinos y de alas,  
cuando  
el alba  
unge, con los celajes de sus dedos,  
las hirsutas luminarias  
de los cataclismos  
y acaricia la espasmódica grupa de los terremotos,  
y arroja, desgranados en libélulas y colibríes  
sus arco-iris,  
a los velámenes de torbellinos de los galeones cárdenos de la borrasca,  
cuando la paz  
abre el devocionario de su misa blanca,  
en los facistoles de vidrio  
de la nieve, cómo parece que las cumbres se tornan  
cristalinas, diáfanas,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

vaporosas, etéreas, hasta disolverse en el aire líquido,  
cual ingravidos panales de gracia,  
hasta desintegrarse en el ambiente,  
a manera de misericordiosas oblaciones de fragancia,  
y hasta desvanecerse y disiparse y diluirse,  
en el alma  
del azul, como perlas de santidad que se entregasen  
al Señor, en deliquios de tornasoles y en orientes de plegarias! . . .

Bajo los baldaquines del ocaso,  
las costumbres se desmoronan en chisporroteos  
y se astillan en lascas crepitantes,  
pues el crepúsculo,  
violador de la tarde,  
verdugo de los fulgores púberes, raptor de las estrellas adolescentes,  
afila en sus granitos y tiembla en sus hornallas  
la hoja de su alfanje,  
con el que taja  
las carnes  
vírgenes del silencio cartujo,  
y cebra de oro y púrpura la piel del horizonte, y parte  
en dos las frondas del viento,  
que se abren  
en una cruzada de lumbres fugitivas  
y en una procesión de perfumes y en una peregrinación de pájaros musicales! . . .

Si el sombrío Otelo de la noche  
estruja la garganta  
de la luna Desdémona,

*La selva sonora (1933)*

sobre las cumbres, como sobre mullidos almohadones,  
en un desmayo de palideces y en un desfallecimiento de blancuras,  
rueda la luz inválida . . .

Y si los chacales  
de la cruel esquelética, de la lívida trágica,  
de la lúgubre destazadora de hombres,  
abandonan sus guaridas atraídos por el tufo asfixiante  
que exudan los campos de batalla,  
de la enrojecida carroña de las patéticas llanuras,  
las cumbres emergen, como enormes  
y sangrientas cabezas cercenadas,  
o como cráneos mundos de Gengiskhanes apocalípticos,  
tiarados de maldiciones, diademados de lágrimas,  
o grotesca y bárbaramente coronados  
con los salvajes resplandores de un incendio de cóleras escarlata! . .

II

Los ejércitos que se destrozan,  
los pueblos que se destruyen, las razas  
que se aniquilan . . . El zig-zag  
formidable de lo que retrocede y lo que avanza,  
el perpetuo crimen de la selección natural,  
implacable . . . pero “justa y necesaria”.  
¡La lucha perpetua del Cristo de las misericordias  
y el superhombre de la mecánica!  
El balanceo terrible, la pendulación eterna, la marea incesante,

el gigantesco latido de lo creado, la palpitación  
profusa del universo, el sístole y diástole  
de la magna víscera del mundo, el ritmo del corazón del orbe.  
La espiral ascendente de la evolución creadora  
o de la creación evolutiva . . . El átomo de Demócrito,  
la geometría astral de Pitágoras,  
las transformaciones de Heráclito, los principios de Thales,  
el dualismo de Empédocles, la progresiva escala  
de Aristóteles . . .  
El Ananké, el Dharma,  
la mónada, el noumeno, el incognocible, el devenir,  
hasta la relatividad,  
la intuición, el subconciencia y el complejo y el subliminal, y el . . .  
¡el problema de siempre y la invariable ignorancia!  
¡la misma inquietud con distintos nombres!  
¡el mismo misterio con diferentes palabras!  
¡La eternidad que en el infinito se realiza,  
y la coordinación biológica que persiste,  
y los soles que se carbonizan y las esferas que se desgajan  
de sus órbitas y los sistemas planetarios que se derrumban,  
y este vil puñado de polvo de la humanidad que pasa! . . .

El pensamiento,  
el sentimiento, la acción. La tragedia y la farsa.  
¡El rebato de las roncadas tempestades del destino  
y el repique del carillón de alondras de la esperanza!  
¡Y el huracán de truenos de las arengas napoleónicas  
y la brisa de arrullos de las bienaventuranzas! . . .

*La selva sonora (1933)*

Todo aletea por cima de su frente,  
todo discurre en torno de sus plantas,  
todo en sus sidéreas rotondas de zodíacos se detiene,  
todo de sus astrales aleros de meteoros se derrama!

Pero a ellas no les importa nada:  
¡Son demasiado grandes para amar la vida  
y demasiado sabias para tener la muerte!

¿Los hombres? . . . Para su majestad, tan débiles criaturas  
no son ni una presión: Son menos que el árbol que las penetra,  
que el agua que las abreva  
o el viento que las respira.

¿Los hombres? . . . ¡Las cumbres no conocen  
a esas plantas o a esas bestias!  
¿Robles? -¿Cuál el anhelo imperioso de arrojarse hacia arriba?  
¿Sierpes? -¿Dónde está la prudencia?  
¿Pájaros? -¿Dónde guardan las liras?  
¿Fieras? -¿Por ventura detienen el instinto  
en el punto donde la fiera se sacia?  
¿Sombras? -¿Serán sombras acaso?  
Pero si ellas sólo conocen tres clases de sombras:  
¡La de las nubes que bruñen las cúpulas de oro del día!  
¡La de las alas que jaspean muarés de luz en el cielo!  
y la que es sudario del cadáver del sol:

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

la sombra de la noche, ¡la sombra infinita!,  
¡la sombra de constelaciones que deja en el cosmos el paso de Dios! . . .

A José Vasconcelos.

*3 poemas a la madre  
(1936)*





## DEDICATORIA

A las Madres: Trasuntos de Dios sobre la tierra,  
en el símbolo de la mía, la señora Carmen Anaya de Zúñiga.

A los maestros de la declamación en México:  
Julieta Palavicini = = María Lomelí = = Carmen D.  
López de Cantú = Guadalupe González Cosío = = Emma  
Piñeyro etc.

Manuel C. Bernal = =Octavio García = =Leobardo  
Gutiérrez = Fernando Romano = = Alberto Michel etc.



## PALABRAS DEL AUTOR

La Madre es un perfume de Dios.  
TAGORE

**E**N ESTA HORA de la barbarie económica, el salvajismo mecánico, el ateísmo estúpido y el rearme universal; en esta victoria de la bestia que come sobre el espíritu que piensa, y del bruto que mata sobre el corazón que siente, la dignificación, la exaltación de la madre, más que un deber es una obligación, pues, ella es hoy por hoy, la única criatura en cuyo pecho, pleno de virtudes y desbordante de heroísmos, se refugia eso que constituye la medula misma de la especie humana; el centro arcangélico del ser; el pivote diamantino del cosmos; la razón suprema del Logos; la esencia de lo creado y el nombre, la fase o el aspecto más bello de la divinidad: el amor; pero no el amor que exige, no el amor que espera recompensa o reclama gratitud; sino el otro, el amor puro y desinteresado; el amor verdadero, que está en todas partes porque a todos se entrega; que tiene a todos porque a todos se da, y que no es locura, sino éxtasis; delirio, sino holocausto, instinto, sino caridad!....

¡Sí! Ya que todo lo perdimos, ya que todo lo estamos perdiendo, salvemos por lo menos a la madre, puesto que, salvándola a ella, habremos salvado lo que mejor tenemos, no como barro que se corrompe sino como espíritu que trasciende.

En efecto, miles de años, cientos de siglos se han derrumbado para siempre, arrastrando con ellos tumultos de generaciones y después de tantos milenios de trabajo, de lucha, de inteligencia, de civilización y de cultura, hoy, como ayer, la

humanidad no hace otra cosa que despedazarse y prostituirse, a tal punto y de tal manera, que urge ya substituir la definición cartesiana: el hombre es un animal que piensa, por esta otra de Yakelevich: el hombre es un animal que mata.

Pero, mientras en el pasado, sobre las trágicas llanuras de la muerte, lívidas de osamentas, rojas de sangre o corrompidas de cadáveres, amanece la aurora de la belleza, abre sus alas de luz el pensamiento y el cielo se perfuma de bondad; ahora, es el humo de las fábricas el nimbo de nuestras ciudades: el jadeo de los motores el himno de nuestra existencia; la glorificación del rebaño, el exponente más alto de nuestra dignidad específica, y la negación de toda belleza y toda creencia, el más claro timbre de nuestro orgullo, demoniaco y grotesco, como el orgullo de un Luzbel que pretendiera divinizarse después de haberse mofado de la divinidad.

¡Hasta las diferencias biológicas y fisiológicas superadas! ¡Hasta lo que la naturaleza hizo distinto, igualado por nosotros!... ¡Hasta la mujer, nuestro complemento, nuestra otra mitad, en cierto modo nuestra antítesis, convertida en hombre...! Por eso, precisamente por eso, urge hacer un alto en esta desenfadada carrera hacia el abismo. Por eso es indispensable exaltar a esa, que, siendo la más mujer de todas, no ha necesitado renegar de sí misma para ser la más útil, la más fuerte, la más noble, la más gloriosa.

Por eso, hay que insistir en que si es grande la mujer que trabaja, mucho más grande es la mujer que crea, porque si en el trabajo no está implícita la creación, en toda creación si está implícito el trabajo. Que si es dignísima la mujer que lucha, más aún lo es la mujer que lucha y ama a la vez; que el ideal femenino no debe ser el taller sino el hogar: taller de vidas, laboratorio de espíritus; que debe aspirar, no a tener camaradas sino hijos; que por encima de la mujer obrero, la mujer ciudadano, la mujer líder, y la mujer político, está y debe estar la mujer mujer; y que más alta aún que todas ellas, hállese aún y habrá de hallarse, por ventura nuestra, esa síntesis de fortalezas y de virtudes, de bondades y sacrificios, de holocaustos y de ternuras, que se llama Mujer Madre.

### *3 poemas a la madre (1936)*

He ahí la razón de este opúsculo; de este pobre folleto con el que el humilde escritor a quien inmerecidamente tantas generosas juventudes han querido y estimado, aspira a dar su mejor cátedra, en estos precisos momentos en que la más infame coartada..., del destino, ha obligado a truncar su elevado evangelio, a quien cometió el grave y sublime error de no haber anhelado otra cosa que ser maestro, en esta absurda etapa humana que exalta a Sancho Panza y escarnece a Don Quijote, cuando no absuelve a Barrabás y condena a Jesucristo!

Así pues, no se juzgue este parvo homenaje desde un punto de vista exclusivamente literario; sino desde un plano moral. Este folleto no es una obra de talento, es un acto de amor; por ello, casi sin corregirlo, he incluido en esta mínima colección de poemas, uno A MI MADRE, que escribí hace cerca de cuatro lustros, y que publiqué hace quince años. Este poema, glorificado por el arte de nuestros mejores declamadores, me ha sido solicitado con insistencia; por ello, y por ser profundamente sincero, íntimamente mío, lo ofrezco en estas páginas, junto con el CORAZÓN PARLERO que también ha sido honrado con las preferencias del público y que figura en MIRRAS, mis poemas orfébricos. Cerrando el ciclo, entrego a la indulgencia de quienes me lean, mi último poema, escrito expresamente para esta ocasión, terminado en este minuto, inédito por lo tanto, en absoluto, que aspira condensar, por la sinceridad, por la emoción, por la inteligencia, por la fuerza, hondura y fervor que he pretendido poner en él, cuanto de menos malo puede tener el hijo y el poeta que en esta fecha, bellamente simbólica, al entregar a su madre estas páginas trémulas de suspiros y húmedas de besos, cree escuchar, a través de veinte siglos de afanes, esperanzas, angustias triunfos y desastres, las palabras del blondo Rabí bendiciendo el silencio con esta otra bienaventuranza: ¡Bienaventurados los que aman y honran a su madre, porque de ellos será el reino de los cielos!...



## El corazón parlero

Madre, mi corazón canta que canta,  
parece un  
niño loco, un arroyuelo  
de lírica virtud,  
o uno de esos gorriones parlanchines  
que riegan trinos y que beben luz!...

¿Lo escuchas? ¿No lo escuchas, madre mía?  
Si parece un fru-frú  
de alitas melodiosas; si es muy suave,  
muy suave, como pluma de avestruz!...

¿Qué bonito, verdad?... Allá, en el fondo,  
muy adentro, dijérase un laúd  
que riñe a mis angustias porque lloran  
y bendice a mi ensueño por azul!

¿Qué bonito, verdad?... ¡Sí, qué bonito;  
ningún  
concierto es más hermoso ni más dulce:  
simula que, al trasluz  
de un vidrio de colores, se tamiza  
el trémolo del arpa de un querub!

¿Qué bonito, verdad?... Y ¿tú no sabes  
por qué es así esa música de tul,

*Horacio Lúsciga Anaya. La luz del conocimiento*

y de gasa, y de arrullo, y de caricia,  
que perfuma el capuz  
del silencio y que en mis decepciones  
es un trino besando un ataúd?  
¿Por qué es así?... ¿No sabes?  
¿No lo sabes, mi lírico, mi santo Visapur?  
—¡Pues es así por tí, por tus gorjeos,  
porque en mi corazón habitas tú!...

*3 poemas a la madre (1936)*

A mi madre

Inefable alma nítida y bella  
poema divino de todo lo blanco,  
y de todo lo suave y de todo lo puro,  
y de todo lo bueno y de todo lo santo.

De mis hondos dolores consuelo,  
de mis llagas ardientes el bálsamo,  
donde quiera que voy vas conmigo  
como estrella, mi senda alumbrando,  
y si estoy abatido o sediento  
al mirar que vacilo o me abraso,  
de tus besos me das la frescura  
y me ofreces la sombra de tus dulces cuidados!

Siempre has sido mi guía y mi refugio,  
siempre has sido mi puerto y mi faro:  
cuando en vano llamaba a la puerta  
de queridos amores que jamás me escucharon,  
cuando triste y enfermo imploraba  
mi limosna de ensueño, con los ojos clavados  
en la altura impasible y serena  
o en los pálidos ortos lejanos,  
sólo tú me brindaste tu auxilio,  
sólo tú me tendiste los brazos,  
y cerraste mis frescas heridas  
con la suave piedad de tus labios.

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

¡Oh criatura divina, abnegada y sublime,  
tu infinita bondad me ha enseñado,  
cuánto vale una madre en la vida  
donde nadie nos oye ni se para a curarnos;  
donde, ¡Infame!, nos burla la novia  
y nos vende el amigo que llamamos hermano  
y hasta el mismo saber nos traiciona  
al rompernos el fúlgido ideal que soñamos!

¡Ay de aquel que no tenga amor como el tuyo!  
¡Ay de aquel que no sepa de las nítidas manos  
que nos hacen los bucles cuando somos pequeños  
y después nos bendicen, cuando grandes, nos vamos  
a probar a otras partes de los panes ajenos  
que se amasan, a veces, con la sal de los llantos!

¡Ay de aquel que ha perdido para siempre su madre!  
¡Ay de aquel que no cuenta con su amor ni su amparo  
pues la vida es tan dura y el dolor es tan hondo  
y el camino es tan largo... es tan largo... tan largo!

## Madre dulcísima

### I

¿Flor?  
¿Estrella?  
¿Sonrisa de arreboles de la aurora doncella?  
¿Poema de gorjeos del bardo ruiseñor?

¿Quién es? ¿Es diosa?  
¿Es hada?  
¿El iris hecho amores de una piedra preciosa?  
¿La luz hecha ternuras de una perla encantada?

¿Quién es? ¿Quién es?  
¡Tan suave, tan límpida, tan leve;  
toda vellón de espuma, toda copo de nieve;  
carne de cirio y alma de aroma de alevís!

¿Anfítrite de nácar en piélagos de seda?  
¿Venus acaso, Leda,  
Diana, Juno, la del  
casco resplandeciente: la incomparable Palas?  
¿O una piéride olímpica (¡mujer y lira y alas!)  
de manos de romance y labios de rondel?

¿Será una reina lírica que viene del Oriente  
ingrávido, inasible, remoto, inmaterial?

¿Será Nuestra Señora la Belleza Sonriente?  
¿O será de los cuentos, la Princesa Durmiente  
cuya vida es un ágil  
y frágil  
madrival?

¿Hada Madrina? ¿Musa? ¿Reina de un cuento? ¿Diosa?  
¡Mucho más que eso! ¡Es todo! ¡Es todo!... ¡Madre  
¡Plegaria de lucero y égloga de rosa! (al fin!  
¡En crines de huracanes joyel de mariposa!  
¡Paz de vuelo de cisne en noche borrascosa!...  
¡Al mismo tiempo nardo, paloma y serafín!

## II

¡Madre! ¡Criatura santa  
que canta  
y tiene luz,  
y es leve como espuma  
o pluma  
de avestruz;  
y es de cristal fluyente,  
fecunda y transparente  
cual agua de la fuente  
de besos de Jesús!

III

¡Madre! ¡Madre pura! ¡Madrecita buena!  
¡Altar de perfumes como la azucena,  
custodia de pétalos; de néctar copón!  
¡Lo mismo que el lirio, misal de blancuras,  
párvula capilla donde las ternuras  
más suaves y dulces hacen oración!

¡Síntesis de todas las mejores cosas;  
arcón de portentos, son piedras preciosas  
tus lágrimas; oro, oro es tu bondad;  
plata es la tristeza de tu alma doliente;  
el sudor te ciñe perlas en la frente,  
y cuando te abrasa la angustia inclemente,  
eres el más fino,  
tenue y cristalino,  
bello y peregrino  
vaso de piedad!....

Por tí la tiniebla en luz se resuelve;  
por tí el barro efímero, eterno se vuelve;  
tú animas y alumbras el humo cieno  
porque es noble surco de vidas tu seno;  
porque, de tu vientre fecundo y bendito,  
mana la corriente que va al infinito:  
la vital corriente, misteriosa y bella,  
que empieza en el polvo, prosigue en la estrella  
y va todavía, gozosa y veloz,

entre remolinos de constelaciones,  
buscando las vagas y etéreas regiones  
donde late el hondo misterio de Dios!.....

¡Flor de las criaturas! ¡Miel de las mujeres!  
cuanto más sufrimos, mucho más nos quieres.  
Si ves que caemos, presto, nos levantas,  
y para evitarnos rudezas y espinas,  
antes que nosotros, piadosa caminas  
manchando y rompiendo tus divinas plantas.  
Cuando el infortunio salvaje nos hiere,  
cuando, en torno nuestro, todo pasa y muere  
y va solo el pobre corazón desnudo,  
friolento, sangrante, fatigado y mudo,  
por el abrasado y obscuro sendero,  
sin flor y sin canto, ni amor, ni lucero;  
cuando es noche abajo y arriba es abismo,  
¡oh Madre! ¡Oh trasunto de Dios!, con el mismo  
afecto de siempre, con igual ternura,  
vienes a ofrendarnos tu inmensa dulzura;  
para protegernos el alma aterida  
nos haces un manto con tu propia vida;  
nos brindas un ósculo por cada zarpazo,  
como antes de niños, sobre tu regazo  
pones nuestra frente, rugosa y tostada;  
con tu melodiosa boca perfumada  
el silencio aromas de arrullos y cantos;  
y en una locura de transportes santos,  
nos meces, lo mismo que ayer en la cuna,

*3 poemas a la madre (1936)*

nos curas, nos besas, nos unges, nos mimas,  
y finges un ángel de gasas de luna  
que bajase de una  
de las altas cimas  
de Nuestro Señor,  
para trasmitirnos su bello mensaje...  
¡porque de la gloria tú eres un celaje!  
¡porque tú eres toda sonata de amor!...

¡Faro de los náufragos! ¡Luz de los caídos!  
¡Para tí no hay hijos ruines ni vencidos,  
pues sabe tu inmensa, cristiana piedad,  
que un beso de madre limpia cualquier frente  
y que hasta el estigma del hierro candente  
lo borran los óleos de tu santidad!...

Con razón, ¡Oh Madre!, puede hundirse todo  
en mares amargos o en sangriento lodo.  
De la humilde gleba donde el germen ora,  
puede huir la gracia del agua pastora,  
que va prodigando sus claras fatigas  
para que se truequen en oro de espigas.  
Puede el torbellino del odio o del duelo,  
barrer, como arenas los astros del cielo,  
quebrar las arquillas de miel de las flores,  
romper los laúdes de los ruisñores  
y arrancar, a frondas o a vientos hialinos,  
las rosas de música de versos y trinos.  
Todo, todo puede morir si tú vives,

*Horacio Lúiziga Anaya. La luz del conocimiento*

porque tú de lo Alto mil dones recibes;  
porque eres compendio de infinitos bienes;  
porque cuanto es bello y es bueno, lo tienes;  
porque en tí, resumen de la gracia suma,  
todo brilla y canta y reza y perfuma:  
¡la aurora despunta cuando tú nos miras;  
si hablas, en tus labios hay sistros y liras  
y en tus manos blancas rezan los jazmines  
de los blancos besos de los serafines!...  
¡Mueran flor y astro, perla y colibrí!  
¿Qué puede faltarnos teniéndote a tí?

¡Carne de holocaustos! ¡Sangre de martirios!  
¡tú con cuyas lágrimas fecundas los lirios  
que nos embalsaman con su caridad;  
y por darnos tanto, tanto te consumes,  
que mientes un frágil pomo de perfumes  
en el áureo estuche de la claridad!...

¡Oh madre dulcísima! ¡Madrecita santa!  
hoy que todo el odio lo rompe y quebranta,  
hoy que el fango ahoga virtud y belleza  
y que nos invade la enorme tristeza  
de ver, cómo un bárbaro coro de chacales  
quiebra, con sus ásperos gritos, los cristales  
cuajados con músicas y luz de tu voz,  
hoy que cuanto es noble muere o se derrumba,  
hoy que es nuestro infame planeta la tumba  
del Quijote y Cristo, ¡Madre, ven en pos

*3 poemas a la madre (1936)*

de nuestras miserias!... ¡Estamos a oscuras!  
¡Dáanos tus perdones, dáanos tus blancuras!  
¡Oh madre dulcísima! ¡Oh aurora de Dios!



## OFRENDA

Un libro minúsculo:  
esencia de amor,  
gotita de un beso,  
átomo de sol;  
Un libro muy breve,  
Madre, porque así  
podrá entre tus manos  
cantar y dormir...



# CONTENIDO

## OBRA COMPLETA

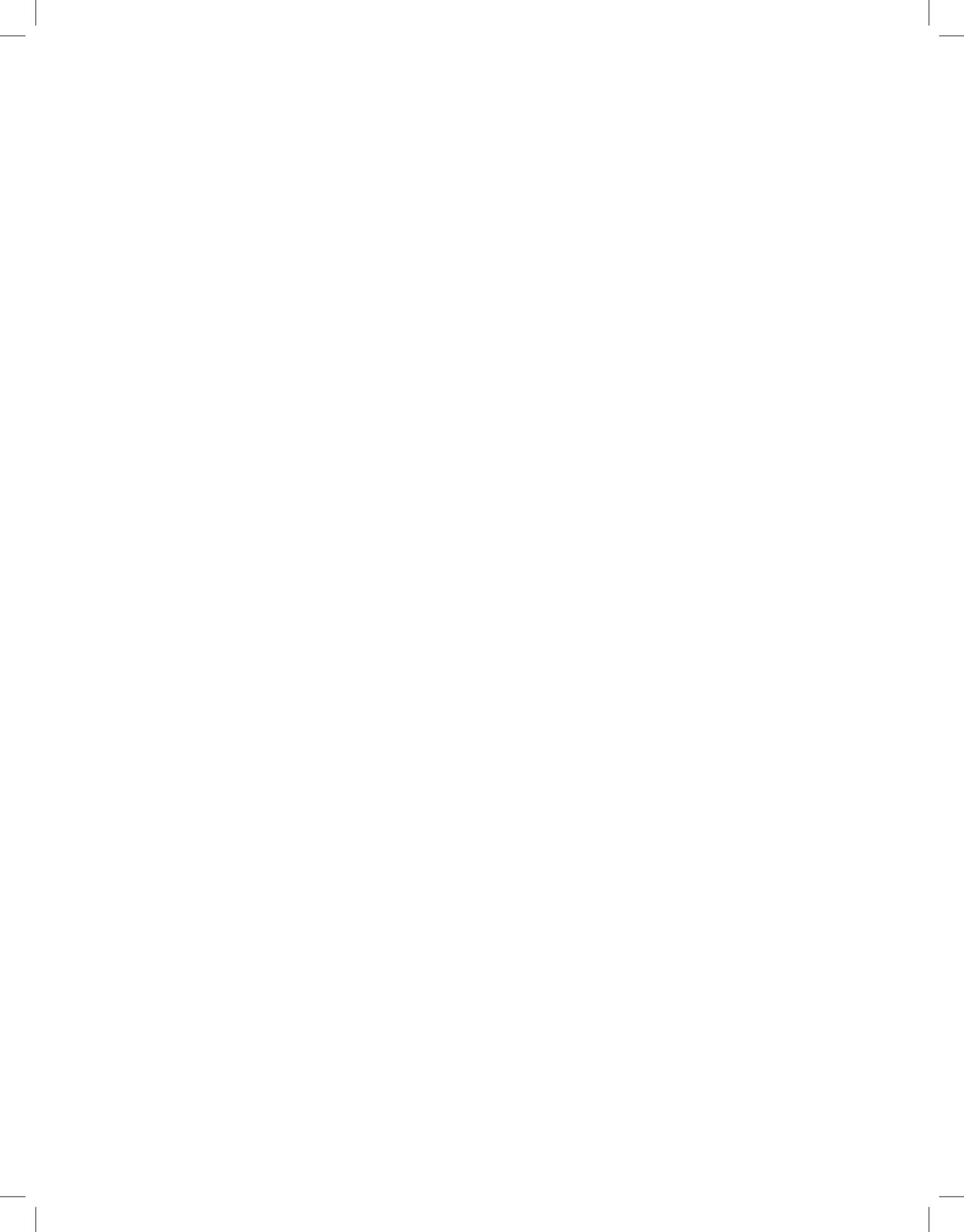
	POESÍA
Tomo I	Ánfora (1920) Mirras: poemas orfébricos (1932)
Tomo II	El minuto azul (1932) La selva sonora (1933) 3 poemas a la madre (1936)
Tomo III	Sinfonías (1937) Torre negra (1938) Elogio de la madre (1939) Aguiluchos (1940) ¡Presente! (poemas) (1951) Letras marianas (1953) Laude a Atlacomulco (1956)
Tomo IV	Zarpa de luz (1974) Espumas y oleajes (1977)

## ENSAYO

- Tomo V El Estado de México desde la prehistoria hasta la conquista (ensayo de filosofía histórica) (1933)  
La universidad, la juventud, la revolución (1934)
- Tomo VI Verbo peregrinante (1939)  
Homenaje a la bandera (1940)
- Tomo VII Ideas, imágenes, palabras.  
“El libro de los oradores” (1956)

## NOVELA

- Tomo VIII El hombre absurdo (1935)
- Tomo IX Realidad (1936)  
¡Miseria! (1981)





*Horacio Quiroga Anaya. La luz del conocimiento*  
Tomo II Poesía: *El minuto azul*  
(1932) | *La selva sonora* (1933) | *3*  
*poemas a la madre* (1936), Jorge Olvera  
García (coordinador), se terminó de  
imprimir en octubre de 2016. El tiraje  
consta de 200 ejemplares. El cuidado  
de la edición estuvo a cargo de la  
Dirección del Programa Editorial de  
la UAEM.

*Editora responsable:*

GABRIELA LARA

